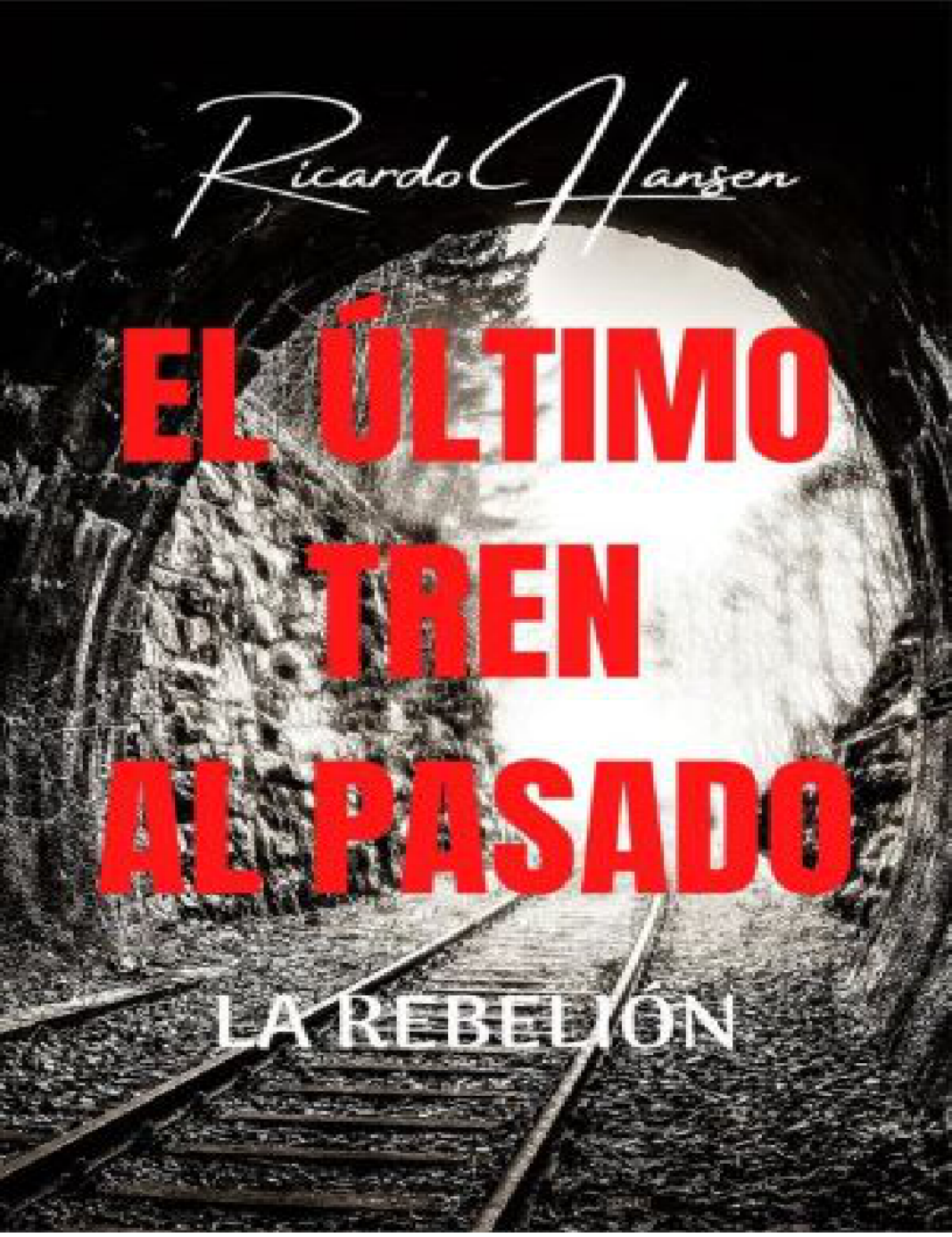
Ricardo Hansen
EL ÚLTIMO TREN AL PASADO
LA REBELIÓN

EL ÚLTIMO
TREN
AL PASADO
La Rebelión

RICARDO HANSEN

Hansen, Ricardo
El Último Tren al Pasado: La Rebelión/Ricardo Hansen; editado por Ricardo Hansen. - 1a ed. - Ingeniero Maschwitz Ricardo Hansen, 2021. ricardohansenautor@gmail.com
Derechos exclusivos reservados para todos los territorios.
Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de portada,
pueden ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin el previo permiso escrito del autor.

A mis nietas nacidas y por nacer:
Paloma
Juana
Merlina
Ingrid

Llegó y les dijo:“Voy a hacerlos ricos y sus vidas cambiarán para siempre”

PRÓLOGO

Con su velamen arriado y la orza a medio alzar, el descascarado balandro se balancea al ritmo que le impone la marea. Mantiene la proa encallada en la arena y solo la popa se eleva apenas cuando alguna ola se desliza tímidamente por debajo de ella. Un cabo grueso y gastado lo sujeta a una estaca corroída por el tiempo y, a pesar de que el mar está calmo, la nave cruje como si fuera a partirse en dos; es que sus envejecidos maderos soportaron años de marejadas irascibles, vendavales furiosos y de los tirones desesperados de las velas que infructuosamente pugnaban por soltarse, pero, aun así, resistió.

Severino Marcos camina por sobre la orilla descalzo y con las botamangas arremangadas; va en busca de su embarcación. Lo hace con paso cansino y con la vista fija en la arena, como si fuera cargando sobre sus espaldas la ignominia de su penoso presente. En el trayecto algunas personas se cruzan con él, pero nadie parece advertir su presencia; en realidad, es ignorado descaradamente por todos.

Pero Severino Marcos hace caso omiso de ello…se sabe inocente de las acusaciones que le endilgan y soporta estoicamente a los injuriosos comentarios que, sobre él, las gentes del pueblo murmuran entre sí. En los bares o en la feligresía de la iglesia, la sola mención de su nombre desata duras críticas, pero al hacerlo, nadie se atreve a mirarlo a los ojos; muchos escupen sus ponzoñas cubriendo disimuladamente sus bocas y con gestos esquivos mendigan por cooperación para confabular en su contra.

—*Maldito viejo, su porfía nos arruinó* —dice uno tapando su boca —*¿Arruinó, dices?... debería estar preso por asesino* —dijo otro en un susurro apenas audible.

Severino es un hombre viejo ya y pocas son las cosas que le hacen mella. Año tras año y por casi medio siglo se expuso al agua salada y al frío aire del mar, y tanto, que ahora su piel luce cobriza y algo agrietada. Los surcos en sus manos, su rostro marchito y el gesto

adusto de sus expresiones son el fiel reflejo del tiempo que lleva batallando contra los escarceos marinos que pugnan por arrastrarlo a las profundidades. Solo sus ojos, tan verdes como las esmeraldas, parecen ajenos al deterioro que la edad le prodigó a su humanidad. Ante su esposa, su perro y los niños, son vívidos, graciosos y destellantes de generosidad, pero duros y amenazantes frente a la intolerancia y prepotencia de quienes se ven a sí mismos como figuras egregias que reclaman absurdos e infundados derechos por sobre los demás.

El verano recién comienza y a pesar de que esta es una mañana templada, Severino nunca olvida a su peacot azul oscuro, un sacón impermeable de lana cruda igual al que usaba su padre muchos años atrás, casi a comienzos del siglo. Está por embarcarse y sabe que, mar adentro, el aire puede ser tan gélido que, sin la protección adecuada, perforará a sus carnes como lo harían mil agujetas de acero.

De su hombro izquierdo, cuelga un morral de cuero, algo ajado ya, que se bambolea de adelante hacia atrás castigando a sus riñones con cada paso que da. Es todo el equipaje que lleva…una muda de ropa seca por si el oleaje de alta mar se torna hostil y el agua anegara a la cubierta del barco. Del hombro derecho, en cambio, penden un par de borceguíes con los cordones anudados entre sí que más tarde se calzará.

A su lado, Moro, un viejo pastor alemán que, a pesar de que su ocaso está próximo, conserva sus bríos juveniles y los manifiesta abiertamente cada vez que sale a navegar.

El perro ya divisó el barco y corre hasta él. Severino esboza una tímida sonrisa porque no puede disimular el orgullo que siente por aquel animal; lo crio de cachorro y jamás se separó de él.

La nave luce despintada y con daños en su estructura, pero nada que haga peligrar una navegación segura. Es fuerte y conserva intacta toda su hidalguía. Quizás porque fue construida pieza a pieza por las manos hábiles de su dueño o, quizás, por el nombre que lleva pintado con dedicación en sus amuras; muchos años atrás y antes de botarla por primera vez, Severino quiso homenajear a su amada esposa bautizando a la embarcación con su mismo nombre: Azucena. Además, para el marino, esto es un símbolo de protección, especialmente cada vez que el océano se torna bravío y pretende recuperar las presas que él antes le arrebató.

Antaño, cuando joven, Azucena era una mujer llena de vida que solo perseguía un objetivo: hacer feliz al hombre que le había jurado amor eterno. Todas las mañanas lo acompañaba hasta el barco y no hubo vez en que una lágrima no rodara por sus mejillas cuando lo veía alejarse de la costa. Aún hoy, Severino Marcos jamás descansa; siempre, jornada tras jornada, con frío o calor, tempestad o mar

calmo, sale en busca de su preciada pesca. Ella, desde la orilla, soporta con estoicismo las inclemencias del tiempo mientras su valeroso hombre se pierde detrás del horizonte. Y solo entonces emprende el regreso a su hogar, una cabaña construida en madera y piedra que, asentada sobre el risco más elevado del acantilado, parece observar con recelo todo lo que ocurre a su alrededor.

El peñón en sí, al que los aldeanos llaman "el rompehuesos", es un mirador privilegiado al que pocos se atreven acceder. Es como un gigantesco menhir con vertiginosos planos escarpados cuya cima, para alcanzarla, hay que sortear primero a una cornisa aterradora: ciento cuarenta metros de un angosto e interminable sendero con forma de tirabuzón que fue socavado en sus paredes balconeando sobre el abismo. En el pasado y antes de colocar la piedra fundamental, Severino Marcos picó la roca a mazo y cincel para poder llegar a la cumbre con los materiales que luego utilizó para construir su cabaña.

Pero, en días de lluvia, este sendero se vuelve una trampa mortal. Un movimiento en falso y el despeñadero dará cuenta de cada uno de los huesos de aquel que no asegure firmemente su pisada antes de dar el siguiente paso. Mas, si logra llegar indemne hasta la cumbre, la recompensa será extraordinaria…trescientos sesenta grados de belleza inigualable. Desde allí y hacia el sur, el paisaje se tiñe de azul. El mar es como una alfombra ondeante que se pierde en el infinito, justo donde el cielo levanta vuelo hasta fundirse con el firmamento. Hacia el norte, Puerto Mollejas, un caserío de no más de un centenar de chozas que se confunden entre las rocas de los peñascos y las terrazas pastoriles donde algunos crían a sus cabras y a sus ovejas. Un poco más allá, los sembradíos, las plantaciones de vides y un inexpugnable cordón montañoso que, con sus picos nevados, enmarca al lienzo que la naturaleza ofrenda día a día a sus pobladores.

Las arterias de Puerto Mollejas, en su mayoría adoquinadas, se angostan o se ensanchan en comunión con los obstáculos que se interpongan a ellas. No poseen nombre y de hecho nadie las denomina calles porque tampoco son calles; es apenas una misma senda que zigzaguea entre las edificaciones y que generalmente está desierta. Aunque, en ciertos momentos del día cobra vida y se atiborra de personas que caminan de aquí para allá y sin rumbo fijo. Pero también de jóvenes jinetes que, montando a sus mulas, rivalizan con ellas en su tozudez o de algunos intrépidos que desafían a su equilibrio subidos en sus destartaladas bicicletas.

El tiempo parece haberse detenido allí; nadie posee automóviles ni motocicletas, pues tampoco hay caminos donde utilizarlos. Una sola vez al mes llega al pueblo un viejo tren impulsado por una locomotora de vapor que anuncia su arribo dejando a su paso una larga estela de humo denso y maloliente que se eleva por sobre las copas de los

árboles hasta que por fin asoma su hocico negro entre la espesura. Es justo en ese momento cuando el maquinista acciona el silbato y advierte a los pobladores de su venida, quienes al escucharlo dejan todo y corren hasta el andén para recibirlo con pompas y vítores como si se trataran de héroes que regresan de la guerra. Rara vez baja algún pasajero y si lo hace sabe que debe afincarse en el lugar al menos por treinta días hasta que un nuevo tren regrese. No hay poblados cerca y si los hubiera, tampoco habría otras maneras de contactarse con ellos; sólo el tren. Esta la única comunicación que los Mollejanos tienen con el exterior; ni siquiera por mar porque cuando la costa se pierde de vista, el océano se vuelve tan hostil que ninguna embarcación podría enfrentar las gigantescas olas que se forman por el encuentro de las dos aguas que pugnan por adueñarse del espacio marítimo. Y, aunque eso fuera posible, el temible cordón rocoso con sus picos puntiagudos que se esconde debajo del agua destrozará el pantoque de cualquier embarcación que se atreva a pasar por allí.

Fuera de Puerto Mollejas muy pocos se han aventurado a buscar nuevos horizontes. Allí nacen, allí se crían y allí mueren y los que se fueron jamás regresaron.

La llegada del tren, los encuentros dominicales en la iglesia y la concurrencia a los bares son, desde tiempos inmemoriales, las únicas expresiones de sociabilidad que manifiestan los aldeanos sin necesidad de un protocolo previo. Aunque una vez al mes, que suele coincidir con un día domingo, los hombres de la comunidad realizan un torneo de tirachinas y el ganador recibe como premio un desfile en su honor. Para ello lo suben a una especie de trono similar a la Silla de Coronación británica, pero sin la Piedra de Scone debajo del asiento. Esta celebración ha sido desde siempre la excusa ideal para que todos los adultos exhiban sus galas y efectúen las salutaciones obligadas al cruzarse unos con otros; no importa si momentos antes coincidieron en otro lugar y ya lo hicieron…las consignas se respetan a raja tabla; hay que saludarse y además hacerlo con ademanes galantes y ceremoniosos.

En contraste, los niños pasean de la mano de sus padres, pero al menor descuido se sueltan y corretean de un lugar a otro chillando frases incomprensibles mientras ríen sonoramente con cualquier pretexto. Es que los Mollejanos son una comunidad rigurosamente conservadora y de costumbres arcaicas y son pocos los eventos a los que los niños tienen acceso y cuando se liberan de sus ataduras manifiestan abiertamente su estrepitosa algarabía.

En cambio, los adolescentes, con mayor permisibilidad, se rigen por sus instintos naturales, aunque a escondidas de las miradas severas de sus mayores. Todos, sin excepción, han sido advertidos, una y otra vez, sobre reglas de moralidad a las que deben atenerse estrictamente

y sin protesto. Quien las viole sufrirá el castigo inflexible de toda la congregación. Pero los jóvenes, jóvenes son y tan pronto como se alejan de la vista de sus progenitores, olvidan rápidamente todas aquellas advertencias. Bulliciosos y en pequeños grupos, chiquillas y mocetones caminan entre el gentío y graciosamente fingen desinterés hasta que, imprevistamente, quedan frente a frente, con sus sentidos alterados y con las miradas fijas entre sí. Y entonces, la magia se produce y sus efervescencias hormonales afloran haciéndolos cometer torpezas que, por lo general, concluyen con rostros sonrojados y excusas absurdas para justificarse. Miradas que, si fueron correspondidas con una sonrisa, quedaron grabadas en sus retinas para siempre. Miradas que más tarde y con la almohada como única confidente, provocarán insomnios recurrentes, palpitaciones interminables y amaneceres tardíos.

Entre los Mollejanos, la amistad no es un sentimiento que se cultive, a excepción de los niños y adolescentes. Las fiestas comunales no existen y las recepciones solo se dan cuando algún evento especial justifica un encuentro grupal. Una boda, por ejemplo, es el pretexto ideal para beber y comer a discreción y a veces hasta olvidando de dar la enhorabuena a los novios. Pero curiosamente, en estas veladas, no está permitido bailar como así tampoco las demostraciones sensuales de amor conyugal. Hacerlo en público es considerado algo pecaminoso y el párroco que, según la ocasión es cura católico, pastor protestante, rabino judío, Imán o Brahmán hindú (pero sin cantar los himnos del Rig-veda), es el encargado de celar la observancia de aquel reglamento.

En Puerto Mollejas las religiones no se practican, al menos siguiendo los ritos ancestrales, porque quienes los conocían en profundidad murieron hace muchos años y no dejaron registros escritos de ellos. Mas, existe un hombre que dice conocer las principales virtudes de cada culto y se nombró a sí mismo como guía espiritual de cada una de las culturas religiosas que aún mantienen, dentro de la comunidad, a uno o más fieles. Su nombre es Bartolomé y hay quienes afirman que eligió su nombre en honor de unos de los doce apóstoles. Y, aunque todos lo aceptan como su mentor religioso, jamás nadie pudo comprobar que las palabras de sus prédicas sean veraces porque desde tiempos inmemoriales la Biblia, el Corán, la Torá, el Talmud y todos los demás libros sagrados fueron prohibidos con el único propósito de mantener la paz en el pueblo. Según las reglas, cada quien tiene el derecho inalienable de adorar a sus propias deidades, pero nadie puede imponer sus creencias a otro; no se permiten las discusiones religiosas ni las juntas de vecinos con un mismo credo; solo orar individualmente y para ello disponen de un lugar común a todos, sin imágenes alusivas, sin estatuas, ni nada que

identifique a una sola doctrina religiosa.

A diferencia de las bodas, los sepelios motivan una visita a los deudos especialmente para comprobar el grado de congoja que demuestran por la pérdida de su ser querido. Una viuda sin lágrimas en sus ojos es, en opinión generalizada, una esposa infiel que se ha librado de un escollo para gozar de una vida nueva. En cambio, un viudo sin consuelo es, sin dudas, un mentiroso consuetudinario que aprovechará cualquier ocasión para conseguir un hombro femenino donde depositar sus lágrimas. Si el caso se da, la prudencia entre los matrimonios indica que deben alejarse de estos depredadores pasionales para salvaguardar sus honras. Los hombres apartarán a sus esposas del viudo y las mujeres los imitarán con la viuda. Los pobladores de Puerto Mollejas se someten a reglas estrictas de moralidad, pero es vox pópuli que las infidelidades conyugales están a la orden del día y nadie desea integrar la larga lista de los astados.

En un plano más íntimo, las reuniones familiares solo ocurren cuando algún integrante sufre un accidente, pero nunca para solidarizarse con el accidentado, sino para minimizar su dolencia en comparación con sus propias aflicciones. Consideran que así su recuperación será más rápida; los aldeanos tienen la certeza que, si logran convencerlo de que su padecimiento no es tan grave, se sobrepondrá antes y antes retornará a sus actividades. Las familias, suelen trabajar juntas y en un mismo rubro y la falta de uno de los integrantes son pérdidas que sufren todos.

En esta comunidad es común que entre los adultos no se celebren onomásticos ni cumpleaños y muy pocos son los que lo hacen con los más pequeños.

Pero, como ocurre en todo poblado que se digne de tal, existen las excepciones y no todos obedecen ciegamente las reglas. Es el caso de Azucena y Severino, díscolos en la opinión de los pueblerinos más tradicionales y que han sobrevivido año tras año a tanta rigidez. Todavía y cuarenta años después de haberse unido, ríen a carcajadas con cualquier motivo, entonan a capela viejas canciones y hasta practican algunos pasos de baile, aun cuando las miradas censuradoras de la comunidad porteña los estén viendo. El de ellos es un amor sincero donde se descubren todos los días y se extrañan a cada instante. Es, para muchos convecinos, un verdadero derroche de sentimientos sin sentido.

No fueron bendecidos con la llegada de ningún hijo, pero eso no opacó su felicidad. Tanto amor para compartir encuentra un destino diferente cada vez que uno de los niños del pueblo llama a su puerta; los pequeños saben que detrás de ella los aguarda una mesa servida por Azucena con dulces exquisiteces y un chocolate caliente al reparo del fuego de una salamandra. Los infantes suelen desafiar al gran

macizo rocoso y suben corriendo por el empinado sendero hasta llegar a la cumbre; la aventura siempre tiene un premio extra y que además sabe muy bien.

A su vez, Severino es reconocido entre los humildes porque siempre aparta algo de su pesca diaria para aquellos que no disponen de algo para trocar —*descuida* —suele decir—*ya hallarás la manera de compensarme*— aunque la mayoría de las veces eso no ocurre. Pero eso a él, no le preocupa; nadie quedará sin su sustento diario, al menos si lo puede evitar.

Ambos habían sido amados y respetados por toda la cofradía hasta que llegó aquel fatídico día en que el Señor Dinero apareció en sus vidas y desde entonces una enorme cicatriz les quedó grabada en el alma.

CAPÍTULO I

Quedan pocas horas de luz diurna en Puerto Mollejas. Muy pronto caerá la tarde y sobrevendrá la noche. Es entonces cuando la paz pueblerina se ve alterada por un sonido estridente que puso en alerta a todos sus habitantes. Es el silbato del tren que anuncia su proximidad con la estación. Todos los Mollejanos, sin excepción, interrumpen sus tareas. No hay tiempo que perder. Las mujeres se quitan los delantales, arreglan sus cabellos y reúnen a los niños para ir a recibirlo. Los hombres, por su parte, se apresuran para recoger las muestras de las mercaderías que llevarán a la estación.

Envuelto en una nube blanquecina, la formación ingresa al andén. Antes de que las ruedas se detengan por completo, un nutrido grupo de jóvenes intrépidos asalta al vagón de carga y comienzan a descargar los bultos identificados con rótulos claros y concisos que llegan en ese furgón.

Conmovidos, quienes esperan ansiosos la llegada de una encomienda, se agolpan desordenadamente a escasos centímetros del tren y cuando escuchan su nombre alzan rápidamente sus manos para atrapar, en el aire, a las cajas que los jóvenes les arrojan desde lo alto y sin contemplación. Quienes ya recibieron su mercadería se hacen a un lado, a excepción de los que vayan a participar de la rueda de negociaciones que se produce justo antes de que el convoy emprenda el camino de regreso. Los minutos cuentan y son valiosos. Los aldeanos interactúan con los comerciantes que llegaron en el tren, ofrecen sus productos regionales y los truecan por elementos de primera necesidad. Es así como se proveen de jabones, pastas dentales,

papel y tantas otras mercancías que ellos no producen. En el pueblo no se comercia con dinero y por esa misma razón es que carecen de una proveeduría…todo es trueque; manufacturas, artesanías, vinos, aceites de oliva o flores y hasta medicamentos caseros, porque tanto en las laderas de los cerros como a la vera de los senderos o en cualquier lugar donde haya tierra fértil, crecen naturalmente hierbas medicinales y lo hacen en cantidades exorbitantes; hierbas medicinales que hábilmente son transformados en jarabes y grageas por Mateo Denoble, que es el único habitante del pueblo que afirma ser idóneo para hacerlo. En esta comunidad, solo es preciso certificar verbalmente aptitudes para desarrollar una actividad, aunque esta sea considerada esencial y ponga en peligro la salud de todos. El hombre, ha instalado en un cuarto contiguo a su vivienda a una compleja maquinaria que diseñó para tal fin. Mateo es el hombre de consulta ante cualquier malestar que sufran los aldeanos, es quien diagnostica y también quien provee de la medicación para sanar la dolencia. Pero en su botica solo atiende a hombres y niños; para exámenes ginecológicos y asuntos mujeriles (según reza el cartel pintado en la puerta de acceso) está su esposa, Doris.

Cuando el último vaho de vapor había desaparecido y la máquina quedó en silencio, Lautaro Amun, joven egocéntrico y bien parecido, asomó por el balconcillo trasero del único vagón de pasajeros que tiene el tren. Caminó lentamente hasta la escalera con la firme intención de bajar por allí, pero antes de hacerlo se detuvo y con aire displicente observó el lugar hasta donde le dio la vista. Lo que vio lo colmó de entusiasmo, especialmente por los rostros cándidos de las jovencitas que se paseaban por el andén y las expresiones casi ingenuas y bonachonas de algunos de los hombres que las acompañan. Los hay padres y también hermanos; estos últimos son custodios de la honorabilidad de las púberes y deben ser estrictos en la vigilancia si no quieren recibir las culpas por los "tropiezos" de sus hermanas —"*Aquí hay mucho para hacer*" —dijo para sus adentros y casi imperceptiblemente se le dibujó una sonrisa maliciosa en sus labios. Con tres dedos peinó su larga cabellera hacia atrás y la sujetó con una gorra Gatsby de tela espiga que se calzó al sesgo. Sobre el hombro izquierdo colgó una alforja de lona y con su mano derecha alzó una pequeña maleta de suela marrón y con cierres metálicos donde carga a sus pertrechos. Y recién entonces descendió del tren.

En Puerto Mollejas es día de fiesta. Ha llegado el tren y el gentío, sobre el andén, crece en número a medida que van arribando personas desde los lugares más remotos del pueblo. Parejas, familias y hasta algunos solitarios se pasean de un extremo al otro, una y otra vez.

Quienes ostentan un posicionamiento social distinguido, lo hacen lentamente y del brazo de sus cónyuges, deteniéndose a cada paso

para recibir los saludos de zalameros y aduladores que, a cambio de favores y prebendas, los proponen, en las juntas vecinales, como autoridades encumbradas. A ninguno sorprende que esto ocurra y mucho menos que sea una práctica rayana con la inmoralidad.

También están los otros, los comunes, los que nada piden, a excepción de ser reconocidos como simples pares. Éstos, parecen autómatas y solo caminan por el hecho de caminar imitando los movimientos de los demás y luego desaparecen satisfechos de haber hecho lo que dictan las costumbres, pero sin saber a ciencia cierta que beneficio les deparó hacerlo.

Y están los jóvenes, ágiles, vivaces, que con sus miradas rápidas y certeras recorren el andén en busca de los corazones que la fatal locura de Cupido buscará atravesar.

Y también los niños, que solo son niños, vocingleros estridentes, alborotadores de su entorno y con sus carreras de obstáculos, donde los obstáculos siempre son los paseantes que se molestan con ellos por alterarles el ritmo de sus marchas.

Pero, en el pueblo todos se conocen entre sí y, por ende, toda vez que un forastero llega a la estación, es descubierto de inmediato y se convierte en objeto de miradas analíticas e inquisidoras. Y Lautaro Amun no es la excepción. Es un joven atractivo, aunque sus ropas son un tanto excéntricas y provocan semblantes risueños que los pueblerinos disimulan tapando sus bocas con una mano y desviando la vista para no incomodarlo. Es que Lautaro Amun es un verdadero émulo de Johnny Strabler, aquel personaje de los años cincuenta con sus ajustados pantalones vaqueros y una cazadora de cuero negro que captó la atención, especialmente de las más jóvenes, despertando celos entre sus pretendientes que, en venganza, buscan rápidamente algo para ridiculizarlo. Y entonces, uno de ellos observó sus pies… vio que estaban calzados con un par de lustrosos zapatos Spectator de cuero blanco con las punteras y el talón marrones y entonces estalló en carcajadas; con mucha rapidez, el comentario corrió como reguero de pólvora y todos lo imitaron, pero esta vez sin disimular su burlona hilaridad.

Ignoran que Lautaro Amun es un verdadero hípster y que viene de la gran ciudad donde la moda dicta ciertas normas que los vecinos de este pueblo considerarían extravagantes. En Puerto Mollejas no hay televisión, ni periódicos ni revistas ni nada que los conecte con el mundo exterior y sus atuendos son un tanto monotemáticos. Para las actividades diarias, faldas largas apenas por encima de los tobillos en las mujeres y jardineros amplios y generalmente de color azul, para los hombres. Y solo en ocasiones especiales visten de gala y reemplazan a las polleras por coloridos vestidos de vuelo y a los jardineros por trajes con sujetadores, cordón con ajuste de adorno

debajo de las solapas y los infaltables sombreros Panamá de paja de toquilla. A excepción de los encumbrados, un grupo de auto denominados *distinguidos* que consideran que su posición social está por encima de los demás y que se reúnen periódicamente en lugares secretos para decidir los destinos de la aldea. Ellos, para esas ocasiones visten trajes con levita chaqué y cubren sus cabezas con sendas chisteras negras que, inmediatamente después de finalizar el cónclave, se los quitan para continuar en el más absoluto anonimato.

Lautaro Amun, ignoró las risotadas y no se dio por aludido, pero como muestra fue suficiente para comprender que esta es una comunidad pequeña y por ende tendría que ganarse la confianza de todos sin perder un solo minuto. Supone que, si lo logra, en poco tiempo todos estarán rendidos a sus pies, pero si no, un mes en este lugar puede resultarle un verdadero calvario.

En sus bolsillos trajo algo de dinero, pero pronto supo que allí no le servirá de nada. Sin un lugar donde cobijarse y nada con qué alimentarse, comprendió que estaba en aprietos. Ideó un plan que solo duró un par de minutos. Vio que muchos lo observaban con atención y de sus alforjas extrajo un plano cualquiera y fingió leerlo con detenimiento. Por el rabillo del ojo observaba sus reacciones. Pretendía hacerles creer que buscaba una dirección hacia dónde dirigirse esperando que alguno se interese y le pregunte algo. Lautaro Amun es un hablador como pocos y confía en su verborragia para obtener algún beneficio que, en este caso serviría para conseguir hospedaje por una noche, al menos.

De pronto, una anciana que se abrió paso entre la muchedumbre se acercó a él y le susurró al oído…

—Joven, de nada sirve lo que está haciendo…nadie le va a creer.

Lautaro Amun la miró con intriga y mostrándose sorprendido, preguntó por qué.

—Porque en este pueblo no hay planos ni mapas, sencillamente porque no los necesitamos. Y si usted posee uno tenga la plena seguridad de que es falso.

—Pero…yo...—atinó a justificarse Lautaro, pero ella le cruzó un dedo sobre la boca y le dijo…

—Shhhh, no siga hablando que todos están escuchando y hará el ridículo. Mejor venga conmigo…

—Es que…—intentó agregar el joven.

—Veo que no me cree… ¿Qué me va a decir, que alguien lo espera? Está bien…dígame como se llama y yo lo guiaré hasta él…

La anciana quedó mirándolo fijo y aguardando la respuesta que nunca llegó. Lautaro supo que lo había vencido y decidió seguirle la corriente. Quizás ella pudiera darle conchabo por esa noche y luego vería qué hacer. Pero no fue así. La anciana comenzó a caminar y él la

siguió en silencio. Luego de subir por una interminable y empinada cuesta, arribaron a la cima del cerro. La noche los había alcanzado y la escasa claridad que hay apenas permite distinguir allí a un descomunal alcázar, pero de construcción rústica y aspecto lúgubre, con paredes blancas y que, en lo alto, tiene cuatro salientes que, en apariencia, son miradores que balconean sobre todo el valle.

—*¿Qué es esto?* —preguntó intrigado

—*Quédate aquí por esta noche. Estarás seguro y nadie te va a molestar. Adentro hallarás algo de pan, queso de cabra y quizás algo de buen vino para beber. Solo debes buscar. Mañana temprano vendré a verte y hablaremos…*

Lautaro quiso volver a preguntarle, pero la vieja mujer no le dio oportunidad de hacerlo; giró sobre sí, aferró con firmeza la empuñadura de su bastón y comenzó a descender, pero antes de desaparecer detrás de una roca, levantó una mano a modo de saludo y gritó algo incomprensible. Él entendió que de nada serviría preguntarle que había dicho…ella seguramente ya no lo escuchará.

Decidió entonces enfrentar a su suerte. Cruzó el puente que sorteaba la fosa inundada y que, en apariencia, rodeaba a todo el castillo y se acercó tímidamente a la gigantesca puerta de acceso. Golpeó tímidamente, pero nadie respondió. Lo hizo una vez más con mayor intensidad y nada. Recordó que la mujer le había dicho que adentro encontraría algo para comer y decidió empujarla, pero la puerta se resistió. "*Quizás me faltó algo de fuerza*" pensó y volvió a intentarlo. Y, entonces, la puerta se abrió de repente, pero no por efecto de sus intentos sino porque un gigantón barbado lo hizo desde adentro…

—*¿Qué es lo que quiere?* —preguntó el hombre con evidente fastidio.

Lautaro, sorprendido por su tamaño, balbuceó, algo atemorizado, una respuesta que el sujeto no logró escuchar. Éste, malhumorado, se mostró impaciente y le gritó—*¡Hable más fuerte!*

—*Disculpe usted…p…p… pero la anciana que me trajo hasta aquí dijo que usted podría darme alojamiento por esta noche y también algo para comer…*—dijo Lautaro en un tono de voz un poco más alto y carraspeando cada tanto para aclararla.

—*¡Otra vez esa chismosa que cree que esto es un hospedaje gratuito para idiotas!... tendré que hablar con ella más tarde* —exclamó exhibiendo abiertamente su irritación…

—*Señor, por favor, no se exaspere…traigo dinero y puedo pagarle por sus servicios…*

—*¿Dinerooo?... ¿De qué me sirve su dinero?* —protestó

Lautaro no se atrevió a responder; teme que si lo hace enardecerá aún más a aquel gigante. Jamás había visto a nadie semejante…en

comparación con su estatura imaginó que debía medir más de dos metros de altura y pesar no menos de ciento setenta kilogramos. Solo sus manos eran más grandes que su propia cabeza y eso pudo comprobarlo cuando el hombretón lo tomó por la nuca y lo apartó para poder cerrar la puerta por detrás de él. Lo hizo con la misma facilidad con que un gorila aparta a sus crías.

—*¡Sígame!* —le espetó —*Jesús es mi nombre… ¿usted…?*

—*Lautaro…Lautaro Amun, señor…*

El hombre se detuvo en seco y giró su cabeza con fiera expresión…

—*¿Amun?... ¿Qué diablos significa Amun…es egipcio usted?*

Lautaro no salía de su asombro. Jamás imaginó que alguien le preguntaría cosa semejante. En toda su vida nunca nadie se extrañó de su apellido y mucho menos preguntó por su significado. Quedó sin palabras. Nada dijo. No se atrevió a sugerir una respuesta por temor a su reacción. Imaginó que solo dos dedos suyos le bastarían para derribarlo y no estaba dispuesto a comprobar su sospecha…

—*Usted está equivocado. Su apellido tiene que ser Amon…no Amun…* —afirmó con el ceño fruncido

Lautaro no respondió…quedó atónito y sin saber cómo reaccionar. El hombre ponía en dudas su apellido y esto lo excedió. No supo cómo resolver semejante situación y se mantuvo en silencio. Estaba solo en un lugar desconocido, con un gigante que hace vibrar las paredes solo con su vozarrón y que a todas luces parece no tener mucho sentido del humor.

—*Sabe*…—dijo el hombre un poco más calmo y dando visos de humanidad— *si fuera Amon, en hebreo, usted sería "buena persona", pero Amun, en egipcio significa "el oculto" o "el padre de todos los vientos" y en cualquiera de los casos representa a la desgracia… ¿lo comprende?*

—*¡Nnno, señor!... no tengo su sabiduría…*—respondió fingiendo una postura sumisa para no alterarlo más.

—*¡Lo dije…un idiota!... no puede comprender ni lo más elemental*— farfulló y enseguida agregó…

—*Nada bueno hay en lo oculto y el padre de todos los vientos es una tempestad… ¿lo entiende ahora?*

—*Ssí, sí, claro, ahora comprendo* —titubeó.

—De ahora en más, u*sted será Amon… ¿de acuerdo?*

—*Sí, sí, por supuesto…*—afirmó Lautaro con la clara intención de no contradecirle.

—*Porque en el reino de los cielos solo son bienvenidas la "buenas personas"* —concluyó.

—*Está bien, me parece muy razonable…* —dijo Lautaro… pero antes de pudiera decir algo más, Jesús lo interrumpió…

—*Nadie y mucho menos yo puede permitir que al reino de los cielos*

ingrese alguien que no sea una buena persona y usted más tarde o más temprano querrá entrar allí y conocer a mi padre, ¿verdad?…

—Entiendo…entiendo…

—¿Entiende?... ¿qué es lo que entiende? —vociferó Jesús…

—E…en…tiendo que usted no p…puede permitir que alguien que no sea b…buena persona entre al reino de los cielos… —susurró entrecortado.

—¿Comprende por qué?

—¿Porque usted cuida la puerta de acceso? —respondió sin razonar y al hacerlo se arrepintió de inmediato imaginando que eso desataría toda la furia del hombre. Pero lo dicho, dicho estaba y ya no tenía escapatoria…

—¡Exacto! Veo que usted no es tan idiota como creí. Soy Jesús de Nazaret y por lo tanto debo aliviar la tarea de mi padre.

Al escuchar esto, Lautaro miró hacia la puerta y su primera intensión fue la de huir de allí, pero enseguida recordó que no conocía el camino de regreso y tampoco se arriesgaría a desatar la cólera de este hombre. Estaba en presencia de un demente y seguirle la corriente parece ser la opción más adecuada.

—¡Sígame, "buena persona", comamos y bebamos buen vino para festejar su llegada, ja, ja, ja! Más tarde voy a mostrarle dónde va a dormir esta noche…—le dijo mientras atravesaban un jardín interno rodeado de murallas hasta llegar a un lugar que parecía ser una cocina.

—¡Sí, sí…estoy hambriento y también muy sediento, ja, ja, ja! —respondió aprensivamente disimulando su nerviosismo. Debe evitar, bajo cualquier pretexto, decir algo que pueda desatar la furia de este hombre; de hecho, necesita ganarse su confianza y hará cualquier cosa para lograrlo. Y vaya si lo logró; Jesús, riendo a carcajadas, dijo *—¡allí tiene una silla… siéntese que buscaré algo para comer!* — y le apoyó una de sus manos sobre la espalda y lo empujó hacia adelante con tanta fuerza que Lautaro trastabilló dando las dos zancadas más largas que haya dado en toda su vida. A duras penas logró aferrarse a una de las sillas que había alrededor de una mesa ubicada en el centro mismo del enorme salón. Todo era de dimensiones desproporcionadas y Lautaro cada vez se empequeñecía más.

El gigantón abrió las puertas de una alacena y extrajo de ella pan, mantequilla y queso de cabra. Los depositó sobre la mesa, justo enfrente de donde se había sentado Lautaro y señalándole el pan, le ordenó…

—¡Si tiene suficiente fuerza, pártalo en dos! Voy por el vino y enseguida regreso…

El muchacho no era débil ni enclenque, pero el pan era de proporciones formidables y, aunque estaba caliente, no parecía recién horneado…es más, estaba duro y olía rancio. Sus manos no lograban

aferrarlo con suficiente firmeza como para partirlo; solo pudo separar algunos mendrugos que, temerosamente, diseminó por toda la mesa. La enorme hogaza olía pésimo, la mantequilla, con algunos puntos negros, estaba amarillenta y sabía agria y el queso tenía manchas de color verde lo que suponía serían hongos ya añejos. Imaginó mil excusas para rechazar el convite sin ofender a su anfitrión, pero ninguna le pareció propicia. Pronto, Jesús apareció con un ánfora lleno de vino y dos copas entrelazadas en sus dedos. Se sentó enfrente de él y lo miró sonriente…

—Siente apetito… ¿verdad? —le preguntó

El joven iba a responder que no, que ya había saciado su hambre, pero no quiso arriesgarse y dijo…

—Más que apetito lo que tengo es mucho sueño y si usted no se opone quisiera retirarme a dormir…

—¿Tan pronto? ¡Si ni siquiera probó bocado! …Vamos, pruebe esta delicia…— Y entonces, tomó un trozo de pan, lo untó con mantequilla y cortó una rebanada de queso que colocó encima… y se lo ofreció. Pero, su sonrisa había desaparecido. Lautaro pensó que rechazarlo sería muy riesgoso para su integridad física. Tragó saliva, cerró sus ojos y lo introdujo en su boca; creyó que iba a vomitarlo todo, pero algo que no esperaba sucedió... lo que estaba degustando era el manjar más exquisito que había probado en su vida; el pan se deshacía en su boca y sabía verdaderamente a recién horneado, la mantequilla a crema recién amasada y el queso era de una fineza excepcional. Abrió sus ojos y vio delante suyo a un hombre que evidentemente esperaba un comentario de aprobación. La hosquedad en su rostro había desaparecido; más bien era un niño expectante y deseoso de recibir un elogio. Lautaro no pudo responder…se aferró con desespero a cuanto trozo de pan alcanzó y los engulló con la impaciencia de un perro hambriento.

—Ja, ja, ja… ¡sabía que le iba a gustar! Si hubiera visto la cara de asco que puso cuando le acerqué el pan, seguramente no se reconocería ahora.

—Perdón, Jesús, es que siempre fui muy desconfiado y, además, créame, el aspecto que tienen sus panes no son de lo más tentadores, ¿verdad?

—Como dice mi padre…son los misterios de la fe…

—Eso parece más una frase bíblica…

—De eso se trata la fe, de creer ¿no?

El joven no es devoto a ningún credo y este diálogo giraba en un sentido que no le agradaba. Siempre creyó que las conversaciones sobre religión y política conducen a discusiones donde los fanatismos afloran demasiado rápido. Pero si en algo debía darle la razón a Jesús, era que no se había equivocado cuando dijo que era una cuestión de

fe, porque sin creer en él se había encomendado a Dios antes de introducir el pan en su boca.

Y se lo contó…

—¡Vio, Lautaro! Y seguramente él lo escuchó…— y señaló con su dedo índice hacia arriba al momento de decirlo.

—¿Cree usted eso? —preguntó Lautaro

—No solo lo creo, sino que estoy seguro de que fue así… él está mucho más cerca de que usted piensa y su oído es sumamente fino… ya tendrá oportunidad de conocerlo personalmente…

—¡Válgame Dios, que la boca se la haga a un lado, Jesús!

—Ja, ja, ja… es un tanto malhumorado, pero es un hombre bueno y cariñoso. Bueno, ya es tarde; acabe su vino que lo voy a guiar a sus aposentos.

Después de subir, entre paredes de piedra, por una interminable escalera caracol, llegan al final del recorrido en donde solo hay dos rústicas e inmensas puertas de madera. Ambas están cerradas. Jesús se detuvo enfrente de una de ellas y le dijo…

—Hemos llegado… aquí pasará la noche.

De uno de sus bolsillos extrajo un manojo de llaves, seleccionó una y abrió la puerta del lado izquierdo. Él mismo había cargado el equipaje de Lautaro y no bien ingresó a la habitación lo arrojó bruscamente sobre una banqueta que, estratégicamente, estaba ubicada al frente de la única cama que hay en la habitación. Encendió un candil y pronto una tenue luminosidad invadió el lugar. Enseguida se acercó a la cama y descorrió las cobijas. Lautaro, que no perdía detalle de sus movimientos, vio algo debajo de las sábanas que atrajo su atención…

— ¿Qué son esas cosas allí? —preguntó con desconfianza.

Jesús, sonriendo con malicia, respondió…

—Oh, nada de qué preocuparse…solo son unas pocas chinches. Se quitan con facilidad… vea usted…

E introdujo sus manos debajo del colchón y lo volcó estrepitosamente. Sorprendidas, las chinches se escurrieron hacia todos los rincones a una velocidad increíble y tan solo un pestañeo después, no quedaban ni rastros de ellas. Riendo sonoramente, Jesús miró a los ojos de su huésped y con su mano abierta señaló la cama y lo invitó a comprobar por sí mismo que el peligro había desaparecido. Lautaro no salía de su asombro; con suspicacia se acercó y, aunque comprobó que por encima de las cobijas no había ninguno de aquellos repugnantes insectos, al dar un paso hacia atrás escuchó un típico crac. Levantó su pie y comprobó que había aplastado algo que, a su entender, era uno de ellos. Con una mueca de asco dibujada en su rostro, refregó la suela de su zapato sobre los maderos del piso procurando quitarse los restos que seguramente habían quedado

adheridos a ella.

Jesús lo miraba con intriga y en silencio; parecía aguardar su aprobación…

—Discúlpeme, Jesús, pero yo no puedo dormir allí… no pegaría un ojo en toda la noche.

—Sabía que diría eso… recuerde lo que le sucedió hace tan solo unos momentos cuando probó mis panes, mi mantequilla y mi queso… todo es una cuestión de fe.

Nada más dijo. Dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta, pero antes de cruzarla se volvió y sonriendo le repitió…

—Créame, todo es una cuestión de fe…

Y entonces, desapareció de su vista.

Lautaro dudaba. Una y otra vez observaba la cama, pero no se atrevía a tumbarse sobre en ella. Pero a decir verdad el cansancio lo estaba doblegando y pensó que, si agitaba una vez más a las sábanas y también a los cobertores, se aseguraría de eliminar cualquier vestigio de chinches que pudieren haber quedado. Y así lo hizo. Con todo hizo un gran bollo, se corrió hasta la ventana y las sacudió con vehemencia. Solo cuando se aseguró de que ningún insecto hubiere quedado aferrado a las sábanas, las estiró a lo largo de la cama y se acostó. Pero lo hizo totalmente vestido; ni siquiera se quitó sus zapatos. Aun así, no lograba relajarse. Recostado y mirando hacia el techo, se mantuvo despierto por unos cuantos e interminables minutos. Estaba atento a las sensaciones en su piel… cualquier cosquilleo, por mínimo que fuera, sería motivo suficiente para saltar fuera de la cama. Pero nada de eso ocurrió, los insectos no regresaron.

La mañana siguiente, un rayo de sol se filtró a través de los cristales y lo torturó hasta lograr su cometido: despertarlo. Se desperezó todo cuanto el largo de sus brazos dio y se sentó en el borde de la cama. Fue entonces cuando, alarmado, recordó a las chinches de la noche anterior y con movimientos rayanos con la histeria revisó cada centímetro de su cuerpo en busca de ronchas; pero milagrosamente no halló ninguna y la paz regresó a su alma. Había dormido profundamente y se sentía descansado. Con la claridad del día, recorrió con su vista a toda la habitación. Descubrió que la austeridad con que estaba decorada no se condice con la opulencia palaciega donde está emplazada. Una sola ventana sin cortinados, la cama donde durmió y unos pocos detalles más.

Y entonces, por el resquicio de la puerta se filtró un fuerte aroma a café recién tostado que despertó su apetito. La tentación fue tal que en pocos segundos olvidó por completo lo que había ocurrido la noche pasada. Buscó donde higienizarse antes de bajar en busca de lo que imaginó un delicioso desayuno reparador. En un rincón y justo por debajo de un esquinero colgante había una mesa pequeña con unos

aguamaniles prolijamente acomodados por encima; lavó su cara, se enjuagó la boca y ordenó sus cabellos. Era hora de ir al encuentro de Jesús.

Tanteó el picaporte, pero la puerta no cedió…estaba trabada. Vio que en el ojo de la cerradura no había ninguna llave y se preguntó qué estaba sucediendo. No desesperó, pero la intranquilidad se apoderó de él; fue hasta la ventana y, para observar al exterior de la torre, sacó su cabeza por ella… con preocupación comprobó que el suelo estaba demasiado lejos, no menos de veinte metros de altura. Imposible salir por allí. Supo que estaba encerrado y entonces su corazón comenzó a latir cada vez con mayor rapidez. Aunque se negaba a creer que Jesús lo había dejado confinado intencionalmente no podía evitar pensar lo contrario. Pero enseguida recordó sus palabras…" *todo es una cuestión de fe"* y se dio ánimos. Y lo intentó nuevamente. Se auto convenció de que esta vez se abriría y bajó el picaporte con vehemencia, pero nada… la puerta no se movió ni un ápice. Comenzó a desmoralizarse y maldijo el momento en que se dejó convencer por la anciana que lo llevó hasta allí. Ahora estaba cautivo en una torre, en la cima de una montaña y en manos de un demente que se cree Jesucristo. Comenzó a golpear la puerta con desesperación y en un momento escuchó un ruido metálico sobre su cabeza. Levantó la vista y vio una barra de hierro cruzada de lado a lado y trabándola. —*"yo no hice eso"*— dijo para sus adentros… —*"jamás coloqué esta tranca… ni siquiera me acerqué a la puerta…eso no pudo llegar hasta ahí solo… ¿seré sonámbulo?"*— se cuestionó. Y mientras lo hacía, quitó la barra y la puerta se abrió milagrosamente, o al menos, eso es lo que creyó.

Confundido, comenzó a bajar por las escaleras; la idea de huir del castillo se volvía cada vez más urgente. Olvidó a su apetito y a la sensación de paz que lo había embargado hace tan solo unos instantes. Los pensamientos negativos se apoderaron de él muy rápidamente y la necesidad de alejarse de este lugar se volvió imperativa. Una tras otra enumeró a todas las extrañezas vividas desde que llegó al palacio y no pudo hallar lógica en ninguna de ellas. Sus sentimientos hacia Jesús estaban encontrados…le temía, pero al mismo tiempo dudaba sobre su ferocidad. —"*Quizás solo sea un grandulón malhumorado carente de afectos esperando que lo rescaten"*— pensó. Pero, a pesar de la mística que envuelve a este hombre, estaba cada vez menos dispuesto a averiguar si era un ser pacífico o un demente que pueda poner en riesgo a su integridad. Y ya no pensó más, lo había decidido; tiene que salir de allí; solo debe procurar ser sigiloso para no alertar al corpulento sujeto.

Llegó al último de los escalones y se detuvo a escuchar. No oyó ruidos. El silencio es absoluto. El lugar parece desierto; la cocina, donde la noche anterior había comido, estaba a oscuras y con las

ventanas y sus postigos cerrados. Husmeó en el salón contiguo y luego en otro y otro más y cuando se aseguró de estar solo, caminó lentamente por la pasarela central de los jardines internos, sorteando cuidadosamente a los obstáculos que hallaba a su paso que, de golpearlos, podían delatarlo. Tenía la extraña sensación de ser observado a cada paso y por eso miraba en todas direcciones y sin perder de vista a los balcones que asoman en cada habitación. Hasta que, por fin, llegó a la puerta principal, la que da al exterior del alcázar. Extremando su precaución, la abrió sin hacer ni el mínimo crujido. Oteó en todas direcciones y cuando se aseguró de que el camino estaba libre, apuró sus pasos. La libertad estaba tan solo unos cuantos metros adelante. Fue entonces cuando recordó que su equipaje había quedado en la alcoba y maldijo en voz baja por su descuido. —*"No importa, ya veré como me las arreglo sin él"* —pensó. Y continuó andando.

Pero, de pronto, a sus espaldas escuchó un gran alboroto de risas; se volteó no sin algo de nerviosismo. Un poco más allá y rodeado de una decena de niños estaba Jesús. Jugaban al gallito ciego. Los pequeños no parecían temerle, de hecho, todos parecían disfrutar de su compañía. En eso, Jesús advirtió su presencia…

—*¡Ahh, Lautaro!… al fin despertó. Venga, juegue con nosotros…* — dijo gesticulando con sus manos para indicarle que se acerque.

—*Ho…hola, Jesús. Lo siento, pero no puedo quedarme a jugar con ustedes…debo bajar al pueblo y conseguir un empleo.*

—*No conseguirá un empleo aquí.*

—*¿Por qué no? Soy hábil con las manos y mis brazos son fuertes; puedo trabajar duro, si me lo propongo…*

—*Este lugar es distinto a todos. No es como usted piensa… nadie da trabajo a extraños.*

—*Pero, entonces, ¿cómo voy a subsistir?*

—*Aquí siempre va a tener que comer y también donde dormir…*

—*Es que no quiero vivir de limosnas* —insistió Lautaro

—*No es tan malo eso… muchas instituciones lo hacen, especialmente de donde usted viene.*

—*No gracias… prefiero ganarme el pan como todos*

—*Está bien… es su elección. Vaya y que tenga mucha suerte…*

Jesús no dio muestras de preocupación por su actitud; de hecho, lo ignoró y continuó su juego con los niños. Lautaro, en cambio, sumamente confundido, quedó pensando en sus palabras. Su temor había desaparecido como por arte de magia. Aquella escena le había quitado sus miedos y se preguntó si no había exagerado al emitir juicios sobre aquel hombre. Y fue entonces cuando comenzó a cuestionarse por haber tomado la decisión de venir a este pueblo sin antes haber estudiado sus costumbres y medios de vida. Pero,

extrañamente y por más esfuerzo que hizo, no logró recordar el momento en que planeó el viaje. De hecho, tampoco recuerda de dónde vino ni su pasado ni nada que lo relacione a una vida anterior y una luz de alerta se encendió en su cabeza. Mas, intentó quitarles dramatismo a sus pensamientos y concluyó que su pérdida de la memoria es temporal y lo justificó por el stress que le generó la noche anterior.

—Pero, ¿quién es realmente este hombretón? —se preguntó. De solo verlo, a cualquiera se le hiela la sangre; en cambio, frente a los niños parece un niño más. Quizás debió aceptar el convite a jugar, empero, se había propuesto bajar al pueblo y probar suerte con algún empleo. Giró sobre sí y comenzó a andar, no obstante, antes de comenzar el descenso, se detuvo por unos instantes para voltearse y ver aquella escena una vez más. Y enseguida continuó.

Caminó tan solo unos cuantos minutos y después de doblar un recodo, se encontró con un hombre que había trastabillado y, accidentalmente, su pesada carga se había diseminado por el suelo. Se detuvo y comenzó a ayudarle a recoger cada una de las piezas que traía. El hombre, sorprendido, sonrió y le agradeció. Le extendió su mano derecha y…

—Hola, soy Severino Marcos

—Hola Severino, mi nombre es Lautaro Amon… perdón, Amun…es que… — E iba a explicarle el porqué de su equivocación, pero prefirió callar. Sería largo y tedioso y probablemente aquel hombre jamás entendería *—mejor olvídelo—* dijo encogiéndose de hombros y continuó con su labor.

Cuando el último de los pescados quedó ordenado adentro de las canastas, el hombre extrajo, de su alforja, una botella con agua. Eligió con sumo cuidado a uno de sus pescados, lo lavó prolijamente y se lo ofreció en señal de agradecimiento…

—¡Tome, "buena persona", llévelo…es fresco y muy sabroso!

—Oh, gracias, pero no tengo dónde cocinarlo. Acabo de llegar y aún no me instalo. En otro momento, con gusto se lo aceptaré…

—Entiendo… gracias por la ayuda…—respondió Severino. Se encorvó para alcanzar el palo de bambú de donde penden las pesadas cestas con los pescados y lo cruzó sobre sus hombros. Con alguna dificultad se enderezó y comenzó a caminar cuesta arriba. Era un hombre de edad avanzada y el peso que transportaba parecía excesivo para sus años. Pero no se quejaba; apenas si manifestaba alguna molestia de sus frágiles huesos con una mueca casi imperceptible de dolor en su rostro.

Lautaro le sonrió y levantó su mano a modo de saludo y sin decir nada retomó su camino. Dio unos pocos pasos y se detuvo. Aún retumbaban aquellas palabras en su cabeza. Se volteó y…

—¡Oiga, Señor! … Señor Severino ¿me escucha? — dijo en voz alta

El pescador se detuvo y giró su cuerpo, pero solo lo suficiente como para poder verlo…mas, nada dijo…

—Usted es la segunda persona que me llama "buena persona" desde que llegué a este lugar… ¿por qué lo hizo? — le preguntó Lautaro

—Acaso… ¿no lo es? —respondió de modo irónico.

—Sí, creo que sí, pero… ¿porqué "buena persona" y no "buen hombre", por ejemplo? O, quizás, nada… o, "tome, amigo, lleve este obsequio…"

—Tiene razón, debiera haber usado otro término…perdóneme, por favor —se excusó.

—Por favor no se disculpe…no me ofendió, solo que me sorprendió que utilizó las mismas palabras que Jesús, el morador del castillo de allá arriba…

—¿Conoció a Jesús? —preguntó con sorpresa Severino

—Sí y también pasé la noche en su castillo…

—Oh, por Dios, dígame que está exagerando, por favor…

—¿Por qué habría de hacerlo? ¡Es la verdad!

—¿Sabe usted quién es?

—Sí, me lo dijo…Jesús de Nazaret

—Y, ¿lo dice así… tan…tan suelto de cuerpo?

—Oh, vamos, no creerá usted que él en realidad es Jesucristo, ¿verdad?

—Todos aquí creen que él es Jesucristo… ha hecho muchos milagros y créame que no son trucos…

—Cuénteme, Severino, cuénteme por favor…

—No, ahora no tengo tiempo…pero, siga mi consejo y no le diga de esto a nadie …

Está bien, seré muy respetuoso y nada diré… y, tampoco diré nada de nuestra conversación…

—¡Gracias! Y, a propósito, lo llamé así por su apellido…

—¡No lo puedo creer… él dijo lo mismo! ¿Es que todos hablan hebreo aquí?

—Todos no, pero muchos sí lo hacemos… está en las enseñanzas.

—Comprendo, buen hombre. Que tenga un buen día, Severino…

—Lo mismo usted… adiós.

Lautaro le dio la espalda y comenzó a descender el camino. Al recordar las palabras del viejo no pudo evitar esbozar una sonrisa maliciosa. — "*Otro loco más*"— pensó…

Iba tan imbuido en sus pensamientos que no vio la roca con la que tropezó y que le hizo perder pie. Supo que se iba de bruces y para evitar la caída intentó asirse de cualquier cosa que tuviera al alcance de sus manos. Finalmente, no lo logró. Dando tumbos sin control, rodó cuesta abajo hasta que se detuvo justo en el borde mismo de un

precipicio tan profundo que a duras penas podía divisar el fondo. Fue escalofriante pensar que la noche anterior había caminado a oscuras por este mismo sendero desconociendo la siniestralidad que se ocultaba entre las tinieblas y a escasos centímetros del borde. Recordó a la anciana y una sensación extraña lo envolvió. Ella lo había acompañado hasta el castillo y más tarde regresó por el tenebroso sendero sola y alumbrándose únicamente con la claridad de las estrellas. Esa mujer, pensó, debió ser muy valiente para atreverse a tanto y su admiración por ella lo embargó de repente.

Se puso de pie y se sacudió el polvo de sus ropas. No estaba herido y apenas si tenía un par de magullones que no lo limitarían para retomar el camino. Solo que esta vez será más precavido.

Asegurando cada paso, comenzó a descender. Lo hizo lento y observando cada detalle del camino. No tropezará dos veces en el mismo día.

Pronto y al doblar en un recodo, divisó a la población que, desde aquella altura se veía diminuta e insignificante. Un rato después y cuando apenas había comenzado a transitar por sus calles, pensó en buscar un lugar donde comer algo. No se había desayunado aún y por su apetito feroz, oye claramente como murmura su estómago. Las calles de Puerto Mollejas están desiertas y el silencio es tal que hiere a los oídos. Solo se escucha, a lo lejos, el ladrido de un perro. Lautaro observaba todo con asombro, sin perder detalle de lo que la villa le ofrecía. Aquella era una imagen espectral; parecía un pueblo fantasma. Algunas chozas estaban enclaustradas en la ladera rocosa de una montaña y eso incrementaba aún más su misterio. Otras, en cambio, parecían hacer equilibrio justo donde el acantilado se precipita hacia el mar. Nada en este pueblo parece normal. Lautaro siguió caminando y mirando en todas direcciones. No puede creer que, en este lugar, que tan solo en la tarde de ayer había una multitud, hoy no haya nadie. Y entonces lo vio…como si fuera parte de la pared enmohecida donde está empotrado, un cartel que reza… ***Posada El Pretencioso*** y un poco más allá una cabaña de madera con techo de paja que se erige entre algunos arbustos y una formación rocosa de colores vívidos. Lautaro subió los únicos dos peldaños que tiene la escalera de acceso y tanteó el picaporte de la puerta de acceso. Pero la puerta no se abrió. Pensó que quizás era demasiado temprano, aunque su reloj pulsera indica que faltan cinco para las diez. Tímidamente llamó golpeando con sus nudillos en uno de los cristales y aguardó. Nadie respondió. Desanimado se volteó con la intensión de regresar por donde vino y buscar otro lugar donde desayunarse. Y entonces…

—¡*Ahhhh! ¡Qué susto me ha dado!* —exclamó espantado al ver al hombre que estaba a sus espaldas viéndolo con gesto adusto. Jamás lo escuchó acercarse y tenía aspecto más de gnomo que humano… de

contextura robusta, pero con baja estatura, nariz larga y regordeta, orejas grandes y puntiagudas que asoman, abriéndose paso, entre sus enrulados cabellos blancos. Y, como abrigo de su voluminosa cabeza, un gorro color verde, de fieltro prensado y con un pompón rojo en la punta que se recuesta sobre uno de sus lados.

El hombrecito permanecía en silencio y lo miraba fijo sin mosquearse, siquiera. No se inmutó aun cuando Lautaro se tomó el pecho para sentir los latidos de su corazón que parecía querer escaparse de su caja torácica. Solo cuando hubo recuperado parte de su aliento, aspiró profundamente y le preguntó…

—Buen hombre… ¿puede decirme donde hallar un lugar donde beber algo de café y comer algunas galletas?

El hombre no respondió, solo se limitó a apartarlo de su camino, no sin algo de brusquedad. Le apoyó la mano izquierda sobre un costado del cuerpo y, con facilidad, lo corrió hacia un lado. Era pequeño pero fornido.

Ingresó a la choza, dejó la puerta abierta y desapareció en su interior. Lautaro, sin comprender el porqué de su actitud descortés, decidió alejarse de allí; bajó uno a uno los dos los peldaños de la escalinata y antes de que pusiera un pie en el camino, escuchó a sus espaldas…

—¡Oiga!… ¿va a entrar o no?

Sorprendido, se apuró a responder—*Sí, sí, claro… ¡muchas gracias buen hombre!* — dijo entusiasmado.

—¡Siéntese en aquella mesa! —le ordenó al tiempo que señaló la ubicación del fondo del salón *—Es el lugar que tengo reservado para los mendigos…* —agregó con evidente malhumor.

Al escuchar esto, Lautaro reaccionó…

—¡hey, hey, hey! Yo no soy un mendigo… voy a pagarle por sus servicios…—exclamó demostrando su indignación. Pero el pequeño Mollejano no se amilanó…

—¿Ah sí? Solo mírese la suciedad que trae en sus ropas…

—¡Es que sufrí un percance en el camino!

—Sí, sí, claro — se burló de él

—Además, tengo dinero…

—¡No me sirve su dinero!… —le espetó

—Yo creo que sí… ya vi lo que hacen cuando viene el tren. Ustedes, los Mollejanos, se agolpan como ovejas detrás de los mercaderes que viajan hasta aquí para ofrecerles sus productos. Y, ¿sabe que más vi?

—… — el hombre quedó en silencio, inmóvil, inexpresivo, como aguardando a que continúe…

—Vi que todos ustedes son estafados de la peor manera y solo porque son tan inocentes que creen que trocando sus bienes ganan en el cambio…

Al escucharlo, el hombre quedó petrificado. Nadie se atrevió

jamás a hablarle así. El trueque estaba tan arraigado en sus costumbres que jamás consideró otra opción. Lautaro, desde la seguridad con que lo dijo, logró desestabilizarlo y el hombre comenzó a dudar; y Lautaro lo percibió, sabía cómo generar expectativas y entonces prosiguió…

—*Pienso que es hora de que comprenda que el trueque es cosa del pasado. Créame amigo mío* (había incorporado un término al que los pobladores de Puerto Mollejas no estaban habituados, pero que a sus oídos resultó grato), *así jamás va a tener acceso a ninguna otra cosa que no sea lo que los mercaderes le ofrezcan a cambio de sus productos. Y, ¿es justo para ustedes? No, claro que no. Allí afuera, detrás de la frontera, hay otro mundo… otro mundo ávido de poseer sus mercancías, sus manufacturas, sus artesanías y todo lo que ustedes quieran ofrecerles. Pero para eso, necesitarán dinero y el dinero se consigue vendiendo, no trocando…*

Y no agregó más…solo quedó con la vista fija sobre una mesa y jugueteando con las correas del morral que lleva cruzado en bandolera sobre su pecho. Había hablado y ahora solo le resta aguardar su reacción. Y esta llegó unos cuantos segundos después. El hombre, sin decir nada, giró sobre sí mismo y cruzó apurado la única puerta que tenía a sus espaldas.

Lautaro, intrigado, no supo si eso era bueno o malo, pero en su corta estadía en el pueblo descubrió que este lugar era una mina de oro para sus intereses y que con algo de suerte y su verborragia obtendrá fácilmente pingües ganancias y por ende no tiene otra opción que aguardar. Había comenzado a hilar un plan y apresurarse solo arruinará esta oportunidad. Mientras tanto, mata el tiempo observando el entorno con cierto interés. Es un salón comedor con solo siete mesas dispuestas una muy cerca de otras, con una ambientación escasa y todo apretujado en un espacio reducido; resulta obvio que nadie concurre a este lugar por su aspecto, sino porque no existe en el pueblo otra posada igual. Sus paredes carecen de decoración y solo en una de ellas hay una ventana reticulada de cuatro vidrios que permanece cerrada lo mismo que los postigos del exterior. El aire, un tanto viciado, huele al humo de los cigarros de los parroquianos que han quedado impregnados en los maderos. Pero cuando se confunde con los aromas que emanan de las conservas apiñadas en los estantes, de las patas de cerdo saladas que penden del techo y de los licores artesanales que se cuentan por cientos detrás de la barra del bar, no resulta desagradable al olfato. En el cielorraso, una enorme viga de madera lo cruza en diagonal y da soporte a toda su estructura. De ella penden dos enormes candelabros de ocho velones que iluminan tenuemente a ambos extremos del salón. El piso, de tablones rústicos sin pulir, crujen dolorosamente al caminar sobre

ellos. Lautaro observa el lugar e intenta calcular cuántos años lleva en ese mismo estado; probablemente veinte o más, imaginó. Pero, de pronto, todos sus pensamientos se vieron interrumpidos; la puerta se abrió de golpe y el hombrecito de aspecto fiero regresó con una bandeja colmada de exquisiteces que desplegó sobre una de las mesas. Lo miró displicente y sin decir palabra, le señaló una silla indicándole que tome asiento. Luego le sirvió café, le agregó leche caliente y sin preguntarle cuántos deseaba, le agregó dos terrones de azúcar. Luego, se sentó enfrente de él y le dijo…

—Muy bien, jovencito… ¿cuánto cree que vale todo esto en su maldito dinero?

Lautaro sabe que no debe extralimitarse en su valoración, al menos si pretende atraer la atención de su escucha. Tiene un plan y si regatea en esta primera transacción, jamás va a lograr imponer la idea que surca por su mente. Se puso de pie, adoptó una pose fingida y entonces dijo…

—Este es un desayuno muy completo y a la vista es muy tentador. Huele bien y estoy seguro que sabe mejor. Todos sus ingredientes son, en apariencia, de buena calidad y se presentan en una abundante cantidad… mmh, a ojos de buen cubero y sin temor a equivocarme, bien valen unas tres monedas de bronce más una de cobre— respondió sin quitar la vista de la mesa ni tampoco los dos dedos que sostienen a su mentón, postura que tomó para darse corte y parecer un experto al hablar. Y fue entonces cuando extrajo las cuatro monedas de su bolsillo y los dejó caer sobre la mesa. Al verlas tan brillantes y escuchar el seductor tintineo de sus metales, aquel émulo de duendes sintió el deseo de tomarlas y darse por satisfecho, pero en el último instante se contuvo y...

—Creo que su oferta es razonable, pero si la acepto, ¿qué cree usted que debo hacer con ellas? —preguntó en un tono de voz bajo y sin aquella actitud hostil de hace minutos.

—Guardarlas, por supuesto—respondió Lautaro con absoluto convencimiento y dejando una puerta abierta para continuar con el diálogo. Ya había generado la intriga y ahora solo debe esperar a que el pez atrape el anzuelo.

—Está bien… pero, al hacerlo ¿qué beneficios obtengo?

—Simple…usted tendrá en sus bolsillos las primeras cuatro monedas que más tarde le servirán para otras transacciones. Usted es un hombre respetado en la comunidad y si logra que los demás desistan de trocar sus productos en lugar de venderlos, usted podrá reunir cada día más monedas y comenzará una nueva vida. Solo imagine lo que significará para sus seres queridos tener la posibilidad de obtener bienes que, de otra manera, les están vedados.

—Es que…

—¿Sí? Dígame, por favor…

—Es que… jamás hemos dado valor a nuestros productos en otra moneda que no sea la de nuestros trueques.

—Oh vamos, es muy sencillo de hacer…conozco muy bien aquel mundo del que le hablé y sé de valores. Puedo ayudarlos…

—¿Haría eso?

—Claro que sí, pero primero debe decirme cómo se llama usted. Mi nombre es Lautaro Amun…

—¡Válgame Dios! —exclamó con espanto el hombrecito…

—¿Qué ocurre?

—Debe haber una equivocación… ¡usted no puede apellidarse Amun!

—No puedo creerlo… es la tercera persona que me lo hace saber… el primero fue Jesús, el seg… —dijo Lautaro con un dejo de enojo y entonces el hombrecito lo interrumpió aún más asombrado…

—¿Jesús, dijo?

—Sí, Jesús dije, y el segund…

—¿Usted conoció a Jesús? —volvió a interrumpirlo…

—Sí, conocí a Jesús, cené con él y pernocté en su castillo… perdón, ¿va a interrumpirme ante cada palabra que diga?

—No, no… es que…

—Es que… ¿qué? — dijo Lautaro con evidente fastidio

—Es que usted es un forastero y Jesús… —y entonces hizo una pausa; comprendió que iba a hablar de más y optó por cerrar su boca. El joven había pasado la noche en el castillo y si ahora está conversando con él, algo diferente debe tener. La prudencia llama a silencio.

Lautaro advirtió de inmediato que el gigante que dice ser Jesús de Nazaret ejerce una extraña influencia sobre estas personas; primero fue Severino y ahora él. Ambos se mostraron intrigados al escuchar su relato y se extrañaron de que hubiera salido ileso del castillo.

Quedó pensativo. Una demoníaca idea cruzó por su mente. Si no comete errores puede sacar buen partido de esta situación. Debe averiguar más, especialmente si Jesús influye de igual manera en las vidas de las otras personas o es solo en estas dos. Y entonces, exagerando sus modos, dejó entrever cierta familiaridad con el gigante sembrando dudas que confundieron aún más a su interlocutor…

—¡Oh vamos! Él en persona me abrió la puerta del castillo y si bien al principio estuvo un tanto malhumorado, comprendió de inmediato quién soy y me ofreció hospedaje y comida. Creo que es una buena persona — respondió sin mencionar el terror que había sentido aquella noche.

—Igor

—Perdón, pero no entendí…

—Igor Leprechaun es mi nombre…

Lautaro no pudo evitar sonreír para sus adentros—*Diablos…*

Leprechaun…no podía ser de otra manera ¿dónde me metí esta vez? — pensó.

CAPITULO II

Entre tanto, unos pocos Mollejanos, habían puesto en ejecución un código de señas con el que se comunican entre sí cada vez que la paz del pueblo se ve alterada. Sin que lo advirtiera, desde que ingresó al pueblo, Lautaro había sido observado con detenimiento. Desde el anonimato que les proporcionan los cortinados de sus ventanas, lo espiaron sin perder detalle de su derrotero. En Puerto Mollejas no hay teléfonos, pero sí un ancestral y sofisticado método de comunicación que incluye signos de manos, mohines y mímicas rayanas con la ridiculez. Todas las viviendas están dispuestas de tal manera que una, al menos, está suficientemente cerca de la otra como para poder descifrar los mensajes que se envían entre ellos; quien quiera enviar un recado solo debe hacer sonar una campanilla para atraer la atención del vecino más cercano y comenzar gesticular. Es tan eficiente que en pocos minutos las noticias llegan hasta los más recónditos lugares del pueblo y casi sin distorsiones. Pronto, todos sabían que Lautaro Amun había ingresado en la posada y que ha estado allí por mucho tiempo. Estaban extrañados y la ansiedad los carcomía por dentro. *¿qué hacía este joven en casa de Igor? ¿Acaso se conocían de antes?* Todas las miradas estaban clavadas en aquel lugar y ninguno pierde detalle de los escasos movimientos que allí se producen, aunque estos fueran efímeros. Pero necesitan saber más y el código de señas, para esta ocasión, ya es insuficiente. Todos concluyen en que, para lograr un mejor control, deben acercarse más y mejorar así el ángulo de vigilancia. Pero, ninguno desea quedar al descubierto mientras corre hasta el nuevo punto de observación y aunque solo deben avanzar unos cuantos metros, en Puerto Mollejas esto puede ser extremadamente complejo; sus calles son tan empinadas y resbaladizas que a menudo atentan con la estabilidad natural de los cuerpos y los patinazos están a la orden del día.

Subrepticiamente, hombres y mujeres abandonaron sus puestos de vigilancia y cual comandos especiales corrieron en zigzag hasta la cabaña de Samay Willka, la viuda más joven de la aldea. Aquel, es el punto más próximo a la posada de Leprechaun y, desde allí, la vigilia será más efectiva. Uno tras otro se apiñan en el porche de la vivienda de la viuda y casi con desesperación golpean a su puerta. Ella los había visto llegar y rápidamente les franquea el paso. Pronto cayó en

la cuenta de que en la sala había ya demasiadas personas. El lugar es algo exiguo y, aunque la mayoría de ellos están agolpados en frente de la única ventana que ofrece vistas de la posada de Igor, moverse entre tantos es una tarea titánica. Aun así, Samay cumple a rajatabla con los dictámenes que ancestralmente han estado enraizadas en la comunidad y haciendo gala de su equilibrio, ofrece vino rojo y queso fresco para los hombres y te con galletitas dulces entre las mujeres. Su casa se ha convertido en el observatorio más concurrido de Puerto Mollejas y nadie quedará sin su atención personalizada, especialmente aquellos a los que ella vea como potenciales esposos. Lleva demasiado tiempo sola y necesita imperiosamente un hombre que la proteja y que le provea del sustento diario. En una comunidad tan estricta, eso es indispensable para cualquier mujer en estado de viudez. Ya ha superado con creces las pruebas de honestidad a las que fue sometida cuando enviudó y no es un riesgo para ninguna mujer comprometida.

Pero, en esta ocasión, a ninguno de los hombres parecen importarles las necesidades de Samay y no le prestan atención. Solo se limitan a tomar las bebidas de la bandeja y solo unos pocos le agradece la cortesía. Y todo porque el objetivo es otro… hay un forastero en el pueblo y deben saber con qué intensiones llegó. Fue entonces cuando alguien sugirió un motivo y de pronto comenzaron a hablar al unísono; unos sostenían que era un enviado del extranjero, otros que era un aventurero; todos tenían algo que decir al respecto y cada quien esboza su propia teoría. Teoría que era refutada de inmediato por una opinión diferente. Pero coincidentemente, aquellas eran suposiciones sin fundamento, aunque quienes las habían vertido aseguraran lo contrario. Pronto la casa de Samay se vuelve un murmullo generalizado que es tan bullicioso que puede escucharse a cien metros de distancia. Todos cuchichean al mismo tiempo, y al hacerlo nadie mira a los ojos de ninguno; es como si hablaran solo por el hecho de hablar. Solo se escuchan frases sin sentido y con destino incierto.

Aun así, la atención está puesta en lo que sucede a tan solo unos pasos de distancia. Están expectantes y nada deseaban más que ver salir al forastero para correrse hasta el lugar y fustigar con preguntas a su convecino. Pero, los minutos corren y en la posada de Leprechaun no se observa ningún movimiento.

De pronto, los postigos de la única ventana de la fonda se abrieron ruidosamente y todos quedaron inmóviles y en el más absoluto silencio. El murmuro colectivo cesó de golpe y nadie se mueve ni un ápice del lugar en que está. Han quedado paralizados esperando que algo ocurra. No se escucha volar ni a una mosca; todos contienen hasta la respiración para no hacer ruido. Aguardan y aguardan, pero en la posada de Igor, nada sucede. Allí tampoco se

escuchan voces, ni rumores… es una escena inanimada. Los minutos pasan y las poses en que algunos quedaron se tornan incómodas; sus músculos les exigen distenderse y es entonces cuando comienzan a cambiar de posición. Cualquier cosa que tengan a mano sirve para asirse y así acomodar sus cuerpos, pero no siempre logran hacerlo en silencio. Sillas que se arrastran, mesas que tambalean y vasos que accidentalmente caen estallando sobre el piso. —¡*Shhhh, silencio*! —se escucha desde el fondo. Y una vez más, todos quedaron inmóviles. Pero solo fue un por unos instantes… el cansancio y los calambres comenzaron a aparecer y ya nadie pudo evitar el barullo. Una vez más se escucharon las protestas y los pedidos de silencio, pero esta vez no hubo quietud. A las advertencias le sucedieron las respuestas que, en tonos cada vez más elevados, rompieron con la paz y la armonía del lugar y todas las precauciones por mantenerse invisibles quedó en la nada misma. No faltaron los reproches, ni los insultos y en segundos nada más todo se convirtió en un verdadero caos; sillas que vuelan por los aires, golpes de puño a granel, ojos morados y un griterío que solo fue sofocado cuando, advertido por el alboroto, apareció la figura de Igor, de pie en el umbral de la puerta de entrada y con expresión de enojo en su mirada. Al verlo, todos quedaron paralizados; ninguno supo cómo reaccionar. Algunos se habían congelado en una misma escena con sus puños listos para golpear, con sus ojos fuera de sus órbitas, sorprendidos, petrificados. Igor, era la persona menos esperada y estaba allí, observándolos, incrédulo de lo que veía y …

—*¿Qué diablos sucede aquí?* —gritó con tal vozarrón que hizo vibrar los cristales.

Nadie se atrevió a responder, tampoco nadie le diría la verdad. Hacerlo sería firmar su propia sentencia de muerte. Igor es, después de Jesús, a quien más temen en toda la comunidad y decirle que lo estaban espiando es suficiente para despertar toda su ira. De él se han escuchado historias que, de solo imaginarlas, erizan la piel. Le adjudican poderes extra naturales, capaz de generar hechizos permanentes, de mutilar cuerpos con solo un pestañeo o simplemente dominar la mente de quienes se opongan a sus designios. En el imaginario popular afirman que está enemistado con Jesús por sus vínculos estrechos con el demonio, aunque nadie pudo jamás comprobar tales aseveraciones. Y, aquel pequeño ogro estaba allí, con sus brazos en jarra exigiendo explicaciones ante semejante gresca. Fue entonces cuando, desde el fondo y haciendo gala de su feminidad, Samay se hizo notar; con la punta de sus dedos levantó sutilmente su pollera para poder atravesar aquel desorden sin riesgo de engancharse en los restos de lo que fueron sus muebles antes de ser destruidos durante la batahola. Pasó por encima de hombres derribados, más por el alcohol que por los golpes, esquivó a otros que aún permanecen en

pie y caminó lentamente hasta él. Lo hizo con la soltura y gracia de una gacela y con una sonrisa tan seductora que, al verla, todos quedaron pasmados. Igor, viudo como ella, sintió palpitaciones cada vez más fuertes y ante el estupor general, quedó sin palabras y solo logró balbucear algunas frases indescifrables.

Samay, sustancialmente más alta que él, lo tomó de una de sus manos y lo alejó de allí mientras le susurraba al oído una explicación de los hechos que difícilmente alguien pudiera creer. Pero Igor, deslumbrado por su andar grácil, daría por verdad cualquier cosa que ella le dijera.

Adentro, en la cabaña, nadie salía de su asombro; jamás habían visto a Igor tan abatido y pocos imaginaron que Samay pudiera ser tan persuasiva. Anonadados, algunos que se sabían libres de compromiso, comenzaron a preguntarse porqué jamás le prestaron atención. Aquella mujer, que para muchos era una pobre viuda, ahora, como por arte de magia, se había convertido en una conquista imposible de realizar. Todos vieron como lo tomó de la mano y como gesto fue suficiente prueba. Ya nadie se atrevería a disputársela jamás. Pero, Samay, inocentemente, solo quiso distraerlo de la situación que se había generado y salvar así a los hombres de la vergüenza que significaría arrodillarse ante él abatidos por una creencia popular cuya veracidad nunca nadie pudo comprobar. Tarde comprenderá que con ese gesto selló su propio futuro amoroso; en todo Puerto Mollejas ya no habrá hombre que se atreva a conquistarla por temor a la ira de Igor.

Cuando regresó, encontró a su hogar vacío, pero con el desorden intacto. Todos habían desaparecido tan rápido como llegaron. Ya nadie se interesa por saber que había ocurrido entre ellos y hasta habían olvidado el motivo por el que se había generado la batahola. Esa misma noche y con la almohada como su única confidente, lloró sus penas.

La mañana siguiente, Puerto Mollejas amaneció lluvioso y parece desierto. La quietud es pasmosa; solo se escuchan los sonidos de la lluvia repiqueteando sobre los tejados y, esporádicamente, a los arroyuelos cantarines descendiendo por las laderas de la montaña. No hay gentes por las calles. Es sabido que, en días como éste, los aldeanos no se arriesgarían a un patinazo fatal ni por el más justificado de los motivos. El moho sobre la piedra suele ser tan traicionero que solo con pisar en falso a menudo se acaba con un cuerpo magullado, en el mejor de los casos. Todos conocen los peligros de transitar por sus empinadas arterias cuando las rocas brillan; todos menos Lautaro Amun. Quizás el destino quiso que así fuera porque nadie vio cuando llamó a la puerta de Samay.

— ¡*Por favor!* —dijo en tono de súplica —*¿sería tan amable de*

darme cobijo hasta que pase el aguacero? Me llamo Lautaro y la lluvia me sorprendió. Pensé en regresar al castillo, pero temo a lo resbaladizo del sendero y a mi falta de experiencia…

Para Samay era la visita menos esperada y aunque la sorpresa la invadió, no iba a desaprovechar la oportunidad de saber más sobre él y de sus intenciones…

—Sí, buen hombre…sé quién es usted, pase y tome asiento, por favor — le dijo olvidando que su aspecto y su hogar estaban aún en un completo desorden.

—Gracias…no sabe cuánto se lo agradezco — dijo mientras elegía una silla que no estuviera quebrada o sin una de sus patas. Ella, de pie y frente a él, alisó su falda con la palma de sus manos procurando plisar sus tablas. Fue un gesto instintivo que no escapó a la mirada del joven que sonrió al comprobar su feminidad.

—Ay, perdón por el desorden…es que… —(ella supo que se había apresurado al dejarlo pasar y ahora debe justificarse para no caer en el error de decir algo impropio y que revele el real motivo de semejante batahola)— *es que… los jueves, es decir, los miércoles o… algunas veces*…(titubea) *algunas veces… sí, algunas veces vienen los amigos de mi difunto esposo a recordarlo y… usted sabe, beben de más y… y… el resultado está a la vista, ¿no? ¡Ja, ja, ja!*

—Uff… ¡qué manera de recordar a un amigo! —respondió él pretendiendo ser gracioso

—Sí…pero no se preocupe que después vienen y reparan todo…— intentó justificarse Samay sonrojándose luego de escucharse decir tamaña sonsera…

—No me preocupo…las sillas son suyas, señora…

—Ja, ja, ja… sí, claro — rio forzadamente.

Samay bajó la vista y quedó en silencio por unos momentos; temía seguir hablando y dar una mala imagen. Pero no pudo evitar mirarlo de reojo. El joven es atractivo y quizás sea el único hombre del pueblo que no le rinda pleitesía a Igor. Recordó que unos momentos antes él dijo que la lluvia lo había sorprendido al querer regresar al castillo y el único castillo que ella conoce es el de Jesús. Deduce, por sus palabras, que si pretende regresar es porque ya estuvo allí y, si quiere hacerlo es porque no teme volver.

"Es diferente a todos los hombres del pueblo; *es educado, viste gracioso y su andar es cautivador. ¡Mmh, además huele bien!"* —pensó mientras lo observa con disimulo. Sin saberlo, aquella inesperada visita alentó a su imaginación. Su mente divaga y fantasea con ello. Lo supone valiente, poderoso y desafiante, sin que nadie se oponga a sus designios. Por su desvarío escenifica situaciones inexistentes, enfrentamientos hombre a hombre contra Jesús y luego contra Igor, viendo como doblega a sus voluntades tan solo con su presencia.

Samay idealiza a aquellos hechos como situaciones reales. Ya no puede evitarlo…había sido atrapada por los tentáculos de una entelequia. Su mente la guía por senderos fantásticos y sus ojos visten a Lautaro como un caballero, con una armadura medieval, con un escudo real grabado a fuego en sus petos de acero, con su yelmo adornado con un penacho rojo, montado sobre un corcel blanco y esgrimiendo su espada justiciera. Y comenzó a ilusionarse con una vida a su lado.

Ella nunca había conocido a nadie semejante. Misterioso, enigmático y probablemente tan poderoso que su destino solo sea de grandeza. Creyó, entonces, que quedarse junto a él puede ser la mejor idea que se le haya ocurrido en años.

—*¿Se siente bien?* —preguntó Lautaro al verla imbuida en sus pensamientos y tan petrificada como las rocas que revisten a la cabaña.

La pregunta la volvió a la realidad.

—*Sí…sí es que…*— y entonces vio reflejada su imagen en un espejo ubicado a espaldas del joven. Sus cabellos lucían revueltos y enredados. Su aspecto era deprimente y poco interesante para alguien a quien pretendía conquistar. Antes, el llamado de Lautaro la había despertado y abrió la puerta sin antes acicalarse. Ahora debe enmendar ese error y…

—*Señor…* —dijo en tono aniñado

—*Lautaro…Lautaro a secas, por favor…*

—*¿Sí? ¡Qué amable…! está bien… señor Lautaro…*

—*No…no, por favor… nada de señor… llámeme Lautaro, simplemente Lautaro…*

Ella percibió cierto brillo en sus ojos y sonrió reconfortada…tragó saliva y continuó…

¿Sería tan amable de disculparme por unos momentos?

—*Sí, claro…*

Y ella agregó…

—*Sobre la estufa hay café caliente… sírvase, por favor, que enseguida regreso…*

—*Gracias, lo haré… discúlpeme, pero… ¿su nombre es…?*

—*Samay…Sam, si lo desea…*—respondió sonriendo con un dejo de picardía…

—*Ok, Sam*

—*Siéntase a gusto, por favor…*

Giró sobre sí misma y corrió a su dormitorio. Cruzó la puerta como un vendaval y la cerró detrás suyo. Acababa de amanecer y su apariencia era desastrosa. Rápidamente cepilló con esmero sus cabellos, afinó sus pestañas con resaltador, puso algo de color en sus labios y cambió sus ropas arrugadas por otras limpias y alisadas. Pero

en medio de todo eso, la asaltó una duda: ella es joven aún, pero Lautaro lo es más y teme que alguien lo note y arruine sus planes. "*Quizás, si logro confundirlos, nadie lo advierta*", pensó. Samay sabe que las reglas de Puerto Mollejas no pueden romperse y una de ellas fija que los matrimonios consagrados dentro de la comunidad deben estar constituidos por hombres mayores que sus esposas. Pero, para ella, esta es una emergencia y estaba dispuesta a incumplir con la tradición aún a sabiendas de las consecuencias que esto podía acarrearle. *Después de todo* —pensó— *quienes habían dictado aquellas normas seguramente fueron unos desquiciados que vieron en ellas como obtener beneficios personales.* Recordó, entonces, la vez que uno de los notables se había acercado a ella aduciendo justamente esta pauta y lo mucho que sufrió por haberlo rechazado. Rápidamente quitó de su mente aquellos odiosos recuerdos y salió al encuentro de su joven caballero.

—*¿Desayunamos?* —sugirió displicente para no mostrarse tan ofrecida.

—*Sí, gracias…* —respondió Lautaro que, al verla, quedó sorprendido. Aquella mujer desalineada que momentos antes lo había dejado, regresó cautivadora y con dejos de hechicera. Ella, de reojo observó su reacción y sonrió satisfecha consigo misma. Sus ojos la habían besado mucho antes de lo que lo hará su boca.

—*Aún llueve y el clima tal vez empeore…* —agregó Samay acunando su figura insinuándose sensual. Habían sido pocas palabras, pero encerraban un mensaje subliminal: *"quizás debas quedarte más tiempo del que tenías planeado"*.

La providencia lo había puesto allí y ella no desaprovechará la oportunidad de atraparlo.

Al mismo tiempo y no lejos de allí, Mateo Denoble (el boticario), su esposa Doris, Moisés Linares (autodenominado regente de todos los viñateros) y su cónyuge Gladys, se desplazaron subrepticiamente hasta la posada de Igor. Son dos de los matrimonios más encumbrados de Puerto Mollejas que asumen responsabilidades que nadie les pidió. Pero ello, suponen, les da ciertos privilegios y eso, de alguna manera, los iguala al posadero respecto de su posición social. Aún desconocen qué fue lo que sucedió entre Igor y el joven forastero, pero se han propuesto averiguarlo.

La lluvia, por momentos intensa, cae copiosamente dificultando aún más la travesía. La cuesta para llegar a la posada es tan empinada que hasta los burros de carga se resbalan, pero la veteranía que les dieron los años lidiando contra estos atajos jabonosos, les instruyó en técnicas para vencer cualquier pendiente por riesgosa que sea.

Estas técnicas, a los ojos de los más jóvenes, son una pérdida de tiempo, pero ellos no tienen aún los recuerdos dolorosos de las caídas

del pasado.

Fueron varios minutos de caminar hasta alcanzar la galería de la posada y así ponerse a resguardo del mal tiempo. La lluvia había empapado a sus abrigos y, a pesar de estar cubiertas por sendos sombreros, también a sus cabelleras. Los hombres se quitaron sus capas y las sacudieron para escurrirlas, pero las damas, irritadas al ver a sus rizos chorreantes, buscan con desespero algo con qué secárselos. Tanto alboroto hizo que Igor abriera la puerta de golpe. Los cuatro quedaron mudos e inmóviles. El sopetón del asombro les impidió hacer algo. Igor se sorprendió al verlos allí, calados y chorreantes. Supo de inmediato que aquella no era una visita social. Se hizo a un lado y les franqueó el paso…

—tomen asiento, amigos, que ya les traigo algo caliente para beber — les dijo para disimular su sorpresa.

Fue Moisés quien le respondió…

—Gracias, pero no estamos aquí para eso. Necesitamos hablar contigo…

Igor se mostró desconcertado, aunque en sus fueros íntimos sabía por qué se habían llegado hasta allí…

—Está bien, pero pueden beber algo de café y comer un bocado mientras tanto…

—No lo tomes a mal, Igor, pero necesitamos saber qué es lo que está ocurriendo aquí…—insistió Moisés

—¿Pueden ser más claros?

—El forastero bajó desde el castillo de Jesús, donde sabemos que pernoctó y vino hasta aquí, sin detenerse en ningún lugar…

Moisés Linares había tomado la iniciativa mientras los demás lo apoyaron con gestos de aprobación, asintiendo con la cabeza ante cada palabra dicha por él.

—Sí… y sabemos que lo hizo sin detenerse en ningún lugar…él vino directamente hasta aquí —acotó en tono altanero su esposa Gladys.

—Claro, Gladys, lo acaba de decir tu esposo…—respondió Igor con ironía

—Bueno… es que… es que solo quería recalcarlo…—aclaró Gladys sonrojándose por el desacierto.

—Así es, Igor… y, te preguntamos… ¿qué es todo esto? —Insistió Mateo, con acerbo y sin pudor al inmiscuirse en la intimidad de Igor.

Igor, no se mostró sorprendido.

Sin siquiera mirarlos, caminó con paso cansino hasta el fondo del salón comedor, justo donde está la mesa donde antes se había desayunado Lautaro. Apartó la silla que ocupó el joven y tomó un recorte de género de toalla que pende de su espaldar. Con irritante parsimonia secó sus manos. Luego se quitó el gorro dejando al descubierto una incipiente calvicie y frunció el ceño. Recién entonces

se volvió hacia ellos. Quienes lo conocen y en Puerto Mollejas eso significa todos, saben que estos gestos anteceden a la iracundia con la que habitualmente reacciona ante quienes alteran su paz. Igor es malhumorado y por mucho menos suele enrojecer de ira, maldecir a los cuatro vientos y recurrir a conjuros intimidantes que ponen en fuga hasta al más valiente de los hombres. Pero esta vez hay mujeres involucradas y por sobre todas las cosas él es un caballero, o al menos eso cree. No obstante, y aunque estuvieran los hombres solos, también cuidaría las formas porque son considerados ilustres dentro de la comunidad y no iría en contra de sus nombramientos.

Ellos aún aguardan una respuesta que parece nunca llegar, pero a pesar de la ansiedad que los carcome por dentro, nada más dicen. Saben que ya habían sobrepasado los límites de la cordura sometiéndolo a un interrogatorio tan inquisidor. Igor es hombre bajo, extremadamente bajo, aun así, su fama lo antecede y nadie se atreve a incomodarlo; ni siquiera los montañeses, célebres por su rusticidad y fortaleza.

Asió dos sillas en cada mano y las arrastró hasta ellos. Con un simple gesto les ofreció asiento. Luego acercó un banquillo de patas largas y trepó a él, asegurándose así quedar a la misma altura. Todos lo observan expectantes.

Y entonces…

—*Amigos* —dijo por lo bajo y en tono apenas audible —*a partir de mañana dejo de atender la posada…*

—*¿Quéééé?* —preguntaron al unísono

—*Lo que escucharon… El Pretencioso, cierra sus puertas…*

—*¡Pero, Igor!... si ella desaparece… ¿adónde vamos a ir cada vez que queramos cenar fuera de casa?*

—*Mmh, no es un problema mío…*

—*Igor… ¡escúchame, por favor! Llevas más de cuarenta años haciendo esto y así como así tiras todo por la borda ¿y abandonas el barco?* —preguntó Doris, acongojada y con la glotis obstruyendo su garganta.

—*Doris, amiga mía, siento mucho que ya no tengas donde ir cada vez que tu esposo te pida que cocines para él, pero tomé una decisión y nada hará que vuelva atrás.*

—*Al menos dinos que fue lo que te llevó a tomar tan drástica medida* —insistió Gladys.

—*El aburrimiento… mis días son todos iguales y desde que enviudé, también lo son mis noches … Y me dije basta…merezco algo más… eso es todo.*

—*Por qué no te buscas una esposa…ha pasado mucho tiempo ya desde que Ángela se fue…* —sugirió Moisés antes de que su tobillo estallara de dolor por el puntapié que le aplicó su esposa.

—Bueno, quizás lo haga o quizás ya lo he hecho —dijo sonriendo con picardía.

—¡Oh, Igor… no me digas que te has enamorado! —exclamó Doris

—Algo así… —insinuó

—Vamos, no nos dejes en ascuas… ¿quién es la agraciada? —insistió Doris

—No, no…nada de nombres…nada de nombres, todavía —respondió Igor sonrojándose como un niño

—¿Cómo que nada de nombres? ¿Acaso crees que puedes ocultarnos a tu chica por mucho tiempo?

—No dije eso…

—¿Ella no lo sabe aún?

—No…

—Tal vez podamos ayudarte… —sugirió Gladys con complicidad *—Tal vez ella esté muy cerca… ¿me equivoco?*

—Basta, basta… ya les dije demasiado —exclamó Igor con gesto adusto. Saberse descubierto le molestó.

Moisés supo que el hombre estaba en problemas y por una cuestión de género alguien debía socorrerlo del acoso de sus esposas y cambió drásticamente el rumbo de la conversación…

—Igor, amigo mío, ¿qué es lo que harás de ahora en más? Creí que la posada era toda tu vida.

Igor lo miró con alivio…alguien que se había apiadado de su alma y lo rescató de aquellas fisgonas de su intimidad. Sonriendo con el mismo placer de quien obtuvo un premio en la lotería, metió su mano derecha en el bolsillo de su pantalón y extrajo las monedas de bronce y cobre que Lautaro le había pagado por el desayuno y las dejó sobre una de las mesas…

—Y lo es, pero ¿Alguien vio algo semejante a esto alguna vez? respondió

—¿Dónde obtuviste este dinero?

—Lautaro Amun, el forastero, pagó mis servicios con ellas…

—Y, ¿por qué se las aceptaste? ¿Qué diablos harás con ellas? Aquí no tienen ningún valor. Perdóname por lo que voy a decirte, amigo mío, pero el muchacho te estafó.

—No, él no me estafó…solo me enseñó algo diferente. Me dijo cómo ganar dinero para llevar una vida sin limitaciones, para acceder a beneficios que ahora nos están vedados… ¡Y, si fueran inteligentes, deberían imitarme!

Me habló de todo lo que podemos adquirir allá, detrás de la montaña, en la gran ciudad…también de todo lo que podemos venderles.

—No, gracias… a mí no me convence tan fácil. ¿Qué sabemos nosotros de ese mundo? Nada…absolutamente nada. Y además… ¿por qué cambiar? Nuestro sistema de trueque funciona a la perfección desde

tiempos inmemoriales…la comunidad es feliz, vivimos en paz y sin sobresaltos. Piensa que, involucrarnos en un estilo de vida diferente y desconocido, será un fracaso anunciado… seríamos carne de cañón para los buitres que anidan en la gran urbe.

—Él se ofreció a ayudarnos…sabe muy bien cómo hacerlo… nos ayudará a dar valor a nuestros productos y hasta intermediará por nosotros… sólo debemos proveerlo de una muestra de lo que fabriquemos…él las llevará y nos conseguirá compradores buenos. Luego, las transacciones las hacemos nosotros… siempre tendremos el control de nuestro negocio… ¿qué podemos perder?

—No lo sé… no confío en quien no conozco…— agregó Mateo Denoble

—Mateo, no debes confiar en él…— prosiguió Igor *—déjalo que nos ayude con los asuntos que no entendemos, como hallar compradores y vendedores, cartillas de precios de mercado, etc. Y luego nosotros discutiremos las operaciones directamente y sin su intermediación. Él solo nos dirá cuánto valen nuestros productos en aquel mercado y conseguirá quien se interese por ellos…lo demás corre por nuestra cuenta…*

—No lo sé, Igor…se ve como algo demasiado fácil —acotó Moisés.

—Está bien, no me sigan. Pero después no digan que no se los advertí. El futuro está allí. Por lo pronto, a partir de mañana, la posada ya no estará abierta y si alguna vez retomo la actividad, cobraré en dinero contante y sonante.

—Habrá que ver quien tiene esa posibilidad, aparte del joven forastero…—dijo con sorna Gladys Benavente

—¡Quizás, para entonces, haya turistas en Puerto Mollejas! —respondió Igor sin mirarla.

—¿Turistas en Puerto Mollejas? ¡Ja, ja, ja! —rio Moisés, pero al observar los rostros serios de sus aliados, se llamó a silencio. Igor había logrado sembrar la duda entre ellos y eso le preocupa. Y entonces, agregó…

—Está bien, Igor…supongamos que acepto considerar la posibilidad de entrar en tu negocio…

—¡Hey, hey, hey…aguarda…aguarda un momento, nunca les ofrecí entrar en mi negocio! —lo interrumpió de pronto —*¡sólo dije lo que haría… pero lo haré solo o con la ayuda de Lautaro. ¡Si tú quieres arriesgarte, deberás hablar con él… pero deben saber que mi negocio es mi negocio…!*

—Ok…ok, entendimos…hablaremos con él. A propósito… ¿sabes dónde podemos encontrarlo?

—Imagino que en el castillo de Jesús…

—Bien, bien… en cuando amaine algo la lluvia iremos donde Jesús. Te deseo la mejor de las suertes…amigo…

—Mmbrrff…gracias —refunfuñó Igor. Estaba molesto con ellos.

Igor Leprechaun sabía que, si no ponía coto a los avances de Moisés y de Mateo, muy pronto estaría dándoles explicaciones de sus actos y rindiéndoles cuentas de sus acciones. No sería la primera vez que ellos intentaran imponer sus ideas y quedarse con el control absoluto de las acciones y tratar a los demás como si fueran sus súbditos.

Igor dio por concluida la reunión y se dirigió hasta la puerta; la abrió y quedó esperando a que los recién llegados interpretaran el mensaje de despedida. Ellos se fueron de allí tan rápido como llegaron.

Afuera, el clima no había cambiado y una vez más debieron lidiar con los patinazos sobre el suelo adoquinado de sus senderos. El camino de regreso no es largo, pero deben hacerlo extremando sus precauciones. De pronto, un rayo cayó cerca de ellos y el estruendo fue tal que los paralizó. Los hombres se miraron entre sí y haciendo gala de su desconsideración, dejaron a sus mujeres libradas a la buena de Dios y apuraron el paso para ponerse a resguardo de la lluvia. Ambos hicieron oídos sordos a los ruegos por ayuda de sus esposas, que más tarde se convirtieron en insultos, aunque estos, claro está, fueron hechos por lo bajo para evitar ser escuchados por algún inoportuno transeúnte que les recordara los votos de obediencia debida que juramentaron al momento de contraer matrimonio.

Gladys y Doris comprendieron que solo se tenían a sí mismas y de ellas dependía que llegaran a sus hogares sin magullones ni suciedades; se tomaron de la mano para darse apoyo y paso a paso y adoquín por adoquín fueron recorriendo lentamente el camino de regreso. Pero la lluvia arrecia cada vez más y fue entonces cuando aparecieron algunos chorrillos de agua que se interpusieron en su camino. Al principio, fueron unos simples hilos de agua, pero muy pronto ganaron en intensidad y tamaño. Y ya vadearlos significa inundar sus zapatos de fina piel de cabra y es bien sabido que al secarse se encojen y se arruinan. Fue entonces cuando Gladys intentó sortear a uno de ellos saltándolo. Pero olvidó anticipar de sus intenciones a Doris y quince metros ladera abajo, uno de los arroyuelos de montaña que cruza la aldea, detuvo a sus alocadas y resbaladizas carreras dejándolas sepultadas en agua y lodo. Quedaron perplejas e inmóviles, con sus asentaderas sobre el lecho de la rivera, aún tomadas de la mano y con la correntada salpicando a sus mentones. No se miran ni se hablan, de hecho, se resisten a creer que sucedió lo que les sucedió. Y si alguien pudiera leer sus mentes apostaría, sin temor a equivocarse, que sus pensamientos estaban ocupados en lograr comprender qué mal habían hecho para merecer esto.

Pero de pronto…

—*¡Sé de quién se enamoró Igor!* —exclamó Gladys, cual chusma de conventillo. Doris no salía de su asombro, ambas acababan de sobrevivir a una caída interminable y también habían arruinado sus prendas más finas y aquella mujer ¿solo pensaba en el supuesto idilio de Igor? La miró con desinterés, procuró componer sus faldas enredadas y luego intentó quitarse algo del lodo adherido a sus cabellos alisándolos con sus manos. Y se miraron a los ojos… y estallaron en carcajadas. Y lo hicieron libremente, sin tapujos ni testigos que pudieran cuestionárselos.

—*¡Está bien, amiga mía…cuéntame ya!* —Dijo Doris simulando secar sus lágrimas. La singularidad de esta humorada provocó un nuevo estallido de risas entre ellas, hasta que Gladys dijo…

—*Igor se enamoró de Samay Willka…*

—*¿Sam Willka?... ¡Noo… ¿lo dices por lo que sucedió ayer?*

—*¡Créelo, amiga mía…créelo! Ayer los vieron tomados de la mano y caminando juntos.*

—*¡Sí, claro! Todos la vieron, pero dicen que ella lo hizo para alejarlo de allí y evitar que las cosas pasaran a mayores…*

—*Doris, Doris, Doris, ¡qué inocente eres! Samay no es tonta y está desesperada por conseguir un marido y si ayer lo tomó de la mano es porque antes vio que Igor la correspondía. Eso es lo que nadie vio y lo que comprueba mi teoría.*

—*Gladys, conozco a Samay y no creo que ella vaya a cometer ese error. Es joven y hermosa. Igor es viejo y feo.*

—*Ya verás…ya verás…*

CAPÍTULO III

Un nuevo día amanece. Pronto, los cantares de la naturaleza irrumpen en la comunidad. No hay gentes caminando y tampoco se escuchan voces…solo los trinos de los pájaros, el balar de alguna oveja lejana o el ladrido histriónico de los perros que demuestran con algarabía su felicidad por el comienzo de una nueva jornada.

En Puerto Mollejas rara vez alguien transita sus calles antes del mediodía. Quienes laboran en los plantíos salieron de sus hogares al alba o inclusive antes; Severino Marcos, el pescador, se embarca al amanecer y quienes desarrollan actividades en sus hogares jamás salen antes de que las campanadas del castillo den las doce; mas, si alguien quebrantara su regularidad y saliera, no escaparía a los ojos atentos de

los que buscan denodadamente que esto suceda para dar parte de inmediato de tal novedad. Y, precisamente esto ocurrió cuando Doris, quien vive a escasos treinta pasos del hogar de Samay Willka, escuchó el chirriar de los goznes de una puerta al abrirse. Doris apuraba la cocción de una pócima para calmar dolores menstruales porque pronto una de sus "pacientes" pasará por su "consultorio" para retirarla. Su cocedura no es sencilla y requiere de atención permanente; si hay demasiado calor debajo del caldero todo el contenido se derramará por los bordes arruinando en un santiamén todo su trabajo. Sabe que no puede distraerse, pero lo que estaba viendo atrajo de sobremanera a su atención. Samay Willka había asomado medio cuerpo por la puerta entreabierta y observó con insistencia en todas direcciones. Doris sospecha de su actitud y aguzó la vista. En apariencia, la noche de su vecina había sido ajetreada y no precisamente por el diluvio que horas antes azotó a toda la comarca. Es sabido que Samay es una mujer hermosa, aunque no se preocupa demasiado por su aspecto. Pero el desorden alocado de sus cabellos, sus gestos corporales, el brillo de sus ojos y el rojo de sus labios corridos hacia sus mejillas, revelan algo más que largas horas de insomnio. Doris no le quita los ojos de encima, sabe que detrás de aquella escena se esconde un interrogante. Fue entonces cuando Samay advirtió que uno de los breteles de su camisón de seda cuelga en jirones. Procuró remediar el descuido y se cubrió cerrando el cuello de la bata con su mano derecha, pero fue demasiado tarde. Doris lo había visto todo. Ahora solo debe aguardar. Está ansiosa de descubrir lo que supone vendrá. Es entonces cuando su mente comienza a hilvanar conjeturas y apuesta consigo misma sobre quién fue el causante de su fragorosa experiencia. Sabe que pronto se develará el misterio…aguarda impaciente, huele el hedor de las hierbas medicinales que ya han sobrepasado los límites del caldero y comprende lo que ello significa, pero desviar la vista de aquella puerta implica perder la oportunidad de saber quién ha pasado la noche con Samay.

Y tanta espera al final dio sus frutos…

—*Oh, Dios mío…*—exclamó al verlo — *a Igor, saber esto no le va a causar gracia. Tengo que contarle a mi amiga…*

Una vez más el código de señas se puso en práctica. El aviso era claro: "*Gladys, ven de inmediato a mi consultorio"*

En pocos minutos el recado llegó a oídos de Gladys, pero antes de ello había pasado por demasiados escuchas que interpretaron aquel mensaje de manera diferente. Cada uno se alarmó por el enigma que encerraban aquellas palabras. El tema es demasiado importante como para discutirlo mediante señas y con la anuencia de Bartolomé, seis de ellos se reunieron en la capilla del pueblo. Es costumbre hacerlo allí

cuando hay que tratar asuntos de candente actualidad.

—*Creo que Gladys está embarazada…Doris la llamó con suma urgencia*— sugirió Greta, la esposa de Anastasio, el relojero.

—*Oh, vamos, ella no tiene edad para quedar embarazada*—dudó Gertrudis, una sesentona que descree del matrimonio y permanece soltera pese a las advertencias que recibió de parte de Bartolomé.

—*¿Por qué no? Con las nuevas pócimas puedes lograrlo, aunque hayas superado los cuarenta años…*—agregó la joven Matilde, madre de Juana, de solo dos meses.

—*Gladys los ha superado con creces… No, ella no está embarazada. Doris la citó por otro motivo y creo saber qué es…*—dijo Eleonora infundiendo misterio a sus palabras.

Eleonora, de cincuenta y tantos abriles, desconfía de todo y de todos y lo hace a cada instante. Oculta de las vistas y oídos de todos suele entonar arias de ópera en medio de los sembradíos de la campiña. Teme que alguien pudiera advertirle sobre las prohibiciones arcaicas que rigen en la comunidad y eso le ha llevado a descreer de las buenas intenciones de la mayoría de sus conciudadanos. Posee un registro mezzosoprano contralto y si cantara en otro sitio seguramente quedaría expuesta y entonces las sanciones contra ella estarán a solo un paso. Sin embargo, el temor a ser descubierta, infringiendo las reglas, le ha llevado a adoptar posturas que mucho distan de su personalidad sumisa. Es por eso que busca resaltar como una miembro díscola y buscapleitos como jamás fue; y sufre por ello…

—*¿Sí? Cuéntanos, por favor…*—dijo Anastasio que momentos antes se había incorporado al debate

—*Ellas son muy amigas… ¿verdad?* — continuó Eleonora captando la atención de todos

—*Sí…sí* —respondieron a coro

—*Bueno, hoy por la mañana olí en el aire algo diferente y no eran los típicos aromas a hierbas medicinales a los que Doris nos tiene acostumbrados… era algo distinto, fuerte, rancio, algo así como si carbonizara alguna sustancia. Saben ustedes y sé yo que Doris jamás logró descendencia y ahora estoy absolutamente segura que la pócima que preparó es para ella misma, para lograr su objetivo.*

—*Y, ¿cómo puedes estar tan segura?*

—*Ustedes no las vieron, pero yo sí…ayer por la tarde Gladys y Doris llegaron abrazadas y riendo a carcajadas, totalmente empapadas y cubiertas de lodo. Parecían borrachas. Creo, sin temor a equivocarme, que salieron a festejar el éxito de la pócima y hoy puedo asegurar que quien estará embarazada es precisamente Doris* —afirmó Eleonora con contundencia ante el asombro de las demás.

Entre tanto, en casa de Doris…

—*¿Por qué tanta urgencia en el llamado?* —preguntó Gladys

agitada luego de subir con apuro por la empinada cuesta.

—¡Siéntate porque lo que vas a escuchar no lo podrás creer…! —respondió Doris

—¡Vamos, habla de una buena vez mujer!

—¡Samay Willka pasó la noche con…

En eso, se escucharon estruendosos golpes a la puerta de entrada. Doris interrumpió el relato y se corrió hasta allí para ver quién llamaba con tanta insistencia. Abrió y…

—¡Doris, Doris, Doris…cuéntanos ya… queremos saber qué nos estás ocultando!

Greta, con sus brazos en jarra y expresión de enojo por lo que ella considera una falta grave, se envalentona frente a Doris y la increpa de manera ostensible. Lo hace sabiendo que cuenta con el respaldo implícito de su esposo Anastasio, de Matilde, de Gertrudis y también de Eleonora y Bartolomé que, desde atrás, la perforan con sus miradas inquisidoras.

Doris no sale de su asombro… ¿cómo pudieron ellos enterarse tan rápido si ni siquiera tuvo tiempo para contarle de su descubrimiento a su mejor amiga?

Bajo otras circunstancias, les hubiera cerrado la puerta en sus narices, pero Bartolomé es la autoridad religiosa por antonomasia y lo consideran inmaculado. Motivo suficiente para no extralimitarse. Se apartó y les cedió el paso. Tal como dictan las normas, preparó bebidas calientes para todos y las acompañó con algunas galletas recién horneadas. Recién entonces se preparó para hablar. Todas las miradas estaban centradas en ella, nadie habla y solo se escucha el crujir de las galletas y el sorbido de las infusiones que ponen a prueba a su misofonía. Doris odia las interpelaciones y en espacial cuando la interpelada es ella. Piensa qué decir. Debe elegir muy bien sus palabras porque está en juego la honorabilidad de una mujer y por ello se toma más tiempo del que sus circunstanciales visitantes están dispuestos a soportar…

—Doris, hija mía… —dijo Bartolomé antes de que ella pudiera decir algo *—veo que aún no tienes certezas y es comprensible que no hayas dicho nada hasta ahora, pero creo que, aunque sea tan solo una falsa alarma, debes mantenernos al tanto de tu situación gravitacional…*

—Sí, Doris, sabemos que has buscado esto por años y aunque se trate de algo tan privado y personal creemos que debes compartir con nosotros tu descubrimiento… quizás, tus logros, sirvan a más de una de nosotras… —agregó Matilde mientras recuerda su propia y triste experiencia por las dificultades que atravesó para quedar encinta.

Fue entonces cuando Doris comprendió todo. Suspiró aliviada y sonriendo les dijo…

—Imagino que ustedes creen que estoy en la dulce espera, ¿verdad?

—*¿No es así?* —preguntó Matilde con algo de desilusión por la respuesta que supone dará Doris

—*No, aún no… pero descuiden, ustedes serán los primeros en enterarse cuando ello ocurra…*

—*Pero, ¿estás cerca de lograrlo?* —insistió Eleonora disgustada por comprobar que sus afirmaciones estuvieran equivocadas.

—*¿chi lo sa*? —respondió Doris para dar por concluida la discusión.

—*¿Qué fue lo que dijo?* —preguntó alguien por lo bajo.

—*No lo sé…debe ser algún término medicinal. ¡Cállate y no preguntes más!* —le respondieron de igual forma

Gladys, entre tanto, presenció toda la escena sin comprender absolutamente nada. Su amiga, al advertirlo, le guiño un ojo y con una seña imperceptible le pidió paciencia. Primero debe deshacerse de los oídos indiscretos que invadieron su hogar, pero debe hacerlo con elegancia para no despertar sospechas.

—*Está bien, amigos, creo que he evacuado todas sus dudas, ahora debo atender a una paciente y les pido que nos den algo de privacidad…*— Dijo Doris señalando a Gladys…

—*¡Lo sabía… lo sabía!* —exclamó Greta — *¡eres tú quien ha quedado embarazada! —dijo* en tono acusador…

Gladys, sorprendida por aquella reacción desmesurada, quedó en silencio por unos cuantos segundos, hasta que estalló en carcajadas…

—*¡Ja, ja, ja!... ¿embarazada yo?... mujer, mírame… ¿crees que a mis sesenta puedo tener ganas de cambiar pañales? Además, por si no te has dado cuenta, en mi caso, la fábrica de hacer niños se cerró hace mucho… ¿No sé de dónde has sacado semejante disparate?*

Habían hecho el ridículo y Bartolomé no estaba dispuesto a agravar más la situación. Como si fueran ganado en pie comenzó a arriarlos hacia la salida para evitar que las cosas se salgan de curso. Greta, no conforme, balbuceó algo ininteligible, pero Anastasio la tomó por el brazo y la arrastró puertas afuera…

—*Basta mujer, ya me has hecho quedar como un tonto con tus teorías absurdas.* —le dijo con evidente enojo.

Doris cerró la puerta y suspiró aliviada. Gladys la miró a los ojos y…

—*¡Ja, ja, ja! ¿Qué fue eso? Bueno, amiga mía… apúrate a contarme antes de que nos interrumpan de nuevo*

—*El joven forastero pasó la noche con Samay Willka* —dijo Doris sin tapujos ni miramientos.

Gladys quedó boquiabierta y por más que lo intenta no logra emitir sonido alguno. Su amiga había largado el rollo sin más, de un solo golpe. Traga saliva y lo intenta una vez más, pero aun así… nada, ni una sola palabra salió de su boca. Había quedado estupefacta con la

noticia. Buscó un vaso con agua y lo bebió de un solo sorbo, aún a riesgo de atragantarse…

—Sí, tal como escuchaste… —insistió— *Y no la culpo… el muchacho es muy seductor y ella… bueno, ella ya sabemos cómo se siente después de la partida de su esposo…*

—Ese desgraciado ha venido para arruinar nuestras vidas… primero convenció a Igor con sus estupideces del dinero y ahora esto de Samay. Seguramente la vio desamparada, joven, hermosa y con las defensas bajas y se aprovechó de ella…

—Es probable, Gladys, pero yo no estaría tan segura de que Samay sea tan indefensa como dices…

—Debemos hablar con ella…

—Sí, Gladys, estoy de acuerdo contigo…

CAPÍTULO IV

Con el último aliento, Severino Marcos llegó a la cúspide del morro al que ha bautizado El Edén, a diferencia de lo que los demás pobladores llaman El Rompehuesos. Cada día, los ciento cuarenta metros que debe subir para llegar a su hogar, le parecen más largos que de costumbre. Ya no tiene edad para tanto esfuerzo y más de una vez ha pensado en construir una nueva cabaña en algún lugar más accesible. Pero, nada más lo piensa, se esfuerza por olvidarlo; hacerlo sería reconocer que está viejo y eso jamás se lo va a permitir.

Busca una roca donde sentarse antes de entrar. Unos pocos minutos serán suficientes para recuperar el resuello. Moro, su pastor alemán, lo observa en respetuoso silencio. Sabe lo que le sucede porque para él también pasan los años e intuye que se acerca el último viaje juntos. Ya sus patas crujen al caminar y los músculos le duelen cada vez más. Severino lo mira y le sonríe. Entre ellos no son necesarias las palabras. Han envejecido a la par y marchan inseparables desde mucho tiempo; cada día que pasa ambos tropiezan contra más obstáculos; obstáculos que antes sorteaban con facilidad. Ya no.

Un solo chasquido de dedos y el perro se levantó con rapidez; el tiempo de descanso ha concluido. Se acercan a la cabaña, pero de pronto se detienen. Desde adentro se oye una voz melodiosa entonando una canción de amor; es Azucena que sabe que el regreso de su esposo está próximo. Severino la escucha y su corazón se

acelera. Es la llama que late en su pecho quien lo impulsa a abalanzarse sobre el picaporte de la puerta, pero justo antes se contiene; lo hace por unos instantes. La voz de Azucena es un canto celestial a sus oídos y no quiere interrumpir tanto placer. Pero Moro no piensa igual y comenzó a ladrar delatándolos. Severino lo miró y le dijo…

—¡Pero si serás bocón!... tenías que descubrirnos, ¿no?...

Bajó el picaporte y abrió la puerta. Azucena, al verlo, corrió a sus brazos con el mismo amor con que lo hizo todas las tardes de su vida cuando regresa de pescar. Y lo besa apasionadamente… tanto como el primer día. Moro, sentado sobre sus patas traseras, los observa expectante mientras agita su cola enérgicamente.

Rato después…

—Vi a la gente del pueblo algo alterada… ¿sabes por qué?

—Rumores…

—¿Rumores?

—Ya los conoces…llega un forastero y enseguida se tejen historias difíciles de comprobar

—Sabes, hoy lo conocí… es un muchacho muy amable…él bajaba del castillo de Jesús justo cuando tropecé y dejé caer mi carga. Él me ayudó a recuperarla. Lautaro Amun, me dijo se llama; lo extraño fue que Jesús, al dejarle sus pescados, no me comentó nada…

—¿Amun? Imagino que no le habrás jugado una broma por su apellido…—Severino comenzó a sonreír, pero nada dijo *—¿Por qué sonríes…lo hiciste?*

—Bueno, sabes que no puedo resistirme a bromear cuando la oportunidad se presenta…

—Severino…mírame… ¿en verdad Jesús no te dijo nada?

—Bueno, sí… en realidad sí…

—Quiero creer que tú y ese grandulón amigo tuyo no lo asustaron ¿verdad?

—¡Ja, ja, ja! Sí, un poco… Jesús me contó que le hizo el truco del pan podrido y la mantequilla rancia. Dijo que el muchacho estaba tan asustado que se tragó el pan con los ojos cerrados sin saber que lo que estaba comiendo era pan recién horneado. Más tarde, en la habitación, el truco de las habichuelas… —Severino, ríe a carcajadas mientras relata la travesura de su amigo Jesús mientras Azucena lo escucha cruzada de brazos con gesto de desaprobación— *Ja, ja, ja… el pobre muchacho se fue a dormir creyendo que en realidad estaba en presencia de Jesucristo…*

—No me parece gracioso…

—¡Oh, vamos mujer! En este pueblo aburrido jamás sucede algo divertido…

—Sí, es verdad, pero aprovecharse de la inocencia de un jovencito

recién llegado, no está bien…quiero que le pidas disculpas… ¡y ahora mismo!

—Ahora estoy muy cansado para bajar al pueblo. Prometo hacerlo mañana…

—¿Antes o después de la reunión a la que convocaron…?

—No sé de qué me hablas, Azucena…

—Escuché que Igor cierra la posada y por eso es que Moisés ha hecho un llamado general para discutirlo.

—No entiendo… ¿qué diablos tenemos que opinar nosotros sobre sus asuntos? Si Igor quiere cerrar sus puertas, allá él. Yo no voy…

—Amor, creo que debemos ir… supe que el joven forastero lo convenció de hacerlo. Dicen que se avecinan cambios importantes para la comunidad.

—Ve tú… yo mañana temprano salgo a pescar, como todos los días…

Así, Severino Marcos dio por terminado el asunto. Azucena no insistió. Lo conoce bien y sabe que con hacerlo solo lo encaprichará aún más.

Entre tanto, en el castillo, Lautaro llama a la puerta golpeándola con los nudillos todo cuanto sus fuerzas dieron. Supone que así Jesús lo escuchará con mayor facilidad sin siquiera sospechar que "el loco", como lo bautizó en algún momento, lo aguardaba ansiosamente, y desde varios minutos, sentado pacientemente en una banqueta y a escasos centímetros de allí. Segundos después, la puerta se abre de par en par justo cuando Lautaro se aprestaba a aplicar otra seguidilla de golpes. De pronto, donde había una puerta para golpear solo quedaba un gran vacío y, por la inercia, el cuerpo de Lautaro se quedó sin sustento y por poco no se va de bruces contra el gigantón que lo observa desde adentro con una enorme sonrisa dibujada en su rostro.

Sorpresivamente, Jesús se abalanzó sobre él y lo atrajo hacia sí en un abrazo tan efusivo que si hubiera sido hecho por un oso lo estrujaría con menos fuerza. "El loco" estaba feliz de verlo y demostraba su cariño vehementemente…

—Sabía que ibas a regresar…ven conmigo que unos amigos y yo te estábamos esperando —le dijo sin darle chances de oponerse.

Lautaro tiene sentimientos encontrados hacia Jesús; cree que no está en sus cabales, pero el recuerdo de los enigmáticos hechos que se sucedieron aquella noche, lo confunden de sobremanera. Le teme, pero piensa que detrás de aquella fachada hay un hombre sensible. No obstante, y por precaución, jamás se opondría a sus caprichos, aunque éstos fueran extravagantes, como cuando le "ofreció" aquella galleta putrefacta con la mantequilla rancia, que a su paladar resultó ser un verdadero manjar. Nunca imaginó que Jesús le había jugado una broma y tal vez jamás lo sepa. Disfruta haciéndolo y más aún cuando su víctima se sorprende con su travesura. Solo unos pocos, entre los

que se cuentan su amigo Severino y algunos niños huérfanos que viven bajo el amparo de su protección, conocen de su debilidad por las chanzas.

Pero esta vez, Lautaro tiene planes diferentes. Solo regresó a buscar sus pertenencias y volver cuanto antes a los brazos de Samay. Solo que, sin siquiera sospecharlo, lo que le aguarda detrás de aquel abrazo cambiará su vida para siempre.

Jesús camina rápido y cuesta seguirle los pasos. Los pasillos del castillo, aunque sea pleno día, son oscuros y serpenteantes. Extraviarse detrás de cualquier recodo puede resultar catastrófico para Lautaro y sus consecuencias aún peores. Jesús no es precisamente alguien a quién él quisiera enojar porque su humor es tan cambiante que algo así puede trastocar su mente y su ira estallar por los aires.

No solo no debe perderlo de vista, sino que también debe mirar bien por dónde camina porque, por excéntrico que parezca, el castillo tiene pisos y paredes revestidos por miles y miles de diminutas mayólicas que, unidas entre sí, forman figuras extrañas que a su paso cobran vida y lo confunden. Unas son imágenes de jinetes montados sobre corceles desafiando a la muerte en batallas apocalípticas, otras de apacibles y ondulantes senderos adoquinados cruzando la campiña y más adelante aparecen algunas que son verdaderas fuentes victorianas, tan increíblemente reales que el agua parece verter de las paredes. Pero, además, cuando se volvió y miró hacia atrás, vio que las imágenes ya eran completamente diferentes. Lautaro, sorprendido, no comprende cómo los arquitectos que diseñaron del castillo lograron esa ilusión visual…—*¿es en realidad una ilusión?* —se preguntó extrañado.

Jesús, que lo había aventajado, aguardaba a que él llegara para abrir la puerta del final del pasillo. Con su mano derecha le hizo un gesto para que lo siguiera.

El lugar es gigantesco, con algunas paredes revestidas en madera y cientos de pinturas ordenadas simétricamente. En otras, una monumental biblioteca las cubre desde el piso al techo con sus estanterías repletas de ejemplares en casi todos los idiomas conocidos. Hay quienes sostienen que esos libros son los únicos que existen en toda la comarca y aquellos que deseen leerlos deben obtener primero la anuencia de Jesús.

Este es el sector más destacado del castillo y donde ocurren la mayoría de los eventos importantes.

En el centro exacto del salón, una alargada y enorme mesa de madera y hierro está servida. Colmada de bebidas, carnes asadas, frutas de estación y manjares por doquier que se exhiben tentadores a los ojos de los hambrientos comensales que, en derredor de ella, de pie y prolijamente ordenados, aguardan impacientes la orden para

comenzar el banquete.

Tardó en comprender que aquella recepción era en su honor hasta que uno de ellos se puso de pie y le señaló un lugar vacío que le estaba reservado. El misterioso hombre, vestido de levita de sarga de lana negra con solapas de pico y una chistera cubriendo su cabeza, parecía un prohombre del siglo dieciocho.

Lautaro los observó detenidamente y en silencio. Todos están ataviados con ropas de época a excepción de Jesús, que viste su habitual túnica blanca y sus sandalias de pescador. Por su aspecto y sus modales aquellos hombres parecían haber sido sacados de un libro de historia. Se acercó tímidamente a la mesa y con cierta desconfianza se ubicó en el lugar que le habían asignado. Su mente intentaba adivinar qué era lo que allí estaba ocurriendo. No se atreve a decir palabra alguna. Supone que es lo más prudente de hacer. Ya antes fue el hazmerreír de todos y si no fuera por aquella anciana que lo rescató a tiempo, todavía sería motivo de burlas y más burlas.

Fue entonces cuando lo vio. Allí estaba él, con su diminuto cuerpecito y apenas asomando su cabeza por encima de la mesa y solo reconocible por esa particularidad. Igor ya no tiene su gorro verde y pompón rojo. Ahora, al igual que los demás, viste de gala, aunque su chistera es más alta que para disimular su baja estatura. Y no necesitó más para entender el porqué de tal cenáculo. Todos lo miran expectantes y en silencio. Sabe que debe ser prudente y no hablar de más. Mientras todos ya se han sentado, él aún permanece de pie. Jesús, con disimulo gesticuló con sus ojos y le señaló la silla para que se siente. Nadie habla, pero el murmullo es ensordecedor. Fue entonces cuando se escuchó el tintineo de una copa de cristal que, al ser golpeada con extrema delicadeza, captó la atención de todos. Allí, en la cabecera y de pie, un barbado hombre de cabellera cenicienta ha llamado a silencio; suavemente y con movimientos estudiados, apoya la copa sobre la mesa, se quita el sombrero y lo deja a un lado. Todos los hombres lo imitan. Para darse corte, carraspea dos veces y aclara su voz. Erguido y ceremonioso mira a los ojos de cada uno y cuando ya nadie se mueve, dijo…

—Caballeros, quiero agradecerles haberse llegado hasta aquí y a Jesús, nuestro anfitrión, por este agasajo. Nos hemos convocado para homenajear a nuestro invitado, el señor Lautaro "Amon", a quien le pedimos nos honre compartiendo con nosotros sus conocimientos sobre monetarismos y mercadeos en la modernidad.

Lautaro no sale de su asombro. No da crédito a lo que acaba de escuchar. Solo había mantenido una conversación informal con Igor sobre cómo comercializar sus productos y estas personas dan por hecho que él es un experto economista. Sintió la tentación de aclarar que estaban equivocados, que solo es un entusiasta que cree que las transacciones en dinero contante y sonante son mejores y más justas que el trueque, pero algo lo detuvo. Aquellas palabras de bienvenida habían sonado a sus oídos como una advertencia más que a una invitación a disertar. Pero él es un joven ambicioso y sabe que las oportunidades solo se presentan una sola vez y la suya está ante él, en este momento y en este lugar. Y no la dejará pasar. Poco necesitó para darse cuenta de que detrás de aquellos rostros duros y amenazantes se esconden hombres faltos de información y demasiado crédulos. Y para un embustero como él donde hay crédulos hay dinero fácil. Idea rápidamente una estrategia en su mente. Ya tiene la atención de todos y cada uno de ellos. Sin proponérselo, su imagen se ha encumbrado hasta límites difíciles de imaginar. El panorama es ideal, pero aún falta el golpe de gracia; ninguno debe dudar de sus capacidades y para ello improvisó un discurso repitiendo casi con las mismas palabras un artículo que leyó, tiempo atrás, en el Financial Times.

No era la primera vez que lo hacía. Años atrás y recién salido de la pubertad, intentó seducir a la mujer de sus sueños. Ella, diez años mayor que él, era la hija de un magnate londinense y para ganarse su respeto, aprendió el significado de cada uno de los términos que el autor utilizó en aquella gacetilla para describir el mundo de los yuppies de Wall Street.

Tanto esa noche como en este cónclave, relató frases como si fuera un verdadero trader utilizando términos como bid-ask, spread, bear market, split, scrip dividend y yield, teniendo la más absoluta convicción de que ninguno de los presentes tiene la menor idea de qué les está hablando. Durante más de quince minutos subyugó a todos los hombres con su alocución. Ellos, para disimular su ignorancia, asentían con la cabeza en cada oportunidad que, con vehemencia, resaltaba alguna observación. Ya nadie dudaba de lo que afirmaba y lo advirtió de inmediato. Lautaro sonríe para sus adentros, está feliz y se siente confiado. Todo está resultando como lo pensó. Ahora solo resta colocar la cereza sobre la crema. Es el momento en que debe asestar el golpe de knockout para la victoria final…

—Y, me pregunto… ¿quieren ustedes continuar durante todas sus

existencias sobreviviendo con las migajas que les deja el mundo o realmente ha llegado el momento de abrir sus alas y largarse a volar tan alto como den sus fuerzas? —preguntó a viva voz golpeando la mesa con su puño cerrado para vigorizar su arenga…

—*¡Noo, basta de sobrevivir…!* —respondieron algunos al unísono.

Lautaro supo que debía continuar azuzándolos hasta lograr que todos lo vitoreen. No pierde detalle de sus miradas, de sus gestos, de cada movimiento que realizan con sus manos, de si participan activamente o simplemente permanecen pasivos. Fue entonces cuando comenzó a caminar despacio por detrás de ellos, bajando el tono de voz, pero sin dejar de hablarles, apoyándoles, cada tanto, una mano sobre sus hombros, dándoles la sensación de se dirige a cada uno de ellos en especial, individualizándolos, deteniéndose de pronto para realizarles una pregunta personal…

—*Usted, por ejemplo, ¿qué puede ofrecer que sea suficientemente atractivo para que aquellos que viven del otro lado de la montaña deseen comprarle?… ¿qué es lo que produce usted, amigo mío?*

Los obliga a participar, a comprometerse, a hablar, a sugerir… en definitiva… a aportar datos de vital importancia para su proyecto. No conoce a ninguno y necesita saber a qué se dedica cada uno para entender mejor la magnitud del negocio que ha comenzado a rodar. Poco a poco, los más tímidos se soltaron y contagiaron al resto. El murmullo dejó de ser murmullo y pronto se convirtió en un verdadero griterío. Ya todos tenían algo que vender y pugnaban por conseguir su atención. Lautaro sonreía; los tenía en un puño, se había adueñado de sus voluntades y ellos, sin darse cuenta, habían caído en sus redes. Él y nadie más que él conoce el mercadeo allá a fuera, él y nadie más que él conoce el real valor de los productos que tienen para ofrecer. Todos dependen de su caridad y de su preferencia. Él y solo él conoce cómo obtener las divisas que les cambiará sus vidas.

Pero hubo alguien que solo se limitó a observarlo en todo momento y Lautaro, por el fragor de su discurso, no lo advirtió a tiempo. Y ya no estaba allí. Fue entonces cuando presintió que algo no andaba bien y comenzó a buscarlo mirando en todas direcciones. Un leve cosquilleo en su estómago le hizo notar que había dejado un cabo sin atar. Echó una mirada rápida a la mesa y supo que el hombre había desaparecido. Ya el desorden se había generalizado y nada podía hacer para remediarlo. Y salió del allí dejándolos debatir en medio del griterío. Cerró la puerta tras de sí y entonces lo vio. Se acercó despacio y en silencio; el hombre habló…

—*¡Veo que te subestimé, muchacho!* —le dijo sin mirarlo.

—*¿Por qué me dice esto?* —respondió Lautaro

—*Sabes bien por qué lo digo… solo, ten cuidado*

—*¿De quién debo cuidarme…de Igor? Supe que ustedes dos estaban*

enemistados, pero ahora, que lo vi entre tus invitados, tengo mis serias dudas.

—¿Enemistado con Igor? ¿por qué habría de estarlo? Además, dije que debías tener cuidado y no de quién sino de qué…

—No entiendo

—Ya comprenderás… cuando se desafían las reglas de la naturaleza puedes despertar fuerzas de las que ni tú ni nadie pueden defenderse. Te escuché con atención y supe de inmediato que tienes una capacidad innata para decir una montaña de estupideces altisonantes sin que nadie se dé cuenta de ello. Dime… ¿Qué te traes entre manos?

—Jesús, no les dije nada que no quisieran escuchar. Llevo poco tiempo aquí y me di cuenta de que con sus reglas tan estrictas no son felices… todos se mienten a sí mismos y lo hacen a cada instante. Solo les traje esperanzas, una nueva forma de vivir o de ver la vida. En estos dos días hablé con cuatro personas y una de ellas eres tú, pero fue suficiente para saber que, aún sin dinero, la corrupción entre los pobladores está a flor de piel… basta que mires lo que sucedió esta noche, aquí en tu propia casa… solo veinte personas que se creen importantes, o al menos más importantes que el resto de los Mollejanos, decidieron por los demás como si fueran dueños de sus destinos y en total no llegan ni al quince por ciento de la población entera. ¿Qué crees que sucederá con ellos?

—No lo sé… dímelo tú…

—Se van a adueñar de todas las riquezas de la comunidad…

—No lo creo, muchacho. La gente de este pueblo parece mansa pero no lo es. Eso no va a suceder…

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Bueno, no lo estoy, pero tengo la esperanza de que sea así.

—Mira, no sé realmente quien eres. Debo reconocer que me han impresionado muchas de las cosas que suceden en tu castillo y que por ahora no tienen explicación…

—¿Como cuáles?

—Muchas… el pan en mal estado… la manteca rancia… el queso…

—Eso fue un truco… cambié los alimentos justo cuando cerraste los ojos…

—De acuerdo… ¿y las chinches…que desaparecieron, así como así?

—También fue un truco… eran habichuelas y desaparecieron porque las maderas del piso están separadas… se filtraron por allí…

—¿Y la traba de la puerta?

—Ah, eso… no, eso no fue un truco

—¿No? Y entonces, ¿qué fue?

—Bueno… llamémosle uno de los misterios de la fe

—¿Sí?... misterios de la fe… ja, ja, ja —rio burlonamente Lautaro

—No sé de qué te ríes… te voy a enseñar un truco…

—Está bien… me encantan los trucos… ¿qué debo hacer?

—Observa a tu alrededor y dime que ves…

—Mmh, veo dos paredes, un techo, algunas figuras…

—Y… a mí ¿también me ves?

Jesús, como por arte de magia había desaparecido de su vista.

—Uau, este sí que es bueno… ¿dónde estás?

—Aquí mismo, a tu lado…

—Sí, pero no te veo…

—Tú no, pero yo a ti, sí… Lautaro, hazte un favor, piensa en lo que te dije. Ahora, busca tus cosas, porque eso es lo que viniste a hacer ¿verdad?

—Sí

—Bien, están junto a la puerta de entrada… tómalas y vete con tu nuevo amor, pero procura que nadie lo advierta; no creo que los pobladores estén preparados que semejante novedad y difícilmente te lo vayan a perdonar…

Al joven le corrieron escalofríos por la médula espinal. ¿Cómo diablos se había enterado Jesús de su affaire con Samay si nadie los vio juntos?

—Jesús, no sé de qué me hablas, pero prometo que voy recordar tus palabras… ¿me escuchas?

No obtuvo respuesta y su corazón comenzó a acelerarse; harto de sus bromas tanteó las paredes en busca de alguna puerta secreta o algo que le permitiera dilucidar el misterio de su desaparición, pero nada encontró. Y, una vez más las dudas lo asaltaron. Supo que el momento de salir de allí había llegado. Apuró el paso y se dirigió a la salida y tal como Jesús le había advertido, sus pertenencias estaban allí, junto a la puerta, ordenadas y sin faltantes.

Esta vez no miró hacia atrás; abrió la puerta y corrió tan rápido como le dieron sus piernas. Aún tiene por delante un largo sendero en descenso con trampas naturales que, de caer en ellas, se asegurará unos cuantos magullones en su cuerpo.

No recuerda cómo lo hizo ni cuánto tiempo le llevó hacerlo, pero bajó de la montaña y muy prontamente estaba llamando a la puerta de Samay.

—¡No puedo creerlo…no puedo creerlo! —exclamó tomándose el rostro con las manos al tiempo que se dejó caer sobre un sillón con evidente desespero. Ella, parada en el umbral de la puerta, lo mira extrañada porque parece otro hombre muy diferente al que despidió tan solo unas horas antes. Lautaro entró sin siquiera mirarla. Aquel joven valeroso y dueño de sí mismo que la sedujo durante toda la noche, había regresado abatido, temeroso y con su rostro desdibujado por los demonios de la desdicha. Samay que, durante todo el día había alimentado la ilusión de verlo regresar montado en su corcel blanco, vio cómo se derrumbaba la imagen que había idealizado de aquel

caballero de armadura real. De sus aceros brillantes e impenetrables solo quedaban unos pocos jirones convertidos en guiñapos. Solo le faltaba llorisquear tomado de sus faldas.

—Lautaro… serénate, serénate por favor…

—Jesús sabe lo nuestro…—dijo la interrumpió

—¿Qué dijiste?

—Que Jesús sabe de nuestro romance…

—¿Cómo es posible?

—No lo sé, pero antes de despedirme me advirtió sobre esto…dijo que la gente de este pueblo no estaría preparada para escuchar de nosotros.

—Me lo esperaba, pero a decir verdad no creí que fuera tan pronto. Debemos idear algo para protegerte…

—¡No, Samay! Es a ti a quien debo proteger… conmigo no se meterán, no desde la junta que organizó Jesús…

—¿Qué junta?

—Jesús y veinte más me estaban esperando para que le explique eso del dinero…lo que hablé antes con Igor.

—Y, ¿qué harás?

—Los voy a conectar con aquel mundo…

—No, no hagas eso…conozco a esta gente y en el momento que se den cuenta que ya no te necesitan te apartarán de su camino sin vergüenza ni tapujos. Eres tú quién debe conducirlos y tomar las riendas del carro. Sé tú quien tenga el poder absoluto y no permitas que nadie se interponga ante ti.

Lautaro, sonrió por dentro, aunque su semblante indicaba lo contrario. Estaba feliz de escuchar esto. Su fingida congoja había dado resultados. Samay le creyó y se enterneció con su teatralizada escena de hombre bueno y protector. Además, vio en los ojos de ella una expresión muy conocida por él: la ambición. Supo de inmediato que harían una pareja perfecta. Pero, aún debe disimular y continuar con el simulacro hasta tanto ella sea quien obligue a la acción…

—¡No creo que sea justo, Samay! ¿quién crees que soy para decidir sobre el futuro de estas personas?

—¿Quién eres… en realidad quieres que te diga quién eres? Muy bien, te lo diré…eres quien les va a cambiar la vida…eres quien traerá progreso a este pueblo de retrógrados, quien los despierte de tanta letargia y eres quien se quedará con la mayor ganancia. ¿Necesitas que lo explique de otra manera?

—¿Lo dices en serio?

—No solo hablo en serio, sino que te exijo que lo hagas. Te lo debes y me lo debes. La primera vez, cuando pasaste por aquella puerta, supe que mi príncipe azul había llegado y esta mañana, cuando la cruzaste para irte comprobé que no me había equivocado. Temí que no regresaras…temí que el único hombre que había logrado dejar marcas en mi alma, me

abandonara. Pero estás aquí y quiero que te quedes. Juntos lograremos cambiar el destino de Puerto Mollejas. Y no te preocupes por lo que piensen… diremos que estás aquí porque necesito el dinero que me das a cambio de un lugar donde montar tu agencia.

Lautaro no salía de su asombro. Sin proponérselo había hallado a su alma gemela.

—Samay… esa es una idea excelente…

—Sí, la es y debemos ponerla en práctica.

De pronto, ella calló, la expresión de sus gestos había cambiado, suavizó su mirada, humedeció sus labios con la lengua y dijo…

— Pero antes…

Y se acercó a él, seductora, insinuante, lo tomó de la mano y lo condujo a la habitación contigua y entre risas y carcajeos le susurró palabras cómplices al oído. Y la puerta se cerró detrás de ellos. Así ocultaron sus decires de los oídos indiscretos. Y ya no se escucharon más susurros, solo los silencios de los enamorados.

CAPÍTULO V

Mateo y Doris han dividido en dos su hogar para atender a sus "pacientes" sin interferencias mutuas. Solo comparten el dormitorio matrimonial y las áreas comunes de la casa. Ambos mantienen reglas claras de no inmiscuirse en los asuntos del otro. Pero esta regla fundamental acaba de romperse; Mateo, sin previo aviso, irrumpió en el lado de la casa que le corresponde a Doris. Un portazo se escuchó a sus espaldas. Su esposa, sorprendida, lo observó pasar, pero nada le dijo, solo lo observó.

—¿Qué pasa, mujer, que me miras así?

—Y tú ¿qué crees? Entras sin golpear sin siquiera antes preguntar si estaba con una paciente y ¿me preguntas qué pasa?

—¡No tengo tiempo para estupideces! Cambios fundamentales se avecinan… vamos a ser ricos —respondió Mateo al mismo tiempo en que se quita el sombrero y con precisión asombrosa lo arroja sobre el perchero colgándolo en su primer intento.

—Sí, por supuesto, muy ricos… ¿no creerás las estupideces que contó Igor, verdad? —preguntó Doris con tanta sorna que irritó a su esposo.

—Esposa mía… en lugar de opinar sobre lo que desconoces, ¿por qué no te informas primero? Acabo de presenciar la disertación sobre economía más extraordinaria que puedas imaginar. Y ¿sabes quién fue el orador? El

Señor Dinero, el joven Lautaro Amun. Sí, tal como imaginas, ese muchacho del que todos sospechábamos y ahora resulta que el hombre es un experto en finanzas. Fue una clase magistral… hasta Jesús quedó con la boca abierta.

—¿Jesús estaba entre ustedes? —preguntó Doris sorprendida.

—No solo estaba entre nosotros, sino que fue él quien organizó el agasajo…

—Está bien… y, ¿qué se supone que deberemos hacer de ahora en más…obedecer ciegamente las órdenes de un desconocido?

—No. Haremos lo mismo de siempre. Solo que esta vez, el destino de los medicamentos que fabriquemos, serán los laboratorios del otro lado de la montaña. Con ellos firmaremos un convenio de cooperación y les proveeremos de los comprimidos a cambio de dinero, que servirá para invertir en más producción. Tendremos empleados que hagan nuestro trabajo y solo nos dedicaremos a los controles de calidad y a recaudar dinero y más dinero.

—¡Mmh, demasiado fácil! No creo que funcione…

—Si no quieres abrazar el éxito, allá tú… ya verás cuánta razón tengo. Quizás, en el futuro hasta me puedas proveer de tus medicinas…

—Mis medicinas son para mis pacientes… y para nadie más…

—Quizás…quizás, ya veremos.

Mientras tanto, en otro rincón de Puerto Mollejas, un grupo de lugareños se aglutinaba para oír la arenga de Bartolomé, el párroco…

—Amigos míos, hoy es un día de gloria para nuestra comunidad. Ha llegado por fin la liberación. Dejaremos atrás décadas de miseria y marginación. El progreso está a las puertas de nuestras vidas y debemos celebrarlo con júbilo. Desde ahora autorizaré a que todos los credos de nuestra feligresía puedan reunirse en la iglesia a orar sin distinción ni horarios…todos seremos uno mismo y podremos venerar a nuestros seres supremos en un mismo lugar y en el mismo momento…

La noticia había corrido como reguero de pólvora y ya nadie ignora lo que se avecina. Las campañillas se escuchan por doquier; ninguno de los pobladores quiere perder detalle de los preparativos. Los mensajes de señas se entrecruzan y se distorsionan generando por momentos un gran caos de interferencias y con ello la desesperación de aquellos que no entendieron cuál será su participación en la prometida explosión de riquezas. Pocos entienden el significado de la palabra riqueza, pero todos imaginan que será algo fantástico. Es entonces cuando la imaginación fluye y toma dimensiones disparatadas. Nadie comprende ciertamente el concepto de trabajar, producir y vender sus producidos a cambio de dinero. Para ellos el dinero es algo abstracto y el valor que se le da, también. En su historial de vida jamás experimentaron la necesidad de ponerle precio a sus productos; solo se limitaban a canjearlos para satisfacer sus

propias necesidades y pocas veces coincidían las cantidades que se intercambiaban. En ocasiones un viñatero podía ofrecer un barril de su mejor vino por dos hormas de queso y al día siguiente hacerlo por diez y con la misma persona. La oferta y la demanda variaba de acuerdo a las necesidades de quienes interactuaban en dichas transacciones e inclusive algunos no bebían vino, pero igualmente lo aceptaban como parte del canje en función de futuras operaciones. Ahora deben aprender todo desde fojas cero y aunque se excitan con la idea también les aterra enfrentar a lo desconocido.

En pocas horas y en cada rincón del pueblo, se formaron distintos grupos de disertación y quienes escuchan lo hacen con atención absoluta, pero quienes tienen la palabra transmiten solo lo que ellos interpretaron luego de oír a otros disertantes. Entre los oyentes nadie sabe a ciencia cierta si lo que están escuchando es verdadero, pero todos dan por hecho de que sí. Es así que comienzan a escucharse voces que aprueban el proyecto y otras de no y es entonces cuando se forman dos grupos antagónicos cuyos testimonios son tan disparatados que generan las primeras rencillas entre ellos. Y una vez más, resuelven sus diferencias a los golpes. Muchos de los hombres de Puerto Mollejas, desde su rusticidad e ignorancia y ante la falta de argumentos, recurren a la manera más ancestral que conocen para dirimir sus diferencias: los enfrentamientos a puñetazos.

De pronto y sin explicación alguna todos dejan de pelear y como si estuviesen respondiendo a una orden soberana se dirigen hacia la casa de Samay. Entonando cánticos tribales y algo desentonados, marchan juntos y se detienen a pocos pasos de la entrada…

—*¡Señor Amon, señor Amon…salga ya…salga ya!* —vociferaba la turba con gestos que denotaban su impaciencia. Ninguno se atrevía a llamarlo por su verdadero apellido; es un pueblo costero y todos temen a las tempestades, tal como se define en el idioma egipcio a la palabra Amun. Pero, por extraño que parezca, ninguno de los habitantes de Puerto Mollejas es descendiente de egipcios y tampoco hablan su lengua. No obstante, ninguno pone en duda los dichos de Jesús y tampoco los de Igor, aunque estos sean los únicos que afirman tal aseveración.

El bullicio de los vecinos alertó a Lautaro y a Samay que aún no acababan su sesión de arrumacos en el preludio de lo que sería otra gran noche de pasión. Están desconcertados y no comprenden a qué se debe semejante agitación. Lautaro intenta ver qué sucede afuera a través de la única ventana que hay en el diminuto baño de la casa. Pero desde allí no logra advertir nada y entonces regresa a la habitación y se asoma con desconfianza descorriendo tímidamente uno de los cortinados. Y entonces los ve… decenas de Mollejanos se han agolpado ruidosamente enfrente de la cabaña de Samay y se

mantienen expectantes ante cualquier movimiento que detecten en su interior. Un gran escalofrío le corrió por la espalda. Creyó que esa mañana, ante los notables, se había excedido en su alocución y que por algún extraño motivo sus comentarios habían llegado a oídos del resto de los Mollejanos. Imaginó que los ánimos estaban caldeados por esa razón y que esa multitud estaba allí aguardando a que saliera para lincharlo. Aún retumban en sus oídos las palabras de Samay cuando dijo que los amigos de su esposo fallecido lo recordaban enfrentándose a trompadas y pensó que si eso ocurría con un festejo difícil era de imaginar que ocurriría si estuviesen realmente molestos con alguien. Y ese alguien podría ser precisamente él y por esa razón no iba a ser tan estúpido de exponerse a una golpiza. Fue entonces que…

—Samay, amor mío, ¿por qué no sales y averiguas qué sucede allí afuera.? No estoy presentable aún y quisiera arreglar mi aspecto antes de hablar con ellos.

La mujer, un tanto sorprendida, accede, pero una mueca de disgusto se dibujó en sus labios. Ella había imaginado a su caballero medieval saliendo a calmar los ánimos de la muchedumbre armado tan solo con su inocultable presencia, pero aquella actitud la ha enfrentado a una realidad insoslayable: el valor de Lautaro se manifiesta de diferentes maneras, aunque duda que alguna de ellas se asemeje a las que ella aprobaría.

Sin temor se acerca a los manifestantes y cuidando los términos con que se dirige a aquellos hombres, dice…

—El señor Lautaro Amun aún no está disponible y me pidió que les pregunte el motivo por el que se han reunido aquí…

—Samay, guarda las formas para otros… nosotros queremos escuchar de su propia boca cómo es que nos haremos ricos. Dile que salga a explicarnos…

—Amigos, entiendo lo que dicen, pero debo insistir… por el momento el señor Amun no está disponible…

—¡Escúchame Sam…! —la interrumpió bruscamente Hermes, el herrero del pueblo cuyas medidas son casi idénticas tanto en lo ancho como en lo alto y algunos suponen que supera ampliamente los dos metros de estatura. *—Dile al "señor Amon" que si no sale enseguida voy a entrar a buscarlo y estoy seguro que no le gustarán mis "formas" para hacerlo.*

Lautaro que, desde adentro, escuchó cada palabra que se decía allí, temblaba como una hoja de parra, pero pronto las voces se convirtieron en gritos y supo que no tendría más remedio que salir. Sabe que si no lo hace perderá la confianza de Samay y con ella toda posibilidad de quedarse en la casa y eso solo significa una sola cosa: regresar al castillo por todo el tiempo que resta del mes hasta la llegada de un nuevo tren. Debe afrontar a su destino que, de todas las

opciones que tiene, esta es la mejor. Aún estaba en paños menores y entonces buscó a sus pantalones que estaban colgados prolijamente sobre el respaldo de la cama, se sentó en ella, los tomó y de un sacudón los estiró enfrente de sí para introducir más fácilmente a sus piernas en las perneras y enseguida se puso de pie para finalmente abrocharlos. Su nerviosismo era tal que, por hacerlo tan bruscamente, uno de sus calcetines se había deslizado hasta casi salirse; con sus manos temblorosas lo situó y, no sin dificultad, tomó a sus zapatos y se calzó rápidamente. Ya estaba listo. Su corazón late a ritmo descontrolado, aspiró hondo tomando todo el aire que cupiera en sus pulmones y se encaminó a la salida. Cogió el picaporte, pero éste parecía negarse a girar. Estaba aterrado y no lograba controlar a sus manos. Pero, de pronto, como impulsado por una fuerza invisible, la puerta se abrió y él quedó expuesto a la vista de todos. No tuvo más remedio que salir y enfrentarlos, aunque quedó parado a tan solo un paso del umbral. Así, ante el mínimo vestigio de peligro, solo necesitará dar un salto hacia atrás para ponerse a resguardo nuevamente.

Su pulso se ha acelerado hasta niveles de infarto y su respiración se entrecorta cada vez más. Todo su rostro es una misma expresión de terror, aunque el miedo lo ha hecho más astuto y finge su estado de desesperación con una amplia sonrisa. Con el más absoluto disimulo aspira y expira profundamente para calmar su nerviosismo; nadie debe percibir el pánico que se ha apoderado de él. Para sus adentros maldice una y mil veces la vez que decidió aventurarse y subir al tren que lo llevaría al pueblo de los bendecidos, como se lo conoce a Puerto Mollejas detrás de las montañas. Cuando hubo de calmarse, dio un paso hacia adelante, pero enseguida se arrepintió y fingiendo haber olvidado algo, retrocedió al punto inicial. Y ya no pudo hacer más, porque…

—Señor Amon, solo queremos saber cómo hará para que todos seamos ricos— dijo uno

—Sí y también queremos saber qué es ser ricos…—preguntó otro

Lautaro, al escuchar esto, los miró asombrado. No lograba entender como aquellas personas que segundos antes vitoreaba a Hermes, cuando lo amenazó con sacarlo de la casa por la fuerza, ahora solo pretenden comprender conceptos tan básicos como ser ricos. Solo unos instantes le llevó recuperar el aliento y recobrar su imagen de triunfador. Y una vez más habría de recitar el texto que había aprendido en el artículo del Financial Times sin cambiar una sola letra, una sola coma y con los mismos puntos y apartes. Pero esta vez, viendo el talante de su auditorio, creyó que arengarlos con un discurso político sería lo ideal. A diferencia del grupo de notables que antes lo homenajeó en el castillo, éstas son personas un tanto agrestes, tan

rudos como toscos, pero al mismo tiempo bestialmente simplones e ignorantes. Buscó un lugar elevado que le sirva de escenario y lo encontró en una roca que sobresale del paisaje a la vera del sendero que recorre todo el pueblo. Intentó treparse a ella, pero el clima húmedo del mar es el causante de que todas las rocas del pueblo estén cubiertas por musgos y todos sus intentos terminaron en la nada. Fue entonces cuando dos hombres se acercaron a él y lo tomaron por debajo de sus axilas y lo subieron sin demostrar ni el mínimo esfuerzo. Lautaro se aseguró de afirmar bien la pisada y cuando lo logró aclaró su voz carraspeando dos veces y comenzó…

—*"Señores…señoras…jóvenes y niños…"*

Con aire ceremonial Lautaro recorrió con la mirada al gentío que se había agolpado en derredor suyo. Había elegido exponer su discurso desde un plano elevado para darle a su arenga un tinte de proclama popular. Alguien le dijo, en el pasado, que todos los políticos del mundo utilizan esta técnica para situarse por encima de todos y que el efecto psicológico que crea es tan poderoso que rara vez alguien del auditorio pone en dudas sobre la veracidad de sus dichos. Y continuó…

—*Todos sabemos que el bid-ask spread de los activos domina al mundo de los negocios ¿verdad?* — Ya desde el comienzo de su discurso, Lautaro intentó ganarse la atención de su público y lanzar aquella afirmación le daría una clara impresión de cuanto debería esforzarse para hacerlo. Y ante el silencio más absoluto, volvió a preguntar…— *¿verdad?*

Tímidamente y desde el fondo se escucharon algunas voces que respondieron…

—*Síííí…*

—*¡Muy bien… ahora sé que tengo un auditorio muy instruido! Veo que soy un hombre de suerte* —continuó—*con personas como ustedes todo será mucho más fácil. Es muy importante que aguardemos a que se produzca un bull market y será entonces el momento ideal para colocar en el mercado todos los productos que ustedes me provean. Es bien sabido que luego de un bull market siempre sobreviene un bear market. Imagino que ustedes estarán de acuerdo conmigo en eso ¿verdad?*

Ya, quienes habían mantenido silencio en la pregunta anterior respondieron efusivamente con un "sí" sonoramente más alto, pero al igual que ellos, lo hicieron más que nada para no quedar ante sus pares como los ignorantes que no comprendían lo que este joven les estaba diciendo. Jamás imaginaron que habían caído en la trampa que Lautaro les estaba tejiendo.

Lautaro sonríe complacido. Todo estaba resultando tal como lo planeó y continuó su discurso incorporando cada vez más terminología técnica a sabiendas que nadie entendería ni una sola

palabra de lo que significaba. Antes había funcionado con los notables y no había motivos para pensar que fallaría esta vez. Por su escasa instrucción había diferencias astronómicas con aquellos, pero es bien sabido que pueblos ignorantes son más fáciles de dominar. Sin embargo, algo ocurrió que no estaba previsto; después de arengarlos por más de quince minutos, algunos comenzaron a retirarse. Y, enseguida otros los imitaron. Lautaro lo advirtió y quiso detenerlos…

—Amigos, si se van jamás van a entender cuál es mi plan para hacerlos ricos —les dijo alzando su voz…

—Señor, nosotros no vamos a poder hacer lo que usted dice — respondió el único que se dignó a detenerse para hablar. Los demás continuaron su camino, cabizbajos y derrotados.

—¿Por qué no? —insistió Lautaro

—Porque no entendimos ni jota de lo que usted dijo…

Comprendió entonces que había cometido un error garrafal; los notables, por su ficticia posición social jamás hubieran reconocido su ignorancia, pero estas personas, trabajadoras y más simples, adoptaron una posición similar solo en el comienzo de su alocución, pero cuando comprendieron que no obtendrían los resultados esperados, se dieron por vencidos y abandonaron el lugar. No obstante, Lautaro supo que aún podía remediar su error y corrió detrás de ellos y los detuvo…

—Amigos, entiendo lo que les sucede…lo viví en carne propia hace mucho tiempo. Les propongo lo siguiente…ustedes me muestran lo que producen y yo les ayudo a conseguir el mejor precio por ellos. Así de simple. ¿qué me dicen?

No hizo falta más. Al escuchar una propuesta tan sencilla se detuvieron y le estrecharon la mano. Para ellos ya huelgan las palabras. Lautaro los ve alejarse y satisfecho consigo mismo frota sus manos. Sin proponérselo aquellas personas le estaban ofreciendo la posibilidad de enriquecerse casi sin esfuerzo. Desde su inocencia le habían abierto los brazos y él no dejará pasar esta oportunidad. Gira sobre sí y entonces la ve. Allí estaba ella, mirándolo con devoción; había recuperado la admiración que sintió la primera vez que lo vio. En aquellos ojos húmedos pudo leer un dejo de arrepentimiento por haber dudado de su hombría, pero ella, ingenuamente, lo compensará de la única manera que conoce. Lo tomó de la mano y lo condujo al interior de la cabaña. Luego cerró la puerta tras de sí; habrá de concluir aquello que quedó pendiente antes de ser interrumpidos por el griterío.

CAPITULO VI

—¡*Viejo…viejo!*

Apenas si había alcanzado a desabrocharse los borceguíes cuando, desde afuera, escuchó que alguien lo llamaba a viva voz. Sin descalzarse completamente, abrió la puerta y …

—*Hola Mondragón… ¿qué te trae por aquí? …Si vienes por pescado llegas tarde y tendrás que esperar a mañana…*

Mondragón es un viejo amigo de Severino. Juntos crearon pieza por pieza el balandro con que sale a pescar todos los días. Es hombre de pocas palabras, pero no por hosquedad, sino por la dislexia que, desde pequeño, le impidió cultivarse adecuadamente, razón por la cual nadie o casi ninguno en la aldea se relaciona con él más allá de lo laboral, excepto Severino y Azucena.

Aunque cuando se trata de trabajos extremadamente pesados, Mondragón es el elegido y solo entonces es cuando todos requieren de sus servicios, nunca para otras labores. Y él lo acepta así. De alguna manera se siente útil y además esos son sus momentos de gloria. Son ocasiones en que puede mostrar sin tapujos el poderío formidable de sus brazos y ríe sonoramente cuando ve las expresiones de asombro en las personas que presencian como, por ejemplo, levanta sin esfuerzo seis barriles de vino en cada brazo o cuando alza sobre sus hombros a un buey que se interpuso en su camino. Es sin dudas el hombre más fuerte de la aldea y nadie, en su sano juicio, se atrevería a enfrentarse con él de igual a igual. Pero al no producir más que servicios, rara vez consigue algo para trocar. Nadie y mucho menos él, pone valor a sus esfuerzos. Y es por esa razón que su mesa suele estar vacía o al menos con muy escasos alimentos.

Severino es el único que se apiada de su desgracia y a diario le provee de algunos de sus pescados con los que sobrevive ingiriéndolos o resuelve trocándolos para satisfacer sus necesidades básicas. Azucena, por su parte, zurce con esmero a sus desgastadas prendas y en ocasiones confecciona otras para que vista con decencia las veces que concurra a los bares o la iglesia, aunque, al obsequiárselas, jamás le dice que lo hizo especialmente para él. Mondragón es orgulloso y jamás aceptará limosnas. Es un niño en el cuerpo de un gigante, con la bondad y la inocencia intactas.

—*No, viejo, no vengo por pescados…* —dijo expectante

—*¿para qué me buscas a esta hora, entonces?*

—*Es que escuché que todos seremos ricos y vengo a preguntarte que significa eso…*

—*Amigo mío… no des crédito a todo lo que escuchas.*

—*Es que…*

—*¿Has cenado ya?* —lo interrumpió con una gran sonrisa

Mondragón conoce muy bien los sabores de la cocina de Azucena y solo imaginarse sentado a la mesa de sus amigos hizo que olvidara por completo a qué había ido. La puerta aún permanece abierta y es entonces cuando huele el aroma a carne recién horneada que proviene de la cocina. Aquellos deliciosos efluvios lo abrazaron sin contemplaciones y poco faltó para que se abalanzara sobre las fuentes, pero a pesar de su aspecto agreste, Mondragón es hombre de modales civilizados y se contuvo.

—*No, aún no me preparé nada… pero por mí no te preocupes* —insinuó con fingido desinterés.

Severino sonrió. Han pasado muchos desde que se vieron por primera vez y lo conoce como nadie; sabe que él muere por entrar y devorar hasta la última migaja que haya sobre la mesa. Lo tomó por el brazo y le dijo…

—*Vamos, amigo… ven con nosotros que nada nos dará más placer que compartir la mesa contigo… y, no aceptaré un no por respuesta… ¿me escuchaste?*

Azucena sonríe al verlo entrar y antes de que se acerque a la mesa, frunció el entrecejo y le señaló con su dedo índice el recipiente con agua jabonosa que hay en el cuarto contiguo. Mondragón es una persona de dimensiones desproporcionadas, pero quienes lo han abrazado saben que detrás de esa fachada de hombre rudo se oculta la ternura de un niño. Sonrojándose y sin decir palabra se rindió a la sugerencia gestual de la mujer. El agua y el jabón no son elementos de su devoción, pero por un estómago lleno y satisfecho hará cualquier sacrificio.

Las porciones servidas habían sido calculadas para solo dos comensales, pero la llegada de Mondragón hizo que Severino agregara una pata salada de cerdo que, para ocasiones como esta, guarda celosamente bajo el fresco oscuro de la despensa. Con esmerada dedicación cortó unas cuantas lonjas de jamón, pero al ver la rapidez con que su invitado las devoraba, optó por trozarla en fetas gruesas sin contemplar si, al hacerlo, rompía con los protocolos de buena educación que le había inculcado su difunta madre.

Solo cuando no hubo más qué echar a su estómago, Mondragón se reclinó sobre el respaldo de la silla y desabrochó su cinturón; debió soltar la hebilla porque su prominente vientre le estaba comprimiendo los pulmones y le impide respirar con soltura.

—*¿Te apetece un poco más de vino?* —le preguntó Azucena

—*¡Solo un sorbo más, por favor!* —respondió Mondragón al tiempo en que apoyaba dos dedos sobre la boca del cántaro con que Azucena vertía el rojo elemento impidiendo que dejara de servirle hasta que su

jarra estuviese completamente llena.

Severino, conociéndolo, se había anticipado a esto y en lugar de una copa de pie, colocó un jarrón de cerámica de gran tamaño enfrente de su amigo. Sabe que al momento de beber y de comer, Mondragón es un barril sin fondo. Pero, como en todos los órdenes de la vida, siempre hay un final…un final para comer y un final para beber, especialmente cuando no hay más qué comer ni qué beber.

—¿Satisfecho? —preguntó Severino

—Sí, amigo mío… muchas gracias, pero aún falta algo…

—Lamento decirte que hoy postre no hay. La próxima vez dinos con anticipación cuando vendrás y tendremos algo dulce y delicioso para ofrecerte…

—No, viejo, no es eso…

—Y entonces ¿qué es lo que falta?

—No me has dicho qué significa eso que dicen en el pueblo de que todos vamos a ser ricos…

—¡Ja, ja, ja! ¡No tienes remedio…! Pensé que te habías olvidado ya —respondió Severino procurando desviar la atención de su amigo en otro sentido. Pero unos momentos después, supo que su intento había sido en vano…

—¿Y?

—Y… ¿qué?

—¿Me vas a explicar o qué? —insistió Mondragón

—Está bien… ¡si insistes! Aquí vamos, escúchame bien y presta atención…

Mondragón, haciendo chirriar las patas de la silla, se recostó sobre el respaldo y adoptó una postura de escucha como si abrazara al silencio.

— Ser ricos es un concepto muy instalado del otro lado de las montañas. Allí todos buscan conseguir dinero para comprar las mismas cosas que nosotros obtenemos canjeándolas.

—Y, tú ¿qué dices a eso? ¿Te darán monedas a cambio de tu pesca?

—No, a mí no…

—¿Por qué? ¿A nadie le interesa darte monedas por tus pescados?

—No es eso, Mondragón. Es que a mí no me interesa canjear mis pescados por monedas. Con Azucena lo hemos hablado y decidimos que somos felices así y no participaremos de esa locura.

—Y, yo ¿puedo canjear por monedas los pescados que tú me das?

—Mondragón, con tus pescados haz lo que quieras, pero en tu lugar no lo haría…

—¿No quieres que sea rico?

—Sí, claro que quiero que seas rico, si eso te hace feliz, pero creo que, si lo lograras, ser rico, no te garantizará que seas feliz y para mí es más importante esto que el dinero. Te quiero, amigo, y deseo lo mejor para ti…

—Quizás lo intente… si no te opones…

—Jamás me opondré a tus deseos…siempre te daré parte de mi pesca, ni más ni menos que antes. Te lo has ganado en buena ley y con ella haz lo que quieras…o te la comes, o la vendes, o la canjeas…es tu decisión.

—¿Me ayudarás a conseguir el mejor precio?

—No, amigo, no lo haré sencillamente porque no sé hacerlo…quizás para mí un buen precio es una moneda por cada pieza y quizás para ti sea poco, o mucho… ¿cómo saberlo? Creo que hasta tanto sepas cuánto vale tu mercadería, lo mejor es esperar a que ellos te ofrezcan un valor…

—Es un buen consejo, viejo. Eso es lo que haré

—Está bien, pero recuerda que si quieres más pescados tendrás que ir a buscarlos tú mismo. Yo respetaré nuestro acuerdo, pero si quieres más…

—Gracias amigo, eres muy buena persona… A propósito ¿crees que deba comentarle a Moisés de nuestra conversación? Tú sabes, Moisés es muy importante…

—No lo creo, pero eres libre de hablar con quién quieras…

—¡Llévate una canica, Mondragón! Sé que te gustan tanto como a mí —dijo Azucena mientras le acerca una ensaladera repleta de esferitas de color rojo brillante.

Cada vez que cena con ellos y como si fuera un ritual irrenunciable, Azucena le obsequia una canica. Mondragón jamás se va de allí sin su trofeo y todas las veces se repite la misma escena: ella le ofrece la canica como si fuera la primera vez y siempre con las mismas palabras *"sé que te gustan tanto como a mí"*. Él tomó solo una y tal como lo hace cada vez, la besa y la introduce en su bolsillo derecho. Sonrió con la misma inocencia del niño que ha recibido su primer regalo y comenzó a caminar hacia atrás, sonriendo pícaramente y sin quitarles la vista de encima. Y una vez más aguarda la misma advertencia que siempre le hace su amigo Severino…

—Cuidado con el barranco… no quiero juntar tus huesos allí abajo.

Es entonces cuando gira sobre sí y comienza a descender por la peligrosa pendiente, pero antes de desaparecer en la oscuridad, levanta su mano izquierda y dibujando un rulo en el aire se despidió de ellos.

Azucena abraza a su esposo desde la cintura y con una sonrisa seductora, le dice…

—Amor, quizás deberíamos considerar la posibilidad de incluirnos entre los demás y vender nuestros pescados… ¿qué dices?

Ella ya conoce la respuesta y tampoco habla en serio, solo lo hace como parte de sus complicidades. Le divierte ver a Severino creyendo que en esta oportunidad habla con convicción.

—Dime que es una de tus tontas bromas…

—Mis bromas no son tontas y sabes bien que creo en lo que te dije

El rostro de Severino se nubló de repente y antes de que pudiera

reaccionar, Azucena estalló en una sonora carcajada. Había tenido su momento de diversión y todo fue gratuito.

Tal como era de esperarse, al día siguiente, Mondragón encontró la excusa ideal para hablar del tema con quien él supone un ser superior: Moisés Linares, el viñatero.

—Hola Moisés…pasaba justo por aquí y pensé que podrías darme un consejo…

Moisés detesta conversar con aquellos a quienes considera de una casta inferior y en situaciones normales hubiese seguido su camino sin siquiera escucharlo, pero tiene entre manos una posibilidad única de consagrarse como líder absoluto de la comunidad y sabe que para lograrlo debe reunir a la mayor cantidad de acólitos posible. Y Mondragón, desde su ingenuidad, es una pieza fundamental para su rompecabezas.

—Hola Mondragón… pero, ¡qué casualidad, estuve pensando en ti toda la mañana…!

—¿En serio pensaste en mí?

—Claro, amigo mío, ¿por qué no habría de hacerlo?

—Porque siempre me dices que estás ocupado con cosas importantes y nunca me respondes…

—Oh vamos, sabes que soy una persona ocupada y a veces puedo parecer algo soberbio, pero jamás estuvo en mi intensión ofenderte… y si lo hice quiero que me disculpes, por favor…

Mondragón no salía de su asombro… ¿Moisés le estaba pidiendo perdón a él?

—¡Noo, nnno… jamás me ofendiste, Moisés! Y, además, no tengo que disculparte de nada.

— Qué buen hombre eres, Mondragón… qué buen hombre eres. Quién pudiera ser como tú…realmente, te admiro…

Le sonríe y lo abraza, actitudes que antes nunca tuvo para con él. Lo palmea en sus espaldas y lo invita a conocer su oficina, lugar que siempre le estuvo vedado, tanto como para la mayoría de los pobladores de Puerto Mollejas. Mondragón no cabe en sí por la sorpresa. Moisés a menudo se ha servido de su cándida honestidad y jamás tuvo palabras clementes hacia su persona y ahora, como por arte de magia, se descubre como un ser transformado e irreconocible y hasta indulgente.

—Mondragón, amigo mío, ¿sabes que nunca te pregunté cuál tu verdadero nombre?

—No entiendo…

—Sí, no sé tú nombre de pila

—Mondragón es mi nombre…

—Es claro que ese es tu apellido, pero cuál es tu verdadero nombre

—No tengo nombre…

—¿Es que nadie te bautizó con nombre y apellido?

—¿¿¿???…

—Está bien, amigo, mejor olvídalo, pero si quieres puedo llamarte… digamos… mmh… Francisco. ¿Qué me dices?

—¿Francisco?

—Sí, Francisco…

—Y ¿ya no me llamaré Mondragón?

—Sí, claro, pero de ahora en más te llamarás Francisco Mondragón. Suena bien, ¿verdad? Tienes nombre y apellido…

—Y, ¿los demás me llamarán así?

—Sí, claro. Me ocuparé personalmente que todos te llamen así. Ahora eres una persona importante, tienes nombre y apellido y además serás rico… ¿Qué opinas?

—De eso quería hablar contigo… dicen que todos seremos ricos y necesito que alguien me explique cómo puedo serlo yo.

—Mira Francisco… ¿Te has dado cuenta que te llamé Francisco?

—Sí —Respondió Mondragón con un dejo de orgullo.

—Y, ¿te gustó?

—Sí, Moisés, me siento bien al escucharlo.

—¡Perfecto Francisco! Y, respecto de lo que estábamos conversando, quiero aclararte que todos, lo que se dice todos, no podremos ser ricos. Algunos serán más ricos que otros, por ejemplo, yo seré mucho más rico que los demás, pero tú, amigo mío, serás muy rico si trabajas conmigo. ¿Puedes entender eso?

—Y ¿qué debo hacer?

—Muy fácil, solo debes hablar con todas las personas que puedas y decirles que tú serás rico porque trabajas conmigo…

—Y, ¿eso es todo?

—Sí, eso es todo…

—Pero… no entiendo cómo es que seré rico, entonces…

—Francisco, amigo mío, gracias al dinero podré pagarte por tus servicios, cosa que antes no podía. Ahora le daremos un valor a tu trabajo y, además, si consigues que la gente me confíe sus productos para vender, tú obtendrás una parte de mis ganancias.

—Es que los demás no me hablan, Moisés…

—Antes no te hablaban porque no tenías nombre… ahora tienes nombre y apellido. Serás respetado. Mira, sé que eres muy amigo de Severino Marcos y él te respeta, ¿verdad?

—¡Sii, claro! —exclamó con orgullo al escuchar el nombre de su amigo

—Imagínate como te respetará de ahora en más. Además, recuerda lo que te dije antes…me ocuparé personalmente de que todos sepan que ahora tienes nombre y apellido y también les exigiré que te respeten y te hablen…

—¿Puedes hacerlo?

—Moisés Linares lo puede todo, amigo mío… Mira… ¿por qué no comienzas con él? Convéncelo de que me provea de toda su pesca… tú y yo se la compraremos y le pagaremos un buen precio…

—No, Moisés —lo interrumpió antes de que pudiera seguir esbozando su plan

—¿Por qué no?

—Severino no quiere cambiar… ya me lo dijo y sé que se enoja cuando escucha de esto. No, él no quiere dinero…

—Ya veremos cuando no pueda canjear sus pescados…

—Severino es un buen hombre, me dijo que es feliz así y que no cambiará. Si no puede canjear su pesca, no lo hará.

—Sí, escuché que es un hombre terco y de convicciones fuertes

—No ofendas a mi amigo… —respondió en tono amenazante Mondragón.

Moisés supo que había hablado de más y debe rectificarse. La unión entre ellos es demasiado fuerte y Mondragón fácilmente renunciaría a su riqueza si su amistad con Severino se pusiera en duda.

—Noo, Francisco, por favor no me malinterpretes, jamás lo ofendería… es una persona muy íntegra y ojalá todos fuéramos como él…

—Así está mejor.

—Bueno, Francisco, comencemos con alguien más permeable… tú sabrás a quien elegir. Pero ahora dame un poco de tiempo para poner a todos al tanto de tus cambios. Ya verás como todos te saludan diferente. Y cuando lo hagan, sabrás que ha llegado el momento de comenzar a trabajar.

Mondragón salió de allí absolutamente ilusionado con los avatares que se avecinan a su velada vida. Se ve diferente al saber que ahora tiene un nombre y de alguna manera también se siente importante. Camina sin rumbo fijo y recorre el pueblo de punta a punta. Su único objetivo es cruzarse con la mayor cantidad de aldeanos posible y al hacerlo, los saluda efusivamente, algo que confunde a la mayoría. Ellos ignoran lo que sucedió antes, allá, en las oficinas de Moisés, pero la sorpresa es tal que todos responden al saludo, aunque lo hacen tímidamente. Muchos, más que nada por temor a una reacción de Mondragón. Es bien conocida su escasa comprensión y también su fuerza bruta y ellos justifican a su cobardía aduciendo, a sí mismos, que el saludo no se le niega a nadie. Mas, pronto notarán una verdadera metamorfosis en su apariencia. Lo que quizás nunca sepan es que todo es parte de una estrategia hábilmente diseñada por Moisés para atraparlos en su telaraña; y para cuando lo descubran, será tarde.

Pero el pueblo es pequeño y poco tardó Mondragón en llegar

hasta el final de su recorrido y entonces decidió regresar por donde vino y una vez más repitió el mismo ritual, solo que en esta oportunidad cruzó a Severino que esa mañana había demorado su salida al mar porque debe reparar su embarcación.

—Hola Mondragón, ¿qué haces por aquí y a esta hora?

—Ja, ja, ja veo que aún no te has enterado…

—No te entiendo… ¿qué fue lo que me perdí?

—Que ahora tengo un nombre…

—Sí eso ya lo sé

—No, no me entiendes… ahora tengo un nombre y es Francisco. Moisés me lo puso esta mañana…

Severino no necesitó más para entender lo que allí había ocurrido, pero, aunque tuvo la intención de advertirle, creyó que lo mejor era dejarlo pasar y aguardar a que los acontecimientos se sucedan. Ya habría tiempo para ir en su ayuda cuando fuera necesario hacerlo. Sabe, a ciencia cierta, lo importante que es para él tener un nombre; nadie conoce su pasado y tampoco de donde vino. Todos recuerdan aquel día en que apareció en el pueblo, caminando por sus calles ofreciéndose para trabajar a cambio de un plato de comida y desde entonces poco o nada ha cambiado en él. Cierta vez, Severino le preguntó por sus padres y él quedó en silencio, mirándolo sin responder, inexpresivo y en silencio, como si no comprendiera el significado de lo que le había preguntado. Ya nunca más volvió a hacerlo.

—Qué bien, Francisco… así que ahora debemos llamarte así

—Sí… pero tú no, amigo. Para ti siempre seré Mondragón.

—Gracias, no sabes cuánto me alegra escuchar eso… nuestra amistad por, sobre todo.

—Sí, amigo… pero si me enojo contigo, deberás llamarme Francisco… ¡ja, ja, ja!

Mientras tanto y no lejos de allí, Mateo Denoble ha tenido la misma idea que Moisés Linares y busca, entre los aldeanos, a alguien a quien utilizar como anzuelo para atrapar la atención de todos. Pero su estrategia es diferente; se esfuerza denodadamente en convencer a Igor para conformar una sociedad sabiendo que él es uno de los notables a quien todos admiran y respetan… o temen, según sea el caso. Mas, a los efectos de obtener resultados, si es una u otra, carece de importancia. Sin saberlo, Mateo y Moisés se han convertido en competidores acérrimos por ganarse el beneplácito de los demás a expensas de poner en riesgo su amistad de años. Pero ambos saben que la pieza clave es mantenerse próximo a Lautaro; sin él nada tendrá sentido. Y, es entonces cuando ambos coinciden en cercanías de la cabaña de Samay…

—*Hola Moisés… ¿qué te trae por aquí?* —preguntó Mateo con evidente sorna en sus palabras

—*Voy rumbo de mi casa…*

—*Y, ¿no estás yendo en dirección opuesta?*

—*Mateo, cada quien tiene derecho de utilizar el camino que más le plazca*— responde molesto ante la evidencia de ser descubierto in fraganti.

A solas, Moisés y Mateo habían convenido trabajar juntos para apoderarse de todos los nuevos negocios en detrimento de los demás aldeanos y ahora ambos se descubrieron sospechosamente en las afueras de las "oficinas" de Lautaro. Los dos tienen motivos suficientes para acusarse de traición, pero ninguno dará el brazo a torcer ni admitirá cuáles son sus reales intenciones. Resolvieron esta disensión de pareceres sin inculparse; ambos fingieron dirigirse en direcciones opuestas. Saludándose de mala gana y, con algún bufido de por medio, continuaron su camino.

Ni Mateo ni Moisés son jóvenes y verse obligados a subir y bajar cuestas empinadas sin una razón lógica, los pone de malhumor. A sus edades es preciso administrar bien el esfuerzo al que someten a sus desgastadas piernas porque, caminar innecesariamente por esos engañosos senderos, es arriesgarse a una dolorosa fractura de huesos. Sin embargo, la irritabilidad que manifiestan es más por haberse vistos sorprendidos que por lidiar con el empedrado de las calles.

Pero la fortuna les tenía reservada una sorpresa porque Lautaro, quien había escuchado todo, resolvió salir al encuentro de ellos.

—*¡Amigos!* —gritó

Minutos antes, como si fueran pasos de comedia, Lautaro había estudiado los movimientos que haría de ahora en más. Por sus experiencias anteriores sabía que el atuendo que eligiera era fundamental. Sabe que cada ocasión es diferente, pero cuando se trata de negocios la vestimenta debe estar acorde a las circunstancias. Debe para dar una imagen convincente, de confiabilidad y decoro, especialmente en una comunidad tan cerrada como esta. Pero, en su equipaje solo había un par de camisas con estampado escocés, un pantalón de mezclilla y algún abrigo de lana para las noches frías. Nada de esto le servirá para lograr una estampa de hombre de negocios. Fue entonces cuando, con la anuencia de Samay, hurgó entre las pertenencias de su extinto esposo y halló un traje de tela de gabardina de color azul con un talle que le calza a la perfección. Parecía haber sido confeccionado solo para él. El corte estaba pasado de moda y quizás desde muchas décadas atrás, pero la ignorancia de los Mollejanos juega a su favor. Ante al espejo vio reflejada una imagen que le recordó al doctor John H. Watson, el inefable asistente de Sherlock Holmes; se sintió como él, audaz, analítico e

intransigente. Sonrió satisfecho y hasta lo imitó al desfilar enfrente de su nuevo amor. Se quitó la gorra Gatsby y la reemplazó por un sombrero de copa que halló intacto en su estuche original; era un auténtico J. Owen Rugby, una verdadera pieza de colección.

Antes de salir a la calle, Samay, sonriente, se acercó a él y le colgó del brazo un largo paraguas negro de ocho varillas para completar su atuendo.

Moisés y Mateo no daban crédito a lo que veían sus ojos; aquel joven alocado que los había subyugado con su alocución sobre economía, era ahora la resurrección de algún noble victoriano londinense que había escapado de sus anales.

—Señor Amun, que placer verlo por aquí —exclamó Moisés aventajando a su amigo en el orden del saludo, hecho que lo sitúa un escalón por encima suyo de acuerdo a las lecturas que hacen, sobre las conductas humanas, algunos ignotos psicólogos.

—Los vi desde mi oficina y pensé que quizás sería oportuno reunirnos para analizar los avances de nuestras negociaciones. Tal vez ustedes pudieran recomendarme un buen lugar para almorzar mientras discutimos sobre el tema… —dijo en tono intrigante a sabiendas de que ambos se quitarían los ojos pugnando por tenerlo como invitado a una de sus mesas.

Esta vez, fue Mateo quien reaccionó antes y…

—Estimado amigo, será usted muy bienvenido a mi humilde morada. No está lejos de aquí y apreciaría mucho que nos acompañe a paladear algunas exquisiteces que cocinará mi esposa. Y tú, Moisés, podrás sumarte a nosotros si así lo deseas… —agregó con ironía luego de haberlo aventajado otra vez.

Moisés aceptó de mala gana, pero con una sonrisa obligada en su rostro. Aceptó la derrota, pero como en toda contienda, sabe que la revancha siempre está a la vuelta de la esquina.

Lautaro había logrado dos propósitos: comer gratuitamente y la idolatría de dos de los más honrosos hombres de aquella comunidad y todo habiendo pasado solo tres días desde que arribó al pueblo.

—Amor, llegamos y traje un invitado de lujo para almorzar

Doris los vio entrar y maldijo para sus adentros. No estaba en sus planes cocinar para nadie, pero entre ellos estaba Moisés y no tenía otra alternativa que fingir el papel de la esposa ideal. Moisés y otros honorables como él son los regentes por antonomasia de las reglas matrimoniales a las que ningún Mollejano, que se digne de tal, debe renunciar. Son reglas irrefutables y aunque nadie comulgue con ellas, todos fingen aceptarlas sin protesto. Y entre ellas está el hecho de que la esposa es quien debe satisfacer las necesidades culinarias de su esposo y también de los invitados de éste. Ella, en esta ocasión, deberá comer en otro sector de la casa, alejada de las conversaciones de los

hombres. Aunque disgustada por ello, se relame de solo pensar en el momento en que se encuentre en privado con su amiga Gladys para contarle todo. Ambas tienen por costumbre aceptar estas vicisitudes maritales, pero en la intimidad con sus esposos, generalmente obtienen generosas concesiones a cambio de soportar estoicamente estas iniquidades.

En eso, un niño de aspecto desaliñado, entra ruidosamente a la casa y ella lo intercepta para advertirle de que debe cuidar las formas porque están con invitados. Es uno de sus sobrinos. El pequeño, haciendo caso omiso a las advertencias de su tía, abre la alacena en busca de galletitas para saciar su apetito. Doris, disimulando su disgusto, coge una caramelera de vidrio y quita su tapa. Extrae tres canicas de color rojo fulgurante y le dice…

—Gabriel, ve rápido a la casa de Azucena y pídele tres plateaditas chicas y, por favor, no te demores ni te entretengas en el camino. Aquí tienes las canicas para trocarlas.

—Sí tía, enseguida regreso…pero, ¿puedo comer con ellos? —preguntó señalando la mesa donde Moisés, Mateo y Lautaro ya degustan trocitos de queso de cabra regados con vino rojo. Doris no respondió y el pequeño, al ver sus ojos amenazantes decidió no insistir.

Pero aquel detalle no escapó de la vista de Lautaro que no ocultó su curiosidad y preguntó…

—Mateo, amigo mío, acabo de observar que su esposa le dio al pequeño algunas canicas para trocarlas por pescado y me pregunto que tienen las bolillas que sean de interés para el pescador…

—Ah, mi estimado, es que Azucena, la esposa del pescador, es una gran coleccionista de canicas y tiene predilección por las de color rojo brillante.

—Entiendo, pero ¿no es un trato injusto para ella?

—Amigo, venga, acérquese por favor… —Mateo se inclinó sobre la mesa para hablar en voz baja — *es que la pobre Azucena es… es un tanto quedada…*

—Dilo con todas las letras, Mateo, ella es retrasada mental y punto— interrumpió Moisés

—Comprendo, comprendo

Lautaro, sorprendido por la crudeza con que ambos se refirieron a una supuesta enferma, pensó en reprenderlos por semejante bajeza, pero obvió todo comentario y solo se limitó a taparse la boca con una mano para ocultar su espanto y solo agregó *—juro que jamás había visto algo semejante*

—¡Ja, ja, ja, la pobre debe tener miles ya! —rio descaradamente Mateo *—de hecho, a nosotros solo nos quedan unas pocas canicas más y pronto se acabarán…y creo que a todos nos ocurre lo mismo.*

—Es que no somos los únicos que hacemos esto… los demás aldeanos también lo hacen. —acotó Moisés y enseguida agregó *—Créame joven, pronto deberemos hallar otras maneras para comer pescado porque quien las fabricó quedó sepultado en la mina, luego del derrumbe…*

—Perdón por mi ignorancia, pero no entiendo…

—Muchos años atrás, Don Gervasio, el padre de Anastasio, el relojero, descubrió por accidente una vieja mina abandonada. Durante años extrajo oro, pero un buen día el oro se acabó. Siguió perforando y descubrió piedras de diferentes colores, rojos, verdes, azules…

—Y, ¿qué hizo con ellas? —preguntó intrigado Lautaro

—Don Gervasio fue un gran tallador y reparaba los engranajes de los relojes tallando esas rocas cristalinas hasta convertirlas en ruedas dentadas y en sus ratos libres fabricaba canicas que luego repartía entre los niños. Pero los niños fueron creciendo hasta convertirse en lo que hoy somos. Cuentan los ancianos que un día ingresó a la mina y nunca más salió. Las crónicas de entonces relataban que ese día hubo un fuerte temblor y es factible que el pobre Gervasio quedase atrapado en las profundidades del yacimiento. En la comunidad ya casi no hay niños y la mayor parte de nuestras canicas fueron a manos de Azucena, que las adora como la niña que fue y que quizás jamás dejó de ser.

—¿Puedo ver una de las canicas? —preguntó Lautaro

—Claro…tome cuantas quiera —respondió Mateo acercándole la caramelera.

—¿Puedo quedármelas? —volvió a preguntar luego de elegir algunas de dimensiones pequeñas.

—Sí, por supuesto, pero no vaya a creer que le servirán de mucho en Puerto Mollejas… salvo, claro está, que quiera pescado para la cena, ¡ja, ja, ja!

—Bueno, quizás visite a Azucena —rio Lautaro fingiendo ser tan bromista como ellos.

Lautaro no es un experto en joyas y mucho menos un gemólogo, pero algo de aquel relato hizo ruido en su cabeza. Un análisis rápido, básico y absolutamente elemental le dice que si las piedras conque tallaron las canicas las extrajeron de una mina, estas deben tener algún valor comercial que los aldeanos desconocen. Y ese solo hecho es suficiente para ahondar más en el tema, pero debe ser cauteloso y no demostrar demasiado interés porque a quienes tiene enfrente no serán fáciles de engañar. Ya han demostrado ser ambiciosos e inescrupulosos, a tal punto que no muestran ni un ápice de remordimiento luego de engañar en reiteradas oportunidades a esa pobre mujer.

En eso, el pequeño Gabriel regresa con las tres piezas de pescado y el ojo avizor de Lautaro vio que lo que Doris llamó plateaditas en realidad eran Totoabas, quizás el plato de frutos del mar más caro del

mundo. Pero su descubrimiento es demasiado importante como para descuidarse. Debe verlos de cerca y confirmar sus sospechas. Fue entonces cuando, ante la mirada atónita de Moisés y de Mateo, corrió la silla hacia atrás, se puso de pie y se acercó a Doris que ya había comenzado a lavar y descamar a los pescados…

—Perdón por mi intromisión, pero años atrás fui premiado con una estrella Michelin como mejor chef luego de haber servido a la reina de Inglaterra y conozco una manera exquisita de cocinar a estos pescados. ¿Me permite hacerlo?

Lautaro había trabajado como cocinero en un restaurante de Londres, pero jamás sirvió a la reina y tampoco fue un reconocido chef y mucho menos había obtenido una estrella Michelin. Pero, al decirlo, había captado la atención de todos que no salían de su asombro. Cada día que pasa, el joven forastero los sorprende con un nuevo y enigmático secreto. Doris, lo miró sorprendida y hasta con un dejo de admiración. Se apartó de la mesada, secó sus manos y dejó todo a su disposición. Tenía a su lado al jefe de cocina de la Reina de Inglaterra y no podía creer en su suerte. Ya imagina los celos que dará a sus amigas cuando les cuente quién cocinó para ella. Este hecho fortuito la posicionará en la cúspide de las escalas sociales de la comunidad.

Lautaro ya tiene ante sí a los pescados y no necesitó revisarlos demasiado para comprobar que lo que está por cocinar son tres excepcionales ejemplares de Totoaba. Mientras los abría y les quitaba la vejiga, pensaba en el dinero que ganaría si se comprueban sus sospechas de que allí hay buena pesca de estos ejemplares. Las vejigas de las Totoabas se cotizan a precios exuberantes por sus cualidades afrodisíacas y medicinales. Mas, igual que el caso anterior, debe ser prudente y no advertir a sus anfitriones del negocio que tiene entre manos. Y dijo…

—Ya he cocinado antes a las "plateaditas" y saben muy bien. Son muy sabrosas y espero que ustedes opinen lo mismo luego de probar este exquisito plato. Me pregunto si son difíciles de conseguir por estos lares…

—¡Ja, ja, ja! Oh no, es muy fácil. —exclamó Mateo y enseguida agregó *—creo que Severino es lo único que sabe capturarlas porque jamás lo vi desembarcar con otra especie que ésta en sus canastos…*

—Quizás Severino, no… pero ¿y los demás pescadores?

—No hay más pescadores que Severino Marcos… es el único que posee una embarcación para lanzarse al mar.

—Y, ¿a nadie más se le ocurrió conseguir un barco para competir con él?

—Joven, quizás usted esté acostumbrado a otras formas de vivir, pero aquí quien quiera salir a pescar debe construir su propio barco y para ello es necesario conseguir madera, cortarla, tratarla y finalmente unirla y…

créame, eso solo lo sabe hacer Severino. Además, el mar aquí es muy traicionero y no perdona los errores. Para adentrarse a él no basta con poseer un barco; se deben aplicar técnicas de navegación específicas y nadie las conoce mejor que él. Desde siempre ha sido el único que pesca y así será hasta que el mar le gane la pulseada y logre sepultarlo en las profundidades.

—Creo que habrá que conversar con él… estos pescados son muy sabrosos y pueden ser muy codiciados. Debemos conseguir cantidades importantes para ofrecer en los mercados de todo el mundo.

—Olvídelo…—dijo Moisés sin dejar espacio para otra interpretación.

—No, no voy a olvidarlo porque la primera regla para hacerse rico es no darse por vencidos jamás. Hay que conseguir que pesque para nosotros.

—Créame, no lo hará —insistió Moisés sin dar más explicaciones. Jamás diría que antes lo había intentado a través de su amigo Mondragón. Hacerlo sería ponerse en evidencia ante Mateo.

Lautaro no siguió hablando del tema. Les había dado una oportunidad de hacer negocios que ellos desaprovecharon. Ahora irá directo a la fuente. Está convencido de que Severino no escapará a los encantos de su labia y pronto será el principal proveedor de Totoabas del mundo y todo gracias a él. La pesca más cara del universo y en peligro de extinción está a tan solo unos pasos de convertirlo en un hombre rico. Su cabeza no para de hacer cuentas y sus imaginarios ingresos se suman por millones. Ya ve su rostro en todas las portadas de los periódicos del mundo fumando habanos de Cuba y encendiéndolos con billetes de cien, codeándose con lo más rancio del mundo del espectáculo, de la moda y también de las finanzas. Y todo sin contar con los ingresos que espera lograr con las gemas rojas que quitará a Azucena con algún artilugio tan certero como seguramente ilegal.

Pronto, el aroma de los pescados inunda a toda la casa y la ansiedad por probar aquellas exquisiteces domina a sus sentidos. Para sorpresa de Doris, Lautaro pidió que ella sea parte de la mesa y aunque Mateo se opone a rajatabla, él insistió. Moisés y Mateo se miraron y comprendieron que el metálico es más importante que las formas y también que las costumbres del pueblo. Jamás se atreverían a oponerse a un deseo del Señor Dinero y rápidamente accedieron. Por este simple hecho, el joven se había ganado la bendición de Doris que ya no sostiene una opinión negativa sobre él, sino, por el contrario, ahora es una adepta incondicional a sus teorías. Lo que Lautaro nunca imaginó fue que todo esto le traería la primera discusión con Samay, que lo había esperado hasta altas horas de la tarde con la mesa servida para almorzar, ofensa que no perdonó ni siquiera después de que él se disculpara con ella y le contara una versión ligera sobre su

descubrimiento. Lautaro se siente a gusto con Samay, pero es un truhan y jamás compartirá sus ganancias verdaderas con nadie y mucho menos con una mujer. Nunca le diría la verdad absoluta.

CAPÍTULO VII

Entretanto, Severino Marcos recoge sus redes y se apresta a regresar a la costa. La pesca ha sido buena, pero no tan abundante como otras veces; es época de desove y todas las madres son devueltas al mar para conservar la especie. La cubierta del barco está llena de canastos con pescados prolijamente ordenados, pero la bodega está vacía…

—*Bueno Moro, es hora de regresar a casa* —dijo sonriéndole a su fiel compañero.

Moro lo observa expectante y atento a todos sus movimientos. Espera a que Severino despliegue todo el velamen porque así la nave cobrará vida y él, desde la proa, ladrará durante todo el viaje a cuanto albatros circunde en vuelo rasante al palo mayor. Sabe que ante el menor descuido el ave se lanzará en picada y en un santiamén robará con su pico ganchudo una de las piezas depositadas en los canastos de mimbre. Es un perro marinero y gran parte de su vida la pasó a bordo de esta embarcación. Conoce de memoria los procedimientos de navegación y hasta es capaz de adelantarse a las maniobras de marinería que vio ejecutar una y otra vez en cada salida al mar y durante los últimos doce años. Solo debe esperar a que la vela cangreja se sacie de aire y será entonces cuando la nave comience a ganar velocidad, partiendo en dos a las olas que se interpongan a su paso. Moro disfruta de observar cada vez que la roda se sumerge en ellas provocando que las amuras arrojen marejadas de espuma hacia el viento que regresa a él en remolinos blancos que finalmente se adhieren a su fino pelaje.

Severino controla la brújula y fija el rumbo. El mar está calmo y el viento es escaso, es algo más que una brisa suave, pero suficiente para empujar el barco y mantener una velocidad constante, aunque tardarán más de lo previsto en arribar y probablemente los sorprenda la noche. En compensación, tendrán un viaje tranquilo y sin sobresaltos.

Pero de pronto la nave pierde velocidad. El viento ha cesado de repente. Y eso solo puede significar una sola cosa: que se encuentren

en el centro de un sistema de baja presión. Severino se persigna, sabe que no es un buen augurio. Pronto habrá que alistarse para sortear dificultades. Oteó el horizonte y a lo lejos vio algunos nubarrones oscuros con amenazantes destellos sobre ellos que se acercan velozmente. Ya no le caben dudas. La vuelta a casa no será sencilla. No hay tiempo que perder. Con una soga de hebras asegura el timón para mantener el rumbo y corre hasta la proa para colocarle un arnés de seguridad a su perro. Si el oleaje empeora, un cabezazo del barco puede despedirlo por el aire y rescatarlo del mar embravecido puede resultar una tarea difícil de lograr. Enseguida bajó a la sentina para desocuparla de todo lo innecesario. En su lugar acomoda los canastos con la pesca y los asegura con lienzos de yute para evitar que se muevan de lugar. Debe procurar que el mayor peso esté debajo de la línea de flotación, pero debe evitar a toda costa que el agua ingrese a este sector del barco. Eso equilibra la embarcación y evita el vuelco durante una tempestad. En condiciones normales, Severino lleva la carga en la cubierta, pero solo cuando el mar está sereno.

Súbitamente la calma cesó. El viento ha comenzado a soplar fuerte. El bauprés y el botalón de proa crujen con mayor intensidad. Severino arría algunas velas y ajusta la botavara para evitar ser golpeado por ella. Azucena es un barco rápido y liviano y de gran maniobrabilidad y cada vez que una tormenta se desata durante la navegación, agradece al cielo haber leído de pequeño aquellas historias de piratas y bucaneros que elegían este tipo de embarcaciones por estas características. Inspirado en ellas fue que decidió construir este balandro.

Moro se mantiene calmo, pero atento a cualquier cambio. Observa a su alrededor y elige de donde asirse con sus dientes en caso de ser necesario. Ya antes hubo de hacerlo y eso le salvó la vida. Los perros nunca olvidan.

Severino se quita el peacot de lana y lo reemplaza por un impermeable de color amarillo. Si cae al mar la lana prensada del viejo sacón lo arrastrará a las profundidades más rápido que una bola de plomo. No lleva salvavidas porque que el único que tiene a bordo se lo colocó a Moro. Si el barco naufraga, solo deberá cortar el arnés con que sujetó a su mascota y dejarlo librado al azar. Sabe que si el perro se mantiene a flote las corrientes marinas lo arrastrarán a la orilla y así, uno de los dos sobrevivirá.

Ha llegado el momento de ejecutar más cambios, el viento arrecia con demasiada intensidad y pronto las olas serán gigantescas. Arría todas las velas y ruega al cielo que el palo mayor resista a los embates del mar. Desata a Moro y lo lleva con él a la bodega. Solo resta aguardar a que la tormenta pase y rezar para que la nave no dé una vuelta campana. Azucena es una cáscara de nuez en medio del

temporal, pero resiste. Tiene todo el peso en la parte más baja del casco y eso le permite cierto equilibrio, aunque si el ciclón no pasa pronto la estructura del barco se resentirá y de nada servirán todos los esfuerzos para mantenerlo a flote.

Desde lo alto del acantilado y parada en el porche de su hogar, Azucena tiene una vista privilegiada de cuanto sucede en el mar. Ve como a los lejos, los destellos de los rayos y de las centellas iluminan por momentos al horizonte. Pero ella no está allí para disfrutar del espectáculo. Su esposo aún no ha regresado y aunque él, anteriormente, haya superado tormentas similares, solo podrá tranquilizarse una vez que lo rodee con sus brazos en tierra firme y calme así la angustia que la embarga. Azuza la vista e intenta divisar a la distancia la embarcación. Pero pasan los minutos, pasan las horas y nada; el mar cada vez más embravecido solo devuelve imágenes de desazón. Ella confía en la capacidad de Severino como capitán de tempestades, pero sabe que su hombre ya no tiene veinte años y su angustia crece a cada momento. No sabe cómo rezar porque no ha sido instruida en ninguna religión, pero cree firmemente que alguna fuerza superior pueda escuchar sus pensamientos e intenta comunicarse telepáticamente con él. Le pide por su esposo y le ofrece su propia vida a cambio. Piensa que así será más atractiva su petición…cuerpo por cuerpo y destino por destino. El concepto de alma no está desarrollado en su intelecto y no concibe otra forma que canjear la vida de su esposo por la de ella.

En Puerto Mollejas ha cesado el viento. El centro del ciclón está encima de ellos. Una vez más vuelven a escucharse los sonidos del silencio. Observa hacia abajo y ve como uno tras otro comienzan a acercarse todos los habitantes del pueblo.

Pero de pronto, todo cambió drásticamente. Ha comenzado a llover torrencialmente y el viento aumenta su intensidad cada vez más. El oleaje ya azota la orilla y ha comenzado a roer el acantilado como un castor al tronco de un árbol. Hombres y mujeres no han llegado hasta allí para ver el espectáculo que les brinda la naturaleza sino para dar apoyo anímico a Azucena; saben que su esposo se debate entre la vida y la muerte y ella los necesita. Ninguno le habla y tampoco se acercan hasta su casa, pero están allí, compadeciéndola, sufriendo a la par. Al menos, eso es lo que inocentemente pensó Azucena al verlos llegar.

El tiempo pasa y la embarcación sigue sin aparecer en el horizonte.

Una lágrima rueda por la mejilla de la mujer y luego otra más. Pierde las esperanzas y poco a poco se rinde ante la fatalidad.

Mar adentro, Severino está perdiendo la paciencia. Han pasado muchos años desde la última vez que tuvo que lidiar con un mar tan

embravecido y sus fuerzas se van minando. Y, aunque no teme a la muerte, ama demasiado a su esposa y también a su perro. Cree que el mar está gobernado por una fuerza invisible que a menudo reclama una ofrenda de vida cuando ha sido ofendida. Él está allí y sabe que ha sido elegido para satisfacer a sus demandas y aunque cree en su inocencia, comprende que el destino ha sido fijado para concluir esa misma noche. Pero no se dará por vencido tan fácilmente. Dará batalla. Entonces estalla de ira…

—Maldito seas…maldito seas… ¿qué es lo que buscas? ¿Qué mal te he hecho? ¿Quieres mi vida?... pues llévatela, desgraciado, pero deja en paz a mi perro y a mi barco… —Gritó a viva voz aguardando una respuesta que nunca llegaría.

Pero eso ya no importa, sabe que no habrá respuesta y tampoco tiempo para pensar en eso; un violento golpe sobre estribor y el barco comenzó a escorar y no se detuvo hasta que el palo mayor quedó completamente sumergido. Había zozobrado y tanto que la quilla quedó completamente fuera del agua. Una ola lo tomó desde uno de sus flancos y terminó volcándolo. Fueron minutos de desesperación. Moro gime, pero lo hace de manera imperceptible a los oídos de Severino que permanece paralizado y sin saber a ciencia cierta qué hacer. Jamás había pasado por una experiencia igual. Los canastos continúan amarrados en el mismo lugar en que fueron fijados, pero no así su contenido que está diseminado por todas partes.

Al quedar sumergida, la cabina ha quedado en penumbras y la oscuridad es casi absoluta; pueden divisarse unas pocas sombras que solo logra distinguirlas la agudeza visual del perro, mas no la de Severino. El agua ha comenzado a ingresar. Lo hace lentamente y mientras eso suceda una luz de esperanzas asoma en su mente. El hombre sabe que solo un milagro los salvará. Pensó en buscar una salida y nadar hacia la superficie, pero hacerlo significa abandonar a Moro y esa posibilidad no está en discusión. Además, no le garantiza salvación puesto que el barco, en esta posición se mantendrá a flote por muy poco tiempo y él, en medio de este oleaje furioso, solo sobrevivirá unos pocos minutos más antes de seguirla en su derrotero.

Y, entonces pensó, *“si alguien ha de salvarse, que sea Moro”*. Y tomó una drástica decisión. Caminó a tientas hasta el perro, llevándose por delante a bultos, pescados y otros elementos que flotaban a la deriva. Se guio por el oído, escuchando los gemidos lastimosos de su amigo incondicional. Lo abrazó y por unos minutos lloró junto a él en una larga despedida. Besó su frente y acarició su lomo. Había llegado el momento que jamás imaginó llegaría. Entonces, aseguró el correaje de su salvavidas y los ajustó al cuerpo del animal. Luego tanteó con uno de sus pies el techo de la cabina. Busca denodadamente la escotilla y el cerrojo para abrirla. Son claras

sus intenciones, tomará al perro y lo empujará a través de ella para sacarlo al exterior. Sabe que debe hacerlo en un solo movimiento hacia abajo, aplicando toda su fuerza y luego rogar a que el salvavidas haga el resto: llevarlo a la superficie. Solo tendrá una oportunidad porque una vez que la abra, el agua ingresará a raudales y el barco inmediatamente se irá a pique en un largo viaje hacia las profundidades. El peso de la orza, que antes lo había mantenido erguido, ahora lo arrastrará al fondo. Severino toma al perro por el arnés y lo trae hacia sí. Con una mano ha tomado la traba de la escotilla y con la otra sujeta al animal. Moro se resiste; ha comprendido cuales son las intenciones de su amigo y no está dispuesto a obedecer esta última orden. Es un perro de mar y, tanto como él como su capitán, se hundirá con la nave. Hombre y animal en una simbiosis de vida y muerte…

—Amigo, sé que no quieres abandonarme, pero no permitiré que mueras. Hazlo por mí, por nuestra amistad, por tantos años de felicidad y por favor cuida de mi Azucena y dile que la amo, que la amé y amaré siempre, esté donde esté.

Moro pareció entender sus palabras y dejó de forcejear. Se entregó mansamente, con resignación y aceptó la última voluntad de su amigo.

Este es el tan temido adiós. Él no puede llorar, porque los perros no lloran, pero lamió su mano y gimió tanto como pudo. Le había expresado todos sus sentimientos con solo dos gestos. Ahora sí, está alistado y presto para salir. Bajó su cabeza y apenas si levantó la vista para darle el último adiós. Severino no podía verlo, pero supo que eso estaba ocurriendo. Y, de un solo tirón, descorrió el pestillo de la escotilla y el agua comenzó a ingresar a borbotones.

Pero de pronto, algo inesperado ocurrió; una nueva ola empujó al barco con fuerza y lo volvió a su posición original. Había recuperado la estabilidad, aunque lo hizo a medias porque aún permanece escorada sobre estribor. El agua que había ingresado a la sentina impide que se enderece totalmente. La claridad del día regresaba en la misma medida en que la nave volvía su posición natural. Con el golpe de la ola, Severino perdió estabilidad y cayó pesadamente sobre uno de las paredes de la cabina, pero estaba tan eufórico que ni siquiera notó que el filo de un borde metálico le había abierto la pierna con una herida larga y profunda. Abrazó al perro, pero solo por unos instantes. Lo soltó y corrió a buscar la bomba de achique. Sabe que no hay tiempo que perder…debe sacar rápidamente el agua que ingresó cuando estuvieron volcados. Si el barco vuelve a rotar, ya no habrá una nueva oportunidad.

—¡Moro, amigo mío, creo que zafamos de ésta! ¡Azucena nos llevará a casa sanos y salvos! ¡A Dios gracias que no se desprendió la orza, sino

creo que todavía estaríamos con la cabeza para abajo, ja, ja, ja! — le dijo a su mascota riendo sonoramente mientras bombea agua enérgicamente fuera de la borda. Intuye que no será tarea fácil recuperar la estabilidad de la nave y también que dispone de poco tiempo para lograrlo. El oleaje sacude a la embarcación con dureza, Severino pierde el equilibrio continuamente y cae una y otra vez. Pero vuelve a levantarse. Han renacido sus esperanzas y no le importan los magullones y las heridas que se abren en cada caída. En pocos minutos expulsó la mayor parte de la inundación fuera de la borda. Había vuelto a fojas cero y una nueva batalla habrá de librar. Empapados y con frío, pero con ánimos renovados, hombre y animal combatieron al enemigo de igual a igual.

Fue entonces cuando el viento comenzó a amainar y lentamente retornó la calma. Pero la marejada es aún muy intensa. Debe poner la nave en movimiento para evitar que el agua inunde la sentina otra vez. Para ello necesita de sus velas y por el momento ignora si alguna quedó intacta. Con premura sale a cubierta. Ya no llueve y solo unas pocas olas castigan al barco salpicando los pasillos laterales y haciendo de estos un lugar resbaladizo.

—*¡Moro, quédate abajo!* —le ordenó cuando el perro insinuó seguirlo. Moro obedeció sin chistar. Es un buen marinero y sabe que las órdenes del capitán no se discuten y menos en una emergencia.

El marino inspecciona a todas las velas de la embarcación una tras otra y con satisfacción comprueba que al menos la cangreja, en el palo mayor y la mesana, en la popa, están enrolladas y sin deterioros evidentes. Procura izarlas, pero su esfuerzo parece inútil; tanto tiempo sumergidas absorbieron demasiada agua y su peso se ha quintuplicado, las correderas se traban y eso dificulta aún más la labor.

Pero es un hombre de oficio y además muy paciente; no desespera y aguarda a que el agua escurra mansamente de las telas y en poco tiempo logra asegurarlas. Pero fue entonces cuando vio algo que lo preocupó: el palo mayo se estaba rindiendo en su base y si lo fuerza demasiado se quebrará irremediablemente. Y, entonces, como si respondiera a una fuerza invisible, el barco se pone en movimiento, apesadumbrado, a marcha lenta, como recuperando el aliento luego de haber tragado tanta agua, como si tuviera vida y la sangre comenzara a correr por sus venas lavadas, como si no quisiera rendirse. Severino está orgulloso de su barco y mientras acaricia el timón, susurra por lo bajo…

—*¡Eres el mejor barco del mundo!*

La nave parece haberlo escuchado y responde con un fuerte crujido de sus maderos. Ya no llueve y el viento sopla de nuevo; Azucena ha recuperado sus bríos y entonces el capitán pone rumbo a

Puerto Mollejas. El tifón ha pasado y la vida les dio, a los tres, una nueva oportunidad. Moro, que ha conseguido la venia para salir a cubierta, se dirige velozmente a su puesto de control y, aunque la oscuridad se avecina rápidamente, confía en que su olfato ayudará a guiarlos a buen puerto.

Mientras tanto, con el advenimiento la noche, solo unos pocos Mollejanos continúan con la vigía, aunque lo hacen por vergüenza más que por compasión. Ha corrido la noticia que Lautaro está especialmente interesado en exportar pescados y todos saben que el único que puede proveer de esa mercadería es Severino. Creyeron que, si el barco no regresa, Lautaro no tendrá motivos para quedarse y ellos perderán la oportunidad de enriquecerse. La mayoría se enfadó al enterarse de que el pescador había sido atrapado por la tormenta y que su vida corría riesgo. Decidieron cuidar de sus intereses y por esa razón corrieron a la costa para asegurarse de verlo ingresar al muelle sano y salvo. Pero la noche llegó y Severino no. Las horas pasan aprisa y pronto algunos perdieron las esperanzas y lo dieron por muerto. La desazón se apoderó de ellos; sus sueños de dinero se habían evaporado tan rápido como habían aparecido. Para ellos ya no tenía sentido quedarse allí y comenzaron a retornar lentamente a sus casas, pero unos pocos aún conservan algo de decoro y al ver que Azucena llora a su hombre, se avergonzaron de su actitud egocéntrica llena de egoísmo y no se movieron del lugar, soportando serenamente las inclemencias del clima y acompañándola en su desolación.

Minutos después, alguien creyó escuchar un ladrido lejano, casi imperceptible. Y pidió silencio. Todos callaron y aguardaron. Al rato, un ladrido más y esta vez fue nítido. Pero su descreimiento pudo más y comenzaron a discutir los efectos del sonido con la dirección del viento y surgieron las opiniones dispares sobre el origen de esos ladridos…

—*Ese no es Moro…es el perro de doña Raquel* —dijo uno

—*No lo creo, el perro de Raquel no ladra a esta hora… ya está durmiendo* —refutó otro

—*Creo que vino de los cerros, no del mar* —acotó Miguel, el zapatero

—*Escuchen bien, es claramente el ladrido de Moro… lo acabo de escuchar y vino desde el mar…*—replicó una mujer a la que no pudieron identificar por lo cerrado de la noche

La tormenta cesó, aunque no se alejó suficientemente de la costa. Una gran nube aún permanece sobre el mar y de repente el fulgor de un rayo iluminó completamente el lugar. Fue un momento fugaz, pero fue suficiente para que Azucena, que nunca quitó su vista del horizonte, alcanzara a divisar claramente la silueta del barco de su esposo.

—*Allí está* —gritó con todas sus fuerzas —*es él*

Ya los ladridos de Moro se escuchan cercanos, unos cuantos minutos más y la espera habrá terminado.

Sobre el acantilado, se desató un griterío infernal. La algarabía generalizada se escuchó a kilómetros de distancia. Los que habían abandonado la vigilia regresaron de inmediato. Suponían que nadie estaría festejando así si Severino hubiese muerto. Solo podían ser buenas noticias. De pronto, cientos de aldeanos se aglomeraron sobre el estrecho sendero que conduce a la costa y el espacio se tornó insuficiente. Comienzan los apretujones y las miradas desafiantes, todos querían ser los primeros en llegar. A un lado del camino, la pared rocosa y al otro, el vacío. No hay lugar para todos y las primeras caídas se produjeron obstruyendo el paso a quienes vienen desde atrás. Magullones, protestas y algunas que otras rencillas ya son parte del paisaje. Habían sido egoístas al irse y son egoístas al regresar. Nada les importa más que confirmar que el proveedor de pescados había sobrevivido. La muchedumbre se agolpó sobre el filo mismo del despeñadero aún a riesgo de caer al vacío.

Para ellos no fue sencillo llegar hasta allí, pero su ansiedad les impide esperar más tiempo; deben ver con sus propios ojos que Severino vive y para hacerlo deben bajar hasta la playa. Y la única vía disponible es una empinada escalera con sus peldaños tallados en la piedra, irregulares y muy angostos. La escalera no posee barandas, solo una cuerda amurada a la pared de piedra y que frecuentemente se suelta porque los ganchos que la sujetan se desprenden y quienes no estén advertidos de tal vicisitud suelen caer al vacío. Abajo, en el final, no todo es arena; también hay rocas que hacen muy dolorosa a una equivocación.

Descender con luz diurna es peligroso, pero hacerlo solo con la lumbre de un farol de aceite y en masa, es casi suicida. Aun así, nadie quiere perder detalle de lo que allí suceda. Uno tras otro, los aldeanos comienzan a descender, algunos pierden pie y resbalan quedando colgados tan solo de una mano, pero enseguida otra mano salvadora los iza y continúan bajando. Al llegar comprenden que sus dificultades todavía no habían acabado: el mar ruge embravecido y ha cubierto toda la playa. Solo el muelle asoma sobre la superficie del agua, pero sus viejos maderos están tan corroídos que muchos de ellos ya han desaparecido.

—*Oigan, el muelle está destruido y no resistirá el peso de todos nosotros. Debemos elegir quien será nuestro emisario…solo uno de nosotros podrá subir.* —dijo uno al que la mayoría no lograba identificar en la oscuridad; solo podían escuchar su voz que por momentos se pierde con el tronar de las olas castigando la costa.

Y entonces comenzaron las disputas; ninguno está dispuesto a

ceder ni un ápice. Todos pretenden ser el elegido. Una vez más aparecieron las discusiones, los empujones y las amenazas. De pronto y en medio de la trifulca, Greta cae al mar. Anastasio, el relojero, su esposo, al verla desaparecer de la superficie solo atinó a guiar la luz de su farol hacia aquel lugar y cuando comprobó que había emergido, le gritó —*Mujer, no puedes ser más torpe porque no te entrenas…deslízate hasta aquí y sube rápido* —Y eso fue todo. Aquello sería lo único que estaba dispuesto a hacer por ella. Tiene asuntos más importantes que atender. Y regresó al medio de la discusión.

Greta a duras penas mantiene su cabeza fuera del agua; el peso de sus complejas vestimentas le impide nadar con soltura. Intenta bracear, pero sus piernas no responden porque quedaron enredadas entre las telas empapadas de su vestido. Las olas la azotan sin piedad y una y otra vez desaparece bajo el agua. Cada vez que intenta pedir ayuda la marejada ahoga sus propósitos. Por momentos divisa a su esposo e intenta captar su atención, pero Anastasio está demasiado ocupado discutiendo con los demás. Todos la vieron caer, pero ninguno se preocupó por rescatarla. Ella sabe que, en esta lucha, está sola y que, si no se deshace de las ropas enseguida, sus minutos están contados. Sumergida y con la última bocanada de aire en sus pulmones, logró desprenderse de ellas y rápidamente alcanzó la pasarela que bordea al acantilado. Recién entonces fue que sintió una mano que la tiraba hacia arriba. Logró sentarse y recuperar el resuello. Pero su calvario aún no termina porque alguien advirtió que solo está vestida con una enagua que, al estar mojada, transparenta a su ropa interior. Fue el hazmerreír de todos. Avergonzada y descalza, corrió hasta su hogar mientras, a sus espaldas, escuchaba las carcajadas de la muchedumbre. Jamás se había sentido tan humillada.

Pero, entre las discusiones, las desventuras de Greta y sus transparencias, nadie advirtió que el barco había desviado su curso. Severino, viendo que la playa estaba sepultada por la crecida marina, buscó un lugar más propicio para anclar y se perdió detrás de un recodo en la bahía. Lo hizo justo antes de cruzar la rompiente. Solo Azucena estuvo presente cuando Severino arrojó el cabo para asegurar el barco.

Sobre la pasarela aún continúan las discusiones que son cada vez más acaloradas. La bataola es tal que muchos estuvieron muy cerca de seguir los pasos de Greta y acabar en el agua.

Hasta que alguien, a los gritos, advirtió…

—*¡Oigan…oigan! … ¿Dónde está el barco?*

El barco había desaparecido de sus vistas. Una vez más la desazón los invadió y en muy poco tiempo la playa, el acantilado y las calles del pueblo quedaron desiertas. Ya nada tenía sentido, todo fue un gran sueño. Si no hay barco es porque Severino no lo logró y pereció en el

intento.

Muchos, en lugar de apenarse por su destino, lo culparon de su desgracia y otros creyeron que lo había hecho adrede, que había preferido morir antes de dar el brazo a torcer y acceder a la nueva modalidad de negocios. Todos habían oído que Severino se oponía a vender sus pescados y que prefería continuar a la vieja usanza. Eso es algo que jamás podrán perdonarle.

Mientras tanto y no lejos de allí, Azucena y Severino se han fundido en un eterno abrazo de amor, ante la atenta mirada de Moro que menea su cola en señal de aprobación.

La nave, aunque erguida, necesitará de unas cuantas reparaciones antes de volver a altamar. Solo el palo mayor y la mesana quedaron intactos. La batalla que habían librado contra el tifón fue intensa y sin cuartel. No hubo victoriosos, solo respeto mutuo.

CAPITULO VIII

Tan pronto como amanece, Severino bajó a la playa. Debe hacer una inspección de daños en la nave para determinar que partes reparar. Moro, como todos los días, fielmente a su lado.

—*Sabes, aquí todos te dieron por muerto* —le dijo una voz desde atrás.

—*Hola Jesús…* —respondió sin levantar la vista — *¿Y tú?*

—*¿Qué crees?*

—*Imagino que no…*

—*Estuve allí…*

—*No pierdas tiempo, amigo y no hagas un juego de palabras conmigo…*

—*No miento, estuve allí, detrás de ustedes mientras se fundían en ese eterno abrazo de bienvenida…* —dijo con una gran sonrisa dibujada en sus labios.

—*¡Ja, ja, ja! Sabía que me estabas probando. ¿Qué te trae por aquí?... ¿Acaso vienes a ayudarme a reconstruir el barco?*

—*¿Necesitas ayuda?*

—*No*

—*Está bien…*—y Jesús hace una breve pausa— *Escuché que no confías en el sistema de ventas que propone el joven forastero…*

—*Sí confío, solo que no me interesa cambiar y mucho menos depender de alguien que no conozco. Soy feliz así y ni Azucena ni yo necesitamos más que esto.*

—*¿Ella está de acuerdo contigo?*

—*Fue ella quien se manifestó antes.*

—Aquí todos creen que, si no aceptas, arruinarás las posibilidades de los demás.

—¿Por qué habría de hacerlo? No me opongo a que acepten sus sugerencias… solo digo que no es de mi interés hacerlo.

—Y, ¿crees que podrás subsistir solo y en contra del sistema?

—¿Por qué no? Puedo canjearles mi pesca tal como lo hice siempre y ellos comerciar a sus productos como les plazca y con quien les plazca.

—Se negarán a trocar contigo…

—Jesús… ni yo puedo obligarlos ni ellos pueden hacerlo conmigo.

—Está bien, amigo mío, solo quise advertirte.

—Gracias. —y hace una pausa— *¿Y bien?*

—Y bien… ¿qué?

—¿Me ayudarás a reconstruir a mi Azucena o no?

—No, no sabría cómo hacerlo…

—Puedo enseñarte…

—Ja, ja, ja… ¿por qué insistes con algo que sabes bien que no lograrás? Soy Jesús de Nazaret… ¿lo recuerdas? Solo hago milagros…no trabajos.

—Está bien… haz un milagro y que la nave se repare sola… —le dijo riendo sonoramente

—No, no sabría cómo hacerlo

—Ja, ja, ja… qué fariseo eres…

—Bueno… sí, algo de razón tienes. Adiós amigo y recuerda lo que te dije.

Severino siente un gran aprecio por Jesús, lo considera un hombre bueno y quizás sea el único de los Mollejanos que no le teme. Tal vez sea porque conoce sus trucos o quizás crea conocerlos y Jesús le permite hacerlo. Aun así, no destinará ni un solo segundo de su tiempo en pensar en lo que le dijo, tiene demasiadas preocupaciones ahora como para ocuparse de ello. Su nave está averiada y requiere de trabajo arduo para volver a navegar.

De pronto Moro se sobresaltó, pero solo fue un instante porque inmediatamente comenzó a sacudir su cola y a gemir con entusiasmo, como lo hace cada vez que reconoce a alguien. Severino levanta su vista y entonces lo vio. Se sonríe. La escena es caricaturesca, hilarante. Es Mondragón que viene bajando desde el acantilado tan aprisa que por momentos rueda y vuelve a levantarse una y otra vez, se sacude el polvo y continúa a toda carrera.

—¡Wow, wow, wow, Mondragón! —le grita Severino al verlo — *calma, ten calma y por favor baja más despacio que para cuando llegues no podré reconocerte por tantos magullones en tu rostro.*

El gigante hace caso omiso de los consejos de su amigo y continúa tan rápido como le dan sus pies… Jadeante, agitado y con sus ojos desorbitados…

—*¡Oh, amigo!, ¡Qué feliz de verte a salvo!* —le dijo al tiempo en que lo abraza con tanta fuerza que, por un momento, Severino quedó sin aliento —*¡Perdóname, amigo, si no estuve anoche aquí para recibirte… es que estaba pisando las uvas de Moisés y nadie me dijo lo que te había sucedido!*

—*Descuida, Mondragón, solo fue un intercambio de palabras con el mar, pero ya está todo aclarado…*

—*¿Estás bien? Dime qué necesitas…*

—*Sí, estoy bien y Moro también lo está. Ambos estamos muy bien, no te preocupes*

—*Oye, tenemos que reparar a esta preciosura y voy a ayudarte…* — dijo Mondragón mirando hacia el barco averiado.

—*Voy a decirte algo…*

—*¿Qué es? …*

—*Si no fuera por ti, jamás hubiera llegado a tierra…*

Mondragón lo observa atónito, no comprende qué es lo que su amigo quiere decir.

—*No te entiendo…*

—*¿Recuerdas cuando construimos el barco?*

—*¡Cómo olvidarlo!*

—*¿Quién dijo, en su momento, que con una buena quilla era suficiente para navegar seguro?*

—*No lo recuerdo… ¿fui yo?*

—*No, fui yo… tú insististe en que construyéramos una orza bien pesada para darle estabilidad a la nave. Y lo hiciste una y otra vez hasta que me convenciste de hacerlo, y ¿sabes qué? Si no hubiera sido por ella el barco jamás hubiera recobrado su posición original. Allí, mar adentro y en medio de la tormenta, una enorme ola nos dio vuelta campana. Con el palo mayor sumergido era imposible que volviera a enderezarse, pero con el gran peso de la orza y un poco de ayuda del cielo, vencimos la resistencia que ejercía el palo bajo el agua. ¡Asique, tengo que decirte que Moro y yo te debemos la vida!*

—*Bueno gracias, pero debemos poner manos a la obra. Dime por dónde comenzamos…*

—*¡Ja, ja, ja! Amigo mío, tú sí que no tienes remedio…*

Mientras tanto, a pocos metros de allí, Lautaro, quien estaba enterado de lo acontecido con Severino, buscaba la manera de llegar hasta la cima del Rompehuesos, el risco en donde está emplazada la cabaña del pescador. Observa el angosto y empinado sendero por el que debe transitar y se persigna.

—"*Maldición… ¿por qué será que en este maldito pueblo todas las calles son así? ¿A quién puede ocurrírsele construir una vivienda allá arriba y olvidarse de hacer una escalera aceptable? Si resbalo me partiré la*

crisma. Debe haber otra manera de subir por aquí sin tanto riesgo." —dijo en voz baja y maldiciendo para sus adentros.

Lautaro sufre de vértigo y siente pánico en las alturas; comienza el ascenso apoyando sus espaldas contra la pared rocosa y evita mirar hacia abajo. Lo hace muy lento, asegurando una y otra vez las pisadas en alguno de los pocos huecos que encuentra a su paso.

Solo había recorrido poco más cuarenta metros cuando lo sobrepasó velozmente un grupo de niños que iban en su misma dirección. Lo hicieron tan abruptamente que poco faltó para que perdiera el equilibrio y cayera. No los había escuchado acercarse y se sorprendió tanto que por un instante perdió la concentración y trastabilló. A los manotazos buscó de donde asirse para evitar desplomarse, pero todo fue en vano, el peñón donde está cavado el sendero tiene sus paredes absolutamente lisas y las pocas salientes que hay son tan diminutas que resulta imposible aferrarse de ellas. Solo pudo recurrir a un último recurso; se arrodilló abruptamente y logró apoyar sus manos sobre el piso para sostenerse. Pero, el vendaval de la noche anterior lo había mojado y ahora se tornó muy resbaladizo. A duras penas consiguió a erguirse de nuevo y fue entonces cuando vio cómo habían quedado sus pantalones de mezclilla, su camisa y una de sus manos que, además del lodo, había sufrido pequeños cortes con el filo de la roca. La sangre había comenzado a manar y algunas gotas cayeron sobre el suelo. Sacó un pañuelo de su bolsillo derecho y con la ayuda de sus dientes y la mano sana, lo sujetó a modo de vendaje para interrumpir la hemorragia…

— *¡Chiquillos del demonio!* —les gritó enojado —*miren, nada más, cómo me han dejado… sucio de pies a cabeza… ¡maldición!*

Pero los niños ya no podían escucharlo y, de hecho, tampoco notaron lo que habían provocado. Para entonces habían alcanzado la cumbre y ya estaban llamando a la puerta de Azucena. Minutos después, arribó Lautaro, jadeante y tembloroso por el pánico que aún persiste en él. Y allí estaban ellos, riendo estrepitosamente junto con la mujer que había salido a recibirlos con sus manos repletas de dulces para repartir. El forastero, tuvo la intención de recriminarles por su imprudencia, pero al verlos con ella no se atrevió; daría una mala impresión y arruinaría sus planes. Había llegado hasta allí con la clara intención de seducirla con artilugios y promesas de buen vivir y conseguir así que interceda ante su esposo para que desista de su obcecada resistencia.

—*¿Es usted Azucena?* —preguntó

—*En efecto, señor, soy Azucena y… ¿usted es?* —respondió Azucena con una sonrisa en sus labios

—*Discúlpeme… qué descortés he sido, soy Lautaro Amun…*

—*Ah, el joven forastero…* —dijo ella con un dejo de socarronería

en sus dichos.

Lautaro lo detectó de inmediato y recordó las palabras de Moisés y Mateo cuando afirmaron que ella sufre de retraso mental. Solo por la manera en que ella ironizó supo que la mujer no es una enferma mental. La ironía es un claro signo de inteligencia y engañarla no será algo fácil; todo el plan que había pergeñado debe ser descartado de inmediato. Pero es tarde para idear otro y no tiene otro recurso que dejarse llevar por las circunstancias.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —dijo procurando mostrarse confiable

—Si pretende convencerme de vender nuestros pescados, desde ya le digo que no pierda su precioso tiempo —respondió Azucena coartando cualquier intento de negociación.

—Señora, por favor, no me malinterprete, solo intento ser cortés con usted.

—Le agradezco mucho, pero no era necesario molestarse en venir hasta aquí para eso.

—¡Oh no! solo vine porque supe lo que pasó con su esposo e imaginé que podrían necesitar ayuda o contención…

—Señor Amun… contención necesité anoche, cuando todo el pueblo estaba allí, soportando el frío, la lluvia y el viento… a propósito… no creo haberlo visto entre ellos… ¿me equivoco?

—No, no se equivoca… recién hoy supe lo que pasó…

—Sí, entiendo, a veces es muy conveniente enterarse de las cosas cuando el tiempo mejora…

—Me ha dejado sin palabras y no sé cómo disculparme…

—No tiene que hacerlo… no era su obligación venir

—Gracias por su comprensión…

—No dije eso, solo dije que no era su obligación. Y ahora, si no tiene algo más importante que hacer…

—Sí, sí, ya me voy…pero por favor recuerde que si necesitan ayuda… lo que sea que esté a mi alcance…

—Créame, joven… no está a su alcance y jamás lo estará.

Azucena le había cerrado todas las puertas sin darle chances de continuar insistiendo. Lautaro pensó que ahora solo le resta volver sobre sus pasos e irse. Pero, de pronto, una idea le cruzó por la mente y sabe que nada tiene por perder ya; intentarlo al menos justificaría el esfuerzo de haber subido hasta allí…

—Gracias por su atención, Azucena… a propósito, no tengo nada para cocinarme hoy… ¿sería tan amable de trocar una pieza de pescado conmigo?

—¿Qué tiene para ofrecerme?

Lautaro recordó que en uno de sus bolsillos aún conserva algunas de las canicas que le obsequió Mateo y quería comprobar por sí mismo

lo que todos aseguran con tanto énfasis. Extrajo una y se la mostró sin decir nada. Ella la tomó, la inspeccionó y entonces dijo…

—Es pequeña, pero puedo darle media plateadita a cambio.

—Está bien, con media pieza estoy conforme…

—A propósito… ¿Dónde la obtuvo? —preguntó ella

Lo sorprendió y solo atinó a responder que no lo recordaba. Jamás mostrará sus cartas y mucho menos con alguien de la talla de Azucena. A esta altura de los acontecimientos a Lautaro ya no le caben dudas de que esta mujer no tiene ningún retraso mental y es, quizás, de quién más deberá cuidarse. Mujer e inteligente es un combo peligroso para sus intenciones.

—Venga conmigo que voy a darle su almuerzo —le dijo Azucena mientras le franquea el paso al interior de la cabaña. Lautaro la siguió en silencio, expectante e intrigado por saber qué tantos secretos se esconden allí adentro.

En una sola fila y uno al lado del otro, contó veintidós cestos de mimbre apoyados sobre una pared del fondo. Ella se dirigió a uno de ellos y levantó su tapa para depositar la canica que momentos antes él le había entregado. El joven no salía de su asombro, la cesta estaba repleta de esas bolillas, todas iguales y de igual color rojo intenso. Y se preguntó si las demás contienen lo mismo. Alguien le dijo antes que esta práctica es habitual en esta mujer y lo hace desde muchos años atrás. Supuso que no sería un error pensar que las otras cestas contengan lo mismo y en cuyo caso se preguntó qué valor tan especial tienen las canicas para ellos. Quizás sea por eso que todos crean que es desequilibrada, pero… *—¿será así*? — se preguntó. De pronto, el estruendo de un golpe seco lo quitó de sus pensamientos. Azucena, con una filosa cuchilla había partido en dos al pescado, lo envolvió en un trozo de papel blanco y se lo entregó. Lautaro, sin decir palabra alguna, tomó el empaque, se despidió con un gesto de cabeza y comenzó el descenso y al hacerlo maldijo el momento en que lo aceptó… ahora tendría solo una mano para sostenerse si volviera a resbalarse.

En el camino cruzó a Severino, pero solo levantó su mano libre para saludarlo y nada dijo. El pescador sonrió y respondió de igual manera, pero no pudo evitar reír por dentro al ver su expresión de terror y continuó su camino. Pero unos metros adelante se arrepintió y regresó. Se apiadó de él y le dijo…

—Amigo, si mal no recuerdo usted me ayudó cuando cayeron mis pescados allí, en el camino del castillo. Permítame ayudarle a llegar hasta abajo.

Lautaro no salía de su asombro. Jamás había visto a alguien con semejante bonhomía. Unos minutos antes él había intentado embaucar a su esposa para aprovecharse de la ignorancia de este hombre y

ahora él estaba allí evitando que se desbarranque. Claro está que si Severino hubiese sabido de sus intenciones seguramente su actitud hubiera sido muy diferente.

—¡Gracias, buen hombre! Sin su ayuda no sé cómo hubiera hecho para bajar ileso.

—Solo es cuestión de práctica… venga todos los días y verá como en un par de semanas usted subirá y bajará tan rápido como nosotros ¡Ja, ja, ja!... A propósito, veo que lleva uno de mis pescados y me pregunto cómo hizo para convencer a mi esposa de que se lo venda…

—No lo hice, se lo canjeé por una canica de color rojo brillante…

—Ja, ja, ja, imaginé que sería algo así. Ojalá que algún día se acaben así puedo conseguir algo más útil que las canicas que colecciona mi esposa.

—Sí, vi que tiene una cesta repleta de ellas…

—¿Una? ¡Ja, ja, ja!

—Sabe…me pregunto… ¿Por qué ustedes hacen eso?

—¿Hacer qué?

—Canjear canicas por pescados… que yo sepa carecen de valor…

—Se equivoca, amigo… tienen mucho valor

—¿Unas simples canicas tienen mucho valor?

—Así es… para mi esposa tienen mucho valor y por ende para mí también.

—No lo entiendo…

—En efecto… tanto usted como los demás habitantes de este pueblo jamás lo entenderán. Sé que muchos creen que somos tontos al hacerlo, pero a veces el valor no se mide en riquezas económicas… ¿lo entiende ahora?

—A decir verdad, no…

—No importa, joven, no importa si usted lo entiende o no, lo que realmente importa es que lo entendamos mi esposa y yo.

—Claro, por supuesto. Gracias y adiós.

CAPÍTULO IX

Tres días han transcurrido desde aquella fatídica tormenta y Severino no ha logrado aún culminar los trabajos de reparación de su barco. Algunos aldeanos han comenzado a intranquilizarse y buscan cualquier excusa para acercarse al acantilado y ver en persona los avances de la reconstrucción. Saben que el pescador se opone a vender su pesca a cambio de dinero, pero aún conservan la esperanzas de que cambie de opinión. Suponen que de ello depende que Lautaro Amun continúe interesado en quedarse en el pueblo para hacerlos ricos sin siquiera imaginar cuales son los verdaderos intereses del joven. No obstante, todos y cada uno de ellos han comenzado a acumular reservas para cuando llegue el momento de hacer el primer embarque de mercaderías. Vinos, quesos, chacinados, artesanías, pórfidos, tejidos, muebles, panificados y tantos más se apilan desordenados en todos los rincones de sus viviendas.

Pero pronto caen en la cuenta que sus provisiones de alimentos se van acabando, mas ninguno quiere destinar al canje ni una sola pieza de sus productos por miedo a quedar en desventaja y cobrar menos dinero que los demás. Ya no se trata de ser ricos, sino de ser los más ricos. Todos suponen que tener mayores reservas los posicionará en un mejor lugar para negociar y por ende obtendrán mayores beneficios. Es entonces cuando comienzan las promesas de pago, los pedidos de fiado y cuanto ardid imaginen con tal de obtener alimentos sin ofrecer nada a cambio; el canje, definitivamente ha quedado en el olvido…

—Oh vamos amigo, sabes bien que te pagaré cuando cobre el dinero del primer envío de mis mercaderías. Necesito llevar algo para comer, mi familia está pasando hambre —ruega Giuseppe, el carpintero.

Giuseppe, que parece haber salido de un cuento de niños, es quien ha fabricado todos los muebles de la comunidad. Nadie conoce mejor que él las técnicas para tratar a la madera. Aunque su aspecto dista mucho de ser el ideal para un carpintero; es el único en toda la comunidad que usa sombrero y botas tejanas, aunque no recuerda por qué ni cuando comenzó a utilizarlos. Cuentan, quienes han visitado su hogar, que sobre la chimenea del fogón hay colgado un rifle marca

Winchester calibre 44, tal como usaban los vaqueros en el lejano oeste americano, pero ninguna persona lo vio dispararla jamás, ni siquiera una sola vez. Es, además, uno de los tantos Mollejanos sin apellido o, al menos, no se le conoce alguno.

—Te comprendo, pero nada puedo hacer por ti… si te entrego una sola pata de cerdo o una sola docena de huevos o cualquiera de mis productos, tendré que hacerlo con todos los que vengan a rogarme como lo haces tú y entonces, en menos de lo que tarda un gallo en cantar, quedaré vacío y sin nada para vender.

—¡Creí que éramos amigos! — intenta persuadirlo apelando a sus sentimientos.

—Y lo somos, pero compréndeme… nada puedo hacer por ti…

—No eres mi amigo… ¡eres un maldito desgraciado egoísta!

—¿Egoísta yo? ¿Mira quién habla? Tienes tu casa abarrotada de maderas que necesito y vienes a pedirme misericordia…

Tal fue el griterío que se generó que pronto muchos aldeanos se acercaron para ver que sucedía allí.

—Oigan…oigan, ¿qué pasa con ustedes?

—¿Qué pasa? — respondió Giuseppe — ¡*Pasa que el señor Liarte disfruta de ver a mi familia hambrienta*! *Eso pasa…*

Martín Liarte, hombre de estatura baja y de aspecto tosco, es quizás el mayor productor de alimentos del pueblo. Es quien cría cerdos, gallinas, algunas ovejas y cabras también. Posee una finca sobre la ladera del cerro Tres Cruces, quizás llamado así por esa rara formación rocosa en la cumbre que, observándolas desde cierto ángulo, parece un cementerio antiguo. Nadie comprende como un hombre con su aspecto pudo haber seducido a una mujer como Rose. Rose es, quizás, la única con raíces británicas en toda la comunidad, o al menos, eso indica su claro acento al hablar. Alta, distinguida, con la piel tan blanca como si hubiera escapado de un saco de harina y con ojos de color zafiro tan intensos como su vida misma. Algunos aseguran que escapó de tres guerras, es bella hasta lo imposible y al menos veinte centímetros más alta que su esposo.

—Y el señor Giuseppe es un verdadero egoísta… pretende que dé de comer a toda su familia sin ofrecer nada a cambio… solo promesas. No señor, no crea que soy estúpido. Si tienes hambre ve y consíguete a otro imbécil —respondió Liarte con evidente enojo.

—Escúchenme… todos estamos pasando por lo mismo —dijo Juan Vallares, padre de Juana y esposo de Matilde— *Necesitamos comer y Martín es quien puede solucionar nuestro problema. Pero no es justo que él pierda para que nosotros ganemos. Sugiero que vayamos a hablar con Amun porque quizás él quiera comprar nuestros productos y así conseguir dinero para pagarle a Martín. ¿Estarías de acuerdo en vendernos alimentos?*

—*Claro que sí, si es por dinero, sí…* —Responde Liarte entusiasmado por ser el primero que recibirá monedas a cambio de sus productos.

—*Y ¿por qué Amun querría comprar nuestras cosas?* —Preguntó alguien desde el fondo

—*Lo hizo con Igor… ¿no?*

—*Es verdad… ¿cómo es que no se nos ocurrió antes?*

Pronto, una decena de aldeanos se había agolpado enfrente de la puerta de Samay Willka. La noticia corrió de boca en boca y todos creyeron que allí estaría la solución a sus problemas. Primero golpearon las manos tímidamente. Nadie quería incomodarlo y mucho menos enojarlo. Muchos creyeron que era muy temprano para él y que quizás aún no había despertado. Pasaron los minutos y nadie salió a la puerta.

—*Quizás no nos escuchó… llamemos nuevamente*

Una vez más repitieron los golpes de manos, aunque esta vez con mayor intensidad. Y nada. Alguien se acercó a la puerta y modestamente llamó golpeteando en ella con suavidad. Y luego más fuerte. Y según pasaban los minutos la ansiedad comenzó a turbarlos y con ella llegó su enojo. Pronto comenzaron a llamar a los gritos, ya sin importarles si aquello incomodaba a Lautaro Amun o no. Se asomaron por las ventanas para curiosear en el interior de la cabaña, pero nadie divisó movimiento alguno. Es evidente que en la casa hay nadie y el código de señas se puso en acción. Alguien debe haberlo visto y sabrá donde encontrarlo.

Mientras tanto, Severino Marcos, comenzó a maniobrar su barco para enfrentarlo a las olas y salir a navegar. Pero los insistentes ladridos de Moro lo detuvieron. Severino colocó su mano sobre la frente a modo de visera para tapar el reflejo del sol que lo enceguecía y así poder ver a que le ladraba el perro. Y entonces la vio… era Azucena que, precipitada, venía bajando las escaleras del acantilado y le hacía señas para que se detenga.

Hasta que por fin llegó hasta él…

—*Hoy no irás solo… voy contigo*. —le dijo en tono imperativo sin darle opción a oponerse.

—*Pero Zuzi… éste no será un simple paseo. A donde voy, el mar suele estar muy agitado y puedes hacerte daño con los cabeceos del barco. No creo que sea una buena idea…*

—*No hay peros que valgan… ya sufrí demasiado esperándote y de ahora en más saldremos a pescar juntos y si no regresamos es porque el*

destino así lo quiso. Vamos, pongamos proa al horizonte…

Severino sabe que cuando Azucena le habla en ese tono, nada ni nadie la hará cambiar de parecer. Bajó a la cabina y ordenó un lugar para que ella pudiera acomodarse hasta que atraviesen la rompiente.

—Ahí tienes, baja y relájate que en pocos minutos estaremos navegando a toda vela.

—Si crees que me sentaré cual vieja inútil esperando a que tú hagas todo, estás bastante equivocado. Seré tu marinera y tú mi capitán.

Y no se habló nada más.

Mientras tanto, en el pueblo seguían buscando denodadamente a Lautaro Amun. El código de señas no había arrojado datos concretos; algunos coincidían en haberlo visto junto a Samay, caminando en dirección de la estación de ferrocarril, pero esta opción a nadie satisfizo porque el tren tardará muchos días en regresar y en Puerto Mollejas nadie va a la estación por otro motivo. Fue entonces cuando alguien dijo que uno de sus hijos lo había visto subiendo la cuesta del rompehuesos. Aquello sí tenía sentido… Lautaro Amun se había propuesto convencer a Severino de vender sus pescados y seguramente lo encontrarán allí. Una vez más todos corrieron hasta la cabaña de Azucena y Severino y vehemente llamaron a su puerta, algunos golpeándola con sus nudillos y otros vociferando sus nombres. Pero nadie respondió. La desazón se apoderó de ellos… era evidente que allí solo estaban perdiendo el tiempo y emprendieron el regreso para buscarlo en otros lugares. Los aldeanos lentamente comenzaron a descender por el empinado sendero.

—Esto es muy raro… —comentó Bartolomé que, al ver el gentío alborotado, se había acercado a ellos para ver que sucedía.

—Sí, es verdad… no solo desapareció Amun, sino que también lo hizo Samay.

—Oigan… ¿y si Amun y Severino discutieron? —sugirió una Eleonora recién llegada.

—¿Qué quieres decir, Eleonora? —preguntó Greta

—Nada en especial, pero todos sabemos que Severino no quiere saber nada con vender sus pescados y también sabemos que tiene poca paciencia y estalla con facilidad. Pienso que Amun no sabe de esto y si insistió e insistió quizás…

—Continúa, por favor…

—No quiero acusar a nadie, pero hay quienes dicen que es el culpable de la muerte de Don Gervasio…

—Oh vamos, Eleonora… eso fue un accidente. Él quedó atrapado en la mina…

—Nunca se pudo comprobar cómo se produjo el derrumbe y el único

que estaba allí era Severino… ¿acaso no lo recuerdan? —insistió Eleonora con su teoría.

—Sí, es verdad, y Severino lo odiaba porque, según me contaron, Gervasio quiso seducir a Azucena tallando las canicas que le obsequiaba conociendo la debilidad que tenía por ellas — acotó Rose, la esposa de Martín Liarte, con su ya acostumbrado acento británico.

—¡Eso nunca se comprobó! —exclamó Greta disgustada por el tono de sospecha que algunos estaban echando sobre Severino. Ella aún recuerda aquel día cuando supo que su suegro había desaparecido bajo los escombros y a pesar del espanto que le produjo la noticia nunca pudo sentir pena por su desaparición. Don Gervasio fue quien más se opuso a su unión matrimonial con Anastasio, su hijo, llegando a mentir descaradamente sobre su pasado y alentando a la comunidad a imitarlo. Pasó noches tras noches llorando sus penas ante la impotencia de no poder probar su inocencia. Mas algo ocurrió en medio de su noviazgo que no les dejó alternativas y el matrimonio finalmente se consumó. Pero su vida no fue un lecho de rosas sino más bien un calvario desde el primer día y siempre culpó de su desgracia a los genes de su esposo; de tal padre tal hijo, pensó en aquel momento.

Fue entonces cuando alguien de pronto se detuvo y advirtió las manchas rojas sobre las rocas. Eran restos de la sangre que había manado de las heridas de Lautaro cuando los niños, en un descuido, lo hicieron trastabillar.

—Esto es sangre, sin dudas…—concluyeron quienes inspeccionan los rastros aún frescos.

—¿Alguien me cree ahora? —insistió Eleonora

Todos enmudecieron. Las sospechas de Eleonora ahora tenían sentido. Habían desaparecido Lautaro Amun, Samay y de Azucena y Severino, ni noticias, y la sangre recién descubierta está sobre el camino que conduce a su cabaña.

—Oigan, el barco de Severino no está en la playa —gritó alguien desde el filo del acantilado agregando más dramatismo al descubrimiento.

—¿Vieron? Ahora todo está más claro — Acotó Miguel Yazco, el reparador de bicicletas— Eleonora *tiene razón; seguramente Lautaro Amun vino a tratar de convencer a Severino y él reaccionó como sabemos que reacciona cuando está en desacuerdo con algo.*

—No entiendo por qué insisten con que Severino es un hombre violento. Creo que ustedes son todos unos enfermos; Severino es el hombre más bueno que conocí y ninguno de ustedes puede ponerse a su altura… no le llegan ni a los talones y creo que sé por qué lo hacen… sienten envidia de él… —dijo Greta increpándolos.

— Greta, no sé por qué te pones de su parte y quiera Dios que nunca lo averigüemos… es un hombre con antecedentes malos; Lautaro Amun es

un joven que solo quiere nuestro bienestar y Severino se opone por el simple hecho de oponerse sabiendo que su actitud perjudica a todos los Mollejanos. Es egoísta y ruin. Fíjate cómo actuó la noche del temporal… tú estuviste allí y casi te mueres. —continuó Yazco

—Sí, casi muero, pero no por su culpa sino por la de todos ustedes que no fueron capaces de ayudarme a salir del agua… ¡desgraciados!

—Enójate con tu esposo, no con nosotros… —exclamó Eleonora

—Bueno, bueno, no discutamos más… aún debemos saber que sucedió con Amun y Samay —Sugirió alguien desde el fondo del grupo.

—No hay mucho que saber…—continuó Eleonora para reafirmar sus dichos *—todo es muy evidente, Severino reaccionó en contra de Amun, probablemente lo empujó, Amun perdió pie, se desbarrancó y todos sabemos que sucede si eso ocurre desde allá arriba…*

—Ok, pero aún falta saber que sucedió con Samay.

—Recuerden que los vieron caminar cerca de la estación de ferrocarril y estoy seguro que fue justo ahí cuando decidieron venir …ella es una mollejana igual que nosotros y posiblemente Amun pensó que así sería más fácil convencer a Azucena y Severino. Vean, esto es lo que creo que sucedió…imagino este escenario: Severino y Amun discutiendo, Severino empuja violentamente a Amun y trastabilla…Samay, al verlo caer intenta sujetarlo, pero cae junto con él.

—Está bien y ¿dónde están los cuerpos?

—En el barco. Es por eso que tampoco está Azucena… creo que fue con él para ayudarlo a deshacerse de ellos en alta mar.

—Eleonora, creo que tienes demasiada imaginación —le espetó Greta visiblemente enojada *—y voy a pedirte que no vuelvas a hablar así de Severino… no tienes ninguna prueba de lo que dices y con tus locuras solo ensucias el buen nombre y honor de una persona honrada y digna…*

—Greta, creo que tú también sostienes su inocencia sin pruebas —le interrumpió Yazco—*lo que dice Eleonora tiene sentido y además la sangre que hallamos es demasiado sospechosa. Ya veremos cuando ellos regresen. Estaremos esperándolos en la playa…*

Al caer la tarde y con los últimos rayos del sol, el barco de Severino atraca en el muelle. Una muchedumbre lo aguarda nerviosamente sobre la empalizada que rodea al acantilado. Solo unos pocos lo hacen desde el muelle mismo. Severino, asombrado, los saluda con la amabilidad de siempre, pero ninguno respondió de la misma manera, solo había rostros con expresiones hoscas y malhumoradas. Azucena fue la primera que percibió el descontento y tomó delicadamente del brazo a su esposo y por lo bajo le susurró…

—Algo no está bien aquí… ten cuidado, por favor

—Descuida, nada hemos hecho para que estén molestos conmigo ni contigo…

Y entonces, Yazco fue el primero en hablar…

—Estamos buscando al joven Amun…—le gritó desde cierta distancia con precaución por la reacción que su pregunta pudiere ocasionar.

—Amun no está con nosotros… —respondió Severino

—Vamos, Severino… sabemos que se embarcó con ustedes y también sabemos que lo hizo Samay. ¿Dónde están?

—Escúchame, Miguel, si te digo que no están con nosotros es porque no están con nosotros. ¿Cómo quieres que te lo explique?

—¿Por qué no nos dices que hicieron con sus cuerpos? —interrumpió Eleonora desde atrás evitando mostrarse. Pero aquello surtió efecto tan solo unos pocos segundos porque Azucena reconoció su voz…

—Por más que te ocultes tan cobardemente no evitarás que te vea, Eleonora. Sal de allí y repite lo que acabas de decir.

Esta vez Eleonora había sobrepasado los límites y por ello ninguno estaba dispuesto a apadrinar sus dichos. Lentamente todos se fueron corriendo dejando al descubierto a la mujer que absorta miraba la reacción de sus camaradas de inquisición. Su rostro era una sola expresión de furia y reproche hacia ellos, pero había hablado y solo tenía ante sí dos alternativas posibles: o pedía perdón o confirmaba su acusación con mayor énfasis. Optó por esta última…

—Ustedes dos son unos asesinos…queremos saber qué hicieron con los cuerpos… los arrojaron al mar ¿verdad? ¿es así como planeaban quedar impunes? ¿Qué pasa con ustedes? ¿No pueden aceptar que queramos salir de la chatura que tiene este pueblo desgraciado?

Al escucharla, muchos la miraron con dureza. Acusar de asesinos a Azucena y Severino era aceptable para ellos, pero criticar abiertamente a la comunidad, no.

—Wou, wou, wou, no sobrepases la línea, Eleonora. Trágate tu ponzoña de víbora vieja y cállate. —le advirtió Hermes, el herrero. *—Puerto Mollejas es un paraíso y merece respeto y todos nosotros también. Si no te gusta lo que somos puedes tomar el próximo tren y buscar un lugar mejor para vivir.*

—Son unos cobardes, ¿acaso no ven que tengo razón? ¿Van a quedarse así, de brazos cruzados?

Para entonces, Severino, que había desembarcado, caminó lentamente hasta ellos. Su expresión era la de un hombre calmo, pero sus puños enrojecidos por la fuerza con que están cerrados denotan la furia contenida que lo invade. Había sido acusado de asesino y lo podía perdonar, pero lo que jamás aceptaría es que hayan involucrado a su amada esposa. Severino, si otro hubiera sido el dedo acusador, habría reaccionado de otra manera, pero quien lo había hecho era una mujer y debe contenerse, mas no dejaría pasar la afrenta, aunque sabe que debe sopesar cada palabra que diga...

—Eleonora, quiero que mires hacia allá —le dijo con un tono de voz bajo, pero con una firmeza en sus palabras que podría helar la sangre hasta del más bravo *—¿ves a esa mujer?* —y señaló con su dedo índice a su esposa Azucena *—ella es un ángel caído del cielo que vino a la tierra para dar sentido a mi vida…es la vida misma, es la bondad entera, es la ternura expresada en su máxima acepción, es la mujer que amo y no merece que sea tratada como lo has hecho tú. Apelo a tu probidad, a tus buenas fibras y te pido que te acerques a ella y te disculpes como es debido.*

La reacción de Eleonora no fue la que todos esperaban, ni siquiera Severino.

—No, no lo haré… jamás lo haré… ustedes dos son asesinos y ante los asesinos no me disculpo.

—Calma Eleonora, cálmate… solo tienes una sospecha, pero no puedes probarlo. Creo que Severino tiene razón y debes disculparte, a menos que tengas evidencias —dijo Bartolomé, el párroco, intentando poner paños fríos a la situación.

Eleonora se cruzó de brazos y clavó la mirada al suelo. Sabía que se había metido en un verdadero embrollo, pero su orgullo le impide reconocer su equivocación. Toda su vida se ha basado en acusaciones por el solo hecho de acusar y posiblemente haya sido un acto reflejo para evitar ser vista como una mujer débil con un secreto que nadie debe descubrir. Lo que ella jamás imaginó es que tanto Severino como Azucena suelen acudir a sus ocultos conciertos de soprano para deleitarse con la finura de su voz. Ella nunca los vio y ellos jamás notificaron a la congregación de aquella irregularidad aun a riesgo de ser acusados de romper con las reglas de la comunidad.

Entre tanto, la firmeza demostrada por Eleonora hizo mella en la incertidumbre de muchos aldeanos que han comenzado a sospechar que ella pudiera tener razón. Suponen que nadie que esté tan aferrada a sus convencimientos puede estar equivocada. Pronto, las sospechas de aquella mujer habían cobrado vida y muchos pensaron que quizás no necesitaban de tantas pruebas para acusar al pescador. La evidencia de la sangre sobre las rocas del camino sumada a la desaparición sospechosa de los jóvenes, es una teoría que se vuelve cada vez más real. Ellos saben, en su gran mayoría, que Puerto Mollejas no es un lugar donde la gente se esfuma, así como así. Es un sitio pequeño y con límites naturales muy contundentes que nadie en su sano juicio se atrevería a desafiar; por agua, la única manera de acceder al mar abierto es a través de la bahía donde está emplazada la colonia, pero, más allá, en altamar, la unión de las dos corrientes marinas, generan turbulencias imposibles de sortear y, además, el único bote con el que se podría intentar atravesarlas, es propiedad de Severino. Solo existe playa en el sector de la bahía, pero fuera de ella la costa se vuelve inasequible porque, aun cuando la marea está baja,

la furia con que el oleaje golpea al acantilado es tal que intentar el paso por allí se torna suicida. Y, por tierra, la serranía que rodea al pueblo es baja y de fácil acceso, pero un poco más allá el bloque macizo de las montañas es tan escarpado que para escalar sus paredes es necesario eludir hielos permanentes, muros rocosos con ángulo invertido y, aun así, si se lograran superar estos obstáculos, detrás de ellos aguarda pacientemente un cañón tan profundo que se tardarían varios días para cruzarlo, sin contar que, para hacerlo, solo sería factible sin cargar equipaje. Y, ocho o diez días sin alimentos será fatal en un territorio tan agreste y violento. No, definitivamente ellos no pudieron desaparecer sin que alguien los ayude a hacerlo.

El párroco se acercó a Severino y le pidió que confiese si realmente los habían asesinado o, al menos, que explique el porqué de la desaparición de la pareja.

—Bartolomé, no tengo nada que confesar. Solo puedo contar lo que sé de él, no así de Samay. Lautaro Amun fue hasta el Edén (tal como él llama al risco donde está emplazada su cabaña) a canjear media plateada por una canica pequeña y de poco valor para Azucena. Después de eso lo ayudé a descender porque estaba pálido del susto que tenía; no creo que le hiciera gracia el sendero en bajada cuando, para subirlo, sufrió varias peripecias. Sé que su intención era otra, pero mi esposa coartó todo su impulso antes de que pudiera hacer una sola mención del asunto. No tengo nada más que agregar. Y si ustedes no tienen otras dudas, permítanme descargar la pesca que aún tengo mucho trabajo por delante.

Nadie se interpuso en su camino, pero las miradas conque perforaron a sus ojos lo decían todo…nadie le creyó. Eleonora, se vio vencida y quedó mascullando maldiciones entre dientes.

La mañana siguiente, Severino comenzó la recorrida entre sus clientes para acercarles los pescados que habitualmente canjean con él, pero en su gran mayoría rechazaron recibirlos. Tampoco respondían cuando el pescador requería un porqué, solo cerraban las puertas en sus narices. Al final del día solo había entregado un solo canasto de los veinte que suele capturar. Azucena, que había asistido a misa, regresó con los ojos llorosos; todos quienes estaban ubicados cerca de ella se levantaban del banco y se alejaban con gestos enojosos, ninguna de las mujeres con las que habitualmente coincide al salir de la iglesia quiso caminar a su lado y tampoco se dignaron a responder sus saludos. De la noche a la mañana se habían convertido en parias y todo por un comentario desafortunado.

—Nada malo hemos hecho, mi amor…—intentó consolarla Severino *—pronto se aclarará todo, no te preocupes.*

Pero Severino sabía que eso no iba a ser así, esta fue la oportunidad que todos estaban esperando para vengarse de ellos por no aceptar ser autómatas tal como lo indican las reglas impuestas por

los notables.

CAPÍTULO X

—Amor, ¿estás seguro de que es por aquí?

—Samay, ¿crees que si no lo estuviera te habría dejado venir conmigo?

—No, claro…qué tonta soy

Samay jamás imaginó que su joven amado estaba conduciéndola hacia un destino desconocido tanto para ella como para él. Llevan horas caminando sobre las vías del ferrocarril desandando el camino que tan solo diez días atrás Lautaro había recorrido para llegar a la aldea. Regresar no debería ser difícil, pensó.

Los raíles serpentean entre bosques montanos, lagos de aguas cristalinas y valles de cañadas mágicas de exuberante belleza, pero de pronto, al llegar al pie de la montaña, se pierden en un oscuro y tenebroso túnel cuyo final es una incógnita. Lautaro no recuerda haberlo atravesado. Fuerza a su memoria, pero el resultado es siempre el mismo…nada, absolutamente nada. *"Quizás, en este tramo aún estaba dormido"* pensó sin lograr que su mente aclarare este enigma.

No obstante, no dudó y se adentraron en él. —"*Nada puede salir mal, si hay una entrada indefectiblemente debe haber una salida"* — dijo para sus adentros.

La oscuridad es total. Caminan a ciegas y lo hacen por un corto trecho, pero a instancias de los sollozos casi imperceptibles de Samay, Lautaro se detuvo. Exasperado hurga en el interior de las alforjas buscando algo con qué encender a una improvisada antorcha, pero nada de lo que halló fue de utilidad. Aunque lo niegue, está pronto a entrar en pánico, pero no dará el brazo a torcer; su prestigio está en juego y no dejará que el llanto de una mujer lo amilane. Decide continuar. Ella, tomada de su mano, lo sigue desde atrás y por momentos le ofrece algo de resistencia. Pero él insiste y la fuerza a seguir, aunque el avance sea cada vez más lento y los tropiezos cada vez más seguidos. Transcurren los minutos y también las horas y la salida continúa sin aparecer.

Lautaro comienza a preocuparse y agradece al cielo que la oscuridad sea tanta que no delate su nerviosidad. Si Samay lo advierte y el pánico se apodera de ella, será fatal para ambos. Pero, algo sucedió que alimentó a sus esperanzas… una imprevista corriente de aire fresco los cubrió de repente.

—¡Creo que estamos cerca! —exclamó Lautaro— *¿sientes eso, amor*

mío?

—*Sí…sí…* —respondió ella sin ocultar su inquietud.

Mas solo fue eso, una esperanza que pronto se diluyó, porque cuarenta minutos después nada había cambiado, a excepción de que el aire puro ya no golpeaba a sus rostros y, de hecho, no solo no era limpio, sino que se había enrarecido y la respiración se tornaba cada vez más difícil.

—*Sentémonos a descansar un poco* —sugirió Lautaro— *ya casi no siento mis piernas.*

Samay asintió, aunque ella estaba intacta y podría, sin mayor esfuerzo, continuar caminando. Sus piernas eran fuertes y ejercitadas de tanto subir y bajar cuestas empinadas y no mostraba ni una pisca de agotamiento. Pero hacerlo hubiera sido un error, no sabría hacia dónde dirigirse, estaba totalmente desorientada. Accedió a la sugerencia de su amado aventurero, pero pasados unos pocos minutos comenzó a impacientarse y le pidió continuar. Lautaro comprendió que debía aceptarlo y con mucho esfuerzo se puso de pie y dio el primer paso.

Poco después, una nueva oleada de aire los envolvió, pero esta vez fue húmedo, cálido y olía pestilente; ni ella ni él se atrevieron a decir nada, ya no se arriesgarían a equivocarse; pero Lautaro creyó que ese olor podría provenir de la combustión del carbón de las locomotoras y eso alimenta esperanzas nuevas. Continuaron caminando, aunque más aprisa, aprendieron a calcular el largo de sus pasos apoyándose sobre los durmientes que estaban dispuestos de manera equidistante uno del otro. Pero ocurrió algo que no estaba previsto: las vías que venían siguiendo divergían y tomaban sentidos diferentes. Lautaro está en una encrucijada. Se detuvo por unos momentos para decidir cuál rumbo tomar rogando al cielo que Samay no lo descubriera.

Fue entonces cuando comenzaron a escuchar ruidos lejanos; eran golpeteos metálicos y rítmicos. Sus corazones comienzan a latir rápido, presienten que la libertad está cerca y Lautaro ya no dudó más. Aquellos sonidos esperanzadores le habían devuelto el alma al cuerpo.

Y, de repente, como si fuera una puesta en escena, el túnel se iluminó totalmente; un curioso, pero ingenioso sistema de canaletas inundadas con aceite, habían sido encendidas desde algún lugar. Supo que debían continuar siguiendo aquellas llamas. Y se adentraron en la profundidad guiados por el fuego y ahora los sonidos ya se escuchan próximos y cada vez más fuertes. También oyeron voces, aunque en un dialecto desconocido.

De pronto, un hombre fornido y ennegrecido de tizne y hollín le salió al cruce y se detuvo a tan solo unos centímetros; está agitado y

respira rápido. Los observa extrañado y con un dejo de desconfianza en su expresión. Es evidente que aquel encuentro no estaba en su lista de actividades y estaba tan sorprendido como ellos. Ninguno se atrevió a decir palabra alguna. Fue Samay quien rompió el silencio y solo atinó a decir…

—Hola, soy Samay y él es mi prometido Lautaro —y extendió su mano a modo de saludo.

El hombre no respondió, tampoco se mueve y parece estar choqueado por la sorpresa. Samay, lentamente se acercó a él, pero su reacción la sorprendió. Huyó de ellos tan rápido como le dieron sus piernas; parecía haber visto al mismísimo demonio.

—Oiga…oiga, no se vaya, por favor —gritó Lautaro al ver escapar a su única esperanza de hallar ayuda *—vamos, sigámosle y veamos hacia donde nos lleva… quizás encontremos a alguien que no escape y nos pueda decir cómo salir de este túnel* —la instó.

—Creí que sabías hacia donde nos dirigíamos —le recriminó Samay

—Lo sé, lo sé, no te preocupes… es que por un momento me desorienté y creí que había perdido el rumbo, pero ya ves… no me equivoqué…hallamos la salida

—Mmmh, ojalá pudiera creerte…

—Oh, vamos Samay… tú también te hubieras desorientado en semejante oscuridad si solo pasaste por este lugar una sola vez en tu vida. No seas injusta conmigo…

—Uff, cuánta lata…

—Vamos, no lo perdamos de vista… corre… corre, mujer

El hombre es veloz y rápidamente se aleja de ellos. Lleva la ventaja de conocer el lugar y pronto lo perdieron de vista. El aire enrarecido comenzó a afectarlos en sus resistencias y jadeantes y extenuados se detuvieron para recuperar el resuello. Fue entonces cuando los ruidos cesaron de repente. El silencio se volvió atroz… solo se escucha el trepidar del aceite hirviendo de dos antorchas que aún permanecen encendidas. Pero, adentrado en el túnel, todo está en tinieblas, solo se puede ver el humo denso que, muy lentamente, sale de él. Lautaro pensó que alguien, adrede, había apagado el canal de aceite para evitar ser descubiertos. El vaho maloliente continúa emergiendo y ya nada se escucha.

—Creo que allí adentro hay alguien que nos está observando —susurró Lautaro.

—Sí, creo que tienes razón…

—Quédate aquí…voy a ingresar para inspeccionarlo…

—¡Ni loca voy a quedarme sola aquí! Voy contigo…

—Está bien, pero no hagas ruido… —respondió alegrándose de no tener que ingresar solo. Ella, sin saberlo, había dicho lo que él quería escuchar. Solo dieron unos cuantos pasos hasta que…

—Ho…hola, hola, ¿hay alguien allí? —preguntó Lautaro en voz baja y titubeando. Por unos instantes ambos quedaron inmóviles para permitirse escuchar mejor. No hubo respuesta, solo silencio. Y una vez más, repitió la pregunta y esta vez lo hizo elevando una pizca el volumen, mas no su intensidad. Y la respuesta fue la misma, el más absoluto silencio.

—Creo que ya no hay nadie allí —dijo Samay y antes de que Lautaro pudiera impedirlo descolgó a una de las antorchas y se adentró en la oscuridad.

—Oigan…oigan, hay alguien allí, necesitamos salir de aquí…estamos perdidos….

Su voz se oyó imperativa y altisonante; Lautaro se tomó la cabeza, no podía creer que ella fuera tan irresponsable. Y al ver que seguía voceando con tanta contundencia, procuró detenerla…

—¡Noo, Samay, noo! Cautela, por favor, se prudente… —le dijo en voz baja al mismo tiempo en que la sujetaba desde un brazo.

—Vamos, suéltame… estoy harta de tanta estupidez. Si hay alguien allí, que salga y se muestre, ya nada me importa. Tengo miedo y quiero salir de aquí —le gritó con enojo y lágrimas en sus ojos.

Segundos después alguien emergió desde el corredor y se dejó ver. Se acerca despacio, desconfiado y temeroso al mismo tiempo. Es un hombre bajo, robusto y de aspecto distinguido a pesar de tener sus ropas tiznadas por el hollín…

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó

—Samay y Lautaro y queremos salir de aquí… ¿saben cómo hacerlo? —respondió ella sin dudarlo

—¿En qué parte de la mina están? —preguntó el hombre sin responder a su pregunta

—No estamos en ninguna mina…venimos de Puerto Mollejas —dijo Lautaro

—Ah, ustedes son parte de los bendecidos, entonces…

Al escuchar su tono pausado y sin agresión, Lautaro se envalentonó y lo increpó.

—Mire, no sé de qué me habla, pero quisiéramos salir de este túnel y llegar a la civilización cuanto antes… ¿puede guiarnos?

— Tranquilícese que no soy su enemigo… sí, puedo sacarlos de aquí, pero es peligroso… si los ven huir, ellos los matarán…

—¿Ellos? ¿quiénes son ellos? —preguntó Samay

—Los guardianes…

—¿Puede explicarse mejor? No entiendo ni jota de lo que me dice…no sé nada de ninguna mina, ni de los guardianes, ni de los bendecidos… solo sé que quiero salir de aquí ahora mismo. ¿Puede ayudarnos o no? — preguntó Lautaro molesto ante la indefinición de aquel hombre.

—Sí, pero antes debemos hacer algo con sus ropas…

—No le entiendo

—Siéntense, por favor…

—Oh vamos, señor, no tenemos tiempo para eso… estamos cansados, hambrientos y solo queremos salir de aquí…

—Señor, siéntese por favor…—Lautaro, al verlo tan pacífico y parsimonioso dejó de increparlo y obedece— *así está mejor. Veo que ustedes no tienen ni idea de dónde están… ¿me equivoco?*

—No, no se equivoca…

— Por encima nuestro, en este preciso lugar hay más de seis mil metros de roca pura. Esta es la mina de carbón más profunda del mundo y quienes trabajamos aquí somos todos dementes, al menos eso es lo que argumentaron los "doctores" cuando nos negamos a seguir sus reglas. Una vez que ingresas a esta mina sabes que jamás volverás a ver la luz del sol hasta tanto ellos consideren que estás curado. —y hace una pausa — *Y eso jamás ocurre* —concluyó.

—Oiga… ¿por qué me cuenta todo esto? No me interesa saber de su vida, solo quiero salir de aquí…—insistió Lautaro.

—Es necesario que usted sepa dónde está para que entienda a qué se expone.

—Está bien, continúe…

—Todos hemos sido recluidos aquí y solo sobrevivimos si extraemos el carbón a cambio de una ración diaria de alimentos. Es lo que en el mundo civilizado llamarían un manicomio, solo que allí, dentro de todo, cuidan a sus enfermos. Si hacemos buena letra y "nos comportamos bien", nos permiten salir, pero solo para enviarnos a otros destinos que, según dicen, son menos horrorosos. Pero nunca dejas de trabajar para ellos y siempre es por la misma paga: un plato de comida diaria. A los habitantes de Puerto Mollejas le llaman los bendecidos porque fue el primer experimento que hicieron con perturbados mentales y hoy es la figurita de muestra para atraer cuantiosos capitales con fines humanitarios; una vez al mes envían un tren con personas que simulan ser comerciantes, pero que en realidad son emisarios de la "organización" que constatan los resultados del experimento y muestran el éxito del proyecto a sus inversores.

—Eso no es cierto, señor, yo misma he visto como ellos canjean sus productos por los nuestros…

—Señorita, todo lo que ustedes creen que están canjeando, para ellos es basura y se deshacen de ellas no bien el tren se pone en marcha. El objetivo de las "ruedas de negocios" en la estación es simplemente para levantar los pedidos de cosas que ustedes necesitan y están imposibilitados de fabricar. Al mes siguiente les llevan las mercaderías y ustedes creen que las adquirieron de buena fe… solo son limosnas. ¿Se preguntó alguna vez por qué nadie puede salir de ese pueblo? ¿Se preguntó por qué el pueblo se erigió en un lugar inaccesible? La mayoría de ustedes nacieron en ese lugar, pero sus ancestros fueron dejados en ese sitio a la buena de Dios con

muy pocos elementos de supervivencia y el experimento, justamente, consistía en estudiar el comportamiento de aquellas personas con desordenes psicológicos en una situación de extremas limitaciones. Sus descendientes, o sea ustedes, no son enfermos porque la demencia no es hereditaria, pero nacieron en cautiverio y desconocen otra manera de vivir.

—De acuerdo, es una linda historia, pero yo viajé en ese tren y bajé allí porque había escuchado de ese lugar y me intrigó conocerlo…

—¿Sabía usted, con anterioridad, que donde bajó se llama Puerto Mollejas?

—No, pero no veo qué relación pueda tener con lo que le acabo de decir…

—¿Recuerda usted cuándo y dónde exactamente subió al tren?

—No, en realidad ahora que lo dice no.

—Y ¿qué es lo que recuerda de aquel tren?

—Era de día, quizás de mañana y tengo alguna imagen en la memoria de cuando me asignaron el único camarote del vagón de pasajeros…

—Y, ¿después de eso?

—Que me sirvieron el almuerzo y luego hice una siesta hasta que arribamos…

—Exactamente… y ¿sabe por qué? Porque, gracias a su siesta involuntaria, usted no puede recordar el camino de regreso. Usted es parte de una nueva etapa del experimento, pero no es un enfermo. Por ende, usted pudo ser una persona que, al ver lo inhóspito del lugar, pretendiera huir rápidamente de allí. Todos los aldeanos habrían estado expectantes de su reacción y si lograba hacerlo, ellos podrían imitarlo y adiós experimento y adiós dinero. ¿Entiende ahora por qué el túnel de las vías está en tinieblas? Los Mollejanos no huyen de allí porque creen que es imposible y los que se atrevieron, fueron capturados o muertos, según haya sido el caso. Ustedes llegaron hasta aquí porque equivocaron el camino. En el túnel hay un sector donde las vías se bifurcan y más adelante vuelven a bifurcarse y así una y otra vez. Pero están dispuestas de tal manera que quien no se guíe con el itinerario exacto, siempre culmine su osadía en un lugar como este, pero nunca hallará la verdadera salida. Pero debo confesarles que en los años que llevo aquí abajo es la primera vez que veo a uno de ustedes.

—Creo que de algo nos estamos olvidando…por lo que usted dice el tren utiliza solo un recorrido… ¿me equivoco?

—No, no se equivoca, es tal como usted supone…

—Entonces esas vías deben estar limpias y brillosas por el uso frecuente…

—Continúe…

—Si consiguiéramos algo con qué alumbrarnos solo debemos seguirlas y pronto habremos llegado al otro lado…

—En teoría sí, pero todas las vías están en uso porque comunican

entre sí a todas las minas que hay aquí abajo y, además, hay sectores donde están los guardias. El tren atraviesa al menos tres puertas antes de llegar al otro extremo y en cada una hay una dotación de hombres armados custodiándola.

—¡Maldición!

—Sí, también yo he maldecido por la misma razón, aunque dicen que hay uno de los túneles que está libre de paso, pero no sé cuál es…

—Tengo que admitir que estoy muy sorprendido con sus historias, pero no entiendo cómo es que, sabiendo todo esto, ustedes aún permanezcan aquí…

—Conozco la teoría y, además, alguna vez vi los planos, pero son tan complejos que sería imposible memorizarlos; jamás intentaría hacer ese recorrido sin estar absolutamente seguro de que el camino que tomé es el correcto. En este lugar… una equivocación es la muerte.

—Y cómo es que vio los planos…

—Soy el doctor Bautista Nicoletti, hijo de Leónidas Nicoletti, el ideólogo del proyecto que acabo de describirles. Podrá imaginar que el programa de mi padre distaba en mucho de ser lo que finalmente fue. Sé que con mi padre ningún paciente iba a quedar abandonado en ningún sitio sin profesionales lo asistieran en caso de ser necesario. La idea inicial era estudiar el comportamiento de los enfermos en una situación de normalidad, sin medicación y sin ataduras.

—Y ¿por qué usted terminó aquí?

—Era la única manera de silenciarme. Antes lo hicieron con mi padre y fue de la peor manera; ya podrán imaginarse a qué me refiero. Fui quien los denunció y gracias a ello no pudieron matarme, pero sí confinarme en estas minas…

—Y ¿nunca intentó huir?

—Sí, pero me atraparon enseguida…hacerlo sin ayuda es imposible y estos pobres hombres que ustedes ven aquí, no están en condiciones de ayudarme. Pero ahora, con ustedes, quizás pueda intentarlo una vez más.

—¿Y dejará abandonados a estos hombres? —preguntó Samay horrorizada de solo pensarlo

—No, ellos vendrán conmigo…

—Creí escuchar que no estaban en condiciones de ayudarlo.

—Y no lo están…pero sí podrán seguirme. Todos ellos eran personas normales que alguna vez cayeron en las manos equivocadas y esa fue su perdición...los médicos de la organización no dejaron pasar la oportunidad y los medicaron. Y a partir de ese momento se convirtieron en los autómatas que ustedes vieron al llegar; no hablan, no ríen, no lloran, solo trabajan. Soy el único que los contiene y por eso hacen lo que les diga. Me prometí que, si alguna vez puedo sacarlos de aquí, les daré una vida normal.

—¿Puede hacerlo?

—Claro, ellos volverán a ser quienes eran poco después de que el organismo elimine los restos de la medicación. Solo hay que lograr que no vuelvan a ingerirla. Todos los días vienen a retirar las vagonetas llenas con carbón y los obligan a tomar psicofármacos con los que los dominan…

—Dijo "los" y no "nos" ¿por qué?

—Nunca lograron medicarme…siempre los engañé fingiendo, no olvide que soy psiquiatra.

—Está bien, debemos trazar un plan e intentarlo, pero antes quisiera que me explique algo más…

—Lo que usted diga…

—¿Cómo sabe que yo soy sano y que fui parte del proyecto?

—Por el tintineo de las monedas…

—No entiendo…

—En sus alforjas y en sus bolsillos usted lleva monedas, ¿verdad?

—Así es…

—El proyecto original de mi padre incluía la visita de alguien sano, pero que nada recordara de su pasado…

—Yo recuerdo muy bien mi pasado…

—¿Recuerda cómo es el dinero que se utiliza en la ciudad?

—Claro, para eso llevo mis monedas…

—Mi estimado amigo, en la "civilización" se utilizan sistemas electrónicos de pago, también billetes de distinta denominación y unas pocas monedas, pero ninguna es como las que lleva encima. Es altamente probable que a usted le hayan provocado una amnesia parcial y eso fue aprovechado para seleccionarlo para esta etapa del proyecto y así conseguir aportes de dinero específicos para tal fin.

—¿Amnesia parcial?

—Créame que eso es posible hacerlo. Ellos pudieron borrarle una parte de su memoria y a cambio introducirle vivencias que sirvieran al proyecto y eso sin cambiar en nada a su personalidad. Era parte del diseño original de mi padre y, por entonces, el objetivo era determinar cuáles serían las reacciones de las personas que jamás había visto el dinero al momento de descubrirlo. Además, puedo intuir que usted fue programado mediante hipnosis para este viaje.

—Estoy absolutamente sorprendido y no tengo palabras para explicarlo. Me asusta un poco eso de la hipnosis… ¿usted cree que aún sigo bajo los efectos de ella?

—No puedo saber qué método de hipnosis hayan utilizado con usted, pero probablemente fue el método más tradicional por sugestión y para garantizarse los resultados es posible que lo hayan inducido a una autohipnosis sistemática de manera tal que usted, cada cierto período de tiempo y sin ser consciente de ello, refuerce los mensajes que indujeron a su mente como, por ejemplo, la creencia de que sus monedas son de uso corriente cuando en realidad no tienen ningún valor.

—Por más que me esfuerce, nada recuerdo de esas sesiones, pero debo reconocer que tiene sentido lo que me dice… ¿qué nos sugiere hacer?

—Ahora que ustedes llegaron hasta aquí puedo aventurarme a desandar el camino hasta Puerto Mollejas…

—Sí, pero no queremos regresar allí… solo queremos llegar a la civilización…

—Lo entiendo y eso es lo que haremos, pero nosotros no podremos acompañarlos porque estamos censados… si desaparecemos todos, lo primero que harán los guardianes, cuando vengan, es revisar los vagones llenos de carbón. Pero aún contamos con una gran ventaja…nadie sabe, hasta ahora, que ustedes huyeron de Puerto Mollejas... lo sabrán cuando llegue nuevamente el tren y para eso aún faltan muchos días, días que debemos aprovechar al máximo. Mi plan es esconderlos debajo de la carga de carbón, uno en cada vagoneta para que no se asfixien. Ya les indicaré cuándo y cómo bajarse sin que los detecten, lo tengo planeado desde mucho tiempo.

—Y usted, ¿qué hará?

—Tan pronto como las vagonetas hayan salido de aquí, seguiremos sus pisadas, que aún deben estar visibles, y nos refugiaremos en Puerto Mollejas hasta que usted nos rescate.

—Y, ¿cómo sabe que no lo vamos a traicionar?

—No lo sé, pero si lo hacen y los capturan, jamás van a poder probar su inocencia y los recluirán en un manicomio o lo que es peor, en una de estas minas. Tarde o temprano ellos sabrán que desaparecieron y puedo asegurarle que los buscarán por cielo y tierra hasta encontrarlos y cuando ello ocurra no querrán saber lo que pasará con ustedes. Nosotros, de alguna manera estaremos en un lugar más humano, si se le puede llamar así a vivir en un sitio de dos por dos por el resto de la eternidad.

—Está bien, díganos que debemos hacer…

—Una vez que lleguen a la civilización tendrán poco tiempo para contactar a la única persona en la que confío y le entregarán una misiva que redactaré. Él sabrá que hacer…

—¿No existe otra manera de huir de aquí? —preguntó Samay tan sorprendida como horrorizada.

—Créame que no soy el único que lo ha intentado y todos fracasamos.

—Y ¿qué le dice que ahora lo lograremos?

Bautista Nicoletti los miró a los ojos y luego se encogió de hombros; no había nada más que explicar, solo intentarlo.

Enseguida se quitaron la ropa y se vistieron con algunos harapos que Nicoletti les acercó y que habían sido hallados en algún lugar remoto de la mina. Tal vez sean restos de prendas de mineros que murieron o que fueron despojados de ellas para escarmentarlos. Samay preguntó por qué debían desnudarse y vestirse con esos desagradables andrajos y nadie le respondió, solo les mostraron sus

manos ennegrecidas por el carbón. La ropa que se quitaron la introdujeron en las alforjas y para ello fue necesario comprimirlas de manera tal que cupiera en el escaso espacio libre que había en ellas. Fue justo a tiempo porque un minuto después se escuchó el tintineo de una campanilla que los mineros habían instalado en el ingreso a la mina para saber el momento exacto de la llegada de los guardianes y así evitar ser sorprendidos.

—Ya vienen, apresúrense. Échense todo a lo largo en cada vagoneta y tápense con estas mantas. Nosotros los cubriremos con trozos grandes de carbón para que puedan respirar sin mayores dificultades. Recuerden que una vez que el convoy se ponga en movimiento, comenzarán a contar y cuando lleguen a quinientos sesenta, saltarán del vagón y se esconderán hasta que ya no oigan ruidos ni voces. Ese será el momento de vestirse con sus ropas. Desde allí hasta la salida de la mina hay unos trescientos metros. No se preocupen por los guardianes porque ellos no acompañan a este convoy, se trasladan en una zorra a unos cuantos metros atrás. Pero al salir deberán cuidarse del guardia que suele estar apostado afuera; o lo eluden o lo matan, pero jamás deben permitir que dé la alarma…si lo hace estará todo perdido y ustedes también porque muy cerca de allí está el campamento principal y en contados minutos estarán todos los guardias encima de ustedes. Elúdanlos y diríjanse a la ciudad de Saintmanu que está a ochenta kilómetros de allí y una vez en ella deberán ir a esta dirección. Allí está el doctor Frank Jones y le entregarán esta nota. Nadie debe saber que la misiva la escribí yo, solo él. Y recuerden, esas monedas que llevan no sirven para nada, deberán recurrir a la astucia para llegar a la ciudad. Buena suerte

Palada tras palada, los mineros comenzaron a ocultar sus cuerpos con carbón. Comenzaron desde los pies y justo en el momento en que le iban a cubrir la cabeza, Lautaro levantó su mano y gritó…

—Aguarde, aguarde, por favor… cuando lleguen a Puerto Mollejas diríjanse al castillo de Jesús, es fácil de encontrar porque lo verá en lo alto del cerro más imponente del lugar; es, quizás, el único que puede ayudarlos y darles cobijo. Dígale que va de nuestra parte, él comprenderá.

—Será de mucha ayuda… gracias

Minutos después se oyeron voces rimbombantes dando órdenes y advertencias. La ultimas paladas de carbón cayeron sobre ellos justo a tiempo para esconderlos. Por encima de sus cuerpos había una treintena de centímetros de rocas de carbón, suficientes para ocultarlos, pero no para aplastarlos.

Ya las voces se escuchaban muy cerca de las vagonetas y si alguno de los guardianes sospechara algo e introdujera una mano entre la hulla, fácilmente serán descubiertos. Sus corazones se agitaron hasta límites insospechados, el terror se había apoderado de ellos, se cubrían la boca con las manos para ahogar su angustia ante la

impotencia de no tener alternativas. Saben que, si algo sale mal y el plan se trunca, ambos serán castigados por su osadía y nada podrían hacer para evitarlo. Samay está ubicada en el vagón más cercano a donde se desarrolla la acción y oye golpes y alaridos a su alrededor; los mineros están siendo azotados sin ningún motivo, pero ella nada puede hacer, intervenir en sus defensas sería letal para sus planes de salvación y también para los de los obreros. Lautaro, en cambio, es un cobarde por naturaleza y justificó su inacción convenciéndose con argumentos tales como… *"ellos están acostumbrados al castigo y resistirán como lo han hecho siempre"* o *"solo no podré contra todos ellos, seguramente serán cientos"* y, aunque escuchaba los alaridos desgarradores de aquellos inocentes, se refugiaba en sus excusas y no se movió ni un ápice de su lugar. Los mineros solo podían cubrirse la cabeza con sus manos para evitar daños mayores. Todos los días son azotados y maltratados con cualquier excusa.

Infundiendo el terror, los guardianes, controlan cualquier intento de rebelión y tal es su salvajismo que las espaldas de algunos hombres son jirones de carne viva que no sangran simplemente porque están saturadas del polvo del carbón que, sin descanso y durante todos los días, extraen de la mina para beneficio de la "organización".

De pronto Lautaro sintió un sacudón y enseguida lo mismo sucedió con el vagón de Samay. Ella se estremeció. Una tras otra, las vagonetas fueron enganchadas hasta conformar un convoy de más de veinte unidades. Por delante de ellas fue dispuesta una yunta de burros que son guiados y obligados por un gigantesco buey que fue enganchado en el extremo del yugo. Los animales aguardan la señal para avanzar. La falta de oxígeno puede ser fatal para ellos. Deben esperar a que se abra la puerta que aún permanece cerrada. Desde otro sector de la mina fuerzan el cambio de aire encendiendo un horno en la fosa para extraer el aire viciado permitiendo así el ingreso de aire limpio. Así, eliminan uno de los peores enemigos de los mineros, el grisú, más conocido como gas metano, típico de las minas de carbón y causante de la gran mayoría de los accidentes y también de las muertes.

De pronto, la puerta se abre y una gran bocanada de aire fresco inundó las galerías; las bestias, sin esperar una orden, comenzaron a arrastrar al convoy y solo se detendrán al llegar a la siguiente etapa. Allí se detendrán y aguardarán a que se libere el paso, una vez que, como en el caso anterior, se produzca el cambio de aire.

El recorrido hasta el exterior de la mina se hace en cuatro etapas, una por cada cambio de aire de las galerías, tarea encomendada a niños, muchos de ellos ciegos, que son utilizados para estas labores porque los pasadizos entre las galerías son extremadamente reducidos. Los conductos están en tinieblas y los niños que han perdido la visión

se orientan mejor que los que no; y deben estar así, a oscuras, porque encender una llama allí puede ser fatal para ellos. Los pequeños pasan de un sector a otro a través de los estrechos pasos donde apenas caben sus cuerpecitos y van purificando el aire siguiendo un procedimiento sencillo: abren las compuertas de ventilación cuando perciben una bocanada de aire caliente y las cierran cuando ingresa el aire fresco. Luego liberan el paso para que el convoy concrete su travesía. Solo ven la luz una vez que termine la jornada laboral y por lo general esto sucede cuando el sol ya se ha ocultado. Estos niños suelen morir a edad temprana y muchos de ellos jamás vieron la luz solar.

No bien desapareció de su vista el último vagón y, con él, los guardianes, el doctor Nicoletti reunió a los mineros y les puso una antorcha encendida en cada mano. Pocos minutos habían pasado desde que les suministraron las drogas y aún no han hecho efecto. Él sabe que no deben demorarse en partir porque cuando eso ocurra, la lentitud al caminar de estos hombres va a ser demasiada y eso los retrasará.

Tal como lo previó, las huellas de las pisadas de Lautaro y Samay, se veían claramente. Apuraron el paso y dos horas después vieron la luz solar por primera vez en años. Muchos, retrocedieron al verse enceguecidos por el resplandor, pero Nicoletti los contuvo y los guio en el ejercicio de rehabilitación de la visión.

CAPÍTULO XI

—Quinientos cincuenta y ocho…quinientos cincuenta y nueve… ¡vamos, Samay, salta ahora! —gritó Lautaro.

El convoy se acerca a la última parada. Los animales avanzan a paso lento y eso permite que Lautaro y Samay desciendan sin rodar. Rápidamente se ocultan en un recodo; aguardan hasta que el último de los vagones desaparezca detrás de la compuerta y se cambian de ropas. Con los harapos hacen un bollo y lo ocultan entre los restos de carbón. Ahora solo deben hallar el modo de salir de allí sin ser descubiertos.

Pero sus penurias parecen estar lejos de terminar; detrás de ellos y a pocos pasos de distancia, se escuchan las voces y risotadas de los guardianes que se acercan en otro transporte. No hay tiempo que perder, si no descubren rápido donde ocultarse, estarán perdidos. Fue entonces cuando Samay vio, por encima de ellos y sobre el techo de la

galería, un socavón para ventilación. Es un ducto oscuro, de forma circular y con final incierto. Por adentro del cilindro y sujetada desde algún lugar, pende una escalera de sogas y tablas de madera, con algunos faltantes, pero utilizable. Lautaro toma a Samay desde la cintura y la alza hasta que ella logra asirse del primer peldaño…

—*Rápido, rápido, sube y no te detengas, no te detengas*… —le susurra mientras la alienta.

Ella miró hacia arriba y vio lo endeble de las cuerdas que sujetan a los escalones y se encomendó al cielo. Al avanzar, algunos murciélagos que anidan en el lugar revolotean a su alrededor, pero no la asustan; sabe que ellos solo pretenden alejarse y huir. Se cercioró de que Lautaro la siga de cerca y continuó ascendiendo. Lo hace despacio, asegurando cada paso y sin forzar la resistencia de la escala.

De pronto algo los obliga a detenerse…las risotadas de los guardianes se escuchan muy cerca y deben detener el ascenso para no ser descubiertos. Permanecen inmóviles mientras ven pasar a los guardianes por debajo de ellos y a escasos diez metros de distancia. En un acto reflejo ambos contienen la respiración. Sus nerviosismos son tales que se escuchan sus latidos con nitidez, tanto, que retumban en el socavón como si ésta fuera una caja de resonancia.

Pronto, las voces se alejan y el peligro parece haber desaparecido, pero fue entonces cuando uno de los guardianes, que había quedado rezagado, acertó a pasar por allí justo cuando los jóvenes reanudaban el ascenso. El rozamiento de la escalera sobre las paredes de arcilla desgranó algo de polvo que cayó sobre él. El guardián se detuvo de repente y levantó la vista. El ducto está en tinieblas y es posible que no lograra verlos, pero Samay no quiso correr riesgos y sin pensarlo atrapó en el aire a uno de los murciélagos y lo arrojó hacia abajo con tanta fuerza que por poco acierta en el rostro de Lautaro. El guardián, al ver que el quiróptero se le venía encima, se sobresaltó y espantado huyó olvidando lo que antes captó su atención.

—*Creo que ya podemos bajar*…—dijo Lautaro.

—*No, aguarda…creo que podemos salir por aquí*. —respondió ella—*¿sientes el aire fresco que viene desde arriba?... sigamos subiendo, quizás encontremos una salida más segura.*

—*No sé si es buena idea, Samay…no sabemos a dónde llega esta tubería y tampoco sabemos si las cuerdas de la escalera resistirán nuestro peso.*

—*¿Prefieres enfrentar tú solo a todos los guardias?* —respondió con ironía ella. No hubo más que decir.

Varios minutos después y luego de haber subido no menos de treinta metros, hallaron la tapa que sellaba la salida a la libertad.

—¡*Lo sabía!* —dijo Lautaro decepcionado.

—*No pienso rendirme tan rápido*…

La antigüedad de la mina y el tiempo que había pasado sin utilizarse corroyeron las maderas del marco del cerramiento y casi sin esfuerzo Samay logró quitarla de sus anclajes. Sonrió satisfecha e hizo señas a Lautaro para que la siguiera. Lautaro, una vez más, nada dijo. Por fin habían salido al exterior de la montaña. Era la primera vez en muchas horas que respiraban aire puro y ambos se detuvieron a limpiar a sus pulmones recostados boca arriba y hacia el sereno. Es noche cerrada ya y desde allí solo pueden divisar unas pocas luces tenues a no más de quinientos metros de distancia. Imaginaron que serían del campamento que mencionó Nicoletti. Lautaro, algo inquieto, se puso de pie y oteó el horizonte a la redonda, pero nada descubrió, solo aquellas luces. Recordó que Nicoletti había dicho que la ciudad estaba a unos ochenta kilómetros de allí, pero nunca especificó en qué dirección. Lautaro, hombre de las metrópolis, poco sabía sobre cómo orientarse en la noche y para Samay aquel sitio era desconocido.

—*Y ahora… ¿qué hacemos?* —preguntó ella

—*Aprovechemos la oscuridad para alejarnos de aquí. Quizás, más adelante hallemos un camino. Hay que bajar y buscar un terreno más accesible para caminar.*

De pronto…

—*¿Quién está allí?* —gritó alguien desde abajo y se les heló la sangre. Habían sido escuchados por uno de los guardias y aunque no lograba divisarlos sabía que estaban allí.

—*No te muevas, por lo que más quieras, no te muevas* —rogó Lautaro.

Con el pecho hundido sobre el suelo, ambos permanecieron inmóviles aun cuando la pregunta se repetía una y otra vez.

Los dos guardias apostados se pusieron en alerta, habían escuchado sus voces

—*Escuché ruidos allá arriba… mejor subo a investigar…* —dijo uno.

—*Voy contigo* —respondió el otro

Lautaro, petrificado por el miedo, no lograba clarificar sus pensamientos. No se mueve aun cuando escucha que los guardias han comenzado a acercarse. "*piensa…piensa, maldito*" se decía para sus adentros. Samay le daba golpecitos en la espalda para atraer su atención, pero él seguía con la cabeza pegada a las rocas de la ladera. No reaccionaba y fue entonces cuando ella le susurró…

—*Ven, sígueme*

—*Samay, por favor, ¡quédate quieta!* —la reprimió él mascullando un enérgico susurro.

—*Quédate quieto tú, si quieres, a mí no me atraparán tan fácilmente. Vuelvo al conducto… allí no nos buscarán. Vamos, ven conmigo, por favor…*

El miedo, habitual en él, hace estragos con su endeble voluntad y eso lo convierte en presa fácil para quienes, como ella, toman decisiones inconsultas. En segundos pasa de un estado a otro y de ser el conductor a ser conducido y todo en el mismo momento. Supo que Samay estaba en lo cierto, si se quedaban allí serían vistos y atrapados de inmediato. Y se deslizó por el ducto detrás de ella y con el mayor sigilo. Sobre él cerró la tapa sosteniéndola con ambas manos. Lo hizo en el momento exacto, su hubiera dudado los habrían descubierto. No bien bajó la tapa escucharon las voces de los guardias a tan solo unos pasos de allí.

Samay no se detuvo a contemplar lo que sucedía afuera; rápidamente comenzó a bajar por escala ya sin preocuparse si al hacerlo se desgrana la arcilla de la pared o si alguien escucha su respiración agitada. Tampoco le inquietó saber si Lautaro la sigue, solo se concentró en no dar un paso en falso y caer desde aquellas alturas. Casi sin darse cuenta había llegado al último escalón y sin pensarlo, saltó desde allí los dos metros restantes. Es ágil, flexible y además joven y no tuvo dificultades para posarse en el suelo sin producir ni el mínimo sonido. Escuchó que Lautaro también logró bajar y ambos corrieron los trescientos metros que los separan de la puerta de salida de la mina. Su suerte estaba echada; debían arriesgarse a salir por allí. Samay, intempestiva, se lanzó a toda carrera hacia la puerta, pero Lautaro la sujetó antes de que pudiera llegar a ella.

—*Noo, así no. No sabemos si detrás de ella hay algún guardia aún. Déjame intentarlo*. —le susurró

Ella, a regañadientes, accedió

El joven observó los alrededores y vio a uno de los vagones de carga. Se asomó por la barandilla y vio que su interior está repleto de varas de distintas dimensiones. Sopesó algunas y seleccionó a la que se ajustaba perfectamente al tamaño de su mano. Satisfecho con su elección, se dirigió a la puerta. Aquella sería el instrumento con el que se defenderá en el caso de que, al abrir la puerta, encuentre a un hombre armado del otro lado. Samay, al verlo, imaginó cuál sería su reacción si él tuviera que actuar en su defensa y para no herir susceptibilidades, tapó su boca para que no viera la sonrisa que se le había dibujado en los labios.

Lautaro avanza decidido hacia la puerta, pero antes de llegar a ella se parapetó detrás de una empalizada y desde allí observó todo el lugar. Comenzó a gesticular como si estudiara todos los movimientos que dará. Samay comenzó a impacientarse y lo apuró.

—*Ya, basta de pensar… ¿abres tú o lo hago yo?*

No fue necesario que respondiera; la conoce bien y sabe que no está bromeando. Y se acercó a la puerta y lentamente la abrió. Se

asomó y miró en todas direcciones. Nadie había allí, los guardias cometieron el error de ir a investigar juntos y dejaron el acceso libre, error que ellos aprovecharon de inmediato. Unos minutos después se habían alejado lo suficiente como para aminorar el paso y tratar de ubicarse en el terreno. Habían corrido hasta allí y estaban exhaustos.

Por precaución, rodearon al campamento y se dejaron llevar por el instinto. Eligieron al azar a uno de los tres caminos que convergen en el lugar y comenzaron a andar. Lo hacen en silencio, en dirección de la Osa Mayor que, a esta hora de la noche, se descubre sobre el horizonte. Alguna vez, Samay escuchó que Severino la usaba a menudo para orientarse en la navegación nocturna y creyó que hacerlo les traería buena suerte. Lautaro no objetó la decisión.

No se miran y tampoco se hablan, solo caminan atentos a su entorno. Saben que la oscuridad es cómplice y les ofrece amparo, pero también oculta a los peligros que los acechan.

Repentinamente, unos perros les salieron al cruce y los atemorizaron con sus ladridos, pero ellos se mostraron calmos y los canes decidieron alejarse. Sin embargo, el alboroto alertó a los centinelas que estaban apostados en las inmediaciones y la noche se volvió día antes de que pudieran reaccionar; cientos de reflectores se encendieron de repente y los dejaron expuestos a la vista de los hombres que vigilan este sector del campamento; Lautaro y Samay se miraron y comprendieron que aquellos hombres estaban demasiado cerca como para intentar escapar. Levantaron sus manos y no se movieron. En un abrir y cerrar de ojos dos camionetas camufladas para combate se acercaron velozmente y los interceptaron. Nunca supieron de donde salieron, pero antes de que lo pudieran comprender, seis fusiles de asalto XM8 los tenían encañonados. Samay jamás había visto uno y Lautaro solo en las fotografías de los periódicos…

—*¿Quiénes son ustedes y qué hacen aquí?* —les gritó un uniformado que parecía llevar el mando.

—*Nos extraviamos… Señor*—respondió tímidamente Lautaro

—*Así que extraviados… ¿eh?…* —preguntó con sorna—*¿Y usted piensa que voy a creer semejante estupidez?*

El hombre, robusto y vestido con ropa de fajina, supo enseguida que aquel muchacho no implicaba ningún riesgo para ellos. Visiblemente de menor estatura y complexión anodina, sería fácil de doblegar, mas no así su compañera, bella de belleza incomparable y tan atractiva que alteró a sus sentidos…

—*No es una estupidez, señor* —lo increpó Samay ante la desesperación de Lautaro que en todo momento se mostró dócil y obediente.

Pero el guardia no se dejaría amilanar y mucho menos por una

mujer; se acercó a ella y la enfrentó cara a cara, a escasos centímetros de distancia, tan cerca que sus alientos se confundieron en un mismo vaho. Pero el efecto buscado por el uniformado no fue tal…Samay no se alejó ni un ápice de él y esto lo desconcertó, y tanto que, bajo otras circunstancias hubiera reaccionado con violencia, pero solo atinó a…

—*¿Ah no? Y, entonces, ¿por qué no me explica cómo es que se extraviaron en este lugar?*

Samay está tan cerca de él que puede oler los efluvios del perfume barato que emanaba de su rostro, quizás restos de un bálsamo para después de afeitarse aplicado sobre sus mejillas días antes o del fijador conque sujetó a su negra cabellera aquella mañana. Tan cerca está que hasta puede contar cada hoyuelo que la varicela dejó como recuerdo de su abominable niñez. Tan cerca está que lo dejó atónito.

Lautaro, espantado, vio que ella lo estaba desafiando y le aterró pensar en las consecuencias que eso tendría para ambos. La tomó fuertemente por el brazo y la miró fijo con el ceño fruncido en clara y muda señal de advertencia. Fue una reacción instintiva producida por el terror que lo embarga. Pero ella no se dejará contagiar el pánico y, con un solo y sorpresivo movimiento, se quitó la mano de encima dándole entender su enojo, gesto que no escapó de la vista del guardia…

—*¡Me gusta su actitud, señorita!* —le dijo complacido y ya sonriente

—*Gracias…* —respondió ella, y continuó —*hoy por la mañana salimos de la ciudad y en el camino nuestro carro se rompió y comenzamos a caminar en busca de ayuda. Pero la noche nos sorprendió y ahora no sabemos cómo regresar…*

Lautaro creyó que si no aclaraba uno de los términos que ella había utilizado se pondrían en evidencia…

—*Ella es extranjera y en su país llaman carro a los automóviles…*

Samay asintió con la cabeza, aunque no comprendió por qué dijo lo que dijo. Ella había dicho carro porque imaginó que, en esta parte del mundo, que le es absolutamente desconocido, los medios de transporte son los carros tirados por caballos. De hecho, se había espantado cuando, momentos antes, vio acercarse a los vehículos en que llegaron los guardias. Jamás había visto algo semejante.

—*Comprendo… comprendo…*—dijo el guardia mientras se voltea hacia sus compañeros y sonriendo con malicia, les dijo —*en su país les llaman carro a los automóviles… ¿escucharon eso?* —preguntó buscando la complicidad de ellos.

—*¡Ja, ja, ja! Sí, jefe… en mi país también* —rio uno con la clara intención de congraciarse con su superior.

—*¡Ja, ja, ja! por qué no les pregunta cómo le dicen en su país a "van a morir"*—acotó otro carcajeando por su propia ocurrencia.

Ya todo es jarana entre ellos, ríen por cualquier motivo, con sentido o sin él, pero ríen. Cuantas más burlas, más risas. Fue entonces cuando, quien llaman el jefe, se volvió con fiereza hacia Lautaro y sin mediar palabra le asestó un golpe con el revés de su mano con tanta fuerza que terminó derribándolo. El cuerpo de Lautaro quedó boca arriba y en el umbral de la inconsciencia. Sus ojos sin coordinación, buscaban infructuosamente un punto donde fijarse. Como dispuestos para su crucifixión sus brazos cayeron abiertos y sus piernas desordenadamente encimadas una sobre la otra.

El guardia, con el pecho hinchado por el orgullo de saberse fuerte, introdujo dos dedos en las presillas de su pantalón y se lo levantó para componer el tiro que le incomodaba. Fue más un gesto de grandilocuencia para impresionar a sus subalternos que el hecho de resolver la molestia en sí misma.

Escupió al suelo y se acercó parsimoniosamente hasta su víctima. Se paró sobre su cuerpo con las piernas abiertas y desde arriba lo mira con frío desdén. Ya ninguno de sus subalternos emitía sonido alguno, las risas cesaron de inmediato, todos conocían el significado de aquella postura y ya no hay lugar para bromas; sería un milagro si el muchacho sobrevive más de una hora…

—*Jovencito estúpido* —le dijo sin dejar de mirarlo desde arriba y con fiereza —*¿acaso nadie te enseñó que a los mayores debes respetarlos y que no tienes que tratarlos como si fueran idiotas?*

Lautaro, que apenas podía fijar una imagen, expulsaba sangre cada vez que intentaba abrir su boca. Intentó ponerse de pie creyendo que el castigo había concluido, pero no fue más que eso, un intento. Al borde del llanto se hincó ante él para pedir clemencia…

—*Señor, por favor, yo no quise ofend…* —y otro violento golpe en el rostro lo interrumpió…

—*No terminé de hablar… no vuelvas a faltarme el respeto, solo hablarás cuando te lo diga. ¿Acaso sabes por qué te castigué?*

Lautaro amaga contestar, pero un puntapié sobre su nariz se lo impidió.

—*Veo que eres terco o más estúpido de lo que creí. ¿Cómo tengo que explicarte que debes guardar silencio?* —dijo mientras toma a Samay de la mano y con suavidad la trajo hacia él; luego le rodeó la cintura con el brazo y la aprisionó con firmeza sobre su cuerpo. Y continuó… —*Te castigué porque le faltaste el respeto a esta belleza de mujer… obsérvala bien… tú no la mereces, a una mujer así solo tienes que amarla, cuidarla, protegerla, pero nunca maltratarla como acabas de hacerlo. Por esa razón es que te castigué. Ahora… levántate, iremos a la jefatura y allí decidiré que haré contigo…*

Samay no atinó a nada, no lo hizo antes y no lo hace ahora. De alguna manera se sentía complacida por lo que acababa de escuchar.

Habituada a los hombres que zanjan sus diferencias a los golpes, ver a su prometido sangrando en el suelo no la conmovió en absoluto. Nunca antes la habían considerado así, siempre había sido objeto del deseo y para ella no hubo promesas de amor ni cuidados especiales. Jamás se sintió protegida por ningún hombre. El brazo que rodea a su cintura es fuerte y varonil e impide cualquier resistencia, pero más lo hicieron las palabras con las que él la aduló.

Lautaro, a duras penas se irguió y tambaleando comenzó a caminar. Estiró el brazo buscando el apoyo de Samay, pero a cambio recibió un fuerte empellón desde atrás que lo hizo trastabillar. El jefe estalla en carcajadas y mediante señas ordenó a sus hombres que lo subieran al vehículo militar. Lautaro vio como el jefe conduce a Samay hacia la otra camioneta y lo hace sin quitarle los ojos de encima. Vio también como le abrió la puerta y cuando se arrodilló ante ella para ayudarla a colocar su pie en el estribo. Pero lo que más le intrigó fue la postura mansa de Samay; ella parecía estar a gusto con su compañía. Y hasta le pareció verla sonreír…—*"Maldita desgraciada malagradecida"*—dijo por lo bajo.

Las camionetas, ruidosamente regresaron al campamento a toda velocidad y levantando densas nubes de polvo. Se estacionaron a la par delante de un módulo de aspecto sórdido ubicado justo en medio del predio. Era como una de esas casonas de oriente medio construidas en adobe y piedra caliza, pero a diferencia de aquellas, esta tiene un porche al frente, una especie de cobertizo con un piso de maderas apolilladas y sobre él, un par de sillas arrumbadas con reposabrazos de cuero.

Apoyados sobre el respaldo de una de las sillas, un viejo bate, un guante izquierdo, un peto y una careta. Lautaro observa con detenimiento cada detalle del lugar y concluye que, a juzgar por las cuantiosas botellas vacías volcadas y esparcidas por el piso, el mayor entretenimiento de los guardianes es emborracharse mientras se desafían en un partido de béisbol.

No han amarrado sus manos y tampoco sería necesario. Ellos saben que solo y tan dolorido como está no tendría ninguna oportunidad de éxito si intentara resistirse.

Con un violento empujón lo obligan a cruzar la puerta principal que desemboca en un salón lúgubre con abundante suciedad en sus pisos donde hay un sofá de tres cuerpos con su respaldo apoyado sobre una pared y enfrentado a otros dos sillones del mismo estilo y tapicería. Más allá, dos habitaciones que dejan ver a su interior a través de sus puertas abiertas.

Dos hombres fornidos sujetan a Lautaro por sus brazos mientras otro le aplica dos puñetazos en el bajo vientre. Sintió deseos de vomitar, pero se contuvo por temor a ser reprimido por eso. El jefe, al

verlos, les preguntó…

—Y eso… ¿por qué fue?

—No nos miró a los ojos cuando le hablamos, señor…usted sabe, no es de buena educación hacerlo, señor…

—Eso es verdad, pero por el momento no le peguen más. Quiero que vea la fiesta que daremos en su honor, ¡ja, ja, ja!

Lautaro tuvo la intención de desmentirlos, pero no desea más golpes en su cuerpo. Antes de que pudiera reaccionar, fue arrastrado a una de las habitaciones contiguas. Allí, como único mobiliario, solo hay una silla ubicada en el centro del lugar; lo fuerzan a sentarse en ella y lo atan de pies y manos. Pensó que esto solo podía significar algo: la fiesta que darán en su honor no es otra cosa que torturarlo enfrente de Samay y de solo pensarlo, un escalofrío le atraviesa el espinazo.

La otra habitación es un dormitorio. Antes de ser sujetado a la silla, alcanzó a ojear en su interior y ver que debajo de la única ventana que tiene el cuarto hay una cama de generosas dimensiones centrada contra la pared del fondo y sospechó que esta estaba destinada para el jefe. Lautaro, ante la menor oportunidad que se presente intentará escapar, pero sabe que para lograrlo debe conocer muy bien el lugar. Y para ello utiliza todos sus sentidos. Ya identificó a dos de los ambientes y ahora solo le resta saber que hay en el tercero; deduce que es una cocina por el fuerte olor a rancio que se filtra por el resquicio de la puerta, pero solo es una suposición que debe comprobar.

Por momentos los hombres que lo custodian deben sostenerlo para impedir que se desmorone. En dos oportunidades amagó con voltearse de la silla, pero en realidad solo fue una treta para distraer su atención y poder ver qué sucede afuera del módulo. Había perdido de vista a Samay y estaba preocupado por lo que le hubiera sucedido, pero lo que vio lo llenó de angustia: ella continúa sentada a la diestra del jefe y aún no han descendido del vehículo. En apariencia y a la distancia, no parece disgustada con su compañía, pero, a decir verdad, desde allí, Lautaro solo puede imaginar lo que conversan porque uno de sus ojos ha comenzado a inflamarse y poco a poco su visión fue disminuyendo hasta quedar casi a ciegas. Tampoco puede escucharlos porque sus oídos solo oyen un pitido ensordecedor; los golpes sobre sus oídos habían derivado en una sordera temporal que lo imposibilita de escuchar con claridad. Mas, por su actitud, concluyó que nada de lo que esté diciendo Samay será ahora de su interés. Se siente traicionado y difícilmente pueda perdonarla. Ya no quiso continuar mirando, además, los magullones por los golpes recibidos habían comenzado a enfriarse y el dolor se volvió insoportable; poco faltó para que perdiera el conocimiento y una suerte de somnolencia se

apoderó de su conciencia. Cerró el único ojo sano y dormitó algo. Nunca supo cuánto.

De pronto, el salón se inundó de música a un volumen ensordecedor. A pesar de su audición disminuida, Lautaro se sobresaltó. Miró a su alrededor y observó que ya nadie lo custodia y, además, él y la silla no están ubicados donde inicialmente estaban; ahora tiene un palco preferencial para ver el deprimente espectáculo que está ofreciendo Samay delante de aquellos hombres, todos formados en medialuna, sentados sobre sillas colocadas al revés para apoyar los brazos sobre su respaldo.

No solo están los cuatro guardianes que los atraparon, sino que se sumaron a la fiesta al menos ocho más. Lautaro imagina que la noticia había llegado a oídos de toda la guardia y ahora se acercaron para verlos en persona, especialmente a ella.

Samay torpemente menea su cuerpo intentando realizar un baile sensual, algo que jamás hizo; solo se deja llevar por su instinto femenino y actúa en consecuencia. Pero esta turba de ignorantes nunca había visto de cerca a una mujer tan bella y poco les importa ahora si ella baila bien; quedaron absortos con su delicada figura y con las denigrantes imágenes que sus fantasías hilvanan en el poco cerebro que les resta después de haber bebido cantidades exorbitantes de alcohol. Aunque borrachos, todos saben que aquello es apenas un regalo que su jefe les hace cada tanto, pero también que solo deben conformarse con mirar. El premio mayor está reservado para él cuando ya no quede más que beber.

El hombre, cada tanto se inclina sobre ella y acaricia su espalda y mientras lo hace se asegura que Lautaro los esté viendo. Samay sonríe gustosa y a menudo lo provoca humedeciéndose los labios con su lengua, pero no lo toca y tampoco dejar de bailar. Parece un juego malicioso del que ambos disfrutan. Lautaro, en cambio, lo padece. Mientras tanto, los hombres beben y beben a más no poder.

De pronto, ella se detiene. Mira a su alrededor y ve que había captado la atención de todos. Las risas cesaron de repente, solo se escucha la música que continúa siendo ensordecedora. Lenta y seductoramente camina hacia una silla de cuyo respaldo pende su alforja. Para llegar a ella eligió el trayecto más largo. Los hombres la siguen con la mirada y se estremecen cuando ella pasa enfrente y con las yemas de sus dedos roza tímidamente sus rostros sumergiéndolos en una suerte de seducción que aceleró sus latidos hasta límites insospechados. Están excitados y borrachos, pero a ninguno se le ocurre sobrepasarse con ella; hacerlo significará recibir un balazo en medio de la frente y con él, el fin de la fiesta. Samay toma la alforja e introduce una mano hasta el fondo, se detiene y sin quitar la mano observa las expresiones de sus espectadores, les sonríe con picardía y

luego extrae una gragea de color rosa. Camina lentamente hasta el jefe y sin mediar palabra se sentó a horcajadas sobre su regazo. Lo mira fijo a los ojos, le sonríe, abre la boca y sensualmente deposita la gragea sobre su lengua y antes de que él pudiera reaccionar, la traga. Vuelve a sonreírle y se aleja de él…

—*Oye…ven aquí* —le ordena

Samay simula no escucharlo, regresa a los hombres y repite la acción…esta vez les acaricia sus mejillas, pero observando por el rabillo de sus ojos la reacción del jefe. Y luego se acurruca en un rincón. Sabe que ha sembrado una semilla que muy pronto germinará. Lautaro se niega a creer en lo que está viendo; aquel es un juego de seducción que vio muchas veces y de cuyo final no querrá saber; jamás pensó que ella se atreviera a tanto, su corazón cruje de tanto sufrir. Creyó que había visto todo, pero se equivocó. Fue entonces cuando el jefe se puso de pie, bajó la música y caminó sonriente hacia ella; Lautaro sabe por experiencia propia lo que vendrá y solo cerró sus ojos, ya no quiso ver más. —"*Al menos",* —pensó — "*estoy casi sordo y gracias al cielo no escucharé nada".* Eso alivió su pena.

—*Nena… ¿qué fue eso que tragaste?* —le preguntó intrigado

—*Magia…* —respondió ella…

—*Explícate…*

—*¿Acaso no sabes lo que es la magia*? —lo desafió sonriendo seductoramente.

—*Quiero probarla…* —le ordenó en tono de súplica

—*Mmmh, no… no te la daré* —respondió mientras se pone de pie y lo esquiva sugestivamente.

—*Oh vamos, no seas malita… una sola… una solita* —insistió él aniñando su voz.

Ninguno de los hombres pierde detalle de lo que sucede allí, están expectantes y atentos a todo a pesar de su estado de embriaguez. Samay sabe lo que está generando y entonces caminó lentamente hasta el centro del salón y se paró desafiante delante de ellos. Los miró a los ojos y lentamente levantó su falda hasta descubrir sus pantorrillas perfectas. El jefe la observa desde el rincón y se regodea de solo pensar lo que más tarde sucederá en la habitación contigua. Se sonríe y la deja actuar. Ella había captado la atención de todos y fue entonces cuando lanzó su gran apuesta…

—*Y… ¿quién de ustedes quiere también probar la magia?*

—*Yo, yo…yo también… oiga, no me deje afuera, una para mí*— respondieron con entusiasmo.

—*Está bien* —dijo y volvió a introducir su mano en la alforja.

Simulando jugar con ellos, hurgó el fondo del bolso y lo hizo con tanta insistencia que los hombres comenzaron a impacientarse. Ella supo que se había extralimitado y puso fin a su teatralización: y

finalmente extrajo una gragea azul y la expuso a la vista de todos…

—*Una de color rosa para mí y una de color azul para los hombres…*

—*Es para mí* —*gritó uno*

—*No* —dijo ella —*es una para todos porque no hay otra.*

Y la dejó caer adentro de la última botella de aguardiente que quedaba sobre la mesa…

—*Noo, ¿qué hizo?* —exclamaron al unísono

—*¡Ja, ja, ja! Excelente… excelente actuación* —festejó el jefe que se había puesto de pie y sin que ella lo advirtiera se había acercado sigilosamente por detrás.

Y tomó la botella por el cuello y la empinó sobre su boca. Los hombres no pueden creer lo que estaban viendo, lo que imaginaron como un verdadero banquete de pasión desenfrenado se estaba yendo a la garganta de su jefe.

Cuando la última gota cayó, con indudable desprecio, el hombre arrojó la botella por la ventana al mismo tiempo que eructaba ruidosamente. Los hombres comprendieron que la fiesta había acabado y uno tras otro comenzaron a abandonar el modulo; la borrachera les impide dar dos pasos iguales y en la misma dirección y algunos caen pesadamente en el camino antes de llegar a las cuadras donde finalmente se abrazarán a sus propios efluvios etílicos. El jefe, con su equilibrio en franco desacuerdo, se apoyó en Samay y le señaló en qué dirección caminar. A duras penas se mantiene en pie, pero aun así logró llegar hasta donde Lautaro está sentado; tuvo la intención de agacharse para acercar su cara a la de él, pero no bien se inclinó, todo su entorno comenzó a girar en derredor suyo. Comprendió que debía desechar la idea. Erguido y desde arriba, lo miró con desprecio, con actitud altanera, demostrándole que lo detesta, pero que del mismo modo disfruta de verlo en aquella posición. Es su prisionero y además se ha apropiado de su mujer y, por si ello fuera poco, se jacta del poder que ejerce sobre ella.

Es el jefe y siente tanto placer al hacerlo como al acariciar las cachas de su pistola Smith & Wesson Master 52 que mantiene enfundada en su cintura. Pero, probablemente, sentiría más goce si la desenfundara y le disparara en medio de la frente para resolver el caso de una buena vez. Pero, aun en su estado, piensa con coherencia, si lo mata jamás sabrá que hacían ellos en ese lugar.

Con evidentes dificultades para hilvanar palabras, le dice…

—*¿Has vishto jovenshito estúpido? Así se trata a una mujer como eshta. Cuando shierre aquella puerta, ella sabrá lo que esh un verdadero hombre… ¡mash tarde vendré por ti… no te vayas, ja, ja, ja!*

Puso llave a la cerradura y lo dejó en soledad.

Cruzó su brazo por encima de Samay y la condujo hacia la habitación contigua. Ella se dejó llevar y lo hizo dócilmente. El

hombre tambalea y antes de cruzar el umbral de la puerta retrocedió y avanzó dos veces porque no lograba embocarla. Para hacerlo, la obligó a colocarse delante de él, se apoyó con ambas manos sobre sus hombros y la empujó para que avanzara. Esta vez, ella no tuvo opciones, por su expresión parecía que se encaminaba hacia el cadalso.

Lautaro, al escuchar el sonido metálico de la cerradura, cerró sus ojos y una lágrima rodó por sus mejillas, nada podía hacer para evitar el final que el destino le había jugado.

Transcurrieron cinco, diez, quince minutos y por más que lo intentara nunca logró aflojar la tensión de las cuerdas conque habían amarrado sus manos. Poco faltó para que se rindiera, pero de pronto la puerta de su habitación se abrió; fue un movimiento extremadamente sigiloso, como si alguien intentara sorprenderlo y el terror se apoderó de él; creyó que uno de los hombres había entrado para liquidarlo por orden del jefe. Quiso gritar, pero sus cuerdas vocales se negaron a obedecerle y entonces la vio, era Samay que le hizo una seña para que se mantuviera en silencio. Desató sus muñecas y liberó sus piernas.

—Por un momento creí que… —intentó decir.

—Shhhh…Shhhh, no hables —le susurró al oído *—sígueme en silencio.*

Lautaro camina con dificultad, le duele todo el cuerpo, pero la desesperación y la urgencia por huir de allí le hizo olvidar rápidamente sus molestias. Dos veces quiso saber que había ocurrido allí adentro, con el jefe, pero ella lo detuvo bruscamente y con vehemencia y evidente enojo le susurró…

—Eres estúpido o te haces… ¿quieres despertar a todo el mundo y regresar allí adentro? Muy bien, hazlo, sigue hablando, yo me voy

Fue suficiente, Lautaro no dijo una sola palabra más.

—¿Sabes conducir esto? —le preguntó ella señalándole una de las camionetas.

—Sí, aún recuerdo cómo hacerlo…

Procurando hacer el menor ruido posible, abrió una de las puertas y ambos subieron a bordo, pero los problemas no habían acabado…

—Maldición —exclamó

—¿Qué sucede? —preguntó ella

—No están las llaves y sin ellas no lograré arrancar el motor; probemos con la otra camioneta

Tanteó la puerta, pero estaba bloqueada, el conductor asignado a este vehículo le había echado llaves.

—Tengo que regresar —dijo Samay

—¿Estás loca? Ya debe saber que huiste y debe estar buscándote por todo el lugar.

—No lo creo, lo dejé tan dormido que va a tardar mil años en despertar

—¿Estás segura?

—Sí, lo drogué y además bebió litros de alcohol, la combinación perfecta para morir en paz.

¿Qué le pusiste en la botella?

—Un somnífero a base de Valeriana, Tila y hierba de la bella durmiente que me recetó Doris. Es potente suministrada con agua… imagínate lo que será si se mezcla con alcohol.

Samay no lo dudó, ingresó nuevamente al refugio y se dirigió rápidamente a la habitación. Era una misión fácil, solo debe hurgar en los bolsillos del pantalón del jefe, quien aún duerme su borrachera. No encendió la luz sencillamente porque no sabe cómo accionar el pestillo. Fue directamente a su objetivo y a tientas buscó sobre la cama. De pronto, su pulso se aceleró y su respiración comenzó a entrecortarse. La cama estaba vacía.

—"*Calma Samay, quizás rodó en sueños y cayó de la cama*"—Pensó para darse ánimos.

La rodeó, buscó debajo de ella y nada. Algo no estaba bien allí. Quiso retroceder y desandar el camino, pero una mano desde atrás se apoyó sobre su hombro. Su corazón se paralizó…

—¿Me buscabas, amor? —escuchó a sus espaldas

Giró bruscamente y lo vio; no supo qué responder, el hombre estaba allí de pie y con una expresión tan lúcida que difícilmente alguien pudiera asegurar que tan solo unos minutos atrás había caído en un soponcio que, a juzgar por su apariencia, sería eterno. Era una sombra inmensa recortada sobre el resplandor de las luces que se filtran a través de la puerta abierta. —*"Es inhumano*" —pensó ella, nadie puede resistir a semejante carga etílica y eso sin contar el agregado de la gragea, que, según sus cálculos debió hacerlo dormir por semanas. Pero estaba allí, tan fresco como una hoja de lechuga recién recolectada.

—Sí —mintió *—fui al baño y estaba regresando a ti...*

—¿Piensas que voy a creerte?

En eso vio la silueta de Lautaro que, desde atrás, se acerca decidido y con el bate de béisbol en la mano. Ella imagina lo que hará y procura distraer al gigantón…

—Sí —respondió *—no tienes más remedio que creerme…*

Ese debía ser el momento exacto en que Lautaro tenía que aplicarle el golpe para derribarlo, pero su natural cobardía lo hizo dudar. El jefe leyó la mirada de Samay y supo que la amenaza venía de atrás y se volvió sobre sí tan rápido como un áspid. Lautaro nunca entendió cómo había hecho, pero antes de que pudiera reaccionar el bate había cambiado de manos…

—*¡Qué par de idiotas!* —dijo en el mismo instante en que levanta el bate para asestarle un batacazo mortal al joven.

—*¡Oye!* —le gritó Samay.

El hombre se detuvo y giró su cabeza hacia ella. Sonríe confiado en su posición dominante. Ni Samay ni Lautaro son una amenaza para él, pero lo que vio lo hizo dudar; con las piernas abiertas para asegurar su estabilidad y en posición de tiro, está Samay apuntándole directamente en medio de sus ojos. En un descuido le había quitado la pistola y él vio que la seguridad con que la empuñaba solo la puede tener alguien acostumbrada a usarla. Supo que debía rendirse ante la evidencia y bajar el bate. Ya habrá otra oportunidad de vengarse…

—*¡Las llaves, rápido!* —le ordenó sin dejar de apuntarle.

El jefe accedió y las dejó caer cerca para sorprenderla cuando se acerque a recogerlas, pero ella adivinó sus intenciones y volvió a advertirle …

—*Retroceda… más, retroceda más* —repitió —*ahora voltéese con las manos en la espalda.*

El hombre obedece… está asombrado, jamás había visto a una mujer tan decidida y amenazante. Supo que ella no estaba jugando y que, sorprenderla, no será tarea fácil.

—*Lautaro, átalo con fuerza y por lo que más quieras, esta vez, hazlo bien.*

Lautaro, tan impresionado como el jefe, con una cuerda le sujetó las manos a la espalda y lo expuso a la vista de ella para lograr su consentimiento. El guardia mascullaba por lo bajo —*"En tierra de hombres, una mujer dirige las operaciones…no tiene sentido, ¡maldición!"*

—*Bien…camina hasta la camioneta —le* gritó —*tú conduces* —le indicó a Lautaro.

El jefe, atónito, observa el desenvolvimiento de aquella mujer y aún no se sobrepone de la sorpresa, pero mucho más lo hizo cuando escuchó la siguiente orden…

—*Ahora sube usted… vamos, atrás…en la carga… y no pretenda jugar conmigo si quiere ver una vez más la luz del día.*

Lo hizo acostar boca abajo en la parte trasera de la camioneta y recién entonces inmovilizaron sus pies con el extremo sobrante de la cuerda que antes habían usado con las manos.

Lautaro condujo por catorce kilómetros siguiendo las indicaciones de un mapa que hallaron en la gaveta y de pronto detuvo el vehículo en un descampado. El camino es una huella en medio de la espesura selvática que antecede a la civilización. De acuerdo al plano cartográfico más adelante hallarán la carretera que los llevará directo hasta Saintmanu.

Samay, que venía en la caja de carga custodiando al guardián, descendió sin dejar de apuntarle y …

—*Ahora bájese…* —le ordenó

—*No puedo con los pies amarrados* —se quejó el cautivo

—*Verá que sí* —lo amenazó colocando el cañón del arma en la entre pierna —*elija, por las buenas o por las malas…*

—*Sí…sí, ya entendí…quíteme el arma de ahí*

El jefe comenzó a adentrarse en el bosque seguido por Samay y Lautaro. El avance fue lento y no exento de dificultades. Él es un hombre atlético y con entrenamiento militar, pero caminar entre la maleza y con las piernas trabadas por las ataduras es una tarea imposible hasta para él. Ya su rostro comenzó a cubrirse de moretones y heridas cortantes; a cada paso tropieza y cae de bruces y no siempre sobre la gramilla blanda. El lugar está atestado de rocas punzantes y espinillos y al tener las manos sujetas sobre la espalda, su cara es la primera que impacta sobre ellos.

—*Tengan piedad, al menos desátenme las piernas* —rogó

—*Sí, la misma piedad que tuvo para con nosotros* —respondió ella.

—*Oh, vamos, mujer… a ti nada te pasó…*

—*No, es verdad, más que la humillación de bailar enfrente de doce hombres sin saber que me depararía el destino si no hubieran estado tan borrachos. Ahora cállese y camine… no tenemos tiempo para estupideces…*

—*¿Qué van a hacer conmigo? ¿Van a matarme, acaso?*

—*Y ¿usted qué cree?*

—*No creo que se atrevan, malditos…*

Indignada por el desafiante insulto, Samay oprimió el gatillo y el percutor golpeó sobre un espacio vacío. Fue un acto reflejo, accidental, nunca estuvo en su intensión dispararle. La pistola había sido amartillada sin tener una munición en la recámara y eso evitó el desastre. Ella nada sabe de armas ni tampoco conoce el efecto devastador que estas tienen. Solo una vez vio el Winchester que Giuseppe tiene colgado de su chimenea y fue precisamente él quien, alguna vez, le enseñó como accionarla, mas solo fue una teoría que jamás puso en práctica.

Los tres quedaron perplejos, especialmente el jefe, que jamás imaginó que ella se atrevería a dispararle. Aún permanece con los ojos cerrados, tan apretados que le duelen, el cañón del arma estaba a tan solo cinco centímetros de sus testículos y apuntado justo en medio; poco faltó para que perdiera el conocimiento, está choqueado y tembloroso. Y tanto que ni siquiera se percató que después de haberle gatillado, Samay nunca montó el arma nuevamente.

—*¿Sigue pensando que no lo haremos?* —le preguntó Lautaro creyendo que, lo que ella había hecho, había sido una advertencia. Para él es difícil entender que los Mollejanos todos, fueron criados en un ambiente sin más violencia que el mal uso de la palabra o algún

encontronazo a puño cerrado.

El jefe no respondió, solo siguió avanzando, en silencio y temeroso por su vida. Y lo hizo por más de cinco minutos ignorando que Samay y Lautaro se habían retrasada adrede. Ellos, no bien lo perdieron de vista, retomaron el camino hacia Saintmanu.

Ya en la carretera, Lautaro conduce por más de tres horas y la ciudad no aparece a la vista.

—¿Crees que estamos en el camino correcto? —preguntó Samay.

—Creo que sí… ¿Por qué lo preguntas?

—Recuerdo que el doctor Nicoletti dijo que la ciudad estaba a ochenta kilómetros de la mina. ¿Acaso sabes hacia dónde vamos?

—No lo sé… se supone que conozco toda esta área pues teóricamente vivo aquí, pero ahora que lo mencionas estoy empezando a creer más en lo que dijo antes. Pienso que tuvo razón cuando afirmó que me habían hipnotizado para que olvide todo mi pasado. Probablemente haya equivocado el camino o quizás él confundió las distancias. No nos queda mucho combustible y pronto el motor se detendrá, ruego al cielo que encontremos rápido algún vestigio de civilización porque regresar allí sería suicida.

—Veamos el mapa una vez más…—sugirió Samay

—De nada servirá…es una carta zonal y los límites que marca los dejamos atrás hace mucho tiempo. Y en la gaveta no hay otro mapa. Si tan siquiera pudiéramos preguntarle a alguien, pero desde que partimos no hemos cruzado a nadie y dudo mucho que nos cambie la suerte.

—Esto es muy sospechoso y aún retumba en mis oídos la advertencia del doctor Nicoletti "nadie debe saber que la misiva la escribí yo" ¿por qué lo hizo? ¿Por qué no podemos confiar en ninguna otra persona? ¿tan omnipotente será la organización? —concluyó ella.

CAPÍTULO XII

Apenas dos golpes suaves con sus nudillos sobre la gigantesca puerta fueron suficientes para atraer la atención de Jesús. Este abrió y nada dijo, solo los observa con intriga. Veinticinco hombres famélicos, cubiertos de hollín de pies a cabeza y con vestimentas poco convencionales lo miran sin decir palabra.

—Somos amigos de Lautaro y de Samay…soy el doctor Nicoletti y ellos mis compañeros de desgracia

—Uff, creo que llegaron en un muy mal momento…ellos…ellos no están aquí —aclaró Jesús

—Lo sabemos, están procurando llegar a la ciudad

—¿Qué? Entonces… ¿no están muertos?

—No, ¿por qué habrían de estarlo?

—No importa…y ¿qué es lo que quieren aquí?

—Lautaro dijo que usted podría ocultarnos…

—¿Ocultarlos?... ¿por qué?

—Estamos en peligro… en realidad todavía no, pero lo estaremos muy pronto.

—No sé… no me gusta esto…lo siento, no sé quiénes son ustedes —y comenzó a cerrar la puerta en sus narices.

—No, no… espere, por favor… al menos escuche lo que tenemos para decir

—Hable… pero sea breve

—Es muy difícil de entender… ¿podría? —y señala el interior del castillo para que les permita ingresar

—No, aquí estamos bien… no soy estúpido y puedo comprender lo que tenga para decirme.

—Está bien, lo entiendo… ¿escuchó alguna vez hablar de La Organización?

—No sé de qué me habla…

—Uf, ¡qué difícil va a ser esto! Está bien, le sugiero que traiga algo para sentarse…

La vista que Jesús tiene ante sus ojos es dantesca, veinticinco hombres andrajosos y parados uno a la par del otro, con la vista perdida en el infinito cual zombis inanimados. A excepción del doctor Nicoletti, los demás no parecen comprender que sucede a su alrededor. El doctor Nicoletti comienza su relato y poco a poco atrae la atención de Jesús que ha dejado de lado a su expresión adusta y parece haber relajado los músculos de su cara; tan absorto está en la historia que olvidó por completo a sus temores y ya no traba la puerta con sus pies.

Ninguno de ellos, ni los visitantes ni el mismísimo Jesús, advirtieron las miradas que, desde sus escondites, los observan con desconfianza. Es que nadie que ingrese a la comarca pasa desapercibido para los aldeanos, siempre habrá al menos uno que detecte una anormalidad y cuando eso sucede suelta la silenciosa e inefable alarma de señas y de inmediato hasta el último de los pobladores está alertado: "*una veintena de hombres de aspecto ruin caminan como autómatas en fila india en dirección del castillo de Jesús. Uno parece guiarlos y lo siguen sin chistar*"— decía el mensaje.

Pronto, escurriéndose entre las malezas y los arbustos, unos treinta Mollejanos se apostaron en los alrededores del pórtico del castillo atentos a la reacción de Jesús. Ocultos y en silencio escuchan cada palabra con las que el doctor Nicoletti pretende convencerlo.

Ninguno de ellos se mueve y tampoco se miran entre sí. Lo que están oyendo los dejó pasmados, pero de pronto hubo una frase que los sobresaltó aún más…

—…es por eso que, si Amun no logró llegar a la ciudad o cometió algún error, ellos vendrán por nosotros…por todos nosotros ¿me entiende?

De manera inconsulta Anastasio, el relojero, saltó de su escondite sin contemplar que al hacerlo dejaría en evidencia a los demás…

—¿De qué está hablando? Amun fue asesinado y todos sabemos quién lo hizo…

Nicoletti se sobresaltó al verlo aparecer, pero más por escuchar lo que había dicho…

—¿Quién es usted y cómo sabe que fue asesinado? —preguntó

—Todos sabemos aquí que Lautaro Amun y Samay Willka fueron asesinados…

—Mucho temo que usted esté confundido; Lautaro y Samay estuvieron con nosotros ayer mismo y además los ayudamos a huir de los guardianes…

—¿Ayer?

—Sí, ayer

—Y, ¿usted dice que alguien vendrá por nosotros?

—Así es y debemos estar preparados para cuando eso suceda…

—Es que no entiendo por qué harían eso…

—Porque deben evitar que nosotros desbaratemos su negocio…

—Y ¿cómo?

—Quizás sea muy difícil de entender, pero durante muchas décadas ustedes fueron utilizados para recaudar fondos millonarios destinados a solventar los gastos de un proyecto humanitario inexistente…

Uno tras otro, los Mollejanos fueron dejando sus escondites de lado. Ya no tenía sentido permanecer ocultos, mas dejaron que Anastasio continúe representándolos.

—Aún no me dijo por qué somos un riesgo para ellos…tampoco nos dijo quiénes son "ellos" …

—Entonces no escucharon lo que dije antes; "ellos" son conocidos como La Organización y créanme, son mucho más grandes y más peligrosos de lo que se puedan imaginar. Son dueños de empresas, especialmente mineras, explotadas con trabajadores dopados que, antes de caer en sus redes, eran personas comunes, como ustedes, simples incautos que asistieron a un consultorio cómplice para una consulta psiquiátrica y terminaron prisioneros en las galerías de las minas a miles de metros bajo tierra. Todos ellos son personas que deambulan solas por la vida y por quienes nadie reclamará ni notará su ausencia.

—Y nosotros, ¿qué tenemos que ver en todo este embrollo?

—Ustedes solo son una imagen para mostrar una vez al mes como prueba de la efectividad del proyecto. Cada vez que llega el tren, trae a

bordo a emisarios que son veedores de decenas de filántropos dispuestos a destinar grandes sumas de dinero para fines benéficos en pro de investigaciones médicas inexistentes. Ustedes son la prueba fehaciente de que sus dineros son bien invertidos…han desarrollado una vida en comunidad sin otros medios que sus propias capacidades, practicando el trueque como medio de subsistencia, pero los inversores nada saben que todo es un verdadero bluff.

—Nunca los vimos…

Y entonces, el bicicletero busca con la mirada a los otros aldeanos y pregunta…

—¿Alguno de ustedes vio a los emisarios que este hombre menciona?

Nadie respondió, solo negaron con la cabeza…

—Es que ellos se hacen pasar como comerciantes que vienen a trocar sus mercaderías con ustedes. —agregó Nicoletti

—No lo creo, pero debo reconocer que tiene sentido lo que dice, pero… y, Lautaro Amun, ¿qué papel juega en esto?

—Él es una víctima más…fue enviado para introducir una nueva modalidad…

—¿Él vino para estafarnos?

—No, como les dije antes, él es una víctima más…y ruego a Dios que…

—No, no, no…aquí está prohibido decir esa palabra…—lo interrumpió Hermes, el herrero

—Me disculpo, señores…y como les decía, tengo esperanzas de que Lautaro y Samay hayan podido dar con la única persona en la que confío y que, además, es la única persona capaz de ayudarnos, a ustedes, a estos pobres hombres y también a mí.

Anastasio se volteó hacia los demás buscando en sus miradas una explicación a lo que acaban de escuchar, pero ninguno se atrevió a decir nada; la confusión en ellos se ha generalizado. Nadie reacciona y comenzaron a mirarse el uno al otro, tan incrédulos como sorprendidos. Tan absortos estaban que nunca vieron que Severino se había unido a ellos en el más absoluto sigilo y por eso se sorprendieron cuando habló…

—Si mal no entendí Lautaro y Samay están vivitos y coleando. Creo que todos ustedes me deben una disculpa y en especial a Azucena, a la que agredieron gratuitamente sin motivo alguno. Me siento desilusionado con todos, solo son unas viejas chismosas y chapuceras. Además, lo *que dice este hombre, no solo tiene mucho sentido, sino que es altamente probable. ¿Acaso se preguntaron por qué nunca nadie regresó después de haberse ido? Aún me pregunto dónde está Sebastián, tu hijo Miguel… ¿y Juan Martín? ¿Alguno de ustedes sabe algo de él?*

Miguel Yasco bajó la mirada y nada dice. Tres años han pasado desde la última vez que vio a su hijo. El joven desapareció junto a

Juan Martín, su amigo de la infancia y del que nadie conoce antecedentes ni familiares, algunos afirmaron, aquella vez, que los habían visto caminando en sentido contrario sobre las vías del ferrocarril y nunca más se supo nada de ellos.

—*¡Eso fue un golpe bajo, Severino! No tienes derecho de traer a la memoria algo tan triste para Miguel…* —dijo Moisés Linares que se había acercado al escuchar voces que no reconocía

—*¿Golpe bajo? ¿Dices que doy golpes bajos cuando todos ustedes se dejaron influir por un comentario infundado y nos acusaron de asesinos? Creo que es hora que despierten… este pueblo tiene demasiados interrogantes y ninguna respuesta… hasta ahora. En este momento tenemos una respuesta que merece que la tengamos en cuenta. Al menos considerémosla.*

—*Moisés tiene razón* —se animó Eleonora que había encontrado un nuevo motivo para acusarlo otra vez —*Creo que tú y este hombre se han confabulado para engañarnos con mentiras y así te quitas las culpas de encima. No sé de dónde salieron todos ellos, pero estoy segura que ustedes se conocen de algún lado…*

—*Señora, con el debido respeto, puedo asegurarle que jamás hemos visto a este hombre como así tampoco a ninguno de ustedes. Lo que dije es la más absoluta verdad y todos estamos en peligro. ¡Créame!* —insistió Nicoletti

—*¡Mentiras…mentiras y más mentiras!* —gritó la mujer con toda la fuerza que su voz entrenada le dio. Todos quedaron perplejos al escucharla. Jamás habían oído algo tan potente y armónico. Había sido un acto reflejo y poco faltó para que quedaran en evidencia sus dotes de soprano lírica.

—*Creo que Eleonora esta vez tiene razón* —acotó Gladys, la esposa de Moisés —*Este hombre dice que vio a Lautaro y a Samay con vida, pero no tienen pruebas de ello. Si fuera cierto que están vivos hubieran venido con ellos, o al menos, hubieran traído consigo algo que los identifique.*

—*No señora, no podían venir con nosotros; ellos tenían que ir a la ciudad para buscar ayuda. Si regresaban al pueblo jamás saldríamos de aquí ni nosotros ni ustedes* —intentó explicar el doctor Nicoletti.

—*Y, a usted… ¿quién le dijo que nosotros queremos salir de este pueblo?* —respondió Gladys con sus brazos en jarra y ya totalmente ofuscada —*somos absolutamente felices aquí ¿Lo puede entender?*

—*Gladys, Gladys, no te excedas… tampoco es cierto que somos tan felices* —la interrumpió Jesús — *si fuera así, el pueblo no se hubiera revolucionado tanto con la propuesta de Lautaro, ¿no lo crees?*

—*Creo que estás equivocado, Jesús, y con el mayor de mis respetos a ti (*ninguno de ellos se atrevería a contradecirlo abiertamente para no desatar su ira), *digo que la propuesta de Lautaro nos entusiasmó para mejorar nuestro estándar de vida, pero nunca pensamos en dejar el*

pueblo… solo queremos acceder a otros beneficios —agregó Mateo Denoble permitiéndose tutearlo por considerarlo un par en el escalafón de los notables.

—*Así es* —agregó Giuseppe, el carpintero —*ninguno piensa en irse de Puerto Mollejas. Y en cuanto a lo que usted dijo* —y miró a los ojos del doctor Nicoletti —*creo que su egoísmo nos traerá problemas, al menos si es verdad aquello de La Organización. Ustedes, sabiendo lo que dicen que saben, deberían haber ido en otra dirección…*

—*Usted no entiende… no hay otra dirección* —interrumpió Nicoletti

—*El que no entiende es usted* —dijo Giuseppe elevando el tono de su voz — *Somos un pueblo que vive en paz…paz que su estupidez puso en riesgo. Creo que debe hacerse cargo y regresar por donde vino, usted y todos sus amigos… y de paso, llévese a Severino, el asesino de jóvenes inocentes…*

—*¡A quién llamas asesino, maldito hijo de perra!* —exclamó Severino mientras toma al carpintero por la solapa de su abrigo con la clara intención de aplicarle un puñetazo.

—*Alto, alto, alto… desgraciado, ¿quién crees que eres?* —dijo Hermes, el herrero, mientras sujeta a Severino desde atrás —*Esta vez te has sobrepasado y creo que lo mejor para todos nosotros será que vayas a las mazmorras hasta tanto se aclare tu situación, que de por sí está muy comprometida. Jesús, usted es quien tiene la última palabra…por favor abra las mazmorras del castillo y encerremos a estos miserables.*

—*Tranquilo, Hermes, tranquilo…no creo que sea para tanto* — respondió Jesús para para poner paños fríos

—*Sí, Jesús… Hermes tiene razón, debemos encerrarlos. Es más que evidente que ambos se han confabulado en contra del pueblo y si no los detenemos quién sabe hasta dónde llegará nuestra desgracia…*—insistió Gladys

Jesús no tuvo oportunidad de responder porque de pronto todos comenzaron a pedir por las mazmorras y antes de que pudiera reaccionar el griterío se había generalizado de tal manera que ya fue imposible lograr un entendimiento con ellos. Se acercó a Severino y al oído le dijo…

—*No te preocupes amigo, sigámosle la corriente…sabes bien que allí estarás seguro. Tan pronto como se calmen los ánimos verás que todo se resuelve de la mejor manera. Te pido que no te resistas…*

—*Vamos, Jesús, sabes que no soy culpable*

—*Lo sé, pero ellos no lo creen así y si no accedemos a sus reclamos esto se convertirá en un verdadero desastre…*

—*Está bien, pero solo yo iré a las mazmorras. El doctor Nicoletti y estos pobres hombres no son culpables de nada… solo míralos… ¿no crees que han sufrido suficiente?*

—*Ellos vendrán con nosotros, pero solo hasta que se repongan de sus*

heridas. Además, conmigo estarán más seguros. Ahora simulemos…pon las manos en la espalda, debo amarrarte…

Severino accede y deja que Jesús sujete sus manos a la espalda y lo conduzca al interior del castillo.

Al verlo, todos los aldeanos festejaron con alegría y alardeando su victoria hacia todos los vientos. Estaban felices, habían triunfado y finalmente lograron vengarse de él por haberse negado a vender sus pescados.

Momentos después, todos regresaron a sus actividades. Ninguno de ellos acompañó a Jesús hasta las mazmorras… a nadie se le ocurriría desconfiar de él.

*—Eres un buen hombre, Severino, ahora por favor entra allí —*y señala uno de los calabozos y recién entonces desata sus manos, pero para sorpresa de Severino, Jesús cierra la puerta y le echó llave.

—Hey, hey, ¿qué haces?

—Calma…calma, solo estoy haciendo lo correcto.

—¿Lo correcto? ...lo correcto es que me dejes salir de inmediato. Esto no es lo que me dijiste allí afuera.

—No Severino, lo correcto es que permanezcas encerrado hasta tanto se aclare tu situación.

—¿Realmente crees que asesiné a esos chicos?

—No creo ni dejo de creer… solo sé que debo cumplir con mi palabra. Les dije que te iba a encerrar y eso es lo que estoy haciendo…

—También me dijiste que debíamos seguirles la corriente hasta tanto se calmen los ánimos y lo primero que haces es traicionar a tu amigo.

—No te estoy traicionando, te estoy cuidando… si te dejo libre ellos no me perdonarán y tampoco lo harán contigo.

—No lo sé, Jesús…no lo sé, creo que te estás equivocando. Esperaba más de ti, creí que me ibas a defender como yo lo haría por ti. Al menos permíteme hablar con el doctor Nicoletti…

—El doctor Nicoletti está encerrado en las mazmorras del ala este del castillo y eso es muy lejos de aquí…

—¿Qué dices?... ¡me prometiste que a ellos no los encerrarías!

—Prometí que los cuidaría y, encerrarlos hasta que se repongan es la mejor manera de cuidarlos…

—Jesús, sé que te apasionan los juegos de palabras, pero no me gusta lo que estás haciendo…solo espero que no te estés equivocando…ahora déjame solo, por favor…

—Claro, como tú digas… ¡amigo!

Severino no respondió; llamarlo amigo después de lo que hizo le pareció una burla, pero Jesús ha sido misterioso siempre y pensó que algo se traía entre manos y lo dejó hacer.

Dos horas después…

—¡Jesús…Jesús, maldito seas, ábreme o te juro que tiro la puerta

abajo …! —Jesús reconoció aquella voz de inmediato; era Azucena que tardíamente se había enterado que su esposo estaba detenido en el castillo.

—Wow…wow…wow…tranquila, amiga mía… ¿por qué tanto alboroto?

—¿Por qué? ¿te burlas de mí? ¿dónde está mi esposo?… llévame con él ya mismo…

—Sí, sí claro, ven conmigo… pero tranquilízate, por favor…

—Voy a tranquilizarme cuando lo sueltes… ¿quién te crees que eres?

Para llegar hasta las mazmorras hay que bajar por una escalera caracol al menos dos subsuelos. Jesús la condujo en silencio. No respondió para evitar que Azucena se crispe aún más de lo que ya estaba. Ella es la última persona con la que quisiera enfrentarse y no porque sea mujer, sino porque la conoce y sabe de lo que es capaz cuando se enoja.

—Bien, ahora abre la puerta y déjame entrar —le ordenó.

Jesús extrajo un manojo de llaves de sus bolsillos, seleccionó una, la introdujo en la cerradura y abrió. Ella sin miramientos corrió a los brazos de su esposo y allí quedaron, abrazados sin decirse nada. Pero fue hasta que ella vio que Jesús permanecía de pie detrás de ellos y se volvió a él con furia en su mirada…

—¿Es mucho pedir que nos dejes solos o la soledad te ha vuelto un mirón degenerado?

Jesús sintió odio y poco faltó para que reaccionara con violencia, pero a último momento se contuvo, dio media vuelta y volvió sobre sus pasos.

—¿Qué fue lo que pasó, mi amor?... ¿Por qué estás aquí?

—Es largo de contar… es más de lo mismo, todos creen que asesiné a los jóvenes amantes y Jesús consideró que aquí estaría seguro y fuera del alcance de todos. Allí afuera todos estaban furiosos y solo querían venganza. ¿Escuchaste algo sobre el doctor Nicoletti?

—Sí, dicen que vieron a Lautaro y a Samay…

—Así es, pero nadie les creyó. Aunque eso no es lo importante. Quiero que me escuches con atención y por lo que más quieras no me interrumpas. Creo que lo que se avecina es muy peligroso para todos nosotros y debemos estar preparados para defendernos. Azucena, busca a Mondragón y cuéntale sobre esto, él entenderá, no es tonto… y después dile que reúna a todos sus amigos para que vayan al bosque y busquen todas las…

Severino había trazado un plan para alistarse en defensa del pueblo, pero sabe que solo cuenta con su esposa, su perro y su amigo Mondragón.

Azucena escuchó con atención las indicaciones de su esposo y no bien terminó se despidió de él con un beso y sin esperar a que Jesús le franquee la puerta salió a toda prisa de allí. Subió las escaleras y

buscó la salida del castillo.

CAPÍTULO XIII

Mientras tanto, en el campamento de los guardianes la alarma se había soltado. Los dos jóvenes son buscados en cada rincón de la ciudad y también en las afueras. Los uniformados se movían con cautela porque están convencidos que aquella aparición no había sido casual, es más, se lo atribuyen a las acciones de los inspectores del gobierno que desde un tiempo a esta parte los han estado hostigando día y noche para obligarles a cometer un error que los conduzca a la cárcel.

Pero quién más intrigado estaba era el doctor Frank Jones, quien no daba crédito a lo que estaba escuchando.

—No puedo creer que mi amigo el doctor Nicoletti esté vivo. Jovencito, usted me ha devuelto el alma al cuerpo, estuve cinco años buscándolo hasta que finalmente me di por vencido y abandoné la búsqueda. Creí que estaba muerto y me resigné a eso. Pero, lo que usted me cuenta es muy difícil de creer, tal vez no para mí, pero sí para las autoridades que deben tomar cartas en este asunto. Es evidente que nos enfrentaremos a fuerzas políticas y económicas de gran envergadura y al juez que entienda en la causa, si logramos convencerlo, debemos llevarles pruebas contundentes.

—Creo que la nota que le escribió el doctor Nicoletti puede servir…

—Y ¿dónde está esa nota? —preguntó Jones

Lautaro comenzó a buscarla en sus bolsillos, pero sin éxito. Miró a Samay…

—No la tengo yo, es a ti a quién se la dio.

—Probablemente haya quedado en la camioneta. Iré a buscarla…

—¡No, aguarda! Debemos ser cuidadosos, si los guardianes los ven los arrestarán de inmediato. Iré yo… nadie puede relacionarme con ustedes… aún.

—¿Está bien y que quiere que haga mientras esperamos?

—Nada, solo aguarden a que regrese. No sabemos a qué nos enfrentamos. Mientras tanto piensen si quieren seguir con esto. Deben entender que una vez que comience a investigar habremos movido el avispero y esos sinvergüenzas vendrán por ustedes y también por mí… ¿pueden entender lo que eso significa? ¿Están ustedes dispuestos a correr el riesgo?

Ambos asintieron con la cabeza, mas no se atrevieron a decir palabra alguna. Las dudas carcomían sus pensamientos; hasta aquel encuentro con Nicoletti ignoraban que detrás de sus vidas pacíficas y monótonas se escondía esta historia con tintes novelescos que de pronto se tiñó con una impensada siniestralidad. Están por enfrentar a un enemigo desconocido que suponen poderoso y con una crueldad infinita. Están temerosos, pero ya no pueden retroceder. Lautaro, en sus fueros íntimos, maldijo el momento en que decidió pedirle a Samay que lo acompañara en lo que iba a ser una simple aventura; tal vez fue por cobardía, pero si no lo hubiera hecho ahora la respuesta estaría a tan solo un paso de distancia: ya está en la ciudad y alejarse de los problemas no sería un escollo para él. Ya es demasiado tarde para arrepentimientos. Se miraron a los ojos y solo vieron interrogantes sin respuestas. Ella lo tomó de la mano y dirigiéndose al doctor Jones, le dijo…

—¿Qué hay si averiguáramos los nombres de los inversores que fueron sorprendidos en su buena fe?

—No sabría cómo hacerlo Samay…desconocemos el nombre del proyecto, desconocemos quienes están detrás de él, desconocemos los montos que están involucrados y también el destino de los mismos. Soy médico y no investigador, pero me pregunto si en realidad hay alguien que haya sido timado … quizás no sea tan simple como eso… quizás quienes pusieron dinero en esto fueron beneficiados de otra manera y son cómplices de La Organización.

—Wow, entonces esto debe ser gigantesco…

—Así es, Lautaro… así es. Por favor no se muevan de aquí… enseguida regreso.

Frank Jones abrió la puerta, se asomó al exterior y cuando hubo comprobado que en los alrededores nadie es sospechoso, se volvió hacia los jóvenes, les sonrió y desapareció. Lautaro se dejó caer en el mullido sillón de pana azul que el doctor Jones utilizaba en sus sesiones de terapia y rápidamente el sueño lo venció. Samay hizo lo propio en el diván de los pacientes. Se recostó y cerró sus ojos. Todo hacía pensar que ella dormitaría algo después de haber soportado tantas tensiones nerviosas. Pero de pronto saltó como un resorte y se levantó de golpe. Se acercó a Lautaro y comenzó a zamarrearlo…

—¡Lautaro…Lautaro… despierta… vamos, despierta por favor!

Sobresaltado, Lautaro se incorporó en el sillón

—¿Qué ocurre…qué ocurre?

— Algo no está bien aquí…debemos salir rápido de aquí…

—¿Qué es lo que no está bien?

—Vamos, no hay tiempo que perder…creo que el doctor Jones es uno de ellos…

—¿Qué dices, mujer?... ¿Acaso no lo escuchaste? Él está yendo a

buscar la nota que dejé olvidada, se está arriesgando por nosotros y ¿tú me dices que él es uno de ellos?

—¿Recuerdas el momento en que le hablaste de La Organización?

—No…

—Él dijo que cree que los inversionistas pueden ser parte de La Organización… ¿cómo supo de ellos si nunca se los mencionamos?

—Samay, creo que estás desvariando… quizás sí se lo mencioné y no lo recuerdo en este momento. Además, a dónde iríamos si no conocemos nada ni a nadie en esta ciudad.

—Por favor, Lautaro, no seas terco y confía en mí…

—Confío en ti, amor… pero creo que estás equivocada.

—No puedo creer lo estúpido que puedes ser cuando te lo propones y lo peor de todo es que te lo propones demasiado seguido. No sé qué harás tú, pero yo no voy a quedarme a esperar a que me arresten…al menos podrías dar algo de crédito a mis sospechas y ocultarte conmigo en los alrededores y ver con quienes viene Jones… si es que realmente regresa.

—Calma…calma, ya verás que en menos de lo que te imaginas él estará de regreso con la nota y todo estará bien. Además, dime… ¿a dónde irás si tú nunca estuviste en una ciudad?

Samay suspiró y tragó saliva… no logró convencerlo, pero aceptó que en algo tenía razón... ¿A dónde iría? No tiene dinero ni sabe cómo conseguirlo, tampoco cómo conducirse en una ciudad moderna, no conoce los códigos de la modernidad y por su aspecto sería fácilmente detectable por los guardianes o cualquiera que pertenezca a la organización. Es tan visible como un semáforo en medio de la selva. A regañadientes regresó al diván y se dejó caer en él.

Unos minutos después, la puerta volvió a abrirse. Lautaro y Samay dormían profundamente y nada escucharon. No fue hasta que el doctor Jones toca el hombro derecho de Lautaro y lo sacude levemente. Samay, con un sueño mucho más liviano, despertó antes y entonces lo vio. Miró a su alrededor y entonces comprendió; tres hombres uniformados escoltan a Jones que aún insiste con despertar a su prometido…

—Déjelo…yo lo despierto —dijo ella apartándolo de mal modo. Jones comprendió que ya no necesitaba disimular más. Vio en los ojos de aquella mujer que ella era más lista de lo que parecía y no creería ni una palabra por más que intentara engañarla. Los uniformados intentaron detenerla, pero Jones levantó su mano derecha y ellos se detuvieron. Samay se acercó a su prometido y se arrodilló enfrente de él. Se acercó y por lo bajo y en su oído izquierdo, le susurró…

—Amor, despierta que el doctor Jones ya regresó…

Lentamente Lautaro abrió sus ojos y la vio, acarició su mejilla y le sonrió. Pero fue entonces cuando descubrió que detrás de ella estaban Jones y los tres hombres armados y se incorporó de un salto. Un

rápido paneo fue suficiente para comprender que ya todo estaba perdido y nada podían hacer. Se volvió a ella y le dijo…

—Perdón, he sido un idiota…una vez más he sido un idiota, discúlpame…

—Mmmh… sí

—¿Sí? ¿Me perdonas?

—No… digo que sí, que has sido un idiota una vez más…

—Bueno, basta de tanto parloteo —interrumpió Jones y mostrándoles un trozo de papel les preguntó— *¿Es ésta la nota de Nicoletti?*

Jones ya no disimulaba. Por su actitud ya no caben dudas sobre quién es y qué cargo ocupa en la Organización. Samay, temerosa, dudó en responder, pero Lautaro fue terminante y respondió que sí.

—Está bien —dijo dirigiéndose a los uniformados —*¡vacíenles los bolsillos y llévenselos!*

Los hombres ya no disimulan y se muestran tal como son; toscos, groseros y se vanaglorian de su valentía, aunque ésta solo sea respaldada por las armas que empuñan.

Sin contemplaciones derriban a los jóvenes y los acuestan sobre el piso. Estando boca abajo, los inmovilizan apoyándoles la rodilla sobre sus espaldas mientras palpan cada centímetro de sus cuerpos sin escatimar indecencia para con ella. Samay, impulsada por su indignación, sintió deseos de resistirse, pero comprendió que solo conseguiría enfurecerlos más y darles así, motivos para justificar su barbarie aprovechando su inmovilidad.

Inmediatamente los esposan y a los empellones los conducen hacia la salida, pero antes de cruzar el umbral de la puerta, ella se volvió hacia Jones y le preguntó…

—¿Por qué lo hizo?

—Por la misma razón que lo haría cualquiera, por dinero…también ustedes lo hubieran hecho —afirmó con total descaro.

Ella no respondió y tampoco tuvo la oportunidad de hacerlo porque uno de los hombres la empujó hacia la calle. Fue con tanta violencia que cayó de bruces estallando su rostro sobre la acera. Lautaro vio que de la nariz le manaba un hilo de sangre e intentó socorrerla, pero sus intenciones quedaron solo en eso, una mera expresión de deseos; un fortísimo golpe dado sobre la base de la nuca lo derribó y lo dejó semi inconsciente en el piso.

Entre tanto, aún en su consultorio, Jones, desde su teléfono móvil selecciona uno de sus contactos en el directorio y llama. El tono es intermite y monótono y después de varios intentos fallidos, desiste. Instintivamente se encoge de hombros y apoya el aparato sobre una mesa ratona ubicada a la izquierda de la puerta de acceso. Lo hizo despacio como prolongando en el tiempo aquella acción. Es que algo,

entre las pertenencias de Lautaro, había captado su atención: eran dos canicas de color rojo brillante. Las tomó y las examinó detenidamente y se preguntó por qué un adulto como Lautaro tenía dos canicas en su poder. Mas no halló respuestas, las introdujo en uno de sus bolsillos, tomó su abrigo y fue en busca de su automóvil. La inesperada visita de Lautaro y Samay lo había puesto en alerta y debe reunirse urgentemente con sus socios para advertirles sobre ello.

En el ínterin, los guardianes que custodian a la pareja los conducen hasta una ambulancia de color azul en cuyos laterales y en filigranas blancas se puede leer "Clínica Psiquiátrica Dr. Jones" y debajo de ellas "traslado de pacientes".

Lautaro sabe que, si los cargan en la ambulancia, todo habrá acabado e intentó resistirse para atraer la atención de los transeúntes que caminan por las calles. Sus esfuerzos fueron en vano, nadie parece advertirlo y en la desesperación comenzó a vociferar hacia todos los vientos. El hombre que lo custodia se vio sorprendido por su actitud e intentó amedrentarlo con amenazas que sustenta exhibiendo su pistola de calibre 9 mm delante de sus ojos.

Una patrulla policial, que acertó a pasar por el lugar, lo escuchó y se acercó a ellos lentamente. Los hombres de Jones, al verlos, cubrieron rápidamente sus uniformes de fajina con sendas batas de enfermería. Los policías, sin siquiera sospechar, se detuvieron a la par de la ambulancia y los observan en silencio. El agente que oficiaba de acompañante bajó la ventanilla, pero nada dice, solo los observa. Lautaro quiso librarse de su captor y con desesperación les rogó por ayuda y los policías comenzaron a reírse a carcajadas. Habían leído la inscripción en los laterales de la ambulancia y supusieron que Lautaro era un perturbado mental.

—*Cállate loco del demonio y sé respetuoso con las autoridades* —dijo uno de los captores y le asestó un fuerte golpe en la cabeza mientras ríe sin desparpajo intentando congraciarse con los uniformados.

A Samay, que ya la habían subido en la ambulancia, la mantienen oculta y silenciada después de introducirle un trozo de tela de género en la boca y sujetada con una cinta engomada.

Lautaro supo que debía subir la apuesta; ya no le quedan opciones y si no logra su objetivo rápido, estarán perdidos…

—*¿De qué te ríes maldito policía? No ves que necesito ayuda y que estos desg…* —y ya no pudo seguir hablando…otro golpe lo silenció.

—*Ja, ja, ja ¡no te esfuerces para insultarme, idiota! ¿Acaso no sabes que tipos como tú hacen esto todo el tiempo?* —gritó el policía mientras el vehículo patrullero comienza a avanzar lentamente.

—*Hijo de perra, malnacido, desgraciado… tu madre es una prostituta* —continuaba gritando Lautaro, pero todos los insultos que les profería parecían caer en saco roto porque ninguno de ellos se inmutó. Lautaro

vio que se alejaban y con ellos se esfumaban todas sus esperanzas de liberación. Su treta no había resultado y se siente vencido. Ya no encuentra en su vocabulario otro insulto que realmente sea suficientemente hiriente para que los detenga. Intentó con otros dos y como toda respuesta el policía sacó su mano por la ventanilla y la levantó con el puño cerrado, pero con el dedo medio hacia arriba. Los guardianes, al verlo, rieron a carcajadas; ahora sí estaban convencidos de que por más que el joven los insultara, nada iba a ocurrir. Esperarán a que el coche policial se aleje y entonces actuarán acorde a las directivas que recibieron. Lautaro sabe que ya nada puede hacer. Su destino está fijado y no es alentador. Pero de pronto recordó algo que su padre le dijo en una ocasión y perdido por perdido lo puso en práctica…

—*¿Saben por qué a los policías no los quiere nadie?... porque son todos unos maricas…* —les gritó con todas sus fuerzas. Y entonces sucedió lo que esperaba; quien conducía la patrulla se paró sobre el pedal del freno, detuvo el automóvil y luego retrocedió a toda velocidad. Los policías se bajaron corriendo y con la tonfa en sus manos dispuestos a escarmentarlo sin miramientos. Samay, que vio que su prometido estaba en riesgo, en un descuido de éste, se soltó de su captor y saltó de la ambulancia para interponerse ante los policías. Aún tiene sus manos sujetas a la espalda y la boca bloqueada por el tapón de tela. Uno de los agentes se sorprendió al verla así y la detuvo sujetándola con cierta delicadeza. Luego la liberó de sus ataduras y también quitó el bollo de tela de su boca. Después de todo es un agente del orden, no una bestia. La imagen de su finada madre se cruzó por delante de sus ojos y por respeto a su memoria no iba a permitir que a una mujer se la tratara tan despectivamente.

Mientras tanto, su compañero de patrulla, se había ensañado con Lautaro golpeándolo ferozmente con el bastón dejándole marcas en todo el cuerpo. No feliz con ello, comenzó a arrastrarlo hasta la patrulla. Ninguno de los guardianes interfirió por temor a ser descubiertos, pero al ver que perdían a sus prisioneros quisieron evitarlo…

—*Agente, por favor, creo que ya está bien. Por favor, permítanos hacernos cargo de estos pacientes. Debemos internarlos cuanto antes…*— dijo uno de ellos

—*No, lo siento, pero no puedo dejarlo libre. Será un enfermo, pero esta vez cruzó la línea de lo permitido y cometió un delito. Maldecir está bien, pero proferir insultos discriminatorios está penado por la ley y debo arrestarlo. Lo siento amigos, pero a éste me lo llevo yo.*

—*Voy con ustedes* —gritó Samay ante la mirada atónita de los guardianes.

—*Y tú ¿por qué quieres venir con nosotros?* —preguntó el agente

—Soy su prometida y además ellos nos estaban secuestrando…por eso, Lautaro hizo lo que hizo. Él debía llamar su atención y si no hubiera tenido la boca sellada, también yo lo habría hecho…

Los agentes se miraron, se encogieron de hombros y sonrieron; jamás habían visto a alguien que quisiera ser arrestada y eso les causó gracia. Ninguno de ellos prestó atención a lo que ella había dicho.

Los guardianes aprovecharon la confusión y se alejaron rápidamente de allí. Si los policías los requisaban encontrarían, entre sus pertenencias, las armas que jamás podrían justificar.

Y, en la comisaría…

—¿Qué me trajo esta vez, Martínez?

—Inspector, ellos afirman que los quisieron secuestrar…

—Ah ¿sí? —dijo el oficial mientras se pasea alrededor de la pareja que lo observa con cierta desconfianza y temor al mismo tiempo. Ya han sido traicionados demasiadas veces y no confían en nadie más — *Cuéntenme, por favor…*—dijo mientras acerca una silla hasta ellos para sentarse enfrente…

—Quizás haya sido un mal entendido, inspector…—dijo Lautaro ante la mirada incrédula de Samay. Ella piensa que ese es el momento que estaban esperando y no entiende por qué Lautaro no dice nada.

—¿Un mal entendido? Mmmh, y ¿usted cree que voy a tragarme semejante estupidez? ¿de qué tiene miedo, jovencito?

—De nada, señor inspector… de nada…

—Y ¿bien? ¿va a contarme o no? ¡Créame no suelo tener demasiada paciencia asique por favor no me haga perder el tiempo!

—Vamos, amor… dile de la mina… —insistió Samay mientras toma su mano para darle ánimos.

—¿Cuál mina?

—No sé cómo se llama, jamás estuvimos allí antes…

Samay comienza a impacientarse por su estado dubitativo y ya sin preocuparse por si será castigada por ello, lo abrazó cariñosamente y al oído le susurró…

—Amor, sé que no confías en nadie más, pero creo que debemos arriesgarnos. Dile algo, al menos, de lo que sabemos…

Lautaro se volteó y le dio la espalda mostrándole sus manos sujetadas por las esposas que aún conserva colocadas…

—¿Puede soltarme? —le preguntó

El Capitán hizo un gesto y uno de los agentes se acercó al joven y lo liberó de sus ataduras. Lautaro se frotó las muñecas para activar la circulación de sangre y buscó un sitio dónde sentarse. Nada dice aún porque procura ordenar sus pensamientos para no cometer la torpeza de decir algo incierto. Era innegable que Samay tenía razón; perdido por perdido debía arriesgarse a creer que alguna vez su suerte cambiaría. E inició el relato y para evitar malos entendidos decidió

comenzar por el principio.

—*Alrededor de veinte días atrás tomé un tren que me dejó en una población llamada Puerto Mollejas…*

—*¿Puerto Mollejas? Y, ¿dónde queda ese pueblo?* —preguntó intrigado el inspector —*Martínez ¿escuchó hablar de él…sabe dónde está?* —preguntó a su subalterno

—*No, señor, jamás oí hablar de ese lugar…*

—*Búsquelo en internet…* —le ordenó.

Lautaro, mientras tanto, procura calmar sus nervios y piensa en cada palabra que dirá. Samay no le suelta la mano y de cuando en cuando acaricia su espalda con precaución de no rozar la zona donde fue azotado.

—*Inspector, no aparece ningún puerto llamado Mollejas*

—*¿Están seguros que el lugar se llama así?* —preguntó el inspector mirando a la pareja

—*Sí* —respondieron al unísono

—*¿Y pueden ubicarlo en el mapa?*

—*No lo sé, pero sé dónde está la mina por donde salimos y así determinar su ubicación aproximada.* —respondió Lautaro.

—*Está bien, lo haremos después… ahora continúe…*

CAPÍTULO XIV

Mientras tanto, desde la ambulancia, uno de los guardianes se comunica con Jones…

—*Doctor, señor… ellos se escaparon…*

—*¿QUÉ? ¿Cómo que escaparon?*

—*Bueno, en realidad no fue exactamente así…la policía local los arrestó, señor…*

—*Y ¿por qué lo permitieron?*

—*Es que no pudimos evitarlo, señor…ellos aparecieron de repente y el muchacho comenzó a gritar como un desaforado y luego comenzó a insultarlos…*

—*Regresen inmediatamente a la mina y aguardan allí sin hacer nada que pueda resultar sospechoso hasta que reciban mis órdenes… ¿escucharon bien?*

Minutos después…

—*Jaime, tenemos un problema…* —dijo Jones al teléfono. Jaime Parris es su lugarteniente y por lo general es quien se ocupa de mantener el orden entre los mineros aun cuando eso signifique azotarlos hasta la muerte o simplemente dispararles en medio de la

frente para escarmiento de los demás.

—Frank… ¿de qué diablos hablas?

—Dos de los "bendecidos" estuvieron aquí

—Eso es imposible…

—Fueron a mi consultorio y dijeron que los había enviado Nicoletti…

—¿Quién cuernos es Nicoletti?

—Deberías saberlo, ese es tu área…

—Amigo mío, son más de trescientos hombres los que tengo en las minas… ¿cómo supones que puedo conocer sus nombres?

—No lo sé, pero debemos ir cuanto antes a Puerto Mollejas, los jovencitos dijeron que vienen de allí y hablaron de un grupo de mineros que se refugiaron en la aldea. Algo raro está pasando.

—No pueden llegar allí…se hubieran extraviado en los túneles.

—No lo sé, quizás tuvieron suerte, además, el muchacho tenía en sus bolsillos dos canicas rojas…

—Y, con eso ¿qué?

—Averigüé y ¿sabes de que material están hechas?

—No tengo idea…

—De turmalina roja

—¿QUÉ? Y, ¿cómo diablos consiguió eso?

—No lo sé, pero sospecho que la mina del viejo Gervasio existe y no es solo una leyenda y si lo comprobamos muy pronto seremos inmensamente ricos, amigo mío…pero primero debemos silenciar a todos… ¿me entiendes?

—¿Has hablado de esto con Theodore?

—No y tampoco quiero hacerlo…este es un negocio entre tú y yo. Él ya tiene sus órdenes y solo debe atenerse a cumplirlas. No quiero sumar "socios" … ¿me entiendes?

—Está bien…me aseguraré de enganchar suficientes vagones a la locomotora, la carga será cuantiosa…

Al mismo tiempo, en el castillo de Jesús…

—Vamos, Jesús, si esto es una de tus bromas creo que ya te divertiste suficiente… ¡Abre la puerta, maldita sea! —gritó Severino desde su encierro.

Ya sin paciencia, sacude con furia la puerta enrejada de su calabozo haciendo notar su enojo. De cuando en cuando se detiene y afina su oído para escuchar, pero nunca obtuvo respuestas a sus demandas.

El "sótano", como llaman los lugareños a las mazmorras, está a dos niveles de profundidad en un sitio socavado en la roca y apenas iluminado por un par de candiles de aceite que cuelgan de las paredes. El aire, viciado por la humedad permanente y por el humo de las

luminarias, por momentos se torna irrespirable. Severino denodadamente intenta descubrir si, además de él, hay alguien más allí. Y aprovecha los destellos de luminosidad que producen las gotas de agua que, desde algún lugar, se filtran y caen sobre las llamas de las lámparas. Pero el horizonte que distingue es más de lo mismo, una larga y oscura galería que se pierde en un infinito tenebroso. Severino insiste una y otra vez, pero sus reclamos parecen desvanecerse en las profundidades. El silencio es atroz, apenas si oye el eco de sus propias pisadas y también del repiqueteo de las gotas de agua estrellándose en el suelo. Pero no escucha voces ni sonidos que provengan de la superficie. Tampoco oye el siseo que producen las patas de las ratas que surcan velozmente las alturas corriendo por encima de las vigas que soportan la mampostería del techo. Solo escucha los clamores que suscitan sus pensamientos y el latido de su propio corazón.

Severino no comprende por qué lo castigaron de esa manera cuando sobran los motivos para creer que es inocente de los cargos que le imputan. Se deja arrumbar por la desesperanza y se arrodilla en el piso, baja su cabeza y una lágrima traicionera azota a su orgullo de hombre. Comprendió que está solo y que nadie acudirá en su ayuda. Azucena y Mondragón estarán ocupados organizando la resistencia, pensó, y su "amigo" Jesús le ha dado la espalda. Fue entonces cuando advirtió que uno de los candiles se estaba apagando e intuyó que, si el otro tenía la misma carga de aceite, dará luz solo por unos pocos minutos más. Se incorporó de un salto y comenzó a inspeccionar su celda; debe hallar una manera de escapar de allí; el tiempo que le queda es escaso.

Pero su celda es exigua, son paredes sin ventanas ni comunicación alguna con el exterior. En el frente una sola puerta enrejada de hierro que no parece tener fisuras en su estado. Sobre la pared del fondo, una litera de madera que es soportada por dos cadenas de hierro fundido amuradas a la roca. En un esquinero, una letrina y con ella concluye el inventario.

Severino es un hombre fuerte, pero los años mellaron a su musculatura y su potencia ya no es la misma de antaño. Tanteó el enrejado e intentó separar los barrotes, pero sus esfuerzos fueron inútiles. Está agitado y buscó la litera para descansar por unos minutos. Fue entonces cuando, a sus espaldas escuchó…

—¿Crees que puedes escapar de allí?

Severino se volvió y buscó de dónde provenían esas voces, pero nada vio.

—¿Quién está allí?

—Soy Sebastián…

—¿Te conozco, acaso?

—Sebastián Yasco, señor… ¿quién eres tú?

—¿El hijo de Miguel? —preguntó Severino con asombro

—Sí…

—Soy Severino… Severino Marcos, quizás no me recuerdes…

—Sí te recuerdo…

—Y ¿cómo es que estás aquí?...

—Con Juan Martín quisimos irnos de Puerto Mollejas, pero el traidor de Jesús lo impidió…

—Hey, hey…cuida tu boca, jovencito, Jesús no es ningún traidor… solo quiere el bien de todos nosotros…

—Ja, ja, ja…te puso preso y ¿crees en su inocencia?

—No estoy preso… esto seguro es una de sus bromas…

—Abre los ojos, viejo… Jesús es un traidor… llevo años encerrado y sabe Dios que hizo con mi amigo Juan…

—No lo entiendo… ¿dónde estás en este momento?... no logro verte.

—No me verás, a menos que metas tu cabeza en la letrina. Así es como nos comunicamos entre nosotros… a través de las cañerías de los excusados…

—Y… ¿por qué estás aquí…?

—Pregúntale a tu amigo Jesús…

—Está bien, está bien… después de esto y aunque haya sido una de sus bromas, no creo que pueda verlo como un amigo, pero…

—Severino, despierta viejo…Jesús es parte de ellos…

—¿Ellos?

—La Organización… y además su verdadero nombre no es Jesús… dicen que lo eligió para ganarse el respeto de toda la comunidad, pero es un maldito impostor…

—¿Cómo sabes todo eso?

—Donde estoy hay por lo menos ocho celdas más y en todas hay personas que cuentan la misma historia. Ayer trajeron a uno nuevo… un tal Nicoletti

—¿Nicoletti está encerrado contigo? Déjame hablar con él…

—No creo que pueda hacerlo… lo molieron a palos al pobre

—Maldito desgraciado… me prometió que no los encerrarían.

—Escúchame, viejo… ¿tienes a alguien de confianza allí afuera?

—Sí claro, está mi esposa y mi amigo Mondragón… ¿por qué lo preguntas?

—Conozco a Mondragón, pero ¿cómo se llama tu esposa?

—Azucena…

Y entonces se produjo un largo silencio…

—Sebastián, ¿estás allí?

—Sí…

—¿Por qué me preguntaste eso?

—Viejo…creo que tengo malas noticias para ti… escuché que en una de las celdas de arriba encerraron a una mujer a la que llamaron por ese

nombre…

—¿QUÉÉ? Eso no puede ser cierto… —gritó con desesperación

—Oye, no sé si es tu esposa, pero sí sé que se llama así…

—En todo Puerto Mollejas la única Azucena es mi esposa. No puede ser cierto…no puede ser cierto… es un desgraciado mal nacido… lo voy a matar a ese maldito hijo de perra.

—Escúchame, Severino… quizás no sea tu esposa… tranquilízate…

Sebastián escucha sollozos y una respiración entrecortada y no se atrevió a seguir hablándole. Lo dejará tranquilo unos minutos para que el viejo, como le llamó, se tranquilice. Tiene un plan y lo necesita calmado. Fue entonces cuando escuchó que Severino se aferraba con furia a las rejas y las zamarreaba gritando insultos con todas sus fuerzas. Sintió pena por él, pero los años que lleva detenido han minado sus sentimientos y ya no pierde su tiempo llorando. Aquellos alaridos desgarradores del pescador le sirvieron para conocer su verdadera ubicación; ahora sabe que la celda de Severino está justo por debajo de la de él y eso lo pone en una posición ventajosa.

—Severino…Severino, respóndeme por favor…

Al rato…

—¿Qué quieres? —respondió desganado

—Creo que estás justo debajo de mi calabozo…

—Y con eso ¿qué?

— mueve el excusado y procura aflojarlo…

Severino no sabía cuáles eran las intenciones del joven, pero el odio que siente en este momento por Jesús le impidió cuestionarlo y accedió…

—¿Lo lograste? —preguntó con ansiedad

—Sí, se mueve bastante… ¿qué quieres que haga?

—¿Puedes quitarlo?…

Unos momentos después…

—Ya está…

—Bien, observa el caño de descarga… ¿lo has visto?

—Sí y por cierto está bastante sucio

—Así es… intentaré pasarte una llave que le quitamos a Jesús en un descuido. Antes la probamos en nuestras celdas y no abrió a ninguna de las cerraduras… quizás en la tuya funcione.

—¿Cómo lo harás?

—Voy a dejarla caer, pero debes introducir tu mano en la cañería para atraparla. Si no lo logras, habremos perdido esta oportunidad y también la llave, debajo de tu celda está la fosa séptica.

—Está bien, hazlo ya…—dijo Severino impaciente.

Severino sintió cuando la llave lo golpeó y rebotó, pero en un movimiento rápido logró sujetarla antes de que cayera.

Era tanta su ansiedad por introducirla en la cerradura que no se

percató que su mano había quedado embadurnada con desechos humanos. Presuroso se dirigió a la puerta de su celda, sacó la llave por entre las rejas y desde afuera intentó acertar al ojo de la cerradura hasta que por fin lo logró. Giró una, dos y hasta tres veces y de pronto se escuchó un sonido seco y metálico… y la puerta se abrió. Regresó hasta la letrina y …

—Lo logré, ahora dime cómo llego hasta ustedes…

—¡Bravo! …escúchame bien, dirígete a las escaleras que están…

—Sí, sí, recuerdo dónde están…—lo interrumpió con ansiedad.

—No, Severino, no utilices "esas" escaleras…los hombres de Jesús están allí y te atraparán de inmediato; debes seguir por las galerías hasta que encuentres una puerta metálica a tu derecha. Esa puerta siempre permanece cerrada con llave, pero tiene un defecto… tiene los quicios armados al revés y las bisagras quedaron para adentro… no será difícil para ti quitarle los pernos y así podrás abrirla sin problemas. Detrás de ella encontrarás una sala de máquinas en desuso. Debes hallar algo con qué alzarte para alcanzar las tuberías de ventilación que hay en el techo; allí hallarás una escalera que te llevará hasta el siguiente nivel. Ten cuidado porque pueden estar corroídas por el óxido. Cuando llegues arriba, busca la salida y allí encontrarás las galerías que conducen a nuestras celdas. No te será difícil encontrarnos.

—¿Azucena está con ustedes?

—No, pero la encontraremos, solo debes ayudarnos a salir y entre todos será más fácil hacerlo.

—Allá voy…

A pesar de que la galería está en tinieblas, Severino no tuvo inconvenientes en hallar la puerta metálica. Tanteó los goznes hasta que uno, de los tres que hay, giró con facilidad; Solo tiene a sus manos para quitarlo, pero la suerte está de su lado. Los otros dos pernos no ofrecieron demasiada resistencia y en un par de minutos pudo quitar la puerta. El cuarto de máquinas está en penumbras, apenas alumbrada por la escasa luminosidad que proviene de las galerías lindantes, pero fue suficiente para que Severino descubriera sin dificultad la tubería de ventilación que debe alcanzar. Se sirvió de unos cuantos recipientes vacíos que, en desuso, estaban apilados unos sobre otros y pronto construyó una rampa para asirse del último escalón de la escalera por la que deberá subir. Por momentos deseó tener veinte años menos; sostener su peso con una sola mano y elevarse hasta alcanzar el siguiente peldaño con la otra fue una tarea titánica. Pero la sola imagen de su esposa en un calabozo duplicó sus fuerzas y unos cuantos minutos después logró su objetivo.

—Aquí estoy —le dijo a Sebastián cuando encontró su celda — *ahora dime cómo diablos voy a abrir las puertas de estos calabozos.*

—Ja, ja, ja muy fácil, con las llaves que están colgadas en aquella

pared —y señaló con su dedo índice la pared que tiene a sus espaldas.

Arriba, en el castillo, nadie sospechaba que en las mazmorras todo era algarabía, abrazos interminables y alguna que otra lágrima surcando las mejillas ennegrecidas de los cautivos.

—Está bien… está bien, entiendo la felicidad que los embarga, pero mi esposa aún está allí y debemos ir a liberarla. Dejemos los festejos para más tarde, por favor —dijo Severino algo intranquilo por el tiempo que estaban perdiendo.

Debió sentir empatía por ellos, teniendo en cuenta el tiempo que llevan en cautiverio, pero cada minuto que transcurre cuenta y sabe que su esposa está en manos de sádicos que, como Jesús, no tuvieron miramientos en fingirse amigos.

—Severino, aún debemos subir un piso más, pero no tendremos oportunidad si no lo hacemos de manera coordinada. He pensado esto por años y creo que si los atacamos desde distintos flancos la libertad está a solo un paso de distancia. Ellos no nos esperan y si logramos sorprenderlos la victoria será nuestra.

—Escucho atentamente tu plan, pero quiero que Jesús sea mío. Nunca perdonaré lo que le hizo a mi Azucena.

—Claro, amigo, claro…es todo tuyo. El plan es éste…

Mientras tanto, Azucena, alojada en un improvisado calabozo del primer piso, solloza sin cesar con la cabeza entre sus rodillas y con su espalda contra la pared. Se había acurrucado en un rincón de la habitación. Jesús intentó persuadirla para que beba las infusiones que dejó sobre una pequeña banqueta justo detrás de la puerta. Adujo que así ella podría calmar sus penas y entendería los motivos que tuvo para detenerla. Él busca justificarse ante tamaña tropelía y finge arrepentimiento dejando caer algunas lágrimas desde sus ojos. Intenta, por todos los medios, disimular su colaboracionismo con la organización y aún cree que su misión en la aldea está a resguardo, pero desconoce lo que hace minutos ocurrió en las mazmorras, tan solo dos pisos más abajo.

—Azucena, amiga mía, por favor compréndeme… tanto tu esposo como tú misma solo estarán seguros bajo mi amparo. No sabes cuánto me duele tener que hacer esto, pero afuera los ánimos están demasiado caldeados y solo buscan venganza y nada más que venganza y temo que si los dejo ir alguien podría cometer una estupidez de la que todos nos arrepentiremos después. Por favor, perdóname, pero no me quedaba otra opción…

—¡Eres un maldito mentiroso, Jesús!... un maldito mentiroso…

—Por favor, amiga…

—No me llames amiga… nunca más me llames amiga… ¿me has

oído?

—Está bien…lo comprendo, quizás con el tiempo tú también comprenderás…

Azucena ya no respondió, solo quedó con la vista fijada en el piso y mordiendo sus labios para no llorar.

Entre tanto, Severino, Sebastián y algunos de los pocos prisioneros que estaban en condiciones de caminar, suben por las escalerillas de las tuberías de ventilación. Procuran llegar a la planta principal y desde allí reorganizarse para atacar. Deben ser precavidos porque el castillo es una fortaleza inexpugnable con decenas de pasadizos secretos que solo Jesús conoce en profundidad. Si él sospechara algo, por minúsculo que sea, desaparecerá antes que alguno de ellos le ponga una mano encima. Es un hombre astuto, perspicaz y manipulador y como tal, impredecible. Con los hombres puede ser afable en la conversación, cortés y afectuoso con los niños y hasta seductor con las mujeres, pero también un abominable reaccionario capaz de castigar con crueldad infinita hasta ver la sangre surgir de la piel de su propia madre.

En el mismo momento y en las inmediaciones al castillo, Mondragón acierta pasar cerca desconociendo lo que allí está ocurriendo. Había estado toda la jornada pisando uvas en la plantación de Moisés Linares y trae en sus alforjas un par de botellas de un Pinot Noir que recientemente había envasado luego de mantenerlo en crianza por más de tres años. *—"Francisco, por favor, llévale estas botellas a Jesús, dile que son un obsequio nuestro"—* le había dicho Moisés. Mondragón, orgulloso por escuchar el nombre con el que lo habían bautizado, se preguntó si en el pedido de Moisés no había un error…

—Moisés ¿Por qué usted dijo "obsequio nuestro" y no "mío"?

—Francisco, ¿ya olvidaste que somos socios en el negocio?

—¡Ahh, sí! Comprendo, comprendo… —exclamó satisfecho consigo mismo.

Golpeó la puerta del castillo dos veces y aguardó pacientemente. Una y otra vez revisó su morral y confirmó que las botellas estuvieran intactas. Era la primera vez que lo visitaba desde que su supuesta posición social había cambiado; Con Jesús jamás habían congeniado, pero tampoco eran enemigos. Jesús lo considera un disminuido mental y nunca dejó pasar la oportunidad de hacérselo notar, pero siempre tuvo la precaución de no ser demasiado directo de manera tal que Mondragón no captara el verdadero significado de sus ironías. Mas, él podía percibir los gestos, aunque no comprendiera las palabras y eso hacía que mantuviera cierta distancia.

Pero esta vez creyó que sería diferente porque venía en representación de un notable que lo había elegido como socio y de

alguna manera eso lo posiciona en un escalafón social diferente, algo más elevado, al menos desde su propia óptica.

"*Quizás no me escuchó*" —pensó y volvió a golpear.

Jesús había escuchado, pero la situación con Azucena requería de toda su atención y no estaba dispuesto a distraerse con nimiedades.

Mondragón, desde su inocencia, no se iría de allí hasta cumplir con el encargo de Moisés; así ha sido siempre y esta vez no será diferente. Él jamás deja un encargo sin cumplir ni una tarea inconclusa.

Y volvió a llamar a la puerta y fue entonces cuando Jesús, absolutamente desencajado y fuera de sí, abrió de un sopetón; había ido hasta allí dispuesto a castigar a quien fuera el culpable de aquella interrupción. Pero grande fue su sorpresa cuando lo vio y entonces se contuvo. Golpear a una persona normal es una cosa, pero hacerlo con Mondragón, otra muy diferente. No obstante, se desharía de él cuanto antes…

—Mondragón, ¿puedes ver que estoy abrumado por mis ocupaciones? ¿Qué es lo que quieres? —lo espetó de mala gana

—Hola Jesús, ¿por qué te enojas? no veo que estés muy ocupado…

—Creo que eso no te incumbe…

—No entiendo lo que dijiste, pero no me gusta el tono que usaste. Ahora que soy socio de Moisés merezco algo de respeto…

—¿QUÉ? Ja, ja, ja ¿socio de Moisés? ¿De dónde sacaste eso?

Mondragón conoce sus limitaciones, pero cuando alguien ríe por algo que ha dicho con convencimiento, suele reaccionar de mala manera. Sus bromas son algo elementales y muy directas, jamás socarronas ni de mal gusto, pero lo que acaba de escuchar ni por asomo le hizo gracia. Es más, lo ha puesto de mal humor y cuando eso sucede su vozarrón puede escucharse a varios kilómetros a la redonda.

—No sé quién te crees que eres, pero no fui yo quien lo dijo…fue el mismísimo Moisés quien me invitó a ser su socio, pregúntale si quieres… —gritó con enojo

Azucena, aunque un piso más arriba y encerrada entre cuatro paredes, lo escuchó…

—Mondragón…Mondragón, aquí, soy Azucena… ¡ayúdame, por favor! —gritó con todas sus fuerzas.

Al escucharla, Mondragón miró fijo a Jesús y de un empellón lo apartó de su camino. Jesús es un hombre de dimensiones hercúleas, pero Mondragón, en condiciones normales lo duplica en fuerza e interponerse a su paso, por muchos es considerado una acción suicida. El hombre caminó unos cuantos metros, pero volvió sobre sus pasos, comprendió que no sabía a dónde acudir. Y lo enfrentó…

—Es la voz de mi amiga… ¿dime dónde está? —le preguntó visiblemente enojado.

Jesús, socarronamente rio en su cara y esto hizo enfurecer a Mondragón que, sin mediar palabra, lo tomó por el cuello y comenzó a apretar. Lo hizo con tanta fuerza que poco faltó para que lo fracture. Jesús no logra emitir ningún sonido, la falta de aire le impide hacerlo. Sabe que si no accede a sus demandas todo habrá terminado para él y entonces, a duras penas, levanta su mano derecha y con el dedo índice señala en dirección de la escalera. Mondragón lo mira fijo, con odio en su mirada y por unos cuantos segundos mantiene la presión de su mano sobre la glotis. Jesús comienza a ponerse morado, ya no ríe. Fue entonces cuando Mondragón decidió liberarlo y mirándolo con desprecio lo dejó caer. Jesús abrió su boca tanto como pudo y tomó aire con desesperación. Para entonces, Mondragón había desaparecido de su vista.

—*Azucena, Azucena… ¿dónde estás?* —gritó Mondragón

—*Aquí…aquí* —respondió ella

La reja que encerraba a Azucena, no fue un escollo para la potencia de los brazos de su amigo.

Mientras tanto, Jesús instruyó a sus guardias para emboscarlos e impedir que salgan del castillo. Muchos de ellos jamás escucharon nada de las hazañas de Mondragón y, aunque habían sido advertidos, con inusual osadía se mofaron de sus capacidades y marcharon confiados a cumplir con su misión.

Azucena, en cambio, creyendo que su esposo aún permanece prisionero en el segundo subsuelo, se encaminó hacia las escaleras.

—*Azucena ¿Qué haces?* —preguntó Mondragón sorprendido al ver hacia donde se dirigía…

—*Severino está preso en las mazmorras… ven conmigo que debemos liberarlo.*

—*¿Él también…pero qué diablos está ocurriendo aquí?*

—*Más tarde te explico, amigo mío… ahora no tenemos tiempo que perder…*

El trayecto hasta las mazmorras estaba libre; los hombres que, minutos antes custodiaban las escaleras, habían sido quitados de allí y destinados a cubrir las salidas del castillo, donde Jesús supone que Azucena y Mondragón se estaban dirigiendo. Él jamás imaginó que ellos irían en dirección opuesta.

Las farolas de las galerías habían quemado su carga de aceite y ahora estaban a oscuras.

—*Ten cuidado y asegura bien tus pisadas…* —dijo Azucena

—*No te preocupes, yo lo resolveré…*

De sus bolsillos Mondragón extrajo algunos cerillos y los encendió para alumbrarse. Y, entonces la vieron…la celda que ocupaba Severino estaba abierta de par en par.

—*Deben haberlo cambiado de lugar o quizás…* —dijo ella

Sintió palpitaciones en su pecho. Pensó lo peor.

—*Regresemos*…

Para entonces, Severino había llegado a la superficie y se ocultó detrás de una escultura renacentista. Es la imagen de una mujer desnuda posando en actitud desafiante empuñando un espada de doble filo. Desde allí puede observar gran parte de patio principal del castillo. Tres de los hombres del doctor Nicoletti, que han comenzado a recuperarse, están junto a él. No hablan y sus movimientos son lentos. Los efectos de las drogas que, por años, les inyectaron en las venas han dejado, en ellos, secuelas notables.

Azucena y Mondragón, ignorando el peligro que los acecha, comenzaron a revisar palmo a palmo cada uno de los rincones del castillo. Fue entonces cuando fueron sorprendidos desde atrás. Mondragón nunca supo desde dónde provino el ataque. Había recibido un golpe feroz en la cabeza que lo hizo trastabillar. Poco faltó para que perdiera el conocimiento, pero fue suficiente para que lograran reducirlo. Mientras dos le amarran las manos a la espalda, otros continúan castigándolo sin piedad…

—¡*Sus pies también… sus pies también*! *Hay que inmovilizarlo…* —ordenó con desesperación Jesús.

—*Ya no irá a ninguna parte…quédate tranquilo* —le respondieron

—*No sean estúpidos…sé de qué es capaz*

Azucena, sujetada por otro de los hombres de Jesús, comentó a arrojar puntapiés hacia todas direcciones mientras grita con todas sus fuerzas…

—*¡Noo, malditos desgraciados…! ¿qué hicieron con él?*

—*¿Pueden callarla de una buena vez?* —exigió Jesús

Severino, alertado por los gritos desesperados de su mujer, no titubeó… corrió hasta allí y se abalanzó sobre el guardia que la inmovilizaba. Por un momento olvidó que los años de su juventud habían quedado en el pasado, mas su irreflexión logró imponerse a la cordura. Enceguecido por el odio, no dejaba de castigar a aquel cuerpo que, para entonces, yacía inerte en el suelo. Solo se detuvo cuando su esposa lo abrazó desde atrás y fue así cuando, algo más calmo, vio a los demás guardias que, aunque solo desmayados, parecían muertos.

—*¿Eso hice?* —le preguntó intrigado a su esposa

—*No, tú solo a este… los demás los hizo él* —le respondió mientras señala a su amigo Mondragón que, satisfecho, sostenía debajo de sus axilas al cuerpo flácido de uno de ellos. Había roto sus ataduras y redujo a los demás guardias.

—*¿Dónde está Jesús?* —preguntó ella azorada

Voltearon a todos los cuerpos y descubrieron que no estaba entre los derribados. Durante la batahola había huido.

En eso, Sebastián irrumpió en el lugar seguido de los demás ex prisioneros.

—*Vamos, salgamos de aquí* —dijo al ver los cuerpos diseminados por doquier. —*Él regresará con refuerzos. No hay tiempo que perder… debemos prepararnos para repelerlos tanto como podamos, ellos vendrán armados. ¿Alguno de ustedes tiene algo con qué defendernos?*

—*Creo que sé cómo hacerlo, al menos si Azucena accede…*—dijo Severino mirando a los ojos a su esposa

—*Sabes que todo lo que necesites de mí lo tienes, amor…* — respondió ella.

CAPÍTULO XV

Como si fueran hormigas que se escoltan unas a otras y sin salirse de la huella, los más de treinta liberados comienzan a bajar la cuesta. La paz de la aldea se rompió de repente y muchos de los aldeanos se vieron sorprendidos al verlos descender por aquel sendero infernal. Boquiabiertos, algunos ni siquiera atinan a reaccionar y solo los observan en silencio. Tanto fue su asombro que olvidaron ejecutar los códigos de emergencias; no hubo no señas ni tintinar de campanillas, solo silencio y desconcierto. Pronto y antes de que pudieran rebelarse, todos aquellos hombres habían desaparecido de sus vistas. Muchos ya subían por el rompehuesos y otros tomaban posiciones en la estación del ferrocarril. Desde allí creen que vendrán los refuerzos de Jesús.

Mientras tanto y a poca distancia de allí, Frank Jones y Jaime Parris instruyen a sus tropas con mucho desparpajo. Con expresiones sórdidas y vocabulario vulgar los instan a armarse en pro de la causa que persiguen y, aunque muchos de ellos ni siquiera escucharon nada de ella, asienten con la cabeza y obedecen ciegamente a cualquier orden que les impartan. Saben que esa es la única condición para recibir la paga a fin de mes, paga que duplica a la media del salario que recibe cualquier operario de la ciudad de Saintmanu.

Son una veintena de hombres que suben al último vagón del tren que los conducirá hasta Puerto Mollejas. Cada uno ha recibido suficiente armamento como para doblegar cualquier intento de sublevación civil; un fusil ligero XM8 de la Heckler & Koch con cuatro cargadores curvos de treinta cartuchos cada uno, una pistola Walther PP de 7,65 milímetros de calibre y dos bandoleras para cartuchos cruzadas sobre el pecho, un cuchillo de campaña y una tonfa de madera para azotar a los insurrectos.

El conductor de la formación acciona el silbato y luego de dos intentos abortados comienza a rodar. No hay sector del improvisado

andén que no haya quedado sepultado bajo la nube de vapor que expelen los pistones de la locomotora y muy pronto el convoy se pierde en el túnel que atraviesa la montaña. El ruido es ensordecedor y parte del humo de la chimenea se introduce por las hendijas de las ventanas que, por su antigüedad, no cierran herméticamente. Algunos de los hombres tocen, pero lo hacen con disimulo para evitar las bromas que sus compañeros suelen jugar a quienes ellos consideran "blanditos". Otros, con el puño de sus chaquetas, secan las lágrimas que les brotan por la irritación ocular. Pero, para hacerlo sin ser vistos, aprovechan los momentos en que el convoy cambia de carril y cuando las luces se apagan momentáneamente.

Jones y Parris, ambos vestidos con ropa de fajina, ordenan a su unidad de combate revisar minuciosamente el armamento. Más tarde, los hombres esperan la revista de sus superiores y lo hacen formando en fila y con la vista al frente, tal como lo harían si fueran soldados. No dejan nada librado al azar, todo debe ser perfectamente coordinado para evitar bajas. Minutos después, Parris tomó la palabra y se dirigió a todo el plantel…

—*Señores, presten mucha atención a los que voy a decirles…*—gritó pretendiendo que al alzar la voz su autoridad no se ponga en dudas — *Estamos anoticiados de que en Puerto Mollejas se ha producido un levantamiento civil y esa es precisamente nuestra misión: debemos recomponer el orden y seremos inflexibles para lograrlo; evitaremos las muertes inútiles, pero si es necesario escarmentarlos no dudaremos en disparar al pecho. Uno o dos muertos será el más claro mensaje de que hablamos en serio y, créanme, siempre da resultado. Pero quiero que se lo graben en la memoria, nadie va a disparar a matar si no es estrictamente necesario. No queremos perder mano de obra inútilmente… ¿me escucharon bien?*

—*Sí, señor…señor…* —gritaron al unísono los hombres

—*El coronel Jones (*el mote de Coronel es un título auto impuesto*) y yo seremos quienes estaremos al mando de la operación y nadie, que no seamos nosotros, puede tomar decisiones propias… y cuando digo nadie es nadie ¿Está claro?*

Esta vez ninguno respondió.

Momentos después, el tren reduce su velocidad y se detiene. Habían transcurrido más de treinta minutos desde que partieron y en ningún momento abandonaron el túnel. El sitio donde se detuvo la formación está apenas iluminado por unos cuantos candiles y está desierto. Parris y sus hombres descienden del vagón y sin mirar atrás se adentran en la oscuridad.

La locomotora sopló su hastío y, una vez más, retomó su marcha. Jones y nueve hombres continúan a bordo. Ninguno de ellos dice palabra alguna, temen preguntar por qué el otro grupo bajó allí y que

se malinterpreten sus intenciones.

Parris conduce a su tropa a paso vivo por sobre los durmientes de una vía abandonada. Sus rieles están oxidados y cubiertos de polvo. Algunas de sus maderas están tan pútridas que se hunden al pisarlas y esto provoca más de una caída. Jaime Parris comprobó que no hubiera heridos y, al hacerlo, comprendió que solo fueron demoras circunstanciales.

De pronto algo sucede que altera a sus nerviosismos…por momentos escuchan siseos en el aire y la oscuridad les impide descubrir qué los provoca. Al principio fueron rumores esporádicos, pero a medida que avanzan en el camino se vuelven cada vez más frecuentes. Los hombres, intranquilos, avivan sus sentidos para percibir mejor y con más detalle aquellos extraños sonidos procurando detectar de dónde provienen. Y fue entonces cuando los siseos se confundieron con chillidos apenas audibles y repentinamente algo rozó la cabeza de uno de ellos. Sus ojos parecían salirse de sus órbitas cuando tuvo al murciélago enfrente de su rostro y con desesperación comenzó a arrojar manotadas al aire. Desenfundó su arma y gatilló un par veces intentando derribar al intruso, pero curiosamente los disparos nunca salieron por el cañón. Misteriosamente el arma se había trabado. Muchos lo imitaron y les sucedió lo mismo. Entonces apuraron el paso incitando a los demás a hacer lo mismo. También habían visto al mamífero volador y, aunque la incógnita se había develado, el temor de estar luchando contra fuerzas invisibles pudo más.

La humedad de las galerías, las altas temperaturas reinantes y la falta de aire puro hizo que los ánimos de los mercenarios se tornaran agresivos. Para ellos, esta incursión en las minas, fue su primera vez y muchos descubrieron así que la claustrofobia no les era tan ajena. Parris, en cambio, es un experimentado hombre de las profundidades, pero antes solo se había adentrado en las cavernas donde los mineros extraen el carbón. Esta es una sección abandonada desde muchas décadas atrás. Sus nervios de acero ya no son de acero, sino más bien están algo mórbidos. Está inquieto, sufre de quiroptofobia y si uno solo llegara a rozarlo, estará en serios problemas. Odia a los murciélagos y sin saberlo, muchos de los hombres que están bajo su mando, también. En la desesperación tomó una de las antorchas que alumbran las galerías y comenzó a hacer círculos sobre su cabeza para protegerse. Otros lo imitaron, pero no para ver mejor, sino para ahuyentar a lo que ellos creen son enviados del demonio.

Aquellos movimientos con las teas fueron el detonante para que todos los murciélagos del lugar se soltaran de sus agarraderas y comenzaran a volar en círculos en derredor de ellos. Se vieron agredidos por el calor del fuego y eso los aterrorizó. Pronto una nube

de ellos los rodeó y comenzaron a chocarlos en sus intentos por huir. Muchos se enredaron en sus cabellos y otros se aferraron con las garras a sus mejillas. Ya, toda la tropa había perdido la cordura y todo se convirtió en un verdadero caos. Algunos, movidos por el espanto, comenzaron a correr en cualquier sentido y terminaron adentrándose en galerías desconocidas y ya no volvieron a salir; otros quisieron retroceder y regresar al punto de partida. La fobia a los murciélagos alteró sus nervios y comenzaron a sufrir ataques de pánico, sudoración excesiva y con sus corazones pugnando por escapar de sus pechos. Parris, tan confundido como sus hombres intentó mantener la calma. Se sorprendió de ver que su fobia era más común de lo que creía. Jamás imaginó que aquellos hombres, sádicos hasta el extremo, pudieran temer tanto a un murciélago. Pronto comprendió que sus aprensiones eran reales y no fingidas. Supo que si no actúa rápido el desmadre será total. Debe imponer el orden. El riesgo de una desbandada en su tropa está próximo, algunos ya ni siquiera responden a sus nombres. Fue entonces cuando los detuvo con un grito enérgico…

—¡ATENCIÓN!

Y comenzó a atizarlos con verborragia militar.

—¿Qué diablos pasa con ustedes? –les espetó con firmeza. Ninguno respondió y aunque permanecen en posición de firmes, sus miradas seguían obsesionados con los murciélagos. Parris entendió que no debía extenderse en su arenga, los hombres habían obedecido a la orden de detenerse, pero el terror que sienten es demasiado y debe darles una salida decorosa. *—Esta es la dirección que seguiremos y nadie debe salirse de la huella… les prometo que antes de que se den cuenta estaremos afuera de esta cueva.* —Y, sin dudarlo, les ordenó *—¡A correr se ha dicho!*

Ninguno dudó y antes de que Parris señalara el camino, todos sin excepción salieron disparados en una misma dirección. Ninguno se atreve a mirar atrás, corren todo lo rápido que le dan las piernas. De pronto, la luz del día se asomó al final del túnel. Habían logrado salir de aquel infierno, pero el miedo que pasaron allí adentro alimentó el odio que ahora sienten por los aldeanos a quienes culpan de todas sus desgracias. —"*El primero que se cruce delante mío le vuelo la tapa de los sesos*"—dijeron algunos.

—Hola Theodore… —saludó Parris algo desolado por haber perdido a parte de la tropa en las galerías.

—Jesús…Jesús, llámeme Jesús. Aquí, mi nombre es Jesús. Debo cuidar las apariencias.

—Está bien, aunque creo que después de hoy ya nada importará.

—Es posible que así sea, pero no cometamos más errores. Allá afuera las cosas no serán tan sencillas… los prisioneros escaparon y es seguro que

en este momento estarán buscando sumar hombres para ofrecernos resistencia. Debemos ser cautelosos…

—¿Están armados?

—No, en Puerto Mollejas no hay armas… quizás algún cuchillo, algún garrote improvisado, pero igual no debemos confiarnos, son rudos y no sienten miedo. Además, nos superan en número, aunque nosotros tengamos las armas.

—No te preocupes, Jesús, si es necesario matamos a uno y los demás comprenderán…

—No más muertes, Jaime, ya hubieron demasiadas y los necesitamos vivos, no muertos.

—¡Está bien…vayamos allá! Los atacaremos desde dos flancos diferentes. Frank y la tropa ya deben estar llegando a la estación y eso distraerá a los revoltosos. Nosotros lo haremos desde atrás y así quedarán encerrados entre dos fuegos…ninguno imaginará que saldremos del castillo y mucho menos que los ataquemos desde lo alto del camino. Será fácil, ya verás…

Mientras tanto, Severino y el doctor Nicoletti alertaban a los vecinos vociferando hacia los cuatro vientos, pero como única respuesta, los aldeanos cerraban sus postigos en señal de repudio.

—Por favor escúchenme…Jesús es un traidor que nos ha engañado todo el tiempo. Logramos escapar, pero ahora ellos vendrán por nosotros… todos nosotros. Debemos prepararnos y necesitamos que nos ayuden porque si no será demasiado tarde.

—¡Vete de aquí, asesino desgraciado! —gritó alguien a sabiendas que no reconocerían su voz desde el anonimato que le asegura el saberse oculto detrás de los cortinados.

—¡Miguel…! ¡Miguel Yasco, ven y mira quien está aquí conmigo…! —insistió Severino.

—¿Quién es? —preguntó alguien que evidentemente no era Miguel Yasco.

—Es Sebastián, su hijo…por favor, avísenle que lo hallé con vida… —volvió a gritar con todas sus fuerzas esperanzado en que le crean.

—¿Dónde está que no lo vemos…? —preguntó alguien.

Sebastián Yasco no estaba junto a Severino, había sido parte del grupo que acompañó a Azucena para conformar un frente de resistencia distinto en otro lugar de la aldea.

—Él está con mi esposa, pero pronto vendrá y podrán verlo… créanme, no les estoy mintiendo…

Solo hubo silencio como toda respuesta. Severino comprendió que nada podía hacer para convencerlos y tampoco tenía tiempo para hacerlo.

El doctor Nicoletti guio a sus hombres hasta la estación de

ferrocarril. Muchos de ellos no lograban aún comprender a que se enfrentarán, pero confían en él y obedecen sin chistar sus indicaciones. Buscaron con ahínco cualquier elemento que pudiera servirles para defenderse, aún a sabiendas que los mercenarios vendrán armados poderosamente. Palos, piedras y botellas rotas fueron apiladas en distintos sectores detrás de las edificaciones de la estación. Y sin recursos más que su inteligencia, Nicoletti los instruyó para fabricar trampas caza bobos aflojando tablas del andén o cavando pozos que cubrieron con paja y ramas y todo cuanto sirva para repeler el ataque o, en cuyo caso, asegurar una huida digna.

Pocos minutos después, el primero de los indicios de que los mercenarios se están acercando, apareció; la densa humareda que expele la chimenea de la locomotora irrumpió en el paisaje montañoso y se dejó ver a la distancia. Pero esta vez y a diferencia de lo que ocurre siempre, el maquinista no accionó el silbato. Severino y Nicoletti se preparan para actuar, pero mantienen a sus hombres ocultos de las vistas de los mercenarios. Aún no lo ven y solo se guían por los sonidos. Fue entonces cuando el ritmo de los resoplidos de la locomotora menguó. Signo inequívoco de que la formación se acerca al andén. Se miran entre sí y mediante señas específicas, se preparan para asaltarla.

Pero, imprevistamente, ocurrió lo inesperado: algunos aldeanos corrieron hacia la estación para recibir al tren con pompas y circunstancia como lo hacen cada primero de mes. Lo habían escuchado llegar y, aunque no lo esperaban, el arribo del tren, para ellos, es cita obligada e irrenunciable. Severino, al verlos, se interpuso en su camino para advertirles del peligro que corrían, pero fue tarde, justo antes de que la locomotora se detuviera, uno de los mercenarios apuntó con precisión y el primero de sus disparos dio en el blanco. Juan Vallares cayó de bruces en el andén… una bala le había atravesado el corazón. Fue una sola detonación, tan certera como mortal y todos los aldeanos quedaron petrificados sin entender que había sucedido. Ninguno reacciona y tampoco se ponen a resguardo, ni siquiera Matilde, su esposa, que, aún con su hija en brazos, mira incrédula y absorta como su esposo, con ambas manos se toma el pecho y con aterrada expresión se desmorona exánime. Nunca antes habían visto algo semejante y pocos fueron los que comprendieron que habían perdido a uno de los suyos. Habían enmudecido y fue tal su estupor que ni siquiera comprendieron que aquel tren, que siempre les trajo alegrías, ahora había llegado con la muerte a bordo. Ninguno se mueve, ninguno gesticula y tampoco nadie dice una sola palabra; todos han quedado tan paralizados por la sorpresa que ni siquiera buscan a un culpable de su desgracia. Fue Mondragón el primero en reaccionar y como si fuera una tromba humana arremetió contra el

gentío y los arrastró fuera del andén para ponerlos a salvo de los disparos. Disparos que impactaron en las construcciones aledañas, en algunas de las rocas que bordean el sendero, pero también en la espalda de Mondragón. Dos proyectiles ardientes penetraron entre sus omóplatos, mas no lo detuvieron y rugiendo como un salvaje los despertó de aquella pesadilla. Fue entonces cuando algunos vieron que, desde lo alto de la colina, Azucena y una decena de hombres tomaban posición y aguardaban el momento justo para atacar. Más de veinte cestas repletas de canicas rojas habían sido desplazadas hasta allí y dispuestas en media luna para que todos los tiradores de tirachinas pudieran acceder fácilmente a las municiones. Aquello los hizo reaccionar y unos pocos corrieron hasta ellos esgrimiendo las gomeras conque participan mensualmente del festival de tiro al blanco. En Puerto Mollejas las distancias son cortas y pronto ocho Mollejanos más se sumaron a la resistencia que Azucena y Sebastián habían estructurado desde las alturas. Entre tanto, Severino y sus hombres más Nicoletti y los suyos, se abalanzaron sobre el vagón del tren para sorprender a los mercenarios. Los aldeanos ingresaron desde ambos lados y aquello desorientó a los malvivientes. Ellos jamás esperaban un ataque a cuerpo gentil y mucho menos que las armas con que pretendían derrotarlos fueran solo sus deseos de libertad. Quizás, sin el aporte de Mondragón que, aún herido combatió de igual a igual, el enfrentamiento no hubiese sido parejo. Él, con sus propias manos, abatió a cinco; para siempre quedará en la memoria de aquellos hombres el espeluznante sonido que hacían sus huesos al fracturarse y en contados minutos todos los esbirros del Coronel Jones, habían quedado reducidos a simples estropajos humanos. Ninguno quedó en condiciones de caminar y los pocos que aún permanecen conscientes, están demasiado asustados como para reaccionar. Había sido una lucha desgarrada, desigual, once hombres entrenados y armados hasta los dientes contra un reducido grupo de inexpertos combatientes sin más defensas que sus propios cuerpos. Mas, a pesar de las diferencias, en pocos minutos el silencio sobrevino de repente. Lo impensado, había sucedido. Severino, con algunos cortes sangrantes en su piel, caminó lentamente entre los cuerpos tendidos y los observó con cuidado; debe asegurarse que todos estén desarmados y que ya no representen ninguna amenaza. Solo tres de los caídos aún podían levantar sus manos y lo hicieron para cubrirse la cabeza cuando él se acercó a ellos. Se dirigió a la cabina de la locomotora donde el conductor se ha ocultado detrás de la puerta. El hombre, que no salía de su asombro después de presenciar aquella masacre, lo mira aterrado cuando sube a bordo…

—*¡Oiga, yo nada tengo que ver con ellos…solo soy un simple empleado del ferrocarril!* —le gritó sollozando mientras se protegía la

cabeza con ambas manos.

—Tranquilo, amigo mío, que usted solo va a tener que cumplir una misión. Lleve a estos cretinos de vuelta y advierta a quien corresponda que en Puerto Mollejas nadie va a ser vapuleado por ningún motivo y que, si regresan, la próxima vez saldrán de aquí con los pies para adelante. ¿Puede llevar este recado?

—Sí…sí…señor, no se preocupe… les diré lo que usted dijo, señor.

—Está bien, regrese entonces…

—Sí, sí, señor lo haré…

Severino le hizo un gesto de mano y justo antes de que descendiera de la máquina, el maquinista le dijo…

—Señor, creo que es lícito que sepa que estos no son los únicos que vendrán. En el cambio de vías, a diez kilómetros de aquí, hay una estación abandonada. Justo antes de llegar allí, me ordenaron detener la formación para que bajaran unos diez hombres. No sé qué fue de ellos, pero estoy seguro que lo hicieron para llegar a Puerto Mollejas por otro lado y si no estoy equivocado deben estar muy cerca de aquí. ¡Tengan cuidado, señor!

—Gracias, buen hombre…lo tendremos…

Nicoletti había escuchado todo y cuando Severino fue a su encuentro, le dijo…

—Creo que el maquinista tiene razón. Debemos advertirles a Sebastián y los suyos.

—Ruego a Dios para que Azucena no esté entre ellos…—dijo el marino.

En el costado del andén y en el mismo lugar donde Mondragón los había dejado, aún permanecen semi ocultos muchos de los hombres que no se atrevieron a salir en defensa de su aldea. Severino pasó a su lado y nada dijo, solo los miró con indiferencia. Muchos, avergonzados, bajaron la vista y solo unos pocos atinaron a balbucear una disculpa. El pescador continuó caminando sin detenerse a escucharlos, aún le resta hallar a los demás facinerosos. Solo se detuvo a la par del cuerpo inerte de Juan Vallares, lo miró, se persignó y le bajó los párpados para quitarle aquella expresión horrorosa de su rostro. Matilde, sollozando y arrodillada a su lado, sostiene su mano aún caliente sin comprender por qué el destino había sido tan cruel con ellos.

—Lo siento mucho, pequeña… —le dijo Severino con la voz entrecortada justo antes de continuar su camino. Ella solo asintió con la cabeza sin levantar la vista de cuerpo de su esposo.

Aquella escena lo distrajo y no advirtió que, más adelante, alguien los espera para emboscarlos. Eran Parris y ocho de sus lacayos más otros tantos de Jesús. Agazapados detrás de las rocas y desde lo alto, los tenían en la mira de sus armas largas. Severino nunca imaginó que dieciséis hombres los estaban apuntado justo en medio de

sus ojos mientras caminan sobre el andén.

Uno tras otro, en voz baja y sin quitar la vista de su objetivo, los mercenarios informan a Parris…

—*¡Listo para disparar, señor!*

—*Atentos a mí* —ordena Parris mientras levanta su mano derecha. Todos saben que cuando ésta caiga, la orden habrá sido dada.

Severino y sus diez valientes dejaron atrás al andén y continúan marchando por el sendero en dirección al castillo. Pronto, Nicoletti le advirtió que marchando así estarán demasiados expuestos.

—*Está bien, amigo* —le dijo con humildad—*enséñenos cómo hacerlo.*

Fue entonces que el psiquiatra tomó la delantera y en zigzag y sigilosamente, corrió por el sendero ladera arriba. Los demás lo siguieron imitando sus movimientos, pero por lo irregular del terreno, cada tanto desaparecían de la vista de los atacantes. Estos, algo intranquilos, no bien logran un nuevo objetivo, reiteran una y otra vez el mismo mensaje…

—*Señor, listo para disparar, señor…*

Temen que aquellos hombres desaparezcan de su vista otra vez y pierdan la mejor oportunidad para derribarlos sin riesgos personales. Todos habían escuchado los alaridos desgarradores que provenían del tren y viendo que ninguno de sus aliados sobrevivió al ataque de los aldeanos, fácil fue suponer quienes habían resultado victoriosos. Aquellos, los que habían sido vencidos, eran hombres muy entrenados y con el umbral del dolor muy elevado. Está claro para ellos que los aldeanos han demostrado ser temerarios y ninguno estará dispuesto a enfrentarlos cuerpo a cuerpo sabiendo lo mucho que habían sufrido los otros para tener que rogar por piedad tan desesperadamente. Es por eso que insisten una y otra vez para que Parris les dé la orden de disparar. Sus nerviosismos les impide concentrarse y cada tanto desvían sus miradas para observar detenidamente aquella mano alzada. Ya no les importan los objetivos que persiguen en esta aldea y ante el menor gesto de su jefe, oprimirán sus gatillos sin contemplaciones.

De pronto, Parris se irgue para observar con mayor claridad el campo de batalla. Su mano derecha permanece alzada y con su izquierda sostiene los binoculares con los que sigue paso a paso el avance de los aldeanos. Los dejará acercarse los suficiente como para no errar el blanco. Confiado en la supremacía de sus fuerzas, permanece de pie, exponiéndose a ser visto. Sabe que los “insurrectos” no poseen armas y a la distancia son inofensivos. Ya están a menos de cien metros y para evitar equivocaciones, arenga a sus hombres por última vez…

—*Atención, señores… a mi orden disparen, pero solo para detenerlos.*

Los quiero vivos. Muertos no me sirven… ¿he sido claro?

Todos asintieron, pero ninguno dejó de apuntarlos a la cabeza; no se arriesgarán, muertos sus enemigos, muertos estarán los riesgos de ser vapuleados a golpes.

Fue entonces cuando se escuchó claramente aquella tan esperada orden…

—*¡FUEGO, FUEGO…FUEGO A DISCRECIÓN…!*

Cientos de proyectiles comenzaron a golpearlos desde todos los flancos. El espectáculo era aterrador, esquirlas humanas vuelan por los aires, trozos de carne y hueso se desprenden de sus rostros, de sus cabezas, de sus manos y nada pudieron hacer para evitarlo. El ataque había sido desde arriba y los sorprendió. El dolor y el ardor eran insoportables, muchos cayeron de inmediato y otros resistieron lo suficiente como para ver el rostro de sus atacantes. Algunos alcanzaron a disparar sus armas, pero lo hicieron sin un blanco fijo, solo al azar. Jamás imaginaron que una sola mujer y una treintena de aldeanos habían sido capaces de tanto estropicio y, además, solo armados con gomeras con las que disparaban sus tan preciadas canicas rojas. Parris fue el primero en ser derribado, recibió tantos impactos que ahora luce irreconocible. Mas nunca podrá verse al espejo porque donde hubo ojos solo quedan sus cavidades vacías. Ninguno de los inmorales perdió la vida, pero difícilmente alguno quiera regresar a esta comarca. La potencia con que estos expertos tiradores ejecutaron cada disparo fue tal que solo unos pocos retuvieron sus piezas dentarias y muchos agradecían al cielo no haber quedado ciegos. La batalla jamás comenzó porque antes de poder disparar una sola vez, los esbirros ya habían perdido muchas de sus falanges y algunos también el conocimiento.

Minutos antes, Azucena, previendo que Jesús regresaría con más hombres, se había apostado en lo alto de un cerro contiguo al castillo. Desde allí podría observar todo cuanto ocurriera en los alrededores. Fue así que descubrió a Parris y a su tropa el puente levadizo para tomar posición un poco más abajo con la clara intención de atacar la aldea desde lo alto. Jesús no estaba entre ellos, pero sus aliados sí. Lucían aterradores. El camuflaje de sus uniformes los hacía invisibles aun estando a centímetros de ellos. Ella temió por su vida y también la de los suyos y era consciente de la inferioridad de fuerzas con que los enfrentarán, pero comprendió que no tenían alternativas. Solo debía ser astuta en la planificación. En el más absoluto sigilo reunió a los hombres y les explicó su plan. Ninguno lo cuestionó, solo debían aguardar el momento justo para ponerlo en práctica. Fue entonces cuando Azucena observó que Severino, su esposo, ignorando el peligro que lo acechaba, marchaba al frente de su gente yendo directamente al cadalso. Ella supo que debía actuar y tenía que ser rápido. Aquí, el

código de señales es inviable. No logrará advertirles a tiempo. Lo que vislumbraba era una masacre en ciernes y tenía que evitarla. Y, así fue.

Lo demás es historia pasada. Los mercenarios jamás imaginaron que por encima de ellos y tan solo a veinte metros de distancia, los acechaba su perdición.

Todo duró apenas unos pocos minutos, tal fue la andanada de canicas que en las canastas solo quedaron unas pocas que solo servirán de recuerdo de aquella epopeya.

Ya todo ha concluido, aquella pesadilla había llegado a su fin. Lentamente, en Puerto Mollejas comprendieron que el peligro pasó y pronto la algarabía se oyó en sus calles. Todo fue risas, abrazos y palmeadas en las espaldas. Habían triunfado.

Todos festejan, menos Azucena. Ella, apesadumbrada, se ha sentado sobre una roca con la cabeza gacha y por sus mejillas ruedan lágrimas de aflicción. En tan solo veinticuatro horas su mundo se había desmoronado. Mil preguntas surcan por su mente. Tan repentino fue todo que difícilmente pueda digerirlo en pocos días. ¿Qué llevó a Jesús a cometer semejantes tropelías, tanto engaño, tanta traición? ¿Quiénes eran estos hombres que se atrevieron a romper con la paz y la armonía de su pueblo? ¿Qué perseguían, por qué tanto ensañamiento? Quizás algún día halle respuestas a esto, pero hoy solo desea reencontrase con su el amor de su esposo y cobijarse en el calor de su hogar.

Mientras tanto, Severino, que aún continúa subiendo la cuesta, se detuvo a mitad de camino; las fuerzas de su amigo Mondragón comienzan a flaquear.

—*¿Qué te ocurre amigo mío?* —le preguntó. Ignoraba que había recibido dos disparos en la espalda. Mondragón suele vestir un sacón de cuero grueso tanto en invierno como en verano y por esa razón nadie vio la sangre que había empapado sus ropajes interiores.

—*Creo que me dieron, viejo…* —respondió a duras penas.

—*Déjame ver…voy a quitarte el sacón…*

—*Oh, por Dios, amigo…*—exclamó Severino al ver toda esa sangre —*tengo que llevarte para que te vea Mateo. Él seguramente sabrá qué hacer con esto…*

—*No creo que Mateo quiera ayudarme… nunca antes quiso hacerlo…*

—*Pues ahora lo hará…te lo prometo, amigo mío, esta vez lo hará.*

No fue necesario ayudarle a ponerse de pie; muchos vieron aquella escena y se congregaron alrededor suyo y entre ellos estaba Mateo que había visto y escuchado todo.

—*Sé que no hemos sido justos contigo, pero eso, de ahora en más cambiará. ¿Puedes caminar hasta el consultorio?* —le preguntó

avergonzado

—Sí…creo que sí

Mondragón a duras penas comenzó a bajar la ladera; el consultorio de Mateo es una de las primeras casas al pie del cerro. Pero, aunque el trayecto es corto, sus dificultades para trasladarse son notorias. Por momentos trastabilla y se detiene justo antes de caerse. Mateo lo sostiene desde el brazo derecho y Severino lo hace desde el izquierdo, pero ambos llevan a cuestas más de sesenta abriles y el agotamiento después de una lucha feroz; ruegan al cielo que Mondragón no se desplome. Para ellos, levantarlo en este momento sería una tarea titánica.

De pronto y al pasar al lado de los vencidos, escucharon…

—Ayuda, ayuda, por favor, tengan compasión, necesitamos ayuda…

Ellos solo se detuvieron por unos instantes, los miraron con desprecio y sin decir palabra alguna, continuaron su camino. Pero de pronto, Severino se detuvo. Todos creyeron que regresaría a buscar a los heridos…

—Un momento —exclamó—*¿alguien vio a mi Azucena?*

—Sí—respondió Greta que los acompañaba en el descenso—*está allí, junto a Sebastián y Miguel…creo que debes ir allá…sin ella hoy no estaríamos vivos.*

Severino sonrió, su pecho se hinchó de orgullo. Ignoraba por qué Greta había dicho lo que dijo, pero conociendo a su esposa no le extrañó que todo fuera verdad. Se volvió a Mondragón y le preguntó…

—Amigo mío… ¿puedes seguir solo? Debo buscar a mi amada…

—Con gusto te acompañaría, viejo, pero creo que lo dejaré para más tarde. ¡Vete ya y no me molestes más, ja, ja, ja!

Puerto Mollejas ya no será el mismo, parte de sus habitantes lloran al joven muerto y otros consuelan a su viuda. Lo que sucedió allí los golpeó de manera atroz, jamás imaginaron que ese día presenciarían algo semejante. Todavía se escuchan los lamentos de los mercenarios que nadie atiende. Están allí, arrumbados a la vera del sendero lamiendo sus heridas sin comprender que les había sucedido. Ellos, que habían llegado con suficiente armamento como para que ninguno de estos “bárbaros” sobreviviera, fueron vencidos solo por el coraje de una treintena de gallardos luchadores sin miedo a la muerte.

Entre los aldeanos que no combatieron solo hay miradas de asombro y solo unos pocos cuchichean al ver a Azucena sollozar en silencio. Pero ninguno se atreve a consolarla y mucho menos disculparse por haber dudado de su honra.

Ya habían olvidado la traición de Jesús y pocos recordaban que todo se generó tras la desaparición de Lautaro y de Samay. Ya nadie se pregunta qué fue de ellos y solo algunos recuerdan sus promesas de riqueza. Y poco a poco comenzaron a desconcentrarse. Cada cual

regresará a su hogar. Uno tras otro, en silencio y en fila india, comenzaron a descender el cerro como si emularan al éxodo bíblico de Abraham.

Severino, mientras tanto, con sus últimas fuerzas salvó el trayecto que lo separaba de su amada esposa. Se arrodilló frente a ella, acarició sus mejillas y la besó sutilmente. Después, la abrazó, sin palabras, sin sonrisas, sin lágrimas, solo el calor de sus cuerpos fundiéndose con el mismo amor que se prodigaron por más de cuarenta años. Todo había acabado y ellos, en la vejez, habían sido capaces de sobrevivir a esta trampa que el destino les cruzó en su camino.

De pronto un atronador retumbe colmó de ecos a las montañas. Muchos miraron el cielo en busca de tormentas, pero extrañamente el día estaba más diáfano y límpido que nunca. Hasta que los vieron; dos gigantescos helicópteros de transporte SH-3 Sea King se aproximaban velozmente en vuelo rasante y peinando las olas marinas. Hicieron un rápido giro sobre la población y aterrizaron sobre la explanada enfrente del castillo de Jesús. Sin pérdida de tiempo más de veinte hombres con uniformes militares saltaron de las máquinas y adoptaron posiciones de combate. Cinco ingresaron al castillo y minutos después salieron escoltando a Jesús y a cuatro de sus esbirros. Fueron apresados en el momento en que, junto al doctor Frank Jones, intentaban escapar por las catacumbas del castillo.

Con sus manos esposadas a la espalda los expusieron a la vista de los pocos aldeanos que aún permanecen en el lugar. Fue entonces cuando de la segunda máquina bajaron Samay y Lautaro secundados por un hombre con expresión severa…

—*¡Amigos!* —gritó Lautaro —*lo hemos logrado*…

Aquellas fueron palabras mágicas para los oídos de los aldeanos que, al verlo descender, se amucharon en derredor de ellos para escuchar lo que el señor Dinero, como lo llamaron desde un principio, tenía para informarles. Ya todos habían olvidado lo que ocurrió en Puerto Mollejas tan solo una hora antes. Rápidamente se secaron las lágrimas derramadas por la muerte de Juan Vallares y quienes consolaban a su joven viuda corrieron sendero arriba para estar más cerca del orador dejándola en soledad con el muerto y su niña. Hasta Mateo Denoble sintió el impulso de interrumpir la cirugía que practicaba en el cuerpo de Mondragón para extirparle las balas que habían atravesado sus omóplatos.

"*Pueblo sin memoria, pueblo destinado al fracaso*" pensó Severino al verlos correr.

Lautaro buscó un lugar elevado para hablarles. Quería ver sus rostros claramente antes de comenzar su alocución. Entre tanto, la muchedumbre a su alrededor era cada vez más numerosa.

—*Señores, quizás ya lo sepan, pero todos en esta aldea hemos sido,*

incluido yo, víctimas de un grupo de inescrupulosos para ser parte de un experimento al que ellos denominaron científico cuando en realidad solo nos utilizaron como conejillos de indias para llenarse los bolsillos con una de las estafas más monumentales de las que se tenga memoria. Este hombre —dijo señalando a Jesús —*que dijo llamarse Jesús de Nazaret, es un embustero cuyo verdadero nombre es Theodore Novasilopoulos. Él es parte de la organización que integran, entre otros, este individuo* —y señala a Frank Jones — y otros cuyos nombres desconozco. El doctor Frank Jones, *es médico psiquiatra y trabajó en un proyecto que había ideado el doctor Bautista Nicoletti, a quien asesinaron sin contemplaciones para apropiarse de sus ideas. Quizás, algún día les cuente de qué se trataba aquel proyecto, pero creo que ahora a ustedes lo que más les interesa es el hoy… ¿me equivoco?* —nadie respondió, pero todos asintieron con sus cabezas. Y continuó…—*Miren hacia allá*…—y señalo hacia la estación del ferrocarril donde el tren que cargaba a los hombres de Jones comenzaba a regresar por el mismo camino en que había llegado — *véanlo bien porque aquel tren que ven partir es* ***el último tren al pasado****. El que llegue en uno días más será el tren del futuro.*

Fue entonces cuando extrajo una de las canicas rojas de sus bolsillos y elevándola todo cuanto le dieran sus brazos estirados, continuó…

—*Creo que todos ustedes saben qué es esto que tengo entre mis dedos, ¿verdad?...*

—*Sí, claro* —rugieron al unísono todos los aldeanos

—*Seguramente me responderán que esto que tengo aquí es una canica, ¿verdad?* —insistió

—*Por supuesto…* —respondieron unos pocos que no tuvieron temor a equivocarse.

—*Pues no…esto que tengo aquí no es una simple canica. Esto es ni más ni menos que la puerta a la riqueza de todos ustedes. Puerto Mollejas está asentada sobre una monumental mina de piedras preciosas y esta canica es la prueba de ello. Este mineral se denomina Turmalina Roja y quiero comunicarles que tiene un gran valor comercial entre las joyerías de todo el mundo. Y eso no es todo…quien analizó a esta canica descubrió que tiene incrustaciones de rubíes, esmeraldas y otras maravillas semejantes. Pero, además, quiero presentarles a un amigo de todos nosotros… él es el señor Peter Roldán, un comisionado de la ONU que va a interceder ante todos los organismos internacionales que hagan falta para que a Puerto Mollejas lo designen como Patrimonio de la Humanidad y que a todos sus habitantes los liberen aetérnum de compromisos fiscales para la comercialización de sus riquezas. Además, quiero informarles que, en compensación por los daños que sufrió esta comunidad, las naciones del mundo han dispuesto apoyar económicamente la explotación de todas las minas que se encuentren en el distrito Mollejano cuyos dividendos serán*

repartidos en partes iguales entre todos sus pobladores. También van a fomentar la creación de un fondo para financiar proyectos individuales a tasa cero y con cinco años de gracia para el pago de la primera cuota. Y, por si esto fuera poco, tengo un comunicado especial para el señor Severino Marcos…Severino, ¿dónde está que no lo veo?

—Severino no está aquí, señor —gritó alguien desde atrás

—Ja, ja, ja podía imaginarlo —rio Lautaro contagiando su humor al resto de los aldeanos *—está bien, más tarde le transmitiré en persona esta noticia. Ahora creo que ustedes y nosotros debemos retirarnos a descansar. Mañana será un gran día y debemos coordinar nuestras acciones.*

Los dos helicópteros levantaron vuelo llevándose detenidos a Jesús, el doctor Jones, Parris y sus hombres. La justicia tardó en llegar, pero ahora sería inflexible con ellos.

Tan rápido como se habían desconcentrado, los Mollejanos comenzaron a regresar a sus hogares colmados de expectativas y con renovadas esperanzas. La paz reina una vez más y hasta alguno se atrevió a entonar alguna vieja canción del pasado. Ya no teme a las represalias de la congregación que comandaba Jesús y pronto muchos lo imitaron. Habían descubierto el placer que les produjo hacerlo y hasta practicaron unos malogrados pasos de baile en medio de los tropiezos al bajar por la empinada cuesta.

Pero algo ocurrió que distorsionó a los festejos; a la vera del sendero se podían ver las canicas que Azucena había aportado para combatir a los opresores. Estaban diseminadas por toda la ladera y podían contarse por miles. Muchos aldeanos, al descender por este camino las vieron y ahora que conocen el enorme valor económico que tienen, venderlas, para ellos, es una opción atractiva. Comenzaron a levantarlas una a una. Fue entonces que comenzaron las rencillas que en seguida se convirtieron en verdaderas batallas campales por disputarse aquellas pequeñas posesiones de color rojo brillante. Tanta fue la batahola que Mondragón, que recién había salido de su intervención quirúrgica, a duras penas se levantó de la camilla y salió para ver que ocurría.

—¿Qué diablos creen que hacen? Esas canicas no les pertenecen y lo saben. ¿No sienten algo de vergüenza?

—¡Métete en tus asuntos, Mondragón! —le respondieron envalentonados después de verlo tan débil.

Fue entonces cuando Mondragón recordó las palabras de su amigo Severino cuando intentó explicarle que el dinero solo traería desgracias a la comunidad. Los miró con pena en sus ojos y comprendió. La codicia era un término que se había incorporado a sus vidas justo cuando la palabra dinero apareció en su vocabulario. Y tomó una decisión.

En eso, su “amigo” Moisés ingresó a la habitación donde él se reponía...

—Hola Francisco… ¿cómo te sientes?

—Bien, señor Linares, Mateo hizo un gran trabajo conmigo…

—Hey… ¿qué es eso de señor Linares? ¿Acaso no somos socios? Llámame Moisés a secas, por favor…

Moisés nunca logró hablar en voz baja y cada vez que lo hace se escucha su vozarrón retumbar entre los cerros. Todos vieron cuando ingresó al consultorio de Mateo y también escucharon cuando llamó “socio” a Mondragón y eso les extrañó. La disputa por las canicas cesó de repente y lentamente comenzaron a acercarse; les intriga saber por qué han ocultado su sociedad a los demás. Mondragón siempre ha sido un ser despreciable para muchos de ellos y que Moisés lo haya hecho su socio es por demás confuso.

—No, señor Linares, prefiero no hacerlo y tampoco quiero que llame Francisco. Ya no seré parte de esto. Ya vi allí afuera lo que el dinero hace con las personas y no lo quiero para mí. Prefiero seguir siendo Mondragón… a secas, como dijo usted.

—Amigo mío, el dinero nada tiene que ver con que estas personas se comporten como lo están haciendo. Ellos son y serán codiciosos, avaros y mal intencionados aun cuando el dinero no llegue a sus arcas. Dice el dicho popular “el que nace barrigón es al ñudo que lo fajen”, en otras palabras, si eres ladrón, lo serás con dinero o sin él; está en tus entrañas el serlo y nada podrá evitar que lo demuestres cada vez que la oportunidad se presente. Ellos saben bien que esas canicas son de Azucena, sin embargo, no tuvieron ningún reparo en adueñarse de ellas. Creo que debes repensar en nuestra sociedad. Más allá de los motivos que tuve para asociarte, lo que hiciste hoy habla de la calidad de tus fibras y eso, en los negocios, es fundamental. Piénsalo, por favor.

Mientras tanto, Lautaro llama a la puerta del pescador…

—Hola jovencito… ¿qué lo trae por aquí? Si viene por pescados creo que llegó en mal momento—dijo Severino al abrir.

—Hola Severino… no, no vine por pescados. Vine para decirle que creo que debe saber que su esposa es dueña de una verdadera fortuna. Sus canicas pueden ser vendidas a un precio exorbitante. Si es de su agrado, puedo contactarlos directamente con los compradores y luego ustedes deciden en qué precio negociarlas.

Azucena, al escucharlo, se acercó a ellos…

—Ya no tengo más canicas, muchacho…están regadas por todas partes. Además, desde aquí y antes de ingresar a la casa, vimos cómo muchos se quitaban los ojos por recogerlas y ya no me interesa reclamarlas. Pídaselas a ellos. Hoy ha sido un día muy triste para nosotros.

—Lamento escucharlo…no obstante, quizás le interese saber que la pesca que usted recoge todos los días no son plateaditas…

—No, es verdad, no son plateaditas, sino que son Totoabas de gran calidad.

—Creí que no lo sabía…

—Jovencito, muchos creen eso y también sé que allí afuera, en la gran ciudad, son piezas muy codiciadas. Pero créame, no seré yo quien las comercialice. El mar me las cede a cambio de que las respete. Ellas no serán vendidas, solo serán consumidas como alimentos.

—Azucena…Severino, lamento haberlos molestado…—dijo Lautaro y antes de retirarse, hizo una reverencia reconociendo la calidad humana en ellos.

—No fue molestia…regrese cuantas veces quiera. Será bienvenido.

La noche llegó pronto y con ella el momento para descansar. Severino y Azucena se miraron a los ojos y durante horas nada se dijeron. Sus vidas habían cambiado tan rápido que no hubo tiempo para asumirlo. El señor Dinero ha traído prosperidad a la aldea, pero también desidia. Algunos habrán de dejar de trabajar para vivir de las rentas que les provea la mina. Pero, Severino y su esposa siempre se mostraron asertivos en sus convicciones y esta condición quizás haga que difícilmente sean aceptados por muchos de los nuevos aldeanos. Ellos habían expuesto sus verdaderas identidades y la mezquindad fue moneda corriente durante toda la jornada. La avaricia logró que ya no confiaran en sus coterráneos y probablemente este sentimiento perdure por siempre. Antes, podían disentir y hasta ofuscarse con sus costumbres arcaicas, pero jamás hubo motivos para desconfiar. Nadie se atrevería a tomar lo que no les correspondiera, pero la última escena que montaron al disputarse las canicas había sido suficiente prueba que el dinero los había cambiado.

Severino y Azucena a duras penas lograron dormir unas pocas horas porque la compunción los había embargado. Pero, toda noche llega a su fin y los rayos del sol que se filtraron a través de los postigos les recordó que una nueva jornada había comenzado.

Fue Severino quien abrió la puerta luego de que Moro advirtiera movimientos extraños alrededor de la cabaña.

—¡Ten cuidado, amor! —le dijo Azucena.

—No te preocupes…seguro que es algún gato que anda merodeando. —respondió él

Pasan los minutos y Azucena comienza a preocuparse. Severino y su perro Moro habían salido a investigar y por largo rato ella no escuchó nada. Algo intranquila, se acercó a la puerta con la intención de ir a ver qué había sucedido con ellos. Al abrirla, se encontró con su esposo que le dijo…

—Creo que es mejor que salgas…

Azucena lo miró extrañada, pero la expresión de su esposo no era de preocupación y accedió. Su primera reacción fue la de cerrar sus

ojos; la luz del sol era demasiado intensa y la encegueció, pero el murmullo que escuchó la obligó a mirar…

—*¡Oh, Dios mío! ¿Qué es esto?* —exclamó con sorpresa. No daba crédito a lo que sus ojos veían y enseguida rompió en llanto: las veintidós cestas que tenía enfrente estaban repletas de sus tan preciadas canicas rojas y toda la comunidad Mollejana las había acercado hasta su puerta. No faltó nadie, todos les rindieron pleitesía en respetuoso silencio. Las palabras de Moisés habían calado hondo en sus orgullos y recapacitaron.

Todos, sin excepción, portaban un cartel con solo tres palabras escritas en letras grandes: PERDÓN Y GRACIAS

FÍN